

LIBROS DE TEXTO PARA ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Fundamentos del pensamiento económico

Del mercantilismo al enfoque neoclásico



Aldo Fabio Alonso (Editor)

Juan Cruz López Rasch

Nelson M. Acet Rodríguez

Nicolás Delsol Bocasso

Simón G. Massa Silva

(Autores)

Fundamentos del pensamiento económico

Del mercantilismo al enfoque neoclásico

Editor:

Aldo Fabio Alonso

Autores:

Aldo Fabio Alonso

Juan Cruz López Rasch

Nelson M. Acet Rodríguez

Nicolás Delsol Bocasso

Simón G. Massa Silva

Alonso, Aldo Fabio

Fundamentos del pensamiento económico : del mercantilismo al enfoque neoclásico / Aldo Fabio Alonso ; editado por Aldo Fabio Alonso. - 1a ed. - Santa Rosa : Universidad Nacional de La Pampa, 2018.

280 p. ; 18 x 25 cm. - (Libros de texto para estudiantes universitarios ; 15)

ISBN 978-950-863-348-4

1. Análisis Histórico. I. Alonso, Aldo Fabio, ed. II. Título.
CDD 907.2

LIBROS DE TEXTO PARA ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Fundamentos del pensamiento económico. Del mercantilismo al enfoque neoclásico

Aldo Fabio Alonso (Editor)

Aldo Fabio Alonso; Juan Cruz López Rasch; Nelson M. Acet Rodríguez; Nicolás Delsol Bocasso; Simón G. Massa Silva (Autores)

Diciembre 2018, Santa Rosa, La Pampa

Edición: Melina Caraballo - EdUNLPam

Maquetado: María Florencia Mirassón - EdUNLPam

Impreso en Argentina

ISBN 978-950-863-348-4

© Cumplido con lo que marca la ley 11.723

La reproducción total o parcial de esta publicación, no autorizada por los editores, viola los derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente autorizada.

EdUNLPam - Año 2018

Cnel. Gil 353 PB - CP L6300DUG

SANTA ROSA - La Pampa - Argentina

UNLPam

Rector: Oscar Daniel Alpa

Vicerrectora: Nilda Verónica Moreno

EdUNLPam

Presidente: María Claudia Trotta

Director: Rodolfo David Rodríguez

Consejo Editor:

Daniel Buschiazzo

María Marcela Domínguez

Victoria Aguirre

Ana María T. Rodríguez / Stella Shmite

Celia Rabotnikof / Santiago Ferro Moreno

Lucia Colombato / Rodrigo Torroba

Paula Laguarda / María Silvia Di Liscia

Graciela Visconti / Alberto Pilati

Mónica Boeris / Ricardo Tosso

Griselda Cistac / Patricia Lázaro

Presentación.....	13
CAPÍTULO 1. La doctrina del mercantilismo. Política económica y riqueza en Europa entre los siglos XV y XVIII. Aldo Fabio Alonso y Juan Cruz López Rasch.....	19
Introducción	21
1. El contexto histórico: la era del capital comercial.....	21
2. Principios económicos mercantilistas	29
2.1. Los antecedentes: el metalismo o bullonismo	30
2.2. Las doctrinas mercantilistas.....	31
2.2.1. Comercio y finanzas internacionales.....	32
2.2.2. La moneda y la teoría monetaria	34
2.2.3. Los controles interiores: monopolios, concesiones y regulación	36
2.2.4. Salarios, población y distribución del ingreso	37
3. La transición a la escuela clásica de economía política: los precursores	40
3.1. William Petty	40
3.2. Richard Cantillon	42
3.3. David Hume	43
4. Recapitulación	45
5. Bibliografía y Fuentes.....	47
5.1. Bibliografía citada	47
5.2. Fuentes sugeridas	48
CAPÍTULO 2. Los fisiócratas y el nacimiento del liberalismo económico europeo. Aldo Fabio Alonso.....	49
Introducción	51
1. El contexto histórico: la Francia del Antiguo Régimen	51
2. Los conceptos centrales de los fisiócratas	54
2.1. El orden natural	56

2.2. La riqueza y la productividad exclusiva de la agricultura: el producto neto	56
2.3. El comercio exterior y el alto precio de los productos agrícolas	59
2.4. La propiedad privada	61
2.5. El <i>laissez faire</i> o el liberalismo económico	61
2.6. La política económica y el impuesto único	63
3. Los principales representantes de la Fisiocracia	64
3.1. François Quesnay y el <i>Tableau Économique</i>	64
3.1.1. Los factores económicos y productos de la tierra...	67
3.1.2. La teoría del valor y de los precios	67
3.2. Jacques Turgot y el agricultor capitalista como fuente de riqueza.....	68
3.2.1. Los rendimientos decrecientes.....	69
3.2.2. La teoría del dinero	70
3.2.3. Teoría del capital y del interés	71
3.2.4. Teoría de la distribución	72
4. Recapitulación	73
5. Bibliografía y Fuentes	75
5.1. Bibliografía citada	75
5.2. Fuentes sugeridas	75

CAPÍTULO 3. Adam Smith y el surgimiento de la economía

política clásica. <i>Juan Cruz López Rasch</i>	77
Introducción	79
1. El contexto histórico: los inicios de la Revolución Industrial inglesa	79
2. El sistema teórico clásico: aspectos generales	83
3. La riqueza de las naciones en la esfera de la producción	86
3.1. El origen de la riqueza: la ruptura de Smith con las doctrinas anteriores	86
3.2. El mecanismo de mercado competitivo autorregulado y la “mano invisible”. El <i>laissez faire</i>	90
3.3. La teoría del valor-trabajo y de los costos de producción ...	91
3.4. La distribución de los ingresos	96
3.5. El concepto smithiano de la política económica	97
3.6. La teoría de la acumulación del capital y el crecimiento económico	100
4. Recapitulación	103

5. Bibliografía y Fuentes.....	104
5.1. Bibliografía citada	104
5.2. Fuentes sugeridas	105
CAPÍTULO 4. La rama francesa de la economía política clásica.	
<i>Nicolás Delsol Bocasso</i>	107
Introducción	109
1. Contexto histórico: las particularidades de Francia a principios del Siglo XIX	109
2. Las influencias sobre el pensamiento de Say	112
3. La contribución de Say al pensamiento económico clásico.....	115
3.1. La teoría de la producción.....	115
3.2. La teoría del valor	116
3.3. La teoría de la distribución y de los salarios	117
3.4. El empresariado	119
3.5. La ley de Say y la imposibilidad de crisis generalizada..	120
3.5.1. Los enunciados de la ley de los mercados	120
3.5.2. El problema del equilibrio de mercado.....	122
4. Recapitulación	126
5. Bibliografía y Fuentes.....	127
5.1. Bibliografía citada	127
5.2. Fuentes sugeridas	128
CAPÍTULO 5. La economía política clásica: Thomas Robert Malthus y la demografía económica. <i>Simón G. Massa Silva</i>	129
Introducción	131
1. Contexto histórico: entre el siglo XVIII y el siglo XIX.....	132
2. Malthus y la teoría de la población	134
2.1. Antecedentes del pesimismo.....	134
2.2. El principio de la población	135
2.3. La teoría demográfica, entre las críticas y la práctica ...	139
3. Un genio poco reconocido: la teoría del subconsumo y la crítica a la ley de Say.....	143
4. Dos amigos enfrentados	146
5. Recapitulación	149
6. Bibliografía y Fuentes.....	150
6.1. Bibliografía citada	150
6.2. Fuentes sugeridas.....	151
CAPÍTULO 6. David Ricardo y el refinamiento de la economía política clásica. <i>Aldo Fabio Alonso</i>	153

Introducción	155
1. El contexto histórico: expansión y triunfo del capitalismo industrial	155
2. El método de David Ricardo	158
3. Los principios de economía política	159
3.1. La teoría del valor-trabajo y los precios relativos	159
3.2. La doctrina clásica de la renta económica y los rendimientos decrecientes	162
3.3. La teoría de la distribución	166
3.4. El comercio internacional y las ventajas comparativas: <i>laissez faire</i> internacional	171
3.5. La teoría del desarrollo económico. Los límites de la acumulación capitalista.....	174
3.6. La visión ricardiana de la política económica: hacienda pública, tributación y dinero	177
4. Recapitulación	180
5. Bibliografía y Fuentes	182
5.1. Bibliografía citada	182
5.2. Fuentes sugeridas	182
CAPÍTULO 7. La crítica a la economía política y la teoría marxista. Juan Cruz López Rasch	183
Introducción	185
1. El contexto histórico: la expansión de la industrialización ...	185
2. Los fundamentos filosóficos.....	188
3. Marx y el sistema económico	192
3.1. Marx y el origen del modo de producción capitalista ...	192
3.2. La herencia ricardiana y la teoría del valor.....	194
3.3. Teoría de la plusvalía y de la explotación	196
3.4. Explotación y plusvalía	197
3.5. La composición orgánica del capital y la caída de la tasa de ganancia	200
3.6. La alienación y el fetichismo de la mercancía	204
4. Recapitulación	205
5. Bibliografía y Fuentes	206
5.1. Bibliografía citada	206
5.2. Fuentes sugeridas	207
CAPÍTULO 8. Las reacciones anti clásicas en el siglo XIX: la escuela histórica alemana y el institucionalismo norteamericano. Nelson M. Acet Rodríguez.....	209

Introducción	211
1. La escuela histórica alemana	211
1.1. Contexto histórico: unificación económica antes que conformación estatal	211
1.2. El historicismo alemán y sus principales características	215
1.3. Los principales representantes del historicismo económico..	217
1.3.1. Friedrich List	218
1.3.2. Wilhelm Roscher	223
1.3.3. Gustav von Schmoller	224
2. El institucionalismo norteamericano	226
2.1. Contexto histórico: las particularidades del caso norteamericano.....	226
2.2. Principales características. La obra de Veblen	227
3. Recapitulación	231
4. Bibliografía y Fuentes.....	232
4.1. Bibliografía citada	232
4.2. Fuentes sugeridas	233

CAPÍTULO 9. La reestructuración de la economía política: la escuela neoclásica y la versión marshalliana. *Aldo Fabio Alonso, Nicolás Delsol Bocasso y Simón G. Massa Silva*

Introducción	237
1. El contexto histórico: la internacionalización capitalista, clima intelectual y científico	238
2. El giro marginalista en la teoría económica. Características generales del neoclasicismo.....	242
3. La ortodoxia neoclásica. La perspectiva marshalliana	245
3.1. Marshall y el desarrollo del análisis del equilibrio parcial	246
3.2. La teoría de los precios y el valor de los bienes.....	247
3.3. La importancia del mercado: la determinación de los precios	249
3.4. La teoría de la distribución.....	251
3.5. La teoría de la producción	254
3.6. Las garantías para el orden competitivo	256
3.7. La dinámica económica en el largo plazo, precios y dinero.....	258
3.8. El rol del Estado en la teoría marshalliana	261
4. Recapitulación	262
5. Bibliografía y Fuentes.....	263
5.1. Bibliografía citada	263

5.2. Fuentes sugeridas	264
APÉNDICE. Propuestas de actividades.....	265
A. Actividades de autoevaluación por capítulo	267
Capítulo 1.....	267
Capítulo 2.....	267
Capítulo 3.....	267
Capítulo 4.....	268
Capítulo 5.....	268
Capítulo 6.....	268
Capítulo 7.....	269
Capítulo 8.....	269
Capítulo 9.....	269
B. Actividad de síntesis final.....	269
EPÍLOGO	271

PRESENTACIÓN

La economía constituye una ciencia social que estudia las relaciones históricamente diferentes entre las personas, puntualmente, aquellas vinculadas con la producción, la distribución y el consumo de bienes y servicios. A semejanza de otras disciplinas tuvo su origen en investigaciones específicas de fenómenos considerados dignos de atención que plantearon problemas de diversa índole. El conocimiento de estos, así como las teorías y concepciones que se formularon para comprenderlos, respondían al contexto, a los actores sociales involucrados y a los intereses particulares de los autores, en las diferentes etapas en las cuales elaboraron sus respectivas obras.

La finalidad principal de este libro es exponer la evolución del pensamiento económico desde el siglo XV hasta el siglo XIX, es decir, contemplar los esfuerzos intelectuales realizados por el hombre para comprender los fenómenos económicos en estos cinco siglos de historia. El punto de inicio se establece con los incipientes planteos de los mercantilistas, continúa con el desarrollo de la Fisiocracia, luego se ocupa del período en que se sitúa la formación de la ciencia económica durante el despliegue de la Revolución Industrial. El énfasis estará puesto en la construcción de las bases teóricas por los autores de la economía política clásica y la posterior crítica marxista (finales del siglo XVIII-1870), cerrando cuando, de la mano de los marginalistas, se produce un cambio notable en la perspectiva analítica con el desarrollo de la teoría neoclásica convencional (c. 1870). También se revisarán posturas más heterodoxas, como la escuela histórica alemana y el institucionalismo norteamericano, originadas en la segunda parte del siglo XIX. En cada uno de los casos se estudiarán las ideas, teorías e instrumentos analíticos a través de una visión histórica del análisis del valor, los mecanismos de distribución, la estabilidad macroeconómica con las propuestas de política estatal y el problema del crecimiento económico.

El libro consta de nueve capítulos. El **Capítulo 1** brinda un panorama general del mercantilismo, doctrina económica surgida en uno de los

períodos de mayores cambios en la Europa moderna, que gestará un sistema social que encuentra en el comercio la principal actividad económica y en la acumulación de metales preciosos la fuente de riqueza de los reinos.

El **Capítulo 2** se focaliza en la Fisiocracia, considerada por varios autores como la primera escuela del pensamiento económico, desarrollada en Francia en la década de 1760. François Quesnay y sus discípulos merecen ocupar un lugar destacado en la historia de la ciencia social por muchas razones. La tesis de que el sector agrícola de la economía produce un “excedente” (producto neto) introdujo una idea que, con modificaciones, desempeñó un papel importante en el modelo ricardiano y marxista e incluso en el análisis económico neoclásico que sustituirá al primero a fines del siglo XIX. La clasificación de los miembros de la sociedad como “agricultores”, “artesanos” y “terratenientes” inicia una perspectiva según la cual se entenderá que la estructura fundamental del orden social está formada por clases que se definen de acuerdo con sus papeles y estatus económicos.

Luego de estos antecedentes, comenzamos el abordaje de la escuela clásica, una elaboración teórica de un grupo de economistas que expusieron sus análisis entre fines del siglo XVIII y principios del siguiente. Durante este periodo, y mediante la decisiva aportación de algunos autores, la economía va a recibir por primera vez y de forma satisfactoria un tratamiento sistemático, que la acabará constituyendo en un cuerpo organizado de conocimientos, en una ciencia. El **Capítulo 3** se centra en Adam Smith, considerado como el padre de la economía, quien dio a la disciplina su estructura moderna, estructura que le fue revelada, a su vez, por las etapas iniciales de la Revolución Industrial. La esencia de la riqueza era la producción de bienes físicos y esto le llevó a distinguir entre trabajo productivo y trabajo improductivo. El problema del valor se planteó dándole a esta palabra un doble significado: unas veces expresa la *utilidad* de un objeto particular –“valor de uso”– y otras veces la capacidad de comprar otros bienes que confiere la posesión de tal objeto –“valor de cambio”–. Fue el primero en destacar la importancia económica del fenómeno de la especialización de las funciones productivas (división del trabajo) y en la generación de “la riqueza de las naciones”.

En los años subsiguientes a la muerte de Smith, surgieron tres grandes figuras que refinaron y ampliaron su obra; se trataba de autores casi exactamente contemporáneos, a saber, un francés, Jean Baptiste Say (1767-1832) y dos ingleses, Thomas Robert Malthus (1766-1834) y David Ricardo (1772-1823). Los tres, pero Malthus y Ricardo en particular, presenciaron el vigoroso florecimiento de la Revolución Industrial, perfeccionaron la obra de Smith y trataron que la ciencia económica se

desarrollara en consonancia con este enorme cambio. Con ellos quedó plasmada una teoría económica correspondiente al orden industrial.

El **Capítulo 4** analiza a Jean Baptiste Say y se centra en su principal aporte, la ley de los mercados. La denominada ley de Say sostiene que la producción de bienes genera una demanda agregada efectiva (es decir, realmente gastada) suficiente para comprar todos los bienes ofrecidos. Por lo tanto, nunca puede originarse en el sistema económico una superproducción generalizada.

El **Capítulo 5** aborda a Thomas Robert Malthus, clérigo, escritor, profesor de Historia y Economía Política, así como observador de la recesión causada por las guerras napoleónicas, por medio de sus dos contribuciones relevantes. La primera de ellas se refiere a la ley que regía el crecimiento demográfico, según la cual, la población, cuando no es controlada, se incrementa geométricamente; mientras que las disponibilidades alimenticias solo se incrementan aritméticamente. La otra, en oposición a Say, es la teoría de la insuficiencia de la demanda efectiva para mantener el pleno empleo.

En el **Capítulo 6** se presenta al economista que llevó a la plenitud a la escuela clásica, David Ricardo, con su capacidad de construir un complejo sistema analítico. El problema central de la economía era cómo se producían los cambios en las proporciones relativas de las rentas correspondientes a la tierra, al trabajo y al capital, y el efecto de estos sobre la acumulación de capital y el crecimiento económico. El modelo se basaba en dos clases principales: capitalistas y trabajadores.

El **Capítulo 7** se centra en Karl Marx, con contribuciones muy relevantes no solo por los resultados de sus investigaciones económicas, poniendo al descubierto las leyes del desarrollo de la sociedad capitalista, sino por aportar un nuevo método de análisis (dialéctica materialista) para el estudio de los fenómenos sociales y económicos, una nueva interpretación de la historia que va a tener importantes repercusiones. Formula una teoría del valor-trabajo que le permite introducir los conceptos de “plusvalía” y “explotación”.

El **Capítulo 8** está destinado a dos corrientes heterodoxas del pensamiento económico: el historicismo europeo (fundamentalmente alemán) y el institucionalismo americano (de los Estados Unidos). Los economistas de la escuela histórica insistieron en la importancia de estudiar la economía desde una perspectiva histórica, como parte de un todo integrado, al asumir un enfoque evolucionista en su estudio de la sociedad. Al mismo tiempo, los institucionalistas, en vez de buscar leyes generales de la economía al introducir en el razonamiento hipótesis irreales, tendieron

a intensificar los estudios empíricos, en especial la investigación acerca de las instituciones de cada sistema económico.

El **Capítulo 9** presenta algunas características de un paradigma que será dominante hasta la crisis de los años treinta. De la mano del utilitarismo, con la revolución marginalista, a finales del siglo XIX, surgirá la escuela neoclásica. Si bien hay varios autores destacables, por la profunda visión del sistema económico, nos concentraremos en Alfred Marshall. Entre los principales temas que se constituyen en aportes perdurables se encuentran la teoría del valor subjetiva y la importancia de los mercados en la determinación de los precios de bienes y servicios y factores productivos que, en un marco de competencia, permiten las condiciones para maximizar las preferencias de los agentes individuales (siempre racionales) a partir de la limitación de los recursos disponibles. Las demostraciones incluyen la operatividad de un modelo con precisión matemática.

El análisis del pensamiento económico desde una perspectiva histórica contribuye a profundizar los vínculos entre la historia y la economía, en la medida en que integra los conceptos y los discursos económicos en las condiciones económico-sociales y político-ideológicas de su emergencia. La historia del pensamiento económico posibilita un primer acercamiento de los estudiantes a los conceptos económicos que integran los discursos asociados a distintas corrientes de pensamiento, aportando a su formación como futuros profesionales. En este punto, el libro brinda las herramientas teóricas necesarias para evaluar las condiciones de surgimiento y los argumentos centrales de las corrientes ortodoxas y heterodoxas, identifica los principales problemas en discusión e interpela críticamente los conceptos y las teorías económicas que fundamentaron la aplicación de políticas económicas específicas en diferentes coyunturas históricas.

El libro pretende convertirse en un recurso para la enseñanza y el aprendizaje de esta disciplina. El texto que ofrecemos se fundamenta en dos elementos: nuestra experiencia docente y lo que creímos mejor de la bibliografía existente. Además, recurrimos, cuando lo consideramos pertinente, a los escritos de los propios autores analizados, a esas fuentes documentales de naturaleza económica. No existe un libro exclusivamente pensado para nuestras carreras, sino que las publicaciones se han destinado a los estudios propios de las ciencias económicas. Por ello, la obra que presentamos es una aventura colectiva que reconoce su principal motivación en la necesidad de mejorar la calidad de nuestra práctica docente: hemos tratado de seleccionar un catálogo ajustado de temas,

desarrollarlos con la extensión precisa, buscando más la brevedad que la exhaustividad.

En ese sentido, como coordinador y responsable de esta edición, me siento orgulloso de formar parte de un equipo que cumplió con el compromiso asumido. Se iniciará ahora otra etapa, la atenta lectura por parte de los estudiantes, los destinatarios –por excelencia– de este trabajo. Esperamos que en el intercambio de cada curso sigamos enriqueciéndonos mutuamente. Al final, serán ellos quienes nos digan si cumplimos con los ambiciosos objetivos.

Confiamos en que estas páginas sirvan para estudiar mejor la historia del pensamiento económico a todos los interesados. Si, además, consiguiéramos transmitir, aunque sea una parte de nuestra afición por sus asuntos y sus problemas, nos daríamos por muy satisfechos.

Aldo Fabio Alonso

CAPÍTULO 

**La doctrina del mercantilismo. Política económica y
riqueza en Europa entre los siglos XV y XVIII**

Aldo Fabio Alonso y Juan Cruz López Rasch

Introducción

El presente capítulo tiene por objeto brindar un panorama general sobre el mercantilismo como una forma de pensamiento económico característica de algunos Estados-naciones europeos (España, Francia, Inglaterra, Austria y algunas ciudades-estado italianas) entre el siglo XV y mediados del siglo XVIII. Para ello, se estructura en tres apartados. En el primero se aborda el contexto de surgimiento y se hace particular hincapié en la gradual desaparición del mundo feudal, en el aumento del comercio, la conformación estatal y su importancia, en la Reforma Protestante y en la Revolución Científica como principales detonantes y singularidades del contexto mercantilista. En un segundo apartado se plantea una breve referencia al metalismo o bullonismo como antecedente directo de los principios económicos del mercantilismo para luego describir cada uno de ellos. En un tercer momento se considera el período de transición entre las doctrinas mercantilistas y la emergencia de una nueva forma de pensamiento económico que dará lugar a la escuela de economía política. En este punto, se han destacado los aportes de William Petty, Richard Cantillon y David Hume. Finalmente, se propone un cierre en el que se retomaran algunos de los principales elementos planteados a lo largo del capítulo.

1. El contexto histórico: la era del capital comercial

El período que se extiende entre mediados del siglo XV y mediados del siglo XVIII no puede definirse sino en función de los vertiginosos cambios que se estaban operando. Y si hay una palabra que caracterice a esta época, sin dudas, sería novedad. Y no es porque durante el extenso período en el que se desarrolló la vida medieval no se evidenciaran signos de transformaciones económicas y materiales sino porque a partir del siglo XV todo pareció ser sino más vertiginoso, al menos inédito. En este sentido, las primeras formas sistemáticas de pensamiento económico

moderno estuvieron acompañadas por cambios políticos, económicos, sociales, culturales y geográficos que caracterizaron a este “mundo nuevo”. En él emergerían nuevas formas de organizar la producción y el comercio y, por lo tanto, también nuevas relaciones sociales.

Durante los siglos que precedieron al surgimiento de la era del capital mercantil, el crecimiento económico era fundamentalmente extensivo; esto es, si se buscaba aumentar la producción, se debía aumentar la superficie cultivada. Desde fines del siglo XI comenzaron a difundirse nuevas técnicas en las tareas rurales que permitieron mejorar el rendimiento. Pese a algunas crisis, como la que tuvo lugar en el siglo XIV, esos avances técnicos se acentuaron hacia fines de la Edad Media.

El aumento de la producción agrícola mejoró la disponibilidad de alimentos y ello redujo considerablemente la posibilidad de que se produjeran hambrunas y epidemias, y acrecentó la prosperidad económica. Claro que estos avances no se produjeron al mismo tiempo y de forma simultánea por toda Europa. Inglaterra fue, sin dudas, uno de los primeros países en el que las fuerzas sociales condujeron los cambios socioeconómicos y productivos iniciándose allí el proceso más temprano de transición al capitalismo.

La temprana privatización de la tierra y la desestructuración de las relaciones comunales de producción redundaron gradualmente en un significativo aumento de la productividad¹. Al superarse entonces la etapa de una agricultura de subsistencia, una parte de esa producción comenzó a comercializarse. La mayor comercialización y una cantidad importante de población dependiente de un mercado –cada vez más definido– hicieron posible la división del trabajo. En esta se desempeñaron como protagonistas los comerciantes-mercaderes, quienes poco a poco comenzaron a ejercer dominio sobre los artesanos y los campesinos. En efecto, los mercaderes eran quienes poseían el conocimiento de la red mercantil –interna e internacional– conectando la oferta –es decir a los productores de determinados bienes– con la demanda –aquellas personas que deseaban adquirir esos bienes–. Esta intermediación permitió organizar un circuito productivo cada vez más complejo entre la ciudad y el campo que favoreció, al mismo tiempo, a la producción rural y sostuvo el crecimiento de la población urbana.

El comercio se vio entonces estimulado desde aproximadamente el siglo XIII. De acuerdo con Duby (1992), dos fueron los condicionantes

1 El proceso de cercamientos y de privatización de la tierra constituye, según distintos investigadores, la materialización del fenómeno transicional. Siguiendo este argumento, el Estatuto de Merton (1236) constituye una manifestación jurídico-política del movimiento de apropiación de los espacios de aprovechamiento colectivo. Mayores detalles en Mir y López Rasch (2011).

de la renovación comercial europea: la incorporación a Occidente del Oriente mediterráneo (en beneficio de los mercaderes italianos) y la penetración de la Hansa² en Escandinavia y en los países eslavos. Así, gradualmente, el mercader profesional fue afirmándose en la sociedad medieval; un personaje dispuesto a correr riesgos, sobre todo por mar, pero amasando por ello asombrosas fortunas. Por entonces, el comercio marítimo y la región mediterránea europea se constituyeron en los polos de la circulación comercial: la ruta del Báltico y la región mediterránea con dos grandes orientaciones, desde Flandes y las ciudades-estado italianas. Entre estas dos grandes áreas comerciales se constituyeron también rutas terrestres en las que proliferaron ferias comerciales. Las más importantes fueron las que tuvieron lugar en la región francesa de *Champagne* (Troyes, Provins, Lagny y Bar-sur-Aube). Las ferias eran verdaderos centros de intercambios al mayoreo que atraían a un buen número de hombres y de productos. Allí, cualquier individuo –sea cual fuere su origen– y cualquier objeto negociable –sea cual fuere su naturaleza– era bien recibido. Pero también se constituyeron en centros privilegiados para la realización de operaciones financieras y crediticias al punto tal que algunos historiadores las plantean como “el mercado monetario de toda Europa” (Pirenne, 1993, p.79). Y, en efecto, desde el siglo XII ya se evidenciaban las primeras organizaciones de crédito y a estas, de manera probable, remontan los orígenes de las letras de cambio. Por entonces, se trataba de simples promesas escritas de pagar una cantidad en un lugar diferente de aquel en el que se había contraído la deuda o, en términos más jurídicos, de un pagaré a la orden a determinado plazo (Pirenne, 1993).

La decadencia de las ferias y del comercio, en general, se sitúa en torno al siglo XIV y coincide en parte con los efectos destructivos y desestructurantes asociados a la Guerra de los Cien Años (1337-1453), a las diversas y generalizadas crisis agroclimáticas y al desembarco y difusión de la peste negra, cuyos efectos más adversos se evidenciaron entre los años 1346 y 1361 (Zahler, 2009). A su vez, la disolución de este tipo de prácticas comerciales respondió a la tendencia de sustituir el intercambio errante por hábitos comerciales más sedentarios y por el desarrollo de la navegación directa; elementos que tuvieron como efecto un aumento del comercio dentro de Europa y con el mediterráneo oriental y un cambio

2 La llamada liga hanseática (o simplemente Hansa) fue una federación comercial y defensiva de las ciudades del norte europeo y que abarcaba varias ciudades de la actual Alemania en el mar Báltico, los Países Bajos, Suecia, Polonia y Rusia y algunas ciudades de las actuales repúblicas bálticas. Su formalización se encuentra ya en documentos de mediados del siglo XIII cuando los mercaderes de estas ciudades comenzaron a fundar gremios con la intención de extender el comercio por fuera de la zona de influencia de estas regiones.

cuantitativo en la diversidad de productos que ahora se transportaban en barcos desde tierras cada vez más lejanas. Es así como luego de la crisis, el comercio dentro de Europa asistió a un nuevo florecimiento y uno de los indicadores del auge parece residir en el rápido crecimiento de grandes sociedades comerciales provistas de “filiales” y corresponsales en las regiones más diversas. A este despertar debe agregarse también el perfeccionamiento en el funcionamiento del crédito cuya expresión material estuvo en la difusión de la aceptación de las letras de cambio y en la consecuente extensión de la actividad bancaria moderna que combinó el comercio del dinero con el de las mercancías.

El comercio se abrió ahora a otras regiones del mundo –desconocidas por los europeos hasta el siglo XV– y que, rápidamente, se insertaron en las estructuras mercantiles internacionales, particularmente América y el Lejano Oriente. En 1492 Cristóbal Colón llegaba a América y cinco años más tarde el navegante lusitano, Vasco da Gama, llegaría a la India. En lo sucesivo, se harían cada vez más recurrentes las expediciones –en los comienzos desde España y Portugal a las que se agregarían luego Inglaterra, Francia y Holanda–. Ello ocasionó un flujo de nuevos y exóticos productos que se importaban a Europa desde Oriente y Occidente y lo que es aún más importante, una serie continua de cargamentos de plata y, en menor medida, de oro, provenientes de las minas del Nuevo Mundo (Galbraith, 1998). La importancia de la circulación de la plata quedó ya expresada en las cifras vertidas por Hamilton en un temprano estudio de la década de 1930³, aunque investigaciones posteriores revisaron esas primeras apreciaciones. De acuerdo con Kriedte (1994), entre 1503 y 1650 se importaron desde América alrededor de 20.665 toneladas de metales (de las cuales, aproximadamente, un 11% fue en oro).

Para algunos modernistas, la enorme inyección de metales en Europa habría sido el principal factor causante de un importante proceso inflacionario que afectó a toda Europa Occidental desde la segunda mitad del siglo XV y durante el siglo XVI⁴ (unos 150 años) en los que –aunque con variaciones entre países– en los peores momentos los precios llegaron

3 Mayores detalles en Hamilton (1934).

4 Sin embargo, permea una discusión respecto a los factores que explican las causas de la *revolución de los precios*. De acuerdo con Kriedte (1994), las causas de la elevación de precios se encontrarían en factores reales (desfase entre el aumento de la población respecto al incremento de la producción) antes que monetarios.

a sextuplicarse⁵. Este aumento de los precios fue lo suficientemente importante como para denominarse, desde la historiografía, “revolución de los precios” y tuvo efectos perjudiciales para los bienes de consumo básicos cuya demanda era inelástica. Sin embargo, y por más problemática que resultara la elevación de los precios, constituyó una fuerza estimulante para aquellos que contaban con algún activo duradero, quienes especulaban con las ventas futuras; en tanto podían preverse beneficios monetarios debido al esperado aumento de los precios. Sería, por ello, difícil poner en duda la influencia favorable que representó para el comercio la persistencia de la inflación. Al mismo tiempo, una mayor circulación de metales –proveniente desde América, desde el Oriente o desde las minas de Europa central– contribuyó a fijar la atención de los mercaderes y del gobierno sobre estos metales y sobre las políticas más eficaces para incrementar su cantidad. Esta cuestión fue un elemento decisivo para la concepción y la política del mercantilismo.

Parece, entonces, que diversos factores se articularon para que emergiera de este proceso una clase de hombres cuya aparición es contemporánea a la transformación de la economía moderna. Estos hombres no eran más que un nuevo grupo de comerciantes –a veces artesanos acomodados– a quienes los progresos del crédito, de la especulación y de la circulación abrían una ascendente carrera que los llevaba a las manos directas de los príncipes. Este aspecto no era una nimiedad puesto que entre los siglos XV y XVI se profundizaría un lento proceso de unificación estatal en Europa⁶. El movimiento de centralización política implicó una retroalimentación entre las élites-nobles y los adinerados mercaderes, quienes gradualmente lograban acomodadas posiciones, tácitas o explícitas, en la esfera política. Los progresos administrativos, los crecientes gastos exigidos por los ejércitos mercenarios y el uso de las armas de fuego, obligaron a los reyes –lo mismo que a los grandes señores territoriales allí donde aún no existía un Estado unificado– a rodearse de un personal de consejeros y agentes de toda clase a quienes les confiaron distintos empleos. Estos nóveles burócratas se ocuparían, cada vez en mayor medida, de las finanzas, la acuñación de moneda, el manejo de los contratos con los proveedores del ejército y hasta de las alianzas con

5 Siguiendo las cifras calculadas por Kriedte (1994), en el curso del siglo XVI (tomando como base 100 al año 1501) los precios de los cereales subieron en Inglaterra un 425%, en el norte de los Países Bajos un 318%, en el sur de los Países Bajos rondaron el 380%, en Francia alcanzaron una suba del 651%, en España (Castilla la Nueva y Valencia) 376%, en la región de la actual Alemania un 255%, en Austria 271% y en Polonia llegaron a un 403%. Aunque los precios de los productos manufacturados aumentaron más del doble, no aumentaron en la misma proporción (p.67).

6 Sobre el proceso de centralización política en las distintas regiones europeas, véase Anderson (1979). Consideremos que, para este autor, se trata de un Estado feudal centralizado que responde a los intereses de la aristocracia terrateniente.

banqueros de distinto tipo y con prestamistas ávidos de hacer negocios con el Estado (Pirenne, 1993).

Entre los príncipes y señores y los mercaderes se estableció entonces una verdadera solidaridad de intereses. Por una parte, sin la intervención constante de los mercaderes, los príncipes no podían cubrir sus gastos ni públicos ni privados. Por otra, los grandes mercaderes y banqueros, en ocasiones, se trataba de la misma persona, contaban con la protección de las autoridades regias contra los abusos del particularismo municipal, para reprimir las insurrecciones urbanas, asegurar la circulación de su dinero y de sus mercancías. De los restringidos gremios urbanos medievales se fue pasando gradualmente a un tipo de trabajo menos exclusivista y que comenzó a requerir incluso el aprovechamiento de la mano de obra campesina en los tiempos muertos. La evolución de esta forma de organizar el trabajo llevaría a la conformación de un nuevo modo de producir la materia prima. Esta forma de producción recibiría el nombre de *putting out system* en su vertiente inglesa; un tipo de manufacturación campesina que tempranamente presentó el aspecto de una industria capitalista. El capital que estaba atrapado en las sombras feudales inició, por medio de la industria rural, el poder que desarrollará en los siglos XVI y XVII (Kriedte, 1994). La misma lógica, huelga decirlo, caracterizó a otras ramas manufactureras como las tapicerías, el tejido de telas de lino y el papel (Pirenne, 1993).

Los estímulos concedidos por las autoridades de los incipientes Estados europeos no solo iban dirigidos a fomentar los negocios. El Estado moderno que se encontraba en proceso de consolidación en algunas regiones introdujo también la problemática del “bien común”. Poco a poco fueron concentrándose en un solo poder de mando todas las reglamentaciones y legislaciones que hacían a la vida comunal, al tráfico interno, a la navegación y al comercio exterior. De modo que en paralelo a la centralización del poder político, también estaba teniendo lugar la centralización económica, al menos entendida en un sentido de autoridad económica sobre la extensión territorial del reino. Al abrirse la modernidad, la conducta de los reyes revela el deseo de proteger la industria y el comercio de sus súbditos, sobre todo de la competencia extranjera e incluso de introducir en su país nuevas formas de actividad. Esta actitud de proteccionismo constituirá todo un rasgo del mercantilismo.

Finalmente, otros factores contribuyeron a consolidar el enorme crecimiento del comercio y a tornarlo en una progresiva actividad lucrativa. Entre ellos, cabe mencionar el impacto que generó entre la sociedad europea la finalización del catolicismo como una forma monolítica de concebir el mundo y la propia existencia. Por eso, es oportuno jerarquizar la

relevancia de la Reforma Protestante⁷. Para historiadores como Tawney (1926) y O'Brien (1944), el cambio fundamental en las ideas religiosas habría apoyado el crecimiento de las instituciones que harían florecer al capitalismo. Fue, en este sentido, la teología y sus propósitos intelectuales lo que comenzó a cambiar la forma de pensamiento. De acuerdo con Brue y Grant (2009), entre la Reforma Protestante y las enseñanzas de Calvino (1509-1564) está, probablemente, la promoción más instrumental del capitalismo y de sus instituciones pues las ideas del protestantismo habrían animado la actividad económica allí donde era desalentada por el catolicismo. Así, la Reforma habría traído cambios asociados al comportamiento económico.

De acuerdo con esta idea –seguidora de la tesis weberiana–, por una parte, se habrían operado cambios en la noción del trabajo pues, de acuerdo a las enseñanzas de Calvino, la población era llamada por Dios para su profesión de modo que cada uno podía especializarse en el tipo de trabajo en el que mejor se encontrara. La teología de Calvino incluía la idea de la predestinación (la salvación o condena individual ya habían sido decididas por Dios) y la acepción de que ninguna acción terrenal podía cambiar ese destino. Con el resultado final predeterminado, la población se habría liberado de las ideas que ataban la salvación con la pobreza. El nuevo mensaje era que el éxito económico constituía una señal del favor divino, es decir, la riqueza era una bendición de Dios por haber respondido a su llamado (los pobres estaban en ese estado porque sus acciones no seguían la voluntad de Dios). De allí que se asocie a esta teoría con el estímulo a la formación de capitales a través del ascetismo y a la génesis de un nuevo tipo de hombre cuyas cualidades se evidenciaban en la inversión, la sistematicidad, el cálculo y la orientación al lucro⁸.

Por otra parte, las nuevas ideas vinieron a levantar las barreras de la prohibición de la usura. Mientras se rechazaba el préstamo a interés para los pobres, cada vez en mayor medida comenzó a sostenerse que la prohibición bíblica no podía aplicarse a todos los sectores sociales. Ello confirió al préstamo a interés una legalidad que indicaba que quienes

7 Hasta el siglo XVI, en los países europeos, la Iglesia católica apoyó –y en algunos casos controló– la política de las monarquías. Las rígidas estructuras sociales encontraban una legitimación en el pensamiento religioso. De hecho, la pobreza era considerada como una “insignia de santidad”. Sobre esta temática, véase O'Brien (1944).

8 En gran medida, la tesis que relaciona los cambios en el comportamiento económico con el capitalismo pertenece a Max Weber ([1905] 2012) para quien, de acuerdo con Lutero, el trabajo y la profesión eran asociados a la idea de vocación y eran considerados como un servicio a Dios y al prójimo. En el calvinismo se profundizaba esta concepción al asignar un sentido misional a la vida terrenal y a sus ocupaciones y deberes, lo que daba lugar a un tipo de hombre ascético (es decir, que renunciaba a la satisfacción de los placeres y/o necesidades superfluas) e individualista (gracias a que la salvación era un acto individual expresable en obras y esfuerzos).

prestaran dinero y se sometieran a un riesgo, podían recibir una compensación; algo que sonaba a justicia –incluso divina– en el campo de los negocios.

Si bien la teología de la Reforma Protestante no representa un cuerpo sistemático de pensamiento económico, incluye la legitimación de la acumulación de la riqueza. El cambio dramático que propuso en los valores culturales podría haber tenido algún efecto en la formación del capitalismo moderno. No hay dudas respecto de que se cuenta entre sus resultados una noción más individualista de la sociedad y una mayor libertad moral en los negocios. Como plantea O'Brien (1944), la Reforma atacó la unidad e integridad de la Iglesia y tuvo éxito en ese ataque, socavó los cimientos del único poder que era lo suficientemente fuerte como para mantener en jaque la ilimitada avaricia y el egoísmo y así abrió el camino para la concesión de una sociedad de individuos, todos guiados simplemente por sus propios intereses, indistintamente de la riqueza de la comunidad y de los dictados de las leyes de la moral. La Reforma cambió las actitudes hacia la actividad económica, promovió el trabajo duro y el individualismo, ideas que serían recogidas más tarde en las escuelas más formales del pensamiento económico.

Conjuntamente con estos cambios, Europa asistió a una nueva transformación que ayudó a comprender de una manera más sistemática al mundo (y al universo) tal y como era conocido hasta entonces. Los siglos XVI y XVII vieron el resurgir de nuevas ideas en todas las ramas del conocimiento (física, astronomía, anatomía y biología, matemática y en menor medida la química) que sentaron las bases de la ciencia moderna. Este proceso iniciado en el siglo XVI se desarrolló como un *continuum* hasta el siglo XVIII, momento en el que resultaba ya evidente que los progresos en el terreno científico eran de tal magnitud –comparados con los adelantos en el terreno teórico y empírico de los períodos históricos anteriores– que se lo designó como Revolución Científica (Cohen, 1976).

En términos prácticos, la Revolución Científica vino a significar un cambio en los modos de conocimiento y de investigación abriéndose paso a la experimentación sistemática a través de la “comunidad” científica. La investigación experimental se constituyó en el paradigma científico por excelencia. Las percepciones sobre el papel del científico con respecto a la naturaleza y al valor de la evidencia (experimental u observada) condujeron a una metodología científica en la que el empirismo desempeñó un importante papel. El “nuevo método” constituía una nueva actitud ante la ciencia, pues implicaba investigar a la naturaleza con los propios sentidos y expresar las observaciones científicas con un lenguaje matemático exacto (Dear, 2009). La importancia del razonamiento

especulativo cedía terreno ante la experimentación y el método hipotético-deductivo; un recorrido que en más sería considerado el camino científico por excelencia. Al tiempo, primero el humanismo y luego el racionalismo vendrían a sostener que el hombre, valiéndose de la razón, podría comprender y dominar el mundo de la naturaleza que, como afirmaba Galileo Galilei en *El ensayador* (1623), estaba escrito en caracteres matemáticos. Asimismo, una invención de 1440 –la imprenta con tipos móviles de Gutenberg– y sus posteriores perfeccionamientos contribuyeron a una mayor difusión del conocimiento y a la extensión en las posibilidades de la alfabetización.

Uno de los efectos más importantes de la Revolución Científica radica en su influencia para la creación de un nuevo tipo de hombre que, al tiempo que devenía en más humano, se tornaba menos dependiente de la teología y de la metafísica medieval. No obstante y más allá del cambio en la concepción del ser humano, los progresos científicos bien se materializaban en un conjunto de instrumentales que terminaron por mejorar las mediciones y la navegación. En este sentido, tanto los comerciantes como los reyes y los príncipes se constituyeron en destinatarios y, en algunos casos, incluso, en mecenas de algún inventor, del perfeccionamiento de los nuevos procedimientos. Así, tuvieron lugar descubrimientos claves en los campos de la ciencia, las matemáticas y la filosofía que contribuyeron al desarrollo de la sociedad europea de la época. Asimismo, el auge de la matemática y la medición ayudó a introducir la estadística en los ámbitos oficiales como un medio para conocer la población, los recursos y el estado de la riqueza nacional.

2. Principios económicos mercantilistas

Las ideas mercantilistas campeaban en la Europa Occidental durante el período de tiempo que va desde el siglo XV hasta el siglo XVIII. Si bien la emergencia y el final del mercantilismo dependen de las cronologías de cada Estado-nación, en términos generales, su comienzo está caracterizado por las transformaciones sucedidas tras la crisis del siglo XIV y su final coincide con un conjunto de grandes cambios que incluyen casi todos los aspectos de la vida social: la primera revolución anticolonial norteamericana en 1776, los inicios del proceso de despegue económico en Inglaterra (comúnmente asociados a la Revolución Industrial) y la publicación de *La Riqueza de las Naciones* de Adam Smith (1776), un signo claro del cambio de concepción respecto al pensamiento económico.

El término mercantilismo fue acuñado por el conde de Mirabeau en 1763 para describir a un sistema de ideas que dominaron el discurso

económico durante el período de tiempo ya señalado. Pese al amplio marco temporal en el que se desarrollaron estas ideas, los autores mercantilistas estuvieron lejos de conformar una escuela de pensamiento en sentido estricto; eran, antes que eso, un grupo dispar de estadistas y comerciantes que en la mayoría de los casos simplemente adherían a la causa por sus propios intereses. Fue un ideario compartido en Inglaterra, Holanda, España, Francia, Alemania, Escandinavia y algunas ciudades-estado italianas.

La falta de cohesión entre los autores mercantilistas puede atribuirse en gran medida a la ausencia de instrumentos analíticos comunes que pudieran compartir y pasar a una generación de sucesores. La comunicación entre los mercantilistas fue pobre o inexistente (Ekelund y Hebert, 2006). De allí que resulte conveniente referirse a este conjunto de ideas económicas en plural, es decir, como “los mercantilismos”. Y era tal la disparidad dentro de la coincidencia que pueden encontrarse medidas de corte mercantilista muy diferentes según sea el país de referencia. No obstante, puede observarse un elemento en común: las formulaciones mercantilistas expresaban intereses y ambiciones de una nueva clase social en ascenso, los mercaderes.

2.1. Los antecedentes: el metalismo o bullonismo

Las medidas de políticas económicas que integran la formulación mercantilista reconocen un antecedente inmediato, cuyo eje giraba en torno al atesoramiento de metales preciosos como fuente fundamental de riqueza para el reino. De allí que haya sido denominado como metalismo, bullonismo o bullonismo⁹. Una de las primeras expresiones del metalismo se remonta a la monarquía española de los Habsburgos (particularmente, en la región de Castilla) en los siglos XVI y XVII y se enunció en un conjunto bien nutrido de reglamentos y controles para impedir la salida de metales preciosos que se extraían en América y que desembarcaban en la península Ibérica¹⁰. Entre los representantes más destacados de estas ideas pueden mencionarse, entre otros, a Tomás de Mercado (¿?-1575), Pedro Fernández de Navarrete (1564-1632) y Martín González de Cellorigo (1559-1633), quien habría dado consejo a Felipe III respecto de que las causas de la inflación española eran provocadas por la llegada de la plata americana. González de

9 Una síntesis sobre bullonismo y antibullonismo puede verse en Cortés Conde (2003).

10 Una de las principales medidas fue la creación en 1503 de la Casa de Contratación en Sevilla para regular y llevar la administración del comercio entre España y América en resguardo de la Corona. Entre sus funciones se contaban el registro de las transacciones económicas, la conservación de mapas y utensilios para la navegación, la inspección de los barcos, emisión de notificaciones respecto a tonelajes permitidos, gestión de armamentos para las naves, etc.

Cellorigo señaló, en fechas bien tempranas, que el dinero en circulación debía limitarse a la cantidad de transacciones producidas; una formulación que anticipaba la teoría cuantitativa del dinero (Vilar, 1980). En Inglaterra, se destacaron las contribuciones de Thomas Milles (1550-1626), un empleado de aduanas bajo el reinado de Isabel I y de Jacobo I. Publicó en 1599 una obra que era fruto de su experiencia laboral a la que tituló: *La apología del cliente*¹¹. En esta obra, Milles promovía doctrinas tendientes a conservar los metales preciosos dentro de las fronteras del reino, en detrimento de las letras de cambio y la especulación financiera en general entendiendo que estas solo conducirían a la usura. Propuso, en cambio, la reinstauración del derecho medieval de *emporio o almacenaje*; una práctica que planteaba que los navíos que hacían escala en un puerto de paso hacia su destino final debían descargar su mercancía y ponerla a la venta por un número de días determinado antes de poder continuar su ruta. Estas medidas, consideraba, contribuían a aumentar las posibilidades de los buenos negocios y propiciaban la obtención de lingotes de oro. Entre otros de los reconocidos bulloñistas ingleses se cuenta a Gerard de Malynes (1586-1641) quien publicó en 1601 una obra cuyo título remitía a la idea directa de la riqueza inglesa: *Un tratado sobre la llaga de la riqueza común en Inglaterra*, en el que sostenía que el intercambio de oro había sido más un intercambio de valor que un intercambio del peso del metal (Landreth y Colander, 2002).

2.2. Las doctrinas mercantilistas

Los mercantilistas no se preocuparon por explicar el funcionamiento de la economía material ni por el establecimiento de las causas sociales vinculadas con los fenómenos económicos. Sin embargo, tal como plantea Heckscher (1943), “en los argumentos de los mercantilistas no había mucho de mística (...) no apelaban a los sentimientos sino que aspiraban, manifiestamente, a encontrar los fundamentos racionales de cada uno de los puntos de vista adoptados por ellos” (p.748). En gran medida, los escritos mercantilistas evidencian un marcado interés sobre las ganancias materiales del Estado pues los recursos de la sociedad debían utilizarse para promover el enriquecimiento y el bienestar del reino. Y, en función de aumentar la riqueza, una serie de temas concentraron la atención de los autores mercantilistas, entre ellos: el comercio y las finanzas internacionales, el dinero y sus efectos, el tamaño de la población y el aprovechamiento del factor trabajo.

11 La tirada de Milles fue de 50 ejemplares y estaba destinada a un limitado número de personas con capacidad de toma de decisiones, es decir, a los miembros del *Privy Council*.

2.2.1. Comercio y finanzas internacionales

El oro y los medios para adquirirlo fueron, en efecto, el centro de las discusiones. Como se ha mencionado, en el período histórico en el que vivieron estos pensadores, tanto el dinero como su acumulación constituían el interés supremo de los Estados-naciones europeos. El lingote de oro era la unidad de cuenta internacional. La obtención de oro por medio del comercio y las restricciones comerciales de muchas clases fueron esencialmente ideas mercantilistas¹². El dinero –y no los bienes– constituían la concepción de riqueza. De allí que uno de los fines del comercio y de la producción fuera aumentar la riqueza por medio del incremento de la acumulación de lingotes en el país. El empleo y la industria nacional se promovían mediante el fomento de las importaciones de materias primas y de las exportaciones de productos finales. En una escala macroeconómica, se deseaba un excedente de las exportaciones sobre las importaciones o una “balanza comercial favorable” puesto que el saldo tenía que enviarse en oro¹³.

Un resumen de las ideas mercantilistas puede encontrarse en el manifiesto de Philipp Wilhelm von Hörnigk (1640-1714), abogado austríaco que publicó en 1684 un tratado mercantilista al que, acorde con su país de residencia, llamó *Austria ante todo, sólo si ella quiere*. En esta contribución sostenía las “nueve reglas principales de la economía nacional” cuyo espíritu fundamental se resume en el siguiente párrafo:

El poder y la eminencia de un país consisten sólo en su suministro de oro y plata y de todas las cosas necesarias para su subsistencia, derivadas, tanto como sea posible, de sus propios recursos, sin dependencia de otros países extranjeros y el uso de ahorro de dinero propio (von Hörnigk, [1684] 1924, p.221).

12 El mercantilismo inglés se caracterizó, no solo por la protección de la moneda y el mantenimiento de los metales dentro de las fronteras del reino y del proteccionismo, sino también por un temprano y férreo establecimiento del monopolio comercial con las colonias. Las Actas de Navegación constituyen una expresión de esta orientación. Conformaban una serie de leyes que desde 1651 restringían el uso de barcos extranjeros en el comercio inglés, se procuraba una subordinación de las colonias al Parlamento, la prohibición de cualquier desarrollo de manufacturas en las colonias y que pudiera competir con las producciones de la metrópolis y el establecimiento del monopolio comercial colonial por parte de navegantes ingleses. Para mayores detalles, véase Deyon (1970).

13 El concepto de balanza comercial fue una de las formulaciones teóricas más perdurables del mercantilismo. Por entonces, el concepto ya incluía partidas visibles e invisibles (como fletes y seguros). El concepto designa a las operaciones del comercio exterior de una nación durante un período de tiempo determinado. Cuando las ventas superan a las compras, se habla de superávit comercial o saldo positivo. Por el contrario, cuando las compras realizadas en el extranjero superan a las ventas, su saldo es negativo o deficitario.

Para alcanzar esta meta, von Hörnigk proponía las nueve reglas, cuyas ideas centrales pueden resumirse como sigue:

1. Inspeccionar el suelo del país y no abandonar las posibilidades agrícolas de ningún rincón. No se debe escatimar en problemas o gastos para descubrir oro y plata.
2. Todas las mercaderías que utilicen materias primas encontradas en el país deben ser trabajadas en el propio país; el pago por manufacturar excede el valor de la materia prima por lo que un descuido de estos es una abominación para los administradores prudentes.
3. Para llevar a cabo lo anterior se necesitará gente, tanto para la producción como para el cultivo de las materias primas. Por tanto, la población debe ser tan grande como el país pueda soportar.
4. El oro y la plata, sea obtenido de las propias minas del país o de otros países por medio del comercio, no pueden, en ningún caso, ser sacados del país por cualquier propósito, o permitirse que sean enterrados en cofres y arcas o destruido, sino que debe siempre permanecer en circulación.
5. Los habitantes del país deben hacer todo lo posible para consumir sus productos nacionales, limitar el consumo de lujo y prescindir de los productos extranjeros.
6. En el caso de que las adquisiciones de productos extranjeros sean indispensables, deben obtenerse de primera mano y no a cambio de oro y plata sino a cambio de otras mercaderías domésticas.
7. Los productos extranjeros deben ser importados como materia prima y ser manufacturados dentro del país.
8. Deben buscarse oportunidades permanentes para vender bienes manufacturados a los extranjeros en tanto sea una medida necesaria para obtener oro y plata.
9. Salvo consideraciones importantes (...) no se permita ninguna importación si los bienes que se importan existen de modo suficiente y adecuado en el país. No debe mostrarse en este asunto ni simpatía ni compasión hacia los extranjeros, sean amigos, parientes, aliados o enemigos porque toda amistad cesa cuando involucra la propia debilidad y ruina ([1684] 1924).

En el planteo de von Hörnigk se evidencia una clara orientación de todos los negocios del Estado en la búsqueda, acumulación y conservación dentro de las fronteras internas del oro y de la plata. Esta idea rectora fue un elemento compartido dentro del espectro mercantilista, así como los

medios arbitrados para poder lograrlo¹⁴. Si la riqueza podía medirse en lingotes, las políticas de protección al propio reino estaban a la orden del día. Desde este plano, tanto el comercio cuanto la acumulación de metales conformaba poco menos que un juego de suma cero en el que cuanto más ganase un país, menos quedaría para los otros. De modo que el resguardo y la política de perjudicar al vecino fueron asiduamente estrategias seductoras en las que muchos autores mercantilistas veían una forma de alcanzar un aumento de la riqueza. Quizá, una de las formas más acabadas del mercantilismo en este terreno se encuentre en la Francia de Luis XIV. Allí, su ministro de finanzas entre 1661 y 1683, Jean Baptiste Colbert, aplicó una serie de medidas cuyo objetivo era expandir las exportaciones, reducir las importaciones e impedir la salida de lingotes del país.

Particularmente, las políticas económicas más sustanciosas del colbertismo cobraron auge tras la contracción del comercio mundial entre 1660 y 1680. En ese contexto económico, el Estado desplegó una intensa actividad financiera y económica y en múltiples aspectos: sin reformar la legislación fiscal trató de regularizar la entrada de impuestos, de mejorar el sistema de arrendamientos de tierras y de aligerar las cargas que recaían sobre los campesinos. Según Duby y Mandrou (1981), con estas medidas Colbert buscaba aumentar las exportaciones y, por tanto, los ingresos de metales preciosos. Para ello se alentó la creación de manufacturas, las reformas de las corporaciones, estímulos productivos, subvenciones a las compañías de comercio y, sobre todo, a las compañías coloniales que recibieron el monopolio exclusivo del tráfico con las Antillas, Canadá y Guinea. Francia, bajo el colbertismo, se tornó en un Estado en el que gradualmente se organizaba el comercio exterior: se limitaban las compras de géneros de poco valor, de productos agrícolas y de maderas. En cambio, se buscaba alentar las ventas de tejidos, tapices, espejos, porcelanas y productos de lujo fabricados en talleres instalados por todo el país.

2.2.2. La moneda y la teoría monetaria

Otro de los tópicos sobre los que recayó la atención de los mercantilistas –y que queda evidenciado en la cuarta regla de von Hörnigk– fue la cuestión monetaria. Los principios acerca de que el dinero era un signo de riqueza y la importancia conferida a su circulación también fueron

14 En cierto punto, las formulaciones de Thomas Mun se mostraban contrarias a esta opinión común. Tal como lo formulara en *La riqueza de Inglaterra por el comercio exterior. Discurso acerca del comercio de Inglaterra con las Indias Orientales* ([1644] 1978), la exportación de moneda a cambio de mercancías constituía un medio para aumentar la riqueza; una idea que para el autor adquiría sentido toda vez que no se tuvieran medios para adquirir riqueza sino por el comercio exterior.

compartidos ampliamente por otros pensadores contemporáneos al austriaco. La ecuación entre uno y otro era simple: cuanto mayor cantidad de metales circularan por el reino, mayor era el reflejo de su riqueza. No obstante, el brillo de la riqueza portaba una oscura consecuencia pues, tal como sostendrían entre otros, el inglés Thomas Mun, parecía existir una relación directa entre la moneda y el nivel general de precios:

(...) todo el mundo está conforme en que la abundancia de dinero en un reino hace los artículos domésticos más caros, lo que, como es en provecho de las rentas de algunos particulares, va directamente en contra del beneficio del público (...) pues como la abundancia de dinero hace los artículos más caros, así los artículos caros disminuyen en uso y consumo (Mun, [1644] 1978, p.72).

Este planteo constituye una primigenia idea que modeló la teoría cuantitativa del dinero. Según esta formulación, el nivel de precios, *ceteris paribus*, es una función de la cantidad de dinero. En sus primeras expresiones, esta teoría no era más que la reiteración de una idea que afirmaba que un aumento en la cantidad de dinero produciría un aumento del nivel de precios. Una variante más sofisticada y más contemporánea procura explicar el incremento general de precios vinculando el volumen de intercambio con la oferta de dinero¹⁵. Acorde a esta idea, los precios varían en proporción directa con la oferta de dinero, es decir, se iguala la masa monetaria multiplicada por la velocidad (el número de veces que el dinero rota por año) al nivel de precios multiplicado por el número de transacciones generadoras de ingresos por año [$M \times V = P \times Q$]. Como parte de esta concepción también se incluían recomendaciones tendientes a evitar la alteración de la moneda pues, se juzgaba que, “los rebajamientos de la moneda no podían enriquecer al reino con tesoros ni impedir de esa manera su exportación” (Mun, ([1644] 1978, p.84). Este comportamiento parecía constituir todo un principio. Toda vez que existiera alteración de la moneda se instauraría entre el público la necesidad de corroboración de la moneda y se expulsaría del mercado a la que fuera considerada como “mala” o alterada. Uno de los pensadores que llegó a esta formulación fue Thomas Gresham –mercader inglés– quien advirtió ya en el siglo XVI que en las transacciones que se llevaban a

15 Cabe aclarar que si bien esta constituyó una idea rectora del pensamiento mercantilista respecto de la relación entre el dinero y los precios, luego, sobre finales del período, aparecen otras concepciones que tienden a vincular el problema de la moneda con el ingreso, el consumo y la tasa de interés.

cabo, la gente prefería pagar con la moneda más débil y ahorrar la más fuerte para exportarla o fundirla¹⁶.

2.2.3. Los controles interiores: monopolios, concesiones y regulación

Sea en lo concerniente a la moneda cuanto al comercio, todos los mercantilistas estuvieron de acuerdo en la necesidad de los controles internacionales. Como sostenía Michel de Montaigne en su famosa obra *Ensayos* de 1580 “La utilidad de un hombre es el daño de otro y por tanto no es posible obtener cualquier utilidad si no es a costa de otro.” (p.35). Sin embargo, con frecuencia los mercantilistas tenían opiniones distintas cuando se trataba de los controles interiores. En general, existió una tendencia a la oposición de peajes, impuestos internos y otras restricciones sobre el movimiento de bienes. No favorecían el libre comercio interno en el sentido de permitir que las personas se dedicaran a cualquier comercio que desearan (Brue y Grant, 2009). Por el contrario, como ya se ha indicado, preferían el otorgamiento de monopolios y privilegios comerciales exclusivos. Muchos mercantilistas se apoyaron en el Estado para planificar y regular la vida económica¹⁷. Y entre estas políticas había distintas clases de regulación económica nacional e internacional. Las condiciones nacionales en la economía mercantilistas se componían de regulaciones detalladas en algunos sectores de la economía, poca o ninguna regulación en otros, impuestos y subsidios en el caso particular de algunas industrias y entrada restringida en muchos mercados. Los monopolios legales en forma de privilegios y de patentes fueron comunes en el mercantilismo. Un privilegio garantizaba los derechos exclusivos del comercio a un comerciante en particular o a una sociedad de comerciantes, como la Compañía de las Indias Orientales. Tal como se planteaba en Inglaterra en un debate en la Cámara de los Comunes en 1601:

16 Aunque en el siglo XIX se atribuyó esta idea a Gresham denominándola “ley de Gresham”, este comportamiento ya había sido observado con anterioridad por otros mercaderes que lo anticiparon. La “ley de Gresham” plantea que si existen dos monedas con el mismo valor nominal pero con diferentes valores intrínsecos (cantidad de metal precioso), entonces la moneda “mala” se usará para pagos internos, mientras que la “buena” se guardará, se derretirá o se usará para pagos internacionales.

17 El mercantilismo puede ser interpretado como un *rent seeking system*, es decir, un sistema que busca obtener beneficios gozando de rentas derivadas de monopolios, los cuales, claro está, son establecidos por poderes extraeconómicos. Así, estaría asociado a controles y derechos que los poderes políticos aplican sobre esferas productivas y comerciales. Véase Ekelund y Tollison (1981), quienes utilizan en su estudio un término acuñado, originalmente, en el marco de la teoría de la elección pública.

Primero consideremos la palabra monopolio, que se compone de *Monos*, que es *Unus*, y *Polis*, que es *Civitas*. De manera que el significado de la palabra es éste: limitación de cualquier cosa pública, en una ciudad o mancomunidad, a un *us* privado. Y a quien la usa se la llama monopolista; *quasi, cujus privatum lucrum esturbis et orbis Commune Malun*. Y nosotros podemos calificar a este hombre como el Torbellino de los Beneficios del Príncipe (Tawney y Power, 1924, p.270).

Por doquier hubo muchos intentos por parte de comerciantes y administradores de las ciudades para regular la actividad económica y evitar a los “intrusos” en los privilegios locales. Pero era la Corona el aliado fundamental en la concesión monopólica pues, la práctica, de otro modo, no revestía legalidad. Comerciantes y gobernantes se entremezclaban en lucrativas concesiones que beneficiaban a ambas partes y que detrás tenían un objetivo enmarcado en la defensa nacional. Por ejemplo, en 1580, la reina Isabel I reclamó el derecho real de producir salitre y pólvora y concedió un derecho de monopolio para su fabricación a George y John Evelyn. A raíz de ello, la familia Evelyn disfrutó de lucrativos beneficios derivados de las rentas compartidas con la Corona durante cincuenta años (Citado por Brue y Grant, 2009, p.64).

Algunos historiadores han sugerido que los mercantilistas eran simplemente comerciantes individuales que defendían estrictamente sus propios intereses (Galbraith, 1998) y que, por tanto, la búsqueda de un acercamiento con el poder político era un requisito de garantía a las ganancias. En este sentido, el mercantilismo fue una alianza de poder entre el monarca y el capitalista-comerciante. El rey dependía de la actividad económica del mercader para acumular su tesoro, mientras que el comerciante dependía de la autoridad del monarca para proteger sus intereses económicos. El uso del proceso político para asegurar las ganancias era una forma de buscar rentas. Sin embargo, otros historiadores han sugerido que los mercantilistas eran simplemente comerciantes individuales que defendían estrictamente sus propios intereses (Ekelund y Hebert, 2006) aunque esto los llevara de mala gana a vincularse con los poderes de turno.

2.2.4. Salarios, población y distribución del ingreso

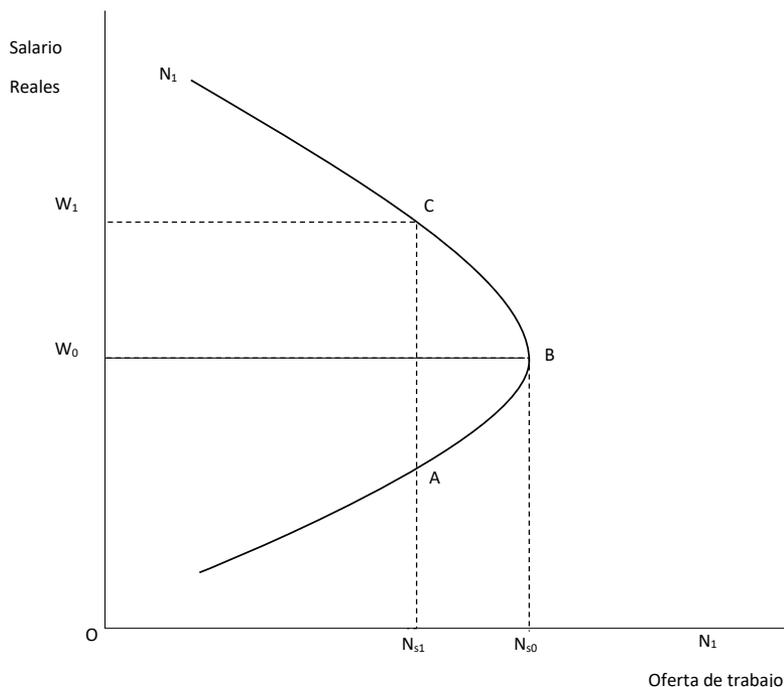
Más allá del gusto o desagrado en cuanto a la vinculación con el poder político, no hay dudas de que los intereses de la clase mercantil y de la aristocracia confluyeron en la cuestión de las políticas relativas al trabajo y a los salarios. El mantenimiento de unos salarios bajos y una población creciente fue un elemento claro en la literatura mercantilista y tenía su

origen en un deseo de mantener una distribución desigual de la renta. En este sentido, la política de salarios bajos tenía un trasfondo moral a través del que se trataba de destacar la utilidad de la condición de la pobreza¹⁸. Esta formulación implicaba que la retribución por el trabajo se mantuviera al nivel de subsistencia pues, de otro modo, los salarios elevados podrían conducir a toda clase de excesos como la embriaguez o el libertinaje. Las clases trabajadoras eran así portadoras de un mote negativo que las vinculaba a la pereza. La salida a esta condición se daría solo mediante el esfuerzo permanente; una forma mercantilista de contribuir incluso a un mejoramiento en la condición social de los sectores bajos. Si los salarios se mantenían por encima del nivel de subsistencia, la búsqueda de la gratificación física llevaría simplemente al vicio y a la ruina moral. Desde esta lógica, la pobreza –causada por un salario al límite de subsistencia o por un costo de vida alto– era la fuerza que hacía al gandul un sujeto laborioso. El desempleo, desde el punto de vista mercantilista, era un resultado de la indolencia. No obstante, lejos de ser una privativa enunciación mercantilista, esta concepción sobre los salarios bajos e incluso sobre la pobreza incluyó a otros pensadores y se encuentra presente en tardías formulaciones. En el final de la época mercantilista, Bernard de Mandeville argumentaba que a los niños de los pobres y a los huérfanos no se les debía dar una educación a cargo de fondos públicos, sino que debían ser puestos a trabajar a una temprana edad. Según Mandeville, la educación arruina al “que merece ser pobre” o en otras palabras:

(...) el que sabe leer, escribir y conoce la aritmética, es muy necesario para aquellos cuyos negocios requieren tales conocimientos, pero donde la subsistencia de la gente depende de ellas, estas artes son muy perjudiciales para el pobre (...) la asistencia a la escuela, comparada con cualquier trabajo es holgazanería; cuanto más tiempo continúen los menores en este cómodo tipo de vida, más ineptos serán cuando crezcan, tanto en fortaleza como en disposición para el trabajo al que están destinados ([1714] 1982, p.191).

La creencia en la utilidad de la pobreza y en la baja condición moral de los trabajadores respaldaba la conocida teoría mercantilista de una función de oferta de trabajo inclinada hacia atrás. Muchos mercantilistas temían que después de que los salarios alcanzasen un cierto punto, los trabajadores prefirieran el ocio adicional a un aumento de los ingresos. El siguiente gráfico ilustra estas consideraciones:

18 Esta asociación fue destacada por Furniss (1920) a quien remitimos para mayores detalles.

Gráfico 1. Relación entre la oferta de trabajo y los salarios reales

Fuente: elaboración propia con base en Ekelund y Hebert (2006, p.54).

A través de la curva hacia atrás se evidencia que cuando los salarios aumentan de W_0 a W_1 se produce una disminución de la oferta de trabajo, de N_{s0} a N_{s1} . Bajo esta formulación, el aumento de la prosperidad –si se presentaba en forma de un aumento del salario medio– debía desalentarse porque, en consecuencia, la cantidad del factor trabajo disminuiría junto al producto y a la capacidad de acumular metales por medio del comercio (Ekelund y Hebert, 2006, p.53). Probablemente el argumento fuera simplemente una defensa de una determinada distribución económica y social del ingreso.

Finalmente, los autores mercantilistas no destinaron demasiado tiempo a reflexionar sobre el valor aunque es probable que de modo un tanto indirecto reconocieran la importancia del trabajo como fuente generadora de este, toda vez que se tradujera en un procesamiento de bienes exportables. En todo caso, si tuviera que analizarse la teoría del valor para estos autores, no puede dejar de considerarse la ya mencionada atención a la acumulación de riquezas y al control de mercados y territorios. Tampoco prestaron demasiada atención a la relación entre el interés y la

productividad del capital; cuestiones que serán de particular abordaje en otras formas posteriores y más sistemáticas de pensamiento económico.

3. La transición a la escuela clásica de economía política: los precursores

En la medida en que se operaban cambios en la sociedad europea de los siglos XVII y XVIII, en el pensamiento económico pareció emerger una tendencia hacia una mayor libertad en el mundo de los negocios, al abandono gradual de las concesiones monopólicas, las fuentes de la riqueza y el rol que desempeñaban tanto el trabajo como la población. Fue tornándose cada vez más evidente que la injerencia del Estado en la vida económica individual no siempre traía una prosperidad mayor. Algunos de estos pensadores lograron plasmar sus ideas en tratados y folletos que tuvieron una amplia repercusión y que de algún modo anticiparon las nuevas ideas que serían representativas de la escuela de economía clásica. Y entre los muchos antecesores del pensamiento clásico, por la importancia que con posterioridad se confirió a sus formulaciones –particularmente en Inglaterra– destacaron William Petty, Richard Cantillon y David Hume.

3.1. William Petty

A Sir William Petty (1623-1687) se deben algunas concepciones que bien pueden considerarse precursoras de la economía clásica. Sin dejar de compatibilizar su pensamiento con el mercantilismo, poco a poco, Petty fue virando hacia una postura que cuestionó algunos de sus postulados centrales adelantándose en varios sentidos a las formulaciones de Adam Smith. Los puntos de vista económicos de Petty se establecieron en varias obras: *Tratado de impuestos y contribuciones* (1662), *La palabra prudente* (escrita en 1664 y publicada en 1691), *Anatomía política de Irlanda* (escrita en 1672 y publicada en 1691) y *Aritmética política* (escrita desde 1672 hasta 1676 y publicada por primera vez en 1690).

En estas obras se evidencia una clara postura orientada hacia un comercio exterior más libre, sobre todo, como un método para combatir el contrabando; una realidad que mostraba el comercio colonial en casi todas las regiones. Asimismo, estaba a favor del arancelamiento de los bienes procedentes de la importación bajo el argumento de que dichos artículos serían más apreciados que los mismos bienes de elaboración local. Puesto que Petty se orientaba hacia una mayor apertura en el comercio

exterior inglés, esta concepción de libertad contrastaba lisa y llanamente con las ventajas que acarrearía, según el pensamiento mercantilista, un comercio restrictivo y que desalentara la competencia en favor de los productores locales. De igual modo, sugería que en forma gradual el país podía abrirse a la importación de materias primas.

Petty se oponía a las leyes que prohibían la exportación de dinero, pero en *Aritmética política* se mostraba contrario a pagar a los extranjeros por los embarques y por el comercio de bienes obtenidos en los dominios ingleses así como el gasto en bienes importados cuya fabricación podría realizarse en Inglaterra. Y al igual que otros mercantilistas, Petty favorecía el pleno empleo y una población numerosa, pero su argumento recaía en la posibilidad de aumentar los ingresos para el Estado. En efecto, el autor pensaba que el Estado debía tomar medidas para combatir el desempleo ofreciendo trabajos en obras públicas, en la extracción de minerales y en la fabricación de bienes. Desde esta mirada, podría sostenerse que fue un verdadero predecesor de aquellos economistas contemporáneos que abogan por el empleo en el servicio público para reducir el desempleo estructural y cíclico (Brue y Grant, 2009). En todo caso, la financiación podría realizarse por una vía impositiva en la que los impuestos podían ser proporcionales a la renta siempre que el dinero quedara dentro de las fronteras del país.

Como precursor de la economía clásica cabe mencionar que William Petty fue un estadista pionero. Y aunque muchos de sus cálculos eran imperfectos y algunos se basaban en suposiciones débiles –hay que considerar también el estado de la recolección de datos por entonces– ello no resta importancia a la fundación de la estadística como un medio para conocer la riqueza y su distribución; un método que actualmente constituye una importante herramienta dentro de los análisis económicos. Petty imprimió una concepción sistémica a la economía, pues según pensaba, cualquier problema económico estaba inserto en una estructura mayor que permitía su verdadera comprensión. Sus aproximaciones a los problemas económicos se realizaron desde la investigación para la que introducía metodologías cuantitativas a las que juzgaba como las únicas posibles para alcanzar un análisis más riguroso. Se evidencia, en este plano, la influencia de Francis Bacon (quien había propuesto el método inductivo) para conocer la causalidad de los fenómenos. En *Aritmética política*, Petty se basaba sobre todo en las matemáticas y en la estadística: dos formas de acercamiento a la realidad con las que buscaba reunir los datos necesarios para estudiar los problemas de su época.

Petty expresó algunas ideas que formarían luego el corazón de las formulaciones clásicas. Entre estas se destacan la relación entre la

velocidad de circulación del dinero y las consecuencias negativas que podría acarrear un exceso de oferta monetaria, la importancia de la división del trabajo como una forma de aumentar la producción total del país, la renta como una retribución específica (o un excedente proveniente) del factor tierra –aunque no consideró el rendimiento del capital y sus implicancias en la formación del excedente proveniente de la tierra–, la importancia de los bienes de capital en la producción ([1672] 1970) e incluso formuló una teoría del valor-trabajo en la que consideraba que el trabajo era el padre y la tierra la madre de la riqueza. Consideraba también que los intercambios estaban en relación con leyes naturales a las que resultaba inútil oponerse. Desde este plano, los precios poseían una tendencia a retornar a su nivel natural; una formulación que sería característica luego entre los autores de la escuela clásica y particularmente en Adam Smith.

3.2. Richard Cantillon

Richard Cantillon (1680?-1734) nació en Irlanda. Pasó muchos años en París, en donde se convirtió en un acaudalado banquero y un exitoso especulador en acciones y divisas. Su único libro, *Ensayo sobre la naturaleza del comercio en general*, fue escrito entre 1730 y 1734 y publicado en 1755. Su obra se anticipó en dos temas importantes a los fisiócratas. En primer lugar, emplea la denominación de empresario para referirse a los agentes que desempeñaban su rol económico en los negocios, papel que no estaba exento de riesgos y por tanto, estos debían verse reflejados en la utilidad. Hasta cierto punto su argumento conformaba una defensa del empresariado en tanto y en cuanto concebía la legitimidad en la percepción de un interés por los riesgos incluidos en los préstamos o en las inversiones. En segundo lugar, planteaba la circulación de dinero desde el terrateniente hacia la ciudad y en los distintos negocios para después retornar a los productores agrícolas y ganaderos tras la búsqueda del abastecimiento.

Cantillon también desarrolló una teoría del valor y del precio. Su énfasis en el papel de la tierra y del trabajo, sobre la oferta y la demanda y sobre las fluctuaciones del precio alrededor del valor intrínseco, lo convirtieron en un precursor directo de la economía clásica (Brue y Grant, 2009). Sostenía que los aldeanos llegaban a las ciudades los días de mercado para vender sus productos y comprar las cosas que necesitaban. En los intercambios, los precios se fijaban por la interacción entre los productores y el dinero ofrecido por los compradores. Una vez que se había alcanzado un acuerdo entre pocos, el resto de los productores y consumidores seguían

sin dificultad ese comportamiento, al menos, durante ese día. Según Cantillon, el precio o el valor de cualquier cosa representaba la medida de la cantidad de tierra y de trabajo que entraban en su producción. No obstante, el precio final que resultaba de las negociaciones entre productores y consumidores dependía también del humor y de las pretensiones de unos y otros así como de la variación del flujo y reflujo de los bienes, es decir, de su grado de abundancia o escasez.

Otra de las formas en las que su pensamiento precedió al de los clásicos fue en su percepción respecto de que la población podía crecer de modo ilimitado acorde a la disponibilidad de recursos; un argumento que años más tarde sería desarrollado con mayor detalle por el reverendo Thomas R. Malthus. También comprendía que la productividad de una nación dependía del trabajo orientado a la producción de bienes vendibles –sobre todo en el extranjero–, y que la riqueza de un país bien podía medirse en términos de producción antes que de acumulación de metales; una anticipación de dos concepciones: una sobre la riqueza y otra sobre el trabajo productivo, las que serán formuladas tanto por los fisiócratas como por Adam Smith, tiempo después.

Una de las contribuciones y legados más importantes –y duraderos– de Cantillon a la teoría económica se vinculan, sin embargo, con su concepción monetaria. Distanciándose de los mercantilistas y de la teoría cuantitativa del dinero, planteaba que los fenómenos de expansión monetaria o de adulteración de la moneda podían conducir a un aumento de precios modificando no solo su nivel sino además su estructura. De ello se derivaba que la cantidad de dinero tenía efectos reales sobre la economía; una idea que eliminaba la neutralidad del dinero y que actualmente se denomina “efecto Cantillon”. Este autor sostenía que la inflación generaba ganadores y perdedores por lo que podía conformar una fuente de redistribución de riquezas. Además, Cantillon observó dos efectos distintos del aumento en la oferta monetaria sobre los tipos de interés. Si el nuevo dinero pasaba a las manos de los prestamistas, se aumentaba la oferta de fondos prestables, lo que contribuía a reducir los tipos de interés. Pero si ese dinero era gastado generaría un estímulo en la producción de los sectores que verían incrementada su demanda y que llevaría a que los agentes aumentaran la demanda de préstamos, y con ello, hacer subir los tipos de interés.

3.3. David Hume

David Hume (1711-1776) nació en Escocia doce años antes que Adam Smith e ingresó a la Universidad de Edimburgo a la edad de doce

años y salió a los quince sin obtener un título. Pasó su vida como tutor de un marqués y como un funcionario inferior del gobierno. A su retiro regresó a la propiedad que había heredado, en donde escribió prolíficamente. Su fama como historiador se derivó de su *Historia de Inglaterra*, de múltiples tomos (1754-1762), que fue editada numerosas veces; su reputación como economista quedó establecida por sus ensayos económicos en *Discursos políticos*, publicados en 1752. Entre todos los precursores de la economía clásica, Hume se acercó más a las ideas de Adam Smith (Brue y Grant, 2009).

Su mayor contribución como economista fue la presentación de lo que desde entonces se ha llamado el mecanismo del flujo de precio efectivo (o en metálico). Los mercantilistas querían promover el excedente de exportaciones con el fin de acumular riquezas pero Hume, al igual que Cantillon, avizoraba el peligro de la acumulación de metales dentro del país. Aceptaba, en este sentido, la teoría cuantitativa del dinero y analizó el mecanismo de equilibrio internacional que operaría sin la intervención del gobierno. En su ensayo *Sobre la balanza comercial* (1752), Hume escribió:

Supongamos que las cuatro quintas partes de todo el dinero en Gran Bretaña se destruyen en una noche y la nación se ve reducida a la mínima condición (...) ¿cuál sería la consecuencia?

¿El precio del trabajo y de todos los bienes bajaría en proporción y todo se vendería más barato como en esos años? ¿Qué nación podría entonces disputar con nosotros en cualquier mercado extranjero? Por consiguiente, ¿en qué poco tiempo debemos traer de regreso el dinero que habíamos perdido y elevarnos al nivel de todas las naciones vecinas? En donde, después de haber llegado, perdemos de inmediato la ventaja de lo económico de nuestro trabajo y nuestros bienes y el flujo de entrada de dinero adicional se vería detenido por nuestra abundancia y plenitud.

Supongamos, una vez más, que todo el dinero de Gran Bretaña se multiplicara cinco veces en una noche, ¿a ello no debe seguir el efecto contrario? ¿Todo el trabajo y los bienes no deben aumentar a una altura tan exorbitante que ninguna de las naciones vecinas se podría permitir comprarnos a nosotros, mientras que sus bienes, por otra parte, comparativamente se vuelven tan económicos que, a pesar de todas las leyes que se pudieran formar, caerían sobre nosotros y nuestro dinero fluiría hacia el exterior hasta que caigamos a un nivel con los extranjeros y perdamos esa gran superioridad de riquezas, que nos colocó en tales desventajas? ([1752] 2007, pp.62-63)

El autor reconocía que los cambios en la cantidad de dinero inevitablemente se reflejaban en el nivel de precios. De acuerdo con esta idea, todo incremento de dinero, en el corto plazo, genera un aumento de los gastos, la producción y el empleo pero en el largo plazo el aumento en la cantidad de dinero se reflejaría en el nivel de precios haciendo la vida más cara y disminuyendo la competitividad a nivel internacional. De la misma manera, una disminución en la oferta de dinero primero reduciría los gastos, la producción y el empleo antes de bajar el nivel de precios. El mecanismo de flujo de precio efectivo de Hume contiene la suposición de un equilibrio general pues, una vez que la economía se aleja del equilibrio, automáticamente se darían una serie de acontecimientos que tenderían a restaurarlo. Pero, además, reconocía otra causa vinculada al comercio exterior: si las importaciones superaran a las exportaciones, el intercambio se tornaría contrario al país lo que terminaría estimulando a las exportaciones dados los requerimientos en divisas para pagar esos bienes importados. Con ello se drenarían divisas hacia el comercio mundial disminuyéndose la cantidad de existencias al interior del país. La escasez de divisas incrementaría su precio por lo que los bienes de exportación resultarían más económicos para otras naciones y, en consecuencia, se operaría un aumento de las exportaciones. Como tras este mecanismo los bienes extranjeros serían más costosos, las importaciones disminuirían, desvaneciéndose el excedente de importaciones inicial. De este modo, Hume se oponía al argumento mercantilista de que los Estados que comercian son rivales, puesto que un aumento del comercio trae consigo un aumento de la riqueza para todos los que participan.

Hume abordó varios otros temas de interés. Por ejemplo, mostró una conciencia del concepto de la elasticidad de la demanda, como una forma de referirse a la actitud constante de los compradores de un producto frente a los cambios en el precio, siempre que fuera de primera necesidad. También argumentó que los impuestos aplicados a los sectores trabajadores no redundaban en una ganancia para el Estado por cuanto –y a diferencia de lo que sostendrían, luego, los fisiócratas– no retornaban a los terratenientes significando no más que una reducción de ingresos y, en consecuencia, del consumo.

4. Recapitulación

La época mercantilista estuvo plagada de cambios que le dieron origen y que condujeron a su reemplazo por otra forma de pensamiento mucho más sistemática que se plasmó en la escuela clásica de economía política. No es casual que la mayor parte de los cambios que condujeron

a la modernidad se desarrollaran tempranamente en Inglaterra y que fuera este mismo país el que viera surgir la disciplina económica. No obstante, Inglaterra se encontraba inmersa en un mundo en cambios que incluyó un espectacular aumento del comercio en el que no solo se dinamizó el intercambio por Europa sino que incluyó cada vez en mayor medida a territorios del planeta que eran desconocidos para los europeos hasta el siglo XV. Las nuevas regiones que se incorporaron al comercio internacional desde entonces lo hicieron no solo con exóticos productos que rápidamente adquirieron fama entre las clases altas europeas sino a partir de la extracción de metales que tornaron una concepción de riqueza atada a los minerales. Comercio y metales colocaron en el centro del protagonismo socioeconómico europeo a los nuevos agentes “profesionales” de la actividad: los mercaderes. Y, en efecto, el ascenso de la clase mercantil fue uno de los rasgos típicos de la sociedad europea moderna en la que gradualmente comenzó a evidenciarse una estrecha relación entre los comerciantes y el gobierno. De esa alianza surgieron las políticas económicas más características del período: el proteccionismo, el colonialismo y la concesión de monopolios al interior de los Estados-nación. Asimismo, las fuerzas económicas se vieron estimuladas por las nuevas ideas que el humanismo, el racionalismo y el empirismo promulgaban. Desde esta óptica, la Revolución Científica, no solo contribuyó con la inventiva y los nuevos aparatos que poco a poco mejoraban las técnicas productivas y comerciales sino que también socavó las bases de un pensamiento atado a las costumbres de una sociedad que estaba en vías de extinción. A ello también contribuyó la Reforma Protestante en tanto vino a poner fin a un sinnúmero de actitudes morales que trababan tanto la actividad comercial como la financiera. Se asistió, gradualmente, a un proceso en el que el préstamo a interés y el lucro por la actividad comercial fueron aceptados sin restricciones.

En este marco, los autores mercantilistas de distintos países de Europa plasmaron sus ideas en una serie de escritos y tratados en los que si bien no conformaron una escuela de pensamiento formal, al menos tuvieron puntos de coincidencia en algunas formulaciones. Entre ellas pueden mencionarse a la acumulación de oro y plata como fuente de riqueza, una defensa de los intereses del propio Estado-nación por sobre cualquier otro, la protección de la manufactura local, las restricciones a las exportaciones de materias primas y el mantenimiento de una balanza comercial favorable; actitudes que tendieron a favorecer al colonialismo y al monopolio y la oposición a los peajes, impuestos internos y otras restricciones al comercio interior. Finalmente, los mercantilistas abogaban también por un gobierno fuerte que defendiera los intereses del sector

mercantil, una población numerosa y trabajadora en la que se mantuvieron los salarios al nivel de subsistencia.

Los cambios en la lógica productiva y el avance tecnológico y científico, gradualmente, condujeron a la emergencia de nuevas formas de concebir la vida económica. Sobre finales del período mercantilista aparecen entonces algunos pensadores –los que aquí han sido considerados precursores– que marcaron de alguna manera una suerte de transición entre el pensamiento mercantilista y la escuela clásica de economía política. Mientras tanto, en Francia, lugar donde el mercantilismo había tomado forma bajo el mandato de Colbert como ministro de Luis XIV, se abría paso otra forma de pensamiento económico que rivalizaría con la doctrina mercantilista en muchos e importantes aspectos. Pero este será el tema del siguiente capítulo.

5. Bibliografía y Fuentes

5.1. Bibliografía citada

- Anderson, P. (1979). *El estado absolutista*. Madrid: Siglo XXI.
- Brue, S. y Grant, R. (2009). *Historia del pensamiento económico*. México: Cengage Learning.
- Cohen, I. (1976). The Eighteenth-Century Origins of the Concept of Scientific Revolution. *Journal of the History of Ideas*, 37 (2), 257-288.
- Cortés Conde, R. (2003). *Historia económica mundial. Desde el Medioevo hasta los tiempos contemporáneos*. Buenos Aires: Ariel.
- Dear, P. (2009). *Revolutionizing the Sciences*. Princeton: Princeton University Press.
- Deyon, P. O. (1970). *Los orígenes de la Europa moderna: el mercantilismo*. Barcelona: Península.
- Duby, P. y Mandrou, R. (1981). *Historia de la Civilización Francesa*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Duby, G. (1992). *Atlas histórico mundial*. Madrid: Debate.
- Ekelund, R.B. (Jr.) y Hébert, R. (2006). *Historia de la Teoría Económica y de su Método*. México: Mc. Graw Hill.
- Ekelund, R.B. y Tollison, R.D. (1981). *Mercantilism as a Rent-Seeking Society: Economic Regulation in Historical Perspective*. College Station: Texas A&M University Press.
- Furniss, E. (1920). *The position of the laborer in a system of nationalism: A study in the labor theories of the later English mercantilists*. Boston: Houghton Mifflin.
- Galbraith, J. K. (1998). *Historia de la economía*. Barcelona: Ariel
- Hamilton, E.J. (1934). *American treasure and the price revolution in Spain, 1501-1650*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

- Heckscher, E.F. (1943). *La época mercantilista: historia de la organización y las ideas económicas desde el final de la edad media hasta la sociedad liberal*. México: Fondo de Cultura Económica
- Kriedte, P. (1994). *Feudalismo tardío y capital mercantil: líneas maestras de la historia económica europea desde el siglo XVI hasta finales del XVIII*. Barcelona: Crítica.
- Landreth, H., & Colander, D. C. (2002). *History of economic thought*. Boston: Houghton Mifflin.
- Mir, L. y López Rasch, J.C. (2011). Cercamientos y derechos comunales en la Inglaterra del siglo XIII: Un abordaje historiográfico en torno al Estatuto de Merton (1236). *Trabajos y Comunicaciones*(37), 251-260.
- O'Brien, G. (1944). *An Essay on the Economic Effects of the Reformation*. Westminster, MD: The Newman Bookshop.
- Pirenne, H. (1993). *Historia Económica y Social de la Edad Media*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- Tawney, R.H. (1926). *Religion and the Rise of Capitalism*. New York: Harcourt, Brace, and Company, Inc.
- Zahler, D. (2009). *The Black Death*. Minneapolis: Twenty-First Century Books.
- Vilar, P. (1980). *Crecimiento y desarrollo. Economía e historia. Reflexiones sobre el caso español*. Barcelona: Ariel.
- Weber, M. (2012). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.

5.2. Fuentes sugeridas

- Cantillon, Richard ([1755] 1931). *Ensayo sobre la naturaleza del comercio en general*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Hume, David ([1752] 2007). *The Essays Moral, Political and Literary. Writing economics*. New Jersey: Transaction Publishers.
- Mandeville, Bernard ([1714] 1982). *La fábula de las abejas o Los vicios privados hacen la prosperidad pública*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Montaigne, Michel E. ([1580] 1999). *Ensayos*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Mun, Thomas ([1644] 1978). *La riqueza de Inglaterra por el comercio exterior*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Petty, William ([1672] (1970). *The Political Anatomy of Ireland, with the establishment for that Kingdom and Verbum Sapienti*. Chicago: Irish University Press.
- Tawney, R.H., y Power, E. (Eds.) (1924). *Tudor Economic Documents*. III. London: Longmans & Co.
- von Hörnigk, Philipp Wilhelm ([1684] 1924). Austria Over All, If She Only Will. *History of Economic Thought Chapters*, 221-243. Recuperado de <https://socserv2.socsci.mcmaster.ca/econ/ugcm/3ll3/hornick/AustriaOverAll.pdf>

CAPÍTULO 

**Los fisiócratas y el nacimiento del liberalismo
económico europeo**

Aldo Fabio Alonso

Introducción

En Francia, durante la segunda mitad del siglo XVIII, surgió un abordaje global de la actividad económica que se ha denominado Fisiocracia o escuela de los filósofos economistas. El término proviene del griego y referencia a “gobierno de la naturaleza”, identificando a un grupo de estudiosos que coincidieron en plantear una teoría del mundo material (la naturaleza) dominante sobre los hombres. Como una reacción a la concepción intervencionista del pensamiento mercantilista, estudiaron las fuerzas reales que conducían al crecimiento económico sobre la base de los recursos naturales, en un régimen de libertad económica. Los economistas fisiócratas fueron numerosos y como no disponemos aquí de espacio para ocuparnos de ellos, nos limitaremos a exponer las líneas esenciales de la escuela a partir del más reconocido, François Quesnay y sus tesis asumidas por sus discípulos, así como de otro prominente representante, Jacques Turgot. Las contribuciones económicas de ambos terminaron por caracterizar a la considerada por algunos autores como primera escuela del pensamiento económico. Debe tenerse en cuenta que a la vez comprendía una doctrina a defenderse y propagarse, con lo cual, se dotó de órganos de prensa propios con tales propósitos, respecto a una política económica que apuntaba al objetivo de incrementar la riqueza del reino.

1. El contexto histórico: la Francia del Antiguo Régimen

Al promediar el siglo XVIII, Francia se caracterizaba por una estructura socioeconómica de rasgos feudales, con predominio de la agricultura, principal fuente de recursos para aportar los medios de subsistencia; y con un ritmo de acumulación escaso. En ese contexto no es de extrañar la preocupación de algunos pensadores respecto al origen de la riqueza y los medios para incrementarla.

La sociedad, profundamente desigual, estaba dividida en tres órdenes (nobleza, clero y “tercer estado”), cada uno de ellos con un poder proporcionalmente inverso a su número. La nobleza, descendientes de los señores feudales de la Edad Media, propietarios de tierras, clase privilegiada exenta del pago de varios impuestos, estaba dividida: la “alta” vinculada a la corte de Versalles, con una vida de lujos y placeres, y la “baja” de las provincias, que habitaba en sus posesiones y dirigía la explotación de sus tierras. El clero también estaba diferenciado: el “alto” integrado por arzobispos, obispos y abades, todos ellos de ascendencia noble que incluso integraban hasta la misma corte, y el “bajo” formado por curas, párrocos y vicarios dedicados a difundir la doctrina religiosa e identificados con el pueblo por su estilo de vida más modesto y sencillo. Finalmente, el “tercer estado” (o “estado llano”) constituía la gran masa de la población francesa (99%), sin privilegios jurídicos y económicos, sobrecargado de impuestos que además estaba sujeto, en su mayoría, a las penurias económicas en momentos de crisis. Compuesto por la burguesía dividida en “alta” (banqueros, comerciantes e industriales) y “baja” integrada por profesionales independientes, artesanos (trabajadores manuales urbanos propietarios de sus herramientas de producción)¹, jornaleros (obreros campesinos) y los últimos siervos.

En términos políticos, Francia constituía una monarquía absoluta. El rey concentraba todo el poder y se creía con facultades divinas para gobernar. La situación económica era muy compleja a raíz de numerosas guerras emprendidas por el monarca Luis XV (1715-1774) que agotaron el tesoro estatal e incrementaron la deuda pública, contraída también para financiar el derroche de la corte de Versalles. El Estado carecía de créditos ante los banqueros al no haber pagado deudas pasadas. Los derechos de tránsito feudales condicionaban al comercio, la manufactura era artesanal y la agricultura estaba relegada como si se tratara de una actividad improductiva². La burguesía se transformó paulatinamente en un sector con un notable poder económico, por el proceso mercantil y manufacturero experimentado durante los últimos siglos, pero políticamente estaba discriminada y por ello se mostraba reacia a soportar los privilegios de no tributación de la nobleza y el clero. Consideraba que sobre ella pesaba la carga económica del Estado.

1 Comprendería a las personas dueñas de pequeños talleres de sastrería, zapatería, peluquería, entre otras.

2 Salvo en años de abundancia, las exportaciones de granos estaban prohibidas; dentro del país, el grano y la harina no se podían mover de una provincia a otra sin el respectivo permiso. En cada una de estas jurisdicciones se fijaba el precio de venta y el lugar donde venderse. Los gremios de comerciantes y artesanos surgidos durante el período medieval persistieron en Francia más tiempo que en Inglaterra.

El sistema impositivo complicaba aún más la situación social: era tan desigual que recaían hasta cuatro tipos de impuestos (reales, municipales, feudales y eclesiásticos) solamente sobre el sector “llano”³. Las clases privilegiadas no pagaban estos formatos de imposición y carecieron de interés por impulsar cualquier reforma. Las dos terceras partes del territorio francés eran propiedad del clero y de la nobleza, exentas del pago de impuesto. El valor de la tierra disminuía a consecuencia del producto decreciente de la agricultura⁴. Los productores tenían que entregar una gran parte de las cosechas al terrateniente, el resto quedaba fuertemente gravado y por ello, la acumulación al nivel de la producción era virtualmente imposible. Los mercados interiores y las rentas personales estaban muy limitados por las políticas mercantilistas de reducción de salarios y otros costos de producción, con el fin de estimular las exportaciones. La Fisiocracia surgió como resultado de ese estado de cosas (Ekelund y Hébert, 1999).

El clima intelectual de la época se encontraba dominado por la Ilustración, movimiento con raíces en la Inglaterra del siglo XVII apoyado en las ideas de la “razón”, “experiencia”, “ciencia”, que filósofos y científicos como Bacon, Locke y Newton defendieron para sustituir posicionamientos tradicionales propios del sistema metafísico de conocimiento⁵. Como concepción filosófica sostenía la existencia de leyes naturales que regulaban el mundo físico y el funcionamiento de las sociedades⁶. La ciencia debía tener la función de descubrir estas “regularidades” entre las cosas. La razón permitiría dominar la naturaleza y usarla en beneficio de la Humanidad, con su capacidad para avanzar en el conocimiento de todos los órdenes.

Los fisiócratas, particularmente influidos por el Iluminismo, van a apoyar la idea de que este tipo de “leyes” –independientes de la voluntad humana– gobernaban también el funcionamiento del sistema económico como “relaciones necesarias”; desde esa perspectiva, lo más propicio sería que los hombres pudieran revelarlas de manera objetiva, del mismo

3 El campesinado soportaba una carga tributaria muy pesada. Debía pagar impuestos al rey por ser súbditos de su Estado, derechos feudales a la nobleza por vivir en sus propiedades, labrar sus tierras, criar sus animales, usar sus molinos, y hasta diezmos a la Iglesia. La mayor parte de sus ingresos pasaban en consecuencia al Estado, a la nobleza y a la Iglesia.

4 Las razones de esta decadencia son varias: sistema tributario que desalentaba las inversiones en el agro y descapitalizaba a los campesinos, sistema aduanero que impedía el comercio de cereales y un sistema militar arbitrario que absorbía a los mejores agricultores y obligaba a alojar y alimentar a los militares.

5 Fueron rechazados los regímenes políticos irracionales basados en el deísmo, la revelación, lo sobrenatural o la tradición.

6 En el siglo XVIII, la propuesta de la Ilustración sostenía que los derechos individuales de la persona y de la propiedad se hallan profundamente insertos en un conjunto de leyes naturales impuestas por el “creador” y que la razón puede discernir.

modo que podían proceder con las leyes naturales. Al mismo tiempo, los logros científicos del siglo XVIII, que se generalizaron en Inglaterra e incluyeron a la Francia septentrional, permitieron la adopción de técnicas agrícolas más racionales (drenado y adecuación de terreno, rotación más profunda, rotación de cultivos, siembra mecánica, arado tirado por caballos antes que por bueyes, entre otras), nuevos cultivos (patatas, maíz) e incluso invenciones en la industria (lanzadera volante, maquinaria de hilar).

La Ilustración ha sido fundamental en el desarrollo del pensamiento económico de esas décadas al proporcionar los principios para atacar al pensamiento mercantilista. Apoyados en la publicación de la *Enciclopedia o Diccionario razonado de las ciencias, las artes y los oficios* (1751-1776)⁷, es considerada una revolución cultural que vino a favorecer también a la “revolución del *laissez faire*” en materia económica, como reflejan un conjunto de artículos redactados por los fisiócratas François Quesnay (1694-1774)⁸ y Anne Robert Jacques Turgot (1727-1781)⁹.

2. Los conceptos centrales de los fisiócratas

La Fisiocracia constituye un importante movimiento centrado en el estudio de la economía que, a partir de la existencia de un “orden natural”, pretendió el desarrollo económico de Francia con base en la primacía agrícola, en un régimen institucional propicio al liberalismo, una carga impositiva sobre el excedente (impuesto directo a los terratenientes) y desde una perspectiva que resaltaba la interrelación entre sectores económicos.

La mayor preocupación consistió en el estudio del proceso económico que permitiera descubrir la naturaleza, las causas de la riqueza de las naciones y las políticas que mejor promovieran el crecimiento material, como también desde un punto de vista más práctico se habían planteado los mercantilistas ingleses y franceses. Siguiendo a James (1974),

7 La Enciclopedia fue la obra más representativa de la Ilustración, contiene gran parte del saber del siglo XVIII y representa un esfuerzo enorme por parte de sus autores para “iluminar” con la “razón” los pasos que la sociedad occidental debía dar para poder avanzar. En la portada original figura al pie una expresión que dice “*Avec Approbation et Privilège du Roy*”: el pensamiento ilustrado no entraba en contradicción con el carácter absoluto de la monarquía.

8 Las obras más importantes de Quesnay comprenden un conjunto de artículos escritos para la *Enciclopedia* (“Agricultores”, 1756; “Granos”, 1757 y “Hombres”, 1757), el *Cuadro Económico* (1758) y las *Máximas generales del gobierno económico de un reino agrícola* (1758); completan su producción intelectual *Derecho natural* (1765) y *Diálogo sobre el comercio* (1756).

9 Fue entre 1774 y 1776 uno de los últimos ministros del Antiguo Régimen. Intentó mantener su independencia intelectual de los fisiócratas aunque estuvo íntimamente unido al grupo. Su obra más difundida se titula *Reflexiones sobre la formación y distribución de las riquezas* (1766), en que compendia todo un tratado de economía en cien epígrafes.

enumeramos sus rasgos característicos. Los fisiócratas fueron los últimos que se preguntaron si ciertas ramas de la actividad económica podían contribuir a la riqueza del país mejor que otras. Al participar de un agrarismo renovado, afirmaron que la agricultura no era más productiva que la industria o el comercio de exportación sino que era la única actividad que generaba un “producto neto” (una renta más allá de los costos):

Que una Nación que tiene un gran territorio que cultivar, y facilidad de hacer un gran comercio de sus producciones naturales, no emplee muchos hombres, y monedas en las manufacturas y comercio de lujo; en perjuicio de los trabajos, y gastos de la agricultura. Pues, con preferencia a todo, el Reino debe estar poblado de ricos labradores. (Quesnay, *Máxima IX* [1758] 1984, p.49)

Fueron los primeros en exponer cuáles eran las mejores instituciones económicas y reclamaron un régimen de propiedad y libertad. Finalmente, también como pioneros, consideraron que la actividad económica era un flujo continuo de rentas que circulaban de una clase a otra y podía representarse gráficamente.

El carácter innovador en esta dirección de la escuela adopta en el ámbito político un alcance conservador, apoyándose en el espíritu del “Siglo de las Luces” o la Ilustración. Así, un grupo de filósofos economistas por primera vez presentaron una teoría de conjunto de la actividad económica (con su respectivo modelo) que son reconocidos por pertenecer a la primera escuela de pensamiento económico reunida en torno a la figura de François Quesnay¹⁰. El origen y la vigencia de la escuela tiene lugar en el clima prerrevolucionario francés, a mediados del siglo XVIII; sus connotaciones aristocráticas y elitistas impidieron que sobreviviera al impacto de la Revolución Francesa de 1789¹¹.

10 Hay varios discípulos destacados y relevantes obras: Víctor Riquetti, marqués de Mirabeau (1715-1789), un aristócrata convertido rápidamente en hombre de vanguardia y propagandista de Quesnay (“El amigo de los hombres” [1757], “Teoría del impuesto” [1760]); Pierre Samuel Du Pont de Nemours (1739-1817) editor del “Diario de Agricultura” (1766-1768), redactor de distintas obras (“Sobre la exportación y la importación de granos” [1764], “Sobre las curvas económicas” [1774]) que luego de actuar como asesor del rey de Suecia y de la familia real de Polonia, emigraría a Estados Unidos donde fundaría una empresa fabricante de pólvora; Pierre Paul Mercier de la Rivière (1720-1793) quien publicó la obra más importante de filosofía política de la escuela (“El orden natural y esencial de las sociedades políticas” [1767]); el sacerdote Nicolas Baudeau (1730-1792) editor y periodista de los fisiócratas, fundador del periódico “Ephemérides” (1765-1768), entre otros. Véase Cusminsky de Cendrero (1991), Meek (1975) y Roll (2000).

11 La escuela tuvo influencia durante dos intensas décadas del siglo XVIII: entre 1756, cuando Quesnay publicó su primer libro en la *Enciclopedia*, hasta 1776 cuando Turgot perdió su elevada posición en el gobierno francés y Adam Smith publicó su *Investigación sobre la naturaleza y causas de la Riqueza de las Naciones*.

2.1. El orden natural

Es el principio básico de la escuela opuesto a las orientaciones mercantilistas basadas en minuciosas reglamentaciones estatales en la vida económica. La “naturaleza”, regida por la ley natural, debe gobernar todas las instituciones humanas. Precisamente, “fisiocracia” es un nombre extraído del griego: fisis = naturaleza y cracia = gobierno, es decir “regla de la naturaleza”¹². El hombre, mediante la luz de la razón, puede deducir las leyes que hacen de la naturaleza un orden perfecto o ideal del cual se deriva un orden esencial que permite que las instituciones sociales funcionen de un modo que favorezcan el desarrollo humano. Por lo tanto, para los fisiócratas el “orden natural” era el conjunto de las instituciones que podían favorecer la prosperidad social y, habida cuenta de su punto de partida, el desarrollo de la producción agrícola (James, 1974). Así como las leyes de la naturaleza gobiernan a las sociedades humanas, también las descubiertas por Newton gobiernan al mundo físico. Ese “orden natural” es intrínseco a la naturaleza de las cosas; era función del “príncipe ilustrado” promover un “orden positivo” y eliminar los defectos causados por las deficiencias del legislador. En consecuencia, todas las actividades humanas deben situarse en armonía con esas leyes naturales¹³.

El objeto de todo estudio científico era descubrir las leyes a las que estaban sujetos todos los fenómenos del universo. En la esfera económica, las leyes de la naturaleza conferían a los individuos el derecho natural de disfrutar de los frutos del propio trabajo, siempre y cuando ello fuera compatible con los derechos de los demás. En términos de Quesnay, “el secreto de una sociedad bien ordenada estaba en que todos trabajaran para los demás creyendo que trabajaban para sí mismos.” ([1758] 1980, p.56)¹⁴.

2.2. La riqueza y la productividad exclusiva de la agricultura: el producto neto

El punto de partida del pensamiento fisiocrático era la noción de que el poder de crear riqueza residía en la esfera de la producción, y dentro de ella en la agricultura capitalista. De esta manera, se tomaba distancia

12 El nombre fue creado en 1768 por Dupont de Nemours para titular una antología de escritos de Quesnay y rápidamente se convertiría en referencia para identificar a quienes se hacían denominar “economistas”.

13 Quesnay distinguió entre un “orden natural” y un “orden positivo”. El primero formado por las reglas beneficiosas y evidentes por sí mismas; el segundo, reflejo de la insuficiencia del legislador humano (Spiegel, 2001, p.226).

14 Quesnay es el fundador de la tradición racionalista de la economía.

respecto de los mercantilistas, con gran influencia en Francia mediante el *colbertismo*, quienes sostenían la importancia del comercio¹⁵. La riqueza son los productos renovables procedentes de la agricultura que sirven tanto para la subsistencia como para el disfrute del hombre:

Que el soberano y la nación nunca pierdan de vista que la tierra es la única fuente de riqueza, y que es la agricultura quien las multiplica. De la misma manera, el aumento de las riquezas asegura el de la población; los hombres y las riquezas hacen prosperar la agricultura, extienden el comercio, estimulan la industria, acrecientan y perpetúan las riquezas. De esa fuente abundante depende el suceso de todas las partes de la administración del reino.

Que se asegure a sus legítimos poseedores la propiedad de los bienes muebles e inmuebles, ya que la seguridad de la propiedad es el fundamento esencial de orden económico de la sociedad. Sin la certeza de la propiedad, el territorio permanecería sin cultivar (Quesnay, *Máxima III y IV* [1758] 1984, p.47).

En el análisis de las actividades económicas que proporcionaran bienes consumibles sin menoscabo de su fuente de extracción, los fisiócratas encuentran una sola rama de la producción que suministra un excedente económico¹⁶. Para algunos de ellos, como el marqués de Mirabeau, esa capacidad de la agricultura estaba ligada a la fertilidad de la tierra, constituyendo un regalo de la naturaleza¹⁷. Mientras, Quesnay encuentra otro justificativo: dada la situación particular de Francia, los precios de los productos agrícolas y de las manufacturas en los mercados mundiales, con las mejores técnicas productivas, los agricultores podrían obtener un producto de mayor valor que los costos de producción, mientras que las manufacturas solamente recuperaban los costos¹⁸. Esa agricultura reformada (*grande culture*) genera un “producto neto”, esto es, una cantidad de bienes superior a los utilizados como materia prima, reposición del capital productivo, pago de salarios y beneficios de explotación. El excedente agrario (o “producto neto”) sobre los costos de producción

15 Así se definió a la política económica de apoyo al comercio y a las manufacturas, impulsada por el poderoso ministro de hacienda de Luis XIV, Jean Baptiste Colbert (1619-1683) que incluía la liberalización de las importaciones de materias primas y la imposición de gravámenes sobre las importaciones de manufacturas. La agricultura reducía su rentabilidad al contrario que las manufacturas de la época.

16 También la minería y la pesca, aunque en un segundo lugar.

17 De este modo, se justificaba la apropiación del excedente por los nobles, por derecho, dueños de las tierras, y señores de los siervos de la gleba que vivían en ellas.

18 Bien diferente era la situación francesa que la inglesa que daba los primeros pasos de la Revolución Industrial: los manufactureros mantenían una producción artesanal, en pequeña escala, en general de artículos suntuarios dirigidos a la clase terrateniente o mercados lejanos.

(semillas y mantenimiento a los trabajadores) constituye un don de la naturaleza que origina bienes cuyo producto neto es la base que sustenta a toda la sociedad. En consecuencia, la tierra es la única fuente de riquezas y la agricultura es la que las multiplica (Galbraith, 1998; Ekelund y Hébert, 1992).

En esta dirección, se propusieron una serie de estrategias para incrementar ese producto neto. Sería más abundante si los terratenientes fraccionaran sus tierras y las arrendaran a campesinos ricos (o granjeros). Para Quesnay, el latifundio (como una gran empresa agrícola) era más rentable que el minifundio, porque los costos eran menores en comparación con las explotaciones más pequeñas que solo permitían una existencia modesta para la familia cultivadora¹⁹. El desarrollo de la nación se daría a través del agro por lo cual debían estimularse los establecimientos capitalistas a gran escala donde la producción estuviera orientada al mercado y bajo el dominio del capital para lograr avances en la productividad. Solo los agricultores ricos eran capaces de anticipar los gastos requeridos para el cultivo; y cuanto mayor fuera el anticipo y la capitalización del agro, mayor sería el producto neto, la renta de los dueños de las tierras y el impuesto al Estado. Para ello, debía fomentarse la rentabilidad del sector ya sea por incremento de precios o por demanda de productos agrícolas²⁰.

La acumulación de capital tiene un papel decisivo en el proceso productivo y sobre todo al permitir la adopción de mejores tecnologías. Quesnay distingue entre *avances foncières* (inversiones básicas iniciales, necesarias para cultivar un terreno y mejorar su rentabilidad), *avances primitives* (utensilios de producción, ganado) y *avances annuelles* (capital circulante: semillas, salarios, entre otros)²¹. La agricultura es la actividad apropiada para ello, aunque tomará la dirección (como lo harán mejor Turgot, Smith y la tradición clásica) de considerar los adelantos de capital como un requisito para la producción, y la acumulación de capital como un elemento decisivo para el desarrollo económico (Roncaglia y Sánchez Hormigo, 2011).

Las demás ramas de la producción eran “estériles” al no participar de las características de la agricultura: no creaban físicamente bienes

19 Turgot propone el arrendamiento de la tierra al agricultor capitalista como una forma superior de cultivo a la aparcería, sistema habitual en Francia durante el siglo XVIII y aún antes.

20 Las propuestas de los fisiócratas favorecían a las granjas capitalistas con mano de obra asalariada y técnicas avanzadas, fundamentalmente ubicadas en el norte de Francia. El énfasis en la agricultura y el libre comercio les permitiría vender los grandes excedentes acumulados.

21 Los fisiócratas crearon una serie de términos técnicos para la economía, como circulación, cuadro económico, producto neto, impuesto directo e indirecto, todos ellos son legados porque se siguen utilizando. Otros perdieron su uso como “avances” (adelanto de dinero), “bon prix” (buen precio), precio necesario, clase productiva, estéril y propietaria, orden natural.

excedentes, su productividad no era un don gratuito ni sustentaban las actividades económicas de la sociedad. Más bien, aprovechaban una materia prima procedente de la naturaleza, trasladaban de lugar, combinaban o transformaban algo existente con anterioridad y cuyo origen se encontraba en aquella. Las obras de los artesanos no eran riquezas sino resultado de otras materias que ya existían antes de la fabricación de esas obras. Es que la producción en una economía de artesanía en Francia que asiste a las últimas décadas del Antiguo Régimen, con una producción de artículos de lujo para la nobleza en un país con una pobreza muy extendida, les pareció efectivamente que podía ser considerada como “estéril”.

Al afirmar la supremacía de la agricultura, los fisiócratas dividieron al trabajo en “productivo” y “estéril”. El primero era aquel capaz de producir un excedente; el segundo, comprendía el resto de las actividades²², para las cuales Quesnay utilizaba la denominación de “estériles”, en el sentido de que no generaban nada nuevo aunque tenían gran relevancia en un sistema económico que, sin embargo, estaba provisto continuamente con las materias primas de la naturaleza. El comercio, la industria y los servicios generaban como valor agregado solamente el valor del trabajo humano, es decir, no eran capaces de generar más valor que ese (agregaban valor-trabajo a lo ya producido sin crear valor). La agricultura, en cambio, generaba más riqueza que el trabajo insumido en ella. Así surgía el producto neto, un volumen de bienes mayor a lo necesario para conseguir semillas y mantener a los agricultores²³.

2.3. El comercio exterior y el alto precio de los productos agrícolas

El comercio en general, como el resto de las actividades económicas con la excepción de la agricultura, era “estéril” porque no creaba producto neto. Constituía un “último recurso” o un “mal necesario” porque sin él los productos de la tierra no podían venderse, incluso en el extranjero, de ahí su relevancia. El comercio no es más que el cambio de unas mercancías por otras, cada venta era al mismo tiempo una compra. El dinero cumplía únicamente una función de intercambio: a largo plazo los productos (bienes reales) se intercambiaban por otros. En

22 Las dos clases trabajadoras son entonces los campesinos y los artesanos. Tienen sus ingresos al nivel de subsistencia pero se diferencian en que el primero es un trabajo productivo en el sentido de que produce su propio salario y un superávit que mantiene al resto de la sociedad. No ocurre lo mismo con el segundo.

23 Para los fisiócratas “producción” significa creación de un excedente siendo “productiva” aquella actividad que produce más de lo que consume en el proceso. La industria cambia simplemente la forma de los bienes.

consecuencia, no es necesario acumular metales preciosos o insistir en una balanza comercial favorable, sino poseer un alto nivel económico en términos de productos reales.

Los fisiócratas estuvieron a favor de las exportaciones de productos agrícolas y promovieron la eliminación de todas las restricciones. Al sostener la demanda ampliando los mercados, dichos productos lograrían un precio mayor para permitir el pago de las importaciones²⁴. Al contrario, se opusieron a las exportaciones de manufacturas que, según ellos, estaba asociada a una política de alimentos baratos, pensada para mantener bajo el costo del trabajo; pero, además, porque competían y rebajaban el precio de las exportaciones agrícolas²⁵. Los productos agrícolas debían lograr un *bon prix*, no solo suficiente para cubrir los costos de producción sino para favorecer la financiación de las inversiones, remunerándose con un interés adecuado²⁶. Y si bien Quesnay reconocía que el trabajo de los artesanos y comerciantes aumentaba el valor añadido de manufacturas y mercancías, diferenciaba entre “aumentar el valor y aumentar la creación de materia”. La materia solo era creada o proporcionada en última instancia por la naturaleza, no era posible que lo hiciera el comercio o la industria.

En consecuencia, Quesnay estaba alejado de la propuesta mercantilista de lograr un superávit de la balanza comercial que se tradujera en acumulación de oro y plata. Spiegel (2001) resalta una serie de argumentos respecto a este posicionamiento:

- a) El oro y la plata no constituían la riqueza de la nación sino que era la agricultura desarrollada con técnicas modernas y haciendo circular el producto neto por todos los sectores nacionales.
- b) El comercio solo es un trueque, un intercambio de mercancías. Todo acto de venta implica un acto de compra; para comprar hay que vender y no es posible comprar menos de lo que se vendiera. El comercio exterior será el último recurso para obtener los bienes necesarios que no pudieren elaborarse en el país.
- c) La obtención de ganancias a costa de otros países solo podía conducir a represalias e incluso guerras, que en el corto plazo,

24 En términos actuales, un país tendría una relación real de intercambio favorable a partir de su comercio exterior, que subiría si el precio de los productos de exportación se elevaban con relación al de los artículos importados. “La industria francesa debía seguir produciendo productos de lujo para una demanda extranjera frágil y caprichosa” (Spiegel, 2001, p.235).

25 Quesnay proclamaba: “Feliz la tierra que no tenga exportaciones de manufacturas, porque las exportaciones agrícolas mantienen los productos del campo en un nivel demasiado alto como para permitir a la clase estéril vender sus productos en el exterior.” ([1758] 1980, p.28).

26 El precio debería ser lo suficientemente alto como para permitir a los campesinos obtener un producto neto del 100%.

llevarán a la pérdida de las ganancias conseguidas mediante el comercio exterior²⁷.

2.4. La propiedad privada

El “orden natural” es el conjunto de instituciones que podían favorecer la prosperidad social y el desarrollo de la producción agrícola. La realización de este ideal exigía ante todo la propiedad. Por lo tanto, constituye para los fisiócratas la institución social más importante y la defensa de los derechos de propiedad se considera una de las principales tareas del “orden positivo”; en consecuencia, “la libertad y la igualdad son principios incompatibles” (Spiegel, 2001, p.227). El sistema económico por ellos concebido requería la desigualdad social para que circulara el producto neto y creara así la riqueza y el bienestar de la sociedad²⁸.

En la naturaleza humana el derecho a la autoconservación implica el derecho a la propiedad; y cualquier propiedad individual de los resultados de la tierra, requiere de la propiedad de la tierra misma. Sin embargo, tal derecho no tendría el verdadero alcance si no existía libertad para su uso, o sea, la libertad se derivaba de aquel.

La propiedad adopta tres formas: la propiedad personal o el derecho de todo hombre a disponer a su voluntad de sus facultades físicas o intelectuales (es decir, la libertad); la propiedad mobiliaria o el derecho del hombre a disponer de los frutos de su trabajo; y la propiedad territorial o el derecho del heredero a disponer de la tierra como una retribución por haber “mejorado y conservado” el suelo durante las generaciones, constituyendo el mejor sistema para asegurar el mantenimiento de la tierra (James, 1974).

2.5. El *laissez faire* o el liberalismo económico

La famosa frase de la Fisiocracia “*laissez faire, laissez passer*” expresa una postura a favor del librecambismo y pretendía que se eliminaran los controles económicos que ejercía el Estado, especialmente en el comercio (tanto interior como internacional). El individualismo es el principio que

27 Los franceses tenían muy presente los desastres económicos de las guerras de los últimos años del reinado del “Rey Sol” y las propias de Luis XV (Sucesión de Polonia, Sucesión de Austria). La Paz de París (1763) significó la pérdida del imperio colonial (sus posesiones en la India, sus derechos al oeste del Misisipí, Canadá, varias Antillas –a favor de Inglaterra– y la Luisiana –a favor de España–. Por ello, sumado a la guerra de los Siete Años (1756-1763) contemporánea a los fisiócratas, no es de extrañar que éstos se mostraran desalentados a las empresas coloniales.

28 La desigualdad es propia del sistema económico, socialmente útil y natural, porque refleja, para los fisiócratas, las diferencias individuales de talento y fortuna. A la postre, la protección del rico frente al pobre.

regula el orden natural. De esta manera, el orden positivo debía estar en correspondencia con el orden natural para beneficiar a la sociedad. Sin embargo, la realidad se expresaba en un conjunto de normativas, privilegios para los monopolios, prerrogativas, derechos y prestaciones feudales que desalentaban el esfuerzo productivo. En consecuencia, las reformas económicas promovidas exigían la abolición de toda normativa del pasado y que asfixiaba al sistema económico. Por ello, antes que regular en contra del orden natural, era preferible no hacer nada, dejar que el mundo económico marchara por sí solo (*laissez faire, laissez passer, le monde va de lui même*) (“dejad hacer, dejad pasar, el mundo va por sí mismo”)²⁹.

El orden natural, desde su perspectiva, era el que propiciaba a la agricultura, por ello debía asegurarse una retribución suficiente y el “buen precio” (entendiendo por tal, el más alto posible) para los productos agrícolas³⁰ (Screpanti y Zamagni, 1993).

Los fisiócratas van a reclamar por la libertad de comercio exterior (en especial, la libertad de la exportación de cereales), la libertad de tráfico interno (libre circulación de los cereales, supresión de aduanas interiores, de la policía de los mercados y otras secuelas del *colbertismo* que tenían el objetivo de limitar el alza de precios de los cereales). Los salarios debían ser altos para que quienes los percibían tuvieran mayor capacidad de compra; mientras, los tipos de interés debían estar limitados por ley: el rendimiento del dinero no correspondía fuera superior al de la tierra que se podía comprar con el mismo. Así, Quesnay, se oponía al crecimiento del ahorro y estuvo en desacuerdo con el lujo y la desigualdad social que lo permitía, porque el ahorro excesivo le parecía que dificultaría la colocación y salida de los productos (James, 1974)³¹.

La adhesión al liberalismo económico no era absoluta; a tal punto, que recomendaban incluso un “precio político” inclinándose por la intervención estatal en favor del sostenimiento de los precios agrícolas. Antes que confiar en la iniciativa privada en un marco de competencia, el problema económico fundamental era promover el desarrollo de la agricultura del país.

29 La frase es atribuida a Vincent de Gournay (1712-1759) para referir a que los gobiernos jamás debían ampliar su interferencia en los asuntos económicos; solamente una mínima intervención para proteger la vida, la propiedad y mantener la libertad de contrato.

30 Según Quesnay, la eliminación de las trabas al comercio generaría mejores precios agrícolas que se mantenían deprimidos artificialmente por las regulaciones mercantilistas.

31 Quesnay enseñaba que “en un país agrícola la frugalidad es la madre de la pobreza”. Por ello, estaba a favor del *luxe de subsistencia* (un alto nivel de consumo de productos agrícolas) y en contra del *luxe de décoration* (alto consumo de manufacturas que haría disminuir las compras de productos agrícolas) (Spiegel, 2001, p.234).

2.6. La política económica y el impuesto único

La oposición a la intervención estatal en cuestiones económicas (el *laissez faire*) se fundamentaba en que se apartaba al sistema económico de su orden natural. Las medidas tendientes a fomentar la industria distorsionaba el cuadro general, por tratarse de actividades que no generaban producto neto³².

El nivel general de la actividad económica estaba determinado por el producto neto que dependía del nivel de producción y de los precios. Los fisiócratas argumentaron que la mejor manera de advertir los efectos de las políticas reales opresivas era mediante la representación del proceso de interacción mutua como un flujo circular de renta y gasto. Si la política tenía el efecto de aumentar el flujo circular, era acorde al crecimiento económico; y viceversa. Para favorecer una economía en crecimiento, debería fomentarse la inversión agrícola, estimular la demanda de productos rurales y eliminar todo tipo de trabas al comercio. Entonces, la prosperidad estaba asociada a las grandes cantidades vendidas a altos precios; la misma cantidad a bajos precios sería una sombra pero no la opulencia misma.

En política fiscal apuntaban a estimular la acumulación de capital, frenada por la carga impositiva sobre los agricultores: consideraban como ineficiente la estructura impositiva francesa, y recomendaban, en el marco de una reforma fiscal, un gravamen que recayera sobre el producto neto, y en consecuencia, que el obligado fuera el terrateniente³³. El impuesto no podía ser destructor de la riqueza o del trabajo:

Que el impuesto no sea destructor o desproporcionado a la renta de la Nación; que su aumento siga al aumento de la renta; que se establezca inmediatamente sobre el producto neto de los bienes raíces, y no sobre el salario de los hombres, ni sobre los frutos, pues perjudicaría los gastos de percepción, perjudicaría al comercio y, destruiría anualmente una parte de las riquezas de la Nación. (Quesnay, *Máxima* V [1758] 1984, p.48)

32 Diversos grupos de interesados combatieron a las recomendaciones de los fisiócratas: industriales, terratenientes, financieros, poseedores de privilegios y otros que suponían que los alimentos iban a sufrir aumentos de precios.

33 La Fisiocracia no defendió las rentas de la nobleza: si la renta coincidía con el excedente, solo éste debía soportar toda la carga fiscal. En todo caso, si hubiere una carga adicional impositiva, los propietarios se verían compensados a largo plazo por los incrementos que seguirían a la inversión agrícola y los mayores valores del producto neto. Los arrendatarios eran el elemento activo del desarrollo económico con lo cual impuestos sobre su actividad serían estímulos negativos para la acumulación y el cambio técnico.

Dado que la agricultura era el único sector que creaba valor debía pagar ese impuesto, en forma directa (caso del impuesto único sobre la tierra, un impuesto proporcional a la renta o a la propiedad) o bien después de múltiples repercusiones a través de un sistema de impuestos diversificados mediante procesos de traslación, en cuyo caso, existían mayores gastos administrativos (gastos de percepción y de control muy elevados). Cualquier impuesto a las actividades comerciales o industriales debía ser eliminado, debido a que se trasladaba, indirecta pero inevitablemente, a la fuente de toda riqueza, la tierra³⁴.

La acumulación de capital para la inversión agraria reconocía otra fuente: la renta de la tierra, en tanto los terratenientes eran responsables de introducir las mejoras correspondientes. Las restricciones mercantilistas sobre el librecambio de los bienes agrícolas mantenían bajos los precios (y por tanto las rentas de las tierras), mediante la restricción de la demanda. Por ello, los fisiócratas reclamaron por la eliminación de las restricciones y una política general de no intervención gubernamental al entender que el flujo de capital se dirigiría libremente hacia el sector rural y el flujo circular se ampliaría a lo largo del tiempo.

3. Los principales representantes de la Fisiocracia

3.1. François Quesnay y el *Tableau Économique*

Entre los aportes de la Fisiocracia se destaca una representación de conjunto del circuito de la economía que aparece en una publicación de Quesnay en 1758³⁵. La descripción constituía un sistema en equilibrio, en el que –de la interacción de tres clases económicas– se producía y circulaba la renta nacional. La corriente económica, como un modelo teórico, plasmado en este *Tableau Économique* constituía un préstamo de la ciencia física (el orden natural de la sociedad era entendido como una rama de la física) y fue considerado un hito en el desarrollo de la ciencia económica. El propósito del cuadro era describir cómo circulaba el producto neto de un sector a otro.

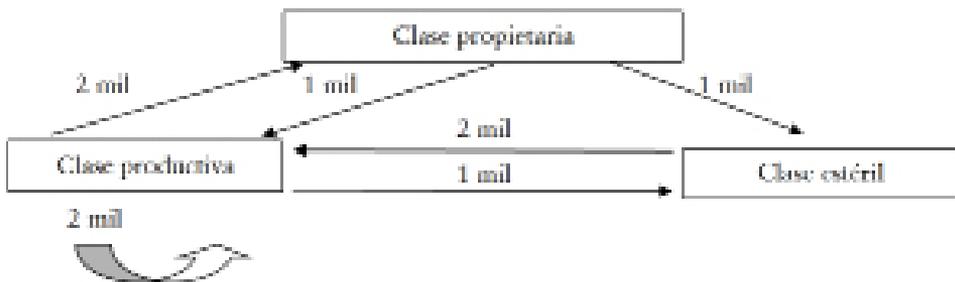
34 El impuesto sobre el excedente agrícola haría bajar los valores de la tierra perjudicando a la nobleza terrateniente y no a los empresarios que pagaban la renta. Es que la nobleza y el clero estaban eximidos del pago de impuestos que abrumaban al resto, de modo que un solo impuesto hubiera ayudado a extender la carga impositiva. Igual, los fisiócratas procuraron conciliarse con la nobleza al defender su derecho a poseer tierras y recibir rentas.

35 Quesnay era hijo de un próspero agricultor, médico y cirujano de la corte francesa (Luis XV y madame de Pompadour) y para la realización del *Cuadro Económico* se inspiró en el funcionamiento del cuerpo humano. Las rentas circulan en la economía como la sangre en el cuerpo. Un trastorno en un órgano origina problemas en otros, y en el caso de la economía, una serie de reacciones para compensar la “enfermedad” inicial. El diagrama fue construido para el rey de Francia y sería revisado en 1766: comprendía el flujo circular de los bienes y el dinero en una economía ideal y libremente competitiva.

En el esquema quedaba clara la interdependencia entre los sectores económicos e incluso permitía analizar la política económica o una situación de desequilibrio causada por una mala orientación de los flujos de renta³⁶.

Para Quesnay existen tres clases de agentes económicos: la “productiva”, formada por los agricultores (campesinos y empresarios agrícolas); la “estéril” o “estipendiaria” integrada por comerciantes, artesanos, obreros y profesionales (en general servicios y labores diferentes a la agricultura); y la “propietaria” o “soberana”, dueña de la tierra (nobleza y clero)³⁷. La estructura de clases estaba en relación con el concepto de producto neto. Los dueños de la tierra organizaban la producción agrícola, proporcionaban capitales a los campesinos y, en consecuencia, se adjudicaban aquel. A su vez, tenían a su cargo la responsabilidad de conducir política y socialmente la comunidad. La clase de los productores, encargados de trabajar la tierra, recibían a cambio una remuneración con parte de lo que ella producía. Y la clase “estéril”, ocupada de todas las otras actividades (profesionales independientes, manufactureros, comerciantes), contribuía al funcionamiento del sistema económico.

El esquema circular expone cómo en cada año se suceden las fases de producción, intercambio y consumo. El *Cuadro Económico* sintetiza la estructura del sistema económico con el objetivo de mostrar las relaciones (la serie de intercambios entre mercancías y dinero) que deben tener lugar entre los diferentes sectores productivos y las diferentes clases sociales para permitir la supervivencia y el desarrollo (Roncaglia y Sánchez Hormigo, 2011, pp.23-24). A continuación, presentamos, de un modo simplificado, la relación anterior:



(Valores en millones)

Fuente: elaboración propia.

36 Cuando es insuficiente la parte del producto neto que vuelve a la tierra (por ejemplo por compras excesivas a la clase estéril e insuficiente a la clase agrícola) su creación tendrá a disminuir y surgirá la amenaza de una depresión (James, 1974). Si los ingresos no se reproducen debidamente como resultado de una política adversa, el cuadro habrá “perdido el equilibrio”.

37 El modelo se basaba en un conjunto de supuestos a partir de considerar que la productividad era solo de la agricultura: 1) división de la sociedad en tres clases; 2) todos los años se reproducía el mismo producto neto; 3) no se consideraba la circulación dentro de cada clase; 4) los precios eran constantes; 5) el dinero se utilizaba exclusivamente como medio de cambio; y 6) libre circulación entre los sectores económicos.

Como puede notarse, Quesnay plantea la existencia de una sola economía con tres sectores genéricos (agricultura, propiedad de la tierra y manufacturas) que involucran a los integrantes que tipifican a las clases sociales, la clase productiva, los terratenientes y la clase estéril.

La agricultura proporciona, a modo de ejemplo, un producto bruto anual de cinco mil millones de francos (tres mil millones en alimentos y dos mil millones en materias primas) que sigue esta distribución: el propio sector guarda dos mil millones para su mantenimiento e iniciar el ciclo siguiente (gastos varios), emplea un mil millones en compras a la clase estéril (vestimenta, alojamiento, herramientas de trabajo como azadas y arados) y entrega los dos mil millones restantes (el “producto neto”) a los propietarios bajo la forma de rentas reclamadas por estos (alquileres, impuestos). La clase propietaria gastaba un mil millones en la clase productora y otro tanto en la clase estéril. De esta forma, la clase estéril disponía de dos mil millones, de los cuales la mitad provenía de la clase productora y la otra mitad de la clase propietaria. El destino de estas rentas serían un mil millones para adquirir de la clase productora diversos artículos consumibles y los otros un mil millones en compras de materias primas. Estos serían los movimientos iniciales de la renta seguidos por otros sucesivos.

La teoría del producto neto es el fundamento de la teoría de la distribución de la Fisiocracia que intentó demostrar cómo la producción de un período se distribuye entre los distintos grupos sociales que participan en el proceso productivo. El *Cuadro Económico* luego de representar la distribución de clases expone la circulación del producto neto. Para comenzar, la clase productiva paga la renta en dinero (dos mil millones de francos) a los propietarios; los cuales, compran con un mil millones alimentos para su consumo y de ese modo devuelven la mitad del dinero a su lugar de origen. Con la otra mitad de sus ingresos en concepto de rentas, compran artículos manufacturados a la clase estéril, la que a su vez emplea ese dinero en comprar alimentos a la clase productiva. Esta, por su parte, compra artículos manufacturados a la clase estéril, la que a su vez adquiere materias primas para utilizar en el período siguiente y devuelve así los dos mil millones de francos a su lugar de origen.

En consecuencia, a lo largo del ciclo anual, las clases productivas realizaban sus tareas en las que consumían alimentos, materias primas y artículos manufacturados, pero a la vez, producían –por la especial dotación de los factores naturales– un excedente de dos mil millones de francos. Los terratenientes gastaban ese excedente –en consumo de alimentos y de productos manufacturados– a sabiendas de que en el

período siguiente contarían con otras rentas³⁸. La clase estéril modificaba las materias primas con su trabajo al producir artículos manufacturados y mientras utilizaba alimentos para subsistir.

Finalmente, este *Cuadro Económico* constituye uno de los grandes aportes de los fisiócratas, al pensar la actividad económica en forma de modelo económico, a partir de supuestos, con la selección de aquellas variables que consideran relevantes para reducir la complejidad de la realidad que se refleja en determinadas palabras, nexos y relaciones. De este modo, contribuyeron a pensar la economía como una ciencia³⁹.

3.1.1. Los factores económicos y productos de la tierra

La tierra era para los fisiócratas el único factor productivo (por lo tanto, la exclusiva creadora de valor), en un contexto en el que la agricultura era la principal ocupación y un comercio orientado al transporte y venta de productos agrícolas⁴⁰. La producción material solo era productiva y la actividad principal que era la agricultura necesitaba de crecientes inversiones para lograr el crecimiento económico. En esta dirección, los fisiócratas no necesariamente defenderían el mercado libre sino que proponían, en ciertas circunstancias, estimular la demanda de los consumidores de productos agrícolas. En efecto, un alto consumo de productos del campo era beneficioso, mientras que un alto consumo de bienes manufacturados inflaría los gastos “improductivos” con un efecto expulsor respecto de las deseables compras agrícolas.

3.1.2. La teoría del valor y de los precios

En Quesnay, si bien no está plenamente desarrollada una teoría del valor, los autores coinciden en señalar que tuvo algún acercamiento. En la teoría de los precios, el *bon prix* constituía aquel precio que proporcionaba cierta ganancia y, en consecuencia, un incentivo para mantener o expandir la producción. Los precios del mercado eran fluctuantes, si

38 El excedente, originado en la agricultura, corresponde al consumo de los nobles, que no producen nada, y que cada año pueden volver a adquirir productos agrícolas y manufacturados solo porque obtienen rentas de los agricultores.

39 El *Tableau* es un elemento precursor de la matriz macroeconómica de insumo-producto de Leontieff, del diagrama del flujo económico y de la contabilidad del ingreso nacional, temas todos incluidos en los textos de economía modernos; sin dudas, un aporte metodológico de la Fisiocracia que muestra las posibilidades de reflejar en un esquema las interrelaciones entre sectores económicos.

40 La mirada era un retroceso respecto a los escritos de Cantillon quien señalaba que tanto la tierra como el trabajo constituían los factores productivos originales; el empresariado era el motor de la economía de mercado que ajustaba los recursos a las demandas de los consumidores y a la incertidumbre económica.

estaban por debajo del costo de producción (el *prix fondamentale*), la actividad tendría pérdidas; si eran demasiado altos, se constituirían en una carga social.

El *prix fondamentale* constituye el nexo que relaciona la teoría del precio con la teoría del valor. En este sentido, Quesnay diferencia entre “valor en uso”, que refleja las necesidades y deseos individuales de los consumidores; y “valor en cambio” (el *valeur vénale* o “valor para la venta”) que depende de una serie de factores: el costo de producción y la influencia del comercio exterior (factor estratégico en la formación de los valores y precios). Los valores en uso de diferentes bienes guardan poca relación unos con otros como así también con los precios. El valor en cambio (o precios relativos), en línea con una teoría objetiva del valor, será la esbozada por los fisiócratas: el rechazo a los determinantes psicológicos de los consumidores encontrará especial expresión en la teoría del valor-trabajo de los autores clásicos.

Otro de los grandes fisiócratas, Turgot, difirió de esta interpretación al sostener que todas las valoraciones son subjetivas y relativas, en cambio continuo, al depender de los deseos de las personas. En un ensayo incompleto sobre *Valores y monedas* (1769) consideraba que el *valeur estimative* refleja la utilidad y la escasez de una mercancía. El promedio de todos esos valores estimados por las partes que afectan una transacción de cambio en el mercado constituirá el *valeur appréciative* (valor monetario óptimo) que determina el precio.

3.2. Jacques Turgot y el agricultor capitalista como fuente de riqueza

Anne Robert Jacques Turgot es otro de los referentes de los fisiócratas; su origen noble y educación para el clero lo posicionaron en la sociedad de la época: desempeñó el cargo de administrador general del distrito de Limoges (1761-1771), fue ministro de Marina (1774) y poco después ministro de Finanzas (hasta mediados de 1776)⁴¹.

En algunos aspectos se mantuvo separado de la escuela fisiócrata (a la cual incluso tildó de sectaria), por discrepar con Quesnay al considerar al trabajo agrícola y no la agricultura, como motor de la maquinaria social. También, respecto de la aparición del capital como acumulación de valores mobiliarios, con la posibilidad de que las sumas dinerarias

41 En esta última gestión intentó introducir algunas reformas promovidas por la Fisiocracia como el impuesto progresivo sobre las propiedades agrícolas y la libertad de comercio de trigo que luego comprendió otros cereales. En 1775 abolió los gremios y las corporaciones comerciales privilegiadas con el objetivo de fomentar la libertad de empresa.

sean invertidas no solo en la agricultura sino en el comercio y en la industria, al insinuar que la última podía ser creadora de riqueza.

Durante su paso como funcionario público se encontró con una fuerte resistencia: de la nobleza porque quería gravar impositivamente a la tierra⁴²; el clero desconfiaba de él porque promovía la libertad religiosa; los financieros renegaban de que hubiera conseguido préstamos en el extranjero a una tasa más baja que la ofrecida por ellos⁴³; los recaudadores de impuestos agrícolas que le cobraban al gobierno por esta función, se enfurecieron cuando propuso reemplazarlos por cobradores de impuestos propios de la burocracia estatal; y finalmente, los ricos y la burguesía arraigada objetaban su interferencia contra los monopolios (Brue y Grant, 2008).

En efecto, Luis XVI (1774-1789) llegó al trono (con 20 años), luego de la muerte de su padre, y procuró introducir algunas reformas económicas, en vista de la escasez de recursos que afectaba a la Corona francesa, producto de su intervención en la guerra independentista norteamericana. Turgot sería el ministro de Finanzas que propuso la “subvención territorial”, impuesto que debía ser pagado por los dueños de las tierras. Ante esta situación, la nobleza se sintió agredida y presionó al rey para que renunciara y se desecharan las reformas planeadas. La situación creó descontento entre los opositores al Antiguo Régimen y una serie de protestas producidas por el incremento del precio del pan (conocidas como la “guerra de las harinas”) cubrieron la geografía francesa. El monarca, en un intento de aplacarlas, designó como sucesor de Turgot a Jacques Necker⁴⁴.

3.2.1. Los rendimientos decrecientes

La principal aportación analítica a la teoría económica fue el principio de los rendimientos decrecientes. Unos cincuenta años antes de que fuera deducido por los economistas ingleses (Thomas R. Malthus y David Ricardo), Turgot afirmó que las sucesivas aplicaciones del *input* variable a la tierra (factor fijo) harán que el *output* crezca, primero en proporción creciente y después en proporción decreciente hasta alcanzar

42 Un impuesto directo a los terratenientes era preferible a los impuestos indirectos que se pasaban a ellos.

43 Redujo drásticamente el gasto del gobierno con la obtención de un préstamo de capitales holandeses al 4% anual; también los pagos de intereses se redujeron casi a las dos terceras partes.

44 El nuevo ministro intentó nuevamente realizar algunas reformas para mejorar el estado financiero de la Corona que nuevamente consistían, además de una reforma administrativa, en crear impuestos a la nobleza. La tenaz oposición de la clase privilegiada provocó en 1781 su caída. Un nuevo intento de reforma había fracasado.

un máximo; es decir que una duplicación del gasto en agricultura jamás duplicaría el producto:

La fertilidad de la tierra se asemeja a un resorte que se oprime por la adición de pesos sucesivos. Si el peso es pequeño y el resorte no es muy flexible, los primeros intentos no tendrán ningún resultado. Pero cuando el peso es suficiente para vencer la primera resistencia, entonces cederá a la presión. Después de producir cierta cantidad, de nuevo se empezará a resistir a la fuerza adicional sobre él y los pesos que antes causaban una depresión de una pulgada ahora escasamente lo mueven ni por el grueso de un cabello. Y es así como el efecto de los pesos adicionales disminuirá gradualmente. *Observaciones sobre la memoria de Monsieur Graslin y M. de Saint-Péravy*, [1767] (Citado por Brue y Grant, 2008, p.43).

Esto es, cuando a un terreno concreto se le aplican sucesivamente cantidades iguales de capital, el aumento del producto obtenido en cada aplicación crece inicialmente hasta un límite; cuando se alcanza el máximo de combinación entre el factor fijo y el variable, las nuevas adiciones iguales de capital originan incrementos del producto cada vez menores y progresivamente estos nuevos aumentos de la producción tienden a cero⁴⁵.

3.2.2. La teoría del dinero

Para explicar la naturaleza del dinero, Turgot parte de una posición metalista para llegar, a través de una consideración nominalista, nuevamente a una concepción metalista. El dinero mercancía corresponde a sociedades que practican el trueque. En su origen, cuando el intercambio se realizaba de este modo, cualquier mercancía era representativa de un poder adquisitivo general sobre todas las demás y podía servir de patrón de medida común para comparar con ella el valor de todas las otras.

No obstante, el dinero también puede ser considerado como una abstracción al cual se le atribuye un valor nominal sin que sea necesario un valor propio (concepción nominalista). En efecto, todas las mercancías tienen su valor intrínseco –o sea, un poder adquisitivo general para procurarse otras por la vía del intercambio– y pueden servir de patrón de medida para expresar el valor de todas las demás, aunque no todas ellas se prestan a ser empleadas con la misma facilidad en estos dos usos porque son de

45 Ello siempre que no se modifiquen las condiciones tecnológicas en sucesivas adiciones de capital. Los rendimientos decrecientes se expresan en términos de productividad marginal (cociente de incrementos) y no de productividad media (cociente de cantidades, o sea, producción por unidad de capital) (Schumpeter, 1994).

diferente calidad⁴⁶. Sin embargo, el autor duda de la utilidad práctica de la nominatividad del dinero y termina por sostener que “toda moneda es esencialmente una mercancía” y “una moneda puramente convencional es una cosa imposible” porque “no hay una prenda representativa del valor como no sea otro valor igual” (Epígrafe XL)⁴⁷. De este modo, llega al punto de partida, a una concepción metalista del dinero puesto que para él los metales (oro y plata) son más apropiados (por su ductilidad y solidez, durabilidad y ligereza en comparación al volumen, facilidad de división, transporte y conservación sin alteración) que cualquier otra mercancía para asumir el papel del dinero (Blaug, 1985).

3.2.3. *Teoría del capital y del interés*

Quesnay había propuesto la existencia de unos “avances”, un capital determinado y circulante, disponible para comenzar el proceso productivo, con lo cual, la acumulación era solamente destinada a la reposición por desgaste o consumo. Por su parte, Turgot, sobre esta base, pudo exponer una teoría del capital considerándolo como un factor productivo, es decir, el capital era un fondo de riquezas mobiliarias previamente acumulado que permite vivir (proveer de subsistencias) y producir (aportar materias primas y herramientas) durante el período de la producción (Epígrafe LII y LIX).

La riqueza mobiliaria que mejor se presta para fomentar el desarrollo económico era el capital en forma de dinero, constituido por el oro y la plata, puesto que sin él “sería casi imposible acumular capitales considerables” (Epígrafe LXIX). La obtención de estos capitales, que luego se convertirán en “adelantos”, se logra mediante el ahorro.

Los ahorros provenían del exceso de ingresos sobre el consumo de la clase propietaria; el resto de las clases, como sus miembros ganan lo suficiente para subsistir según los fisiócratas, no tienen posibilidades de ahorrar. Sin embargo, si la competencia no es muy fuerte como para bajar los ingresos al mínimo de subsistencia, y al adoptar las personas actitudes distintas respecto a la frugalidad, los “hombres prudentes” podrían llegar a acumular un pequeño ahorro y convertirse en capitalistas. Así, personas que no poseen tierras y viven sin trabajar, a partir de los ingresos que les proporciona ese dinero acumulado bajo la forma de interés, consiguen esos adicionales.

46 Depende de las cualidades de las mercancías. Así, no sería correcto decir que un cordero vale cuatro litros de vino, sin saber antes la calidad del vino.

47 Tomado de *Reflexiones sobre la formación y distribución de las riquezas* (1766).

Los ahorros constituyen un stock de bienes o de dinero; y todas las actividades económicas requieren de unos “avances” (para comenzar el ciclo productivo, mantener a los trabajadores antes que el producto esté listo para la venta, las granjas y talleres requieren edificios, equipos y materias primas). De este modo, existe una relación entre ahorro e inversión; para Turgot, el ahorro o dinero retenido para el negocio se convierte inmediatamente en capital real, o sea, se invierte (el mismo criterio será sostenido por Smith y por la mayoría de los economistas hasta la tercera década del siglo XX)⁴⁸. Luego de criticar la condena que los escolásticos habían hecho del interés (o sea, de la usura), se esforzó en demostrar la necesidad y la legitimidad del cobro del interés por el préstamo de dinero: éste es esencialmente un contrato recíproco y libre entre las dos partes y ambas obtienen de él un provecho. El prestamista tiene derecho a exigir un interés, fundamentalmente porque el dinero es suyo, “un derecho inseparable de la propiedad”, del mismo modo que un panadero cobraba por vender su pan y no puede exigírsele que lo regale (Epígrafe LXXIV).

El interés constituye un costo de oportunidad debido a que si el prestamista utilizaba sus fondos para la compra de tierras, obtendría ciertos ingresos, a los cuales renunciaba cuando prestaba el dinero. Además, era el propietario de sus fondos y tenía libertad para hacer con ellos lo que deseara. Para Turgot el interés constituía un “termómetro de la economía” porque reflejaba la abundancia o la escasez de fondos en un país⁴⁹. El capital solamente debería emplearse en aquellas inversiones que dieran tanto o más que el tipo de interés. Era importante, entonces, incentivar el crédito a los agricultores y alejar a los prestamistas competitivos porque estos, como actividad improductiva, podrían presionar al alza a los tipos de interés desviando los recursos financieros que de otro modo podrían ir a una agricultura capitalizada.

3.2.4. Teoría de la distribución

Turgot contemplaba una distribución muy simple mediante la renta de la tierra, el beneficio del capital y los salarios de los trabajadores.

48 El autor distingue cinco formas para emplear el capital: compra de tierras, inversión para la agricultura, industria o comercio y los préstamos a interés. Cada una de ellas proporciona ingresos distintos (por ejemplo, las inversiones en tierras dan menos beneficios por su seguridad y facilidad) que están relacionados; si aumentan los beneficios de un tipo de inversión, variarán los de otras, al atraer hacia ella parte de los fondos invertidos en éstas.

49 El interés es una especie de nivel bajo el cual cesará todo trabajo, todo cultivo, toda industria y todo comercio. Un tipo de interés elevado se convertiría en un impuesto sobre la actividad económica del país tanto para los que pidan préstamos como para los que no. Esa era también la perspectiva de Quesnay quien llegó a proponer que el gobierno debía fijar la tasa de interés.

La renta de la tierra era el producto neto, valor que la tierra produce por encima de la devolución de los avances y de los beneficios del cultivador, pues estos solo pueden ser considerados como recuperación de los gastos propios del cultivo (Epígrafe LXII). Debido a la seguridad que ofrece la posesión de la tierra, será la que menor retribución le corresponde.

El capital requiere mayor tipo de rendimiento que la tierra por el riesgo asumido basado en la posible insolvencia del deudor (Epígrafe LXXXV). El beneficio del capital debe proporcionar además del recupero de la inversión: 1. Un beneficio igual al ingreso que se podría adquirir con ese capital sin ningún trabajo. 2. El salario y el precio de su trabajo, de sus riesgos, de su industria. 3. La reposición anual de los efectos depreciados en la empresa (ganado que muere, herramientas usadas). 4. Los gastos de transporte (en el caso de los mercaderes que se rigen por el principio de las ventajas absolutas: “enviar las mercancías del lugar donde son baratas a aquéllos donde se venden más caras”) (Epígrafe LXVII).

Los salarios, tanto de los labradores como de los obreros, se determinan en el mínimo de subsistencia debido a la competencia entre ellos mismos (un anticipo de lo que se denominaría con los clásicos *ley de hierro de los salarios*); como el trabajador no tiene más que sus brazos, se ve obligado a vender su esfuerzo a cambio de un salario con el que “no se gana más que la vida” (Epígrafe VI).

4. Recapitulación

A mediados del siglo XVIII Francia mantenía una estructura socio-política con rasgos feudales: la agricultura era el principal medio de subsistencia y el ritmo de acumulación era escaso. Quesnay y sus seguidores fisiócratas fueron portavoces de la monarquía francesa antes que de los intereses de los propietarios. Quesnay residía en Versalles y no solo tuvo como preocupación, como médico, la salud del monarca, sino también la salud financiera del rey, que era como sostener la de la propia nación. El propósito fundamental de las recomendaciones económicas fue incrementar los ingresos fiscales que surgían de la renta de los terratenientes, crecientes a partir de la prosperidad de la agricultura capitalista.

Dos aspectos merecen destacarse en el pensamiento de esta escuela: uno de ellos, la creencia en la existencia de un “orden natural” en el funcionamiento del sistema económico; el otro, la concepción del orden económico como análogo a un organismo natural, fijando

un sistema de circulación dentro del mismo, expresado en el *Tableau Économique*.

En materia de economía política, los fisiócratas fueron los primeros defensores del *laissez faire*, y por ello, críticos del mercantilismo. Así, inauguraron un aspecto que deberían tener en cuenta los economistas: el papel apropiado del gobierno en la economía. Propusieron una economía interior y exterior libre, con un comercio sin subsidios ni privilegios monopólicos o restricciones. Si se eliminaban estos obstáculos, el comercio, la agricultura y toda la economía florecerían así como el bienestar general. Además, apoyaron la acción del libre mercado y los derechos naturales de la persona y la propiedad; dejaron en claro que al ser la agricultura la actividad económica principal, también debía estar sometida al pago de impuestos.

El trabajo de la tierra era la única actividad capaz de lograr un resultado neto positivo. Las otras actividades eran “estériles”, sin que ello implicara que se las considerara inútiles. Las clases productivas son los agricultores que recibían las tierras en alquiler de los propietarios y además, los que realmente las cultivaban. Los terratenientes, como debían cumplir con los adelantos de capital a los agricultores, podrían considerarse “parcialmente” productivos. Pero como los fisiócratas consideraban que los reembolsos de los agricultores se perdían por la competencia en alquilar tierras, resultaba que todo el producto neto iba a manos de los propietarios de las tierras quienes, dadas las características de la organización económica y social de Francia, se apropiaban de ese modo del excedente económico, logrado con el trabajo de la población rural y organizado por estos arrendatarios de un modo tal que pudieran financiar su existencia, sus lujos y la compra de productos artesanales y manufacturas en general. Por lo tanto, también deberían estar gravados con un impuesto único.

En el marco del liberalismo económico que defendían, consideraron que la intervención del gobierno debía ser mínima. La forma de gobierno era la monarquía absoluta y la estrategia consistía en convertir al rey al *laissez faire* para que adhiriera al principio de que la libertad conducía a la felicidad y prosperidad de sus súbditos. Sin embargo, los resultados alcanzados fueron mínimos porque esta filosofía económica estaba en contradicción con los intereses de la clase gobernante al conducir a un límite de su poder y perjudicar sus propios negocios.

La Revolución Francesa hará que esta perspectiva fisiocrática en favor de la agricultura y defensora de la monarquía absoluta pierda toda su influencia en el país y en los pocos lugares de Europa donde pretendió llegar. La escasez de recursos que afectaba a la Corona francesa

llevó a un intento de reforma impositiva que gravara con tributos a los dueños de la tierra (siguiendo las ideas fisiócratas) generando uno de los conflictos que alimentaron el espiral revolucionario. El rápido crecimiento demográfico durante el siglo XVIII contribuyó al estancamiento de los salarios agrícolas. La crisis económica se profundizó ante las sequías que redujeron la producción desde comienzos de la década de 1780. La tenaz oposición de la nobleza intentó ser contrarrestada por Luis XVI convocando, luego de 175 años, a una institución popular, los Estados Generales. A la postre, tal decisión sellaría la suerte de la monarquía. La impopularidad creciente de la aristocracia y los cuestionamientos al régimen político existente, fueron las condiciones que darían origen a las convulsiones sociales más profundas de la historia.

5. Bibliografía y Fuentes

5.1. Bibliografía citada

- Blaug, M. (1985). *Teoría económica en retrospectiva*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Brue, S.L. y Grant, R.R. (2008). *Historia del pensamiento económico*. México: Cengage Learning.
- Cusminsky de Cendrero, R. (1991). *Los fisiócratas. Quesnay, Dupont de Nemours, Mirabeau y otros*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Ekelund, R. y Hébert, R. (1992). *Historia de la teoría económica y de su método*. Madrid: McGraw Hill.
- Galbraith, J.K. (1998). *Historia de la economía*. Barcelona: Ariel.
- James, E. (1974). *Historia del pensamiento económico*. Madrid: Aguilar.
- Meek, R. (1975). *La fisiocracia*. Barcelona: Ariel.
- Roll, E. (2000). *Historia de las doctrinas económicas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Roncaglia, A. y Sánchez Hormigo, A. (2011). *Economistas clásicos*. Madrid: Síntesis.
- Schumpeter, J.A. (1994). *Historia del análisis económico*. Barcelona: Ariel.
- Screpanti, E. y Zamagni, S. (1993). *Panorama de Historia del Pensamiento Económico*. Barcelona: Ariel.
- Spiegel, H.W. (2001). *El desarrollo del pensamiento económico. Historia del pensamiento económico desde los tiempos bíblicos hasta nuestros días*. Barcelona: Omega.

5.2. Fuentes sugeridas

- Quesnay, François ([1758] 1984). *Máximas generales del gobierno económico de un reino agrícola*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica.

- Quesnay, François ([1758] 1980). *El “tableau économique” de Quesnay*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Quesnay, François y Dupont de Nemours, Paul Samuel ([1765] 1985). “Derecho natural”. En *Escritos Fisiocráticos*; estudio preliminar y traducción de José E. Candela Castillo. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
- Turgot, Anne Robert Jacques, baron de L’Aulne ([1766] 2003). *Estudio y traducción de la obra: Reflexiones sobre la formación y la distribución de las riquezas de R. J. Turgot*. Sevilla: Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla.

CAPÍTULO **3**

Adam Smith y el surgimiento de la economía política clásica

Juan Cruz López Rasch

Introducción

En el presente capítulo estudiaremos a Adam Smith, probablemente, el principal integrante de la economía política clásica, término originalmente formulado por Karl Marx, con el cual podemos identificar a numerosos pensadores que, más allá de sus diferencias, estarían dentro de una sola corriente analítica¹. Efectivamente, aunque al interior de esa escuela se encuentran distintos autores, aquí privilegiaremos el abordaje de Smith por diferentes motivos. Es el más relevante de todos, por cuanto esboza, antes que los demás, una interpretación acabada y sistemática de los sistemas productivos y comerciales. Sus postulados tienen, además, profundas implicancias en numerosos intelectuales. Es, por otra parte, el representante más conocido de una forma de entender el mundo que, con importantes cambios, prevalece en los campos académicos y políticos hasta nuestros días, bajo el rótulo de liberalismo².

1. El contexto histórico: los inicios de la Revolución Industrial inglesa

Adam Smith nació en Kirkcaldy (Escocia) en 1723. Fue testigo de uno de los períodos más trascendentales en la historia de la humanidad, la Revolución Industrial, cuya primera fase se vislumbró en Inglaterra durante la segunda mitad del siglo XVIII. Los cambios acaecidos posibilitaron la aplicación sistemática de las innovaciones tecnológicas, dando lugar a una producción generalizada, masiva y barata de bienes

1 Para algunos estudiosos de la economía, Karl Marx también integra la escuela clásica.

2 Para trabajar los aportes de Adam Smith recurrimos a las versiones en castellano de sus escritos más relevantes, editadas por Alianza y Fondo de Cultura Económica. Asimismo, tomamos el recaudo de analizar los textos en inglés, con la finalidad de reconocer la fiabilidad de las traducciones utilizadas.

que permitió afianzar las bases del sistema capitalista (Ashton, 1970; Landes, 1979)³.

Consideremos con mayor grado de detalle los orígenes de este proceso. Por lo menos desde el siglo XV, en buena parte de Europa Occidental, existían numerosos centros de producción textiles. El problema era que los talleres artesanales ubicados en las ciudades tenían importantes restricciones. En las urbes había gremios, asociaciones corporativas que regulaban las cantidades elaboradas de un determinado producto, limitaban la mano de obra que podía ser contratada, y fijaban precios máximos y mínimos de lo que se comercializaba. Uno de los objetivos de estas entidades era evitar una competencia anárquica entre los fabricantes⁴. Además, esto significaba una barrera que contenía el crecimiento económico de sectores potencialmente dinámicos⁵. En ese entonces, muchos hombres de negocios daban cuenta de la existencia de importantes mercados locales y extranjeros donde colocar sus artículos. Sin embargo, las estipulaciones antedichas impedían concretar el objetivo de elaborar muchas vestimentas, de manera rápida y a bajo costo. La lógica capitalista así lo exigía. No había mejor oportunidad de enriquecerse que vender una manufactura que era consumida y demandada por un amplio abanico de personas, aún más si esa mercancía era ofrecida a un precio módico.

Las estipulaciones que operaban dentro de los burgos obligaban a los comerciantes a trasladar sus inversiones al campo. Algunos investigadores consideraban que esa decisión estaba acompañada, además, por las transformaciones estructurales del sistema feudal, bastante nítidas

3 Para buena parte de la historiografía especializada, la génesis de este modo de producción, por utilizar la terminología marxista, ocurriría en la Modernidad temprana o, incluso, durante la Baja Edad Media (Dyer, 1998).

4 Un especialista en historia económica, de Hoover (1987), consideraba que las prácticas monopolísticas, como las que desarrollaban algunos gremios urbanos, no eran bien vistas. Llegaba a esa conclusión apoyándose en distintos tratados escolásticos de la Baja Edad Media. Sus afirmaciones, no obstante, adolecían de dos importantes problemas. Desde el punto de vista metodológico, no podríamos reducir el sentimiento de una sociedad, en una época y lugar determinado, a lo que proponía un autor en particular (es poco probable que Santo Tomás de Aquino o San Bernardino de Siena expresaran totalmente las preocupaciones y puntos de vista de una comunidad). Por otra parte, numerosos académicos especializados en el período tardo medieval daban cuenta de las innumerables acciones de este tipo que promovían tanto los gremios, como los príncipes y reyes. En muchas ocasiones, las intervenciones sobre el mercado de esos poderes políticos tenían como principal objetivo defender las posibilidades de compra del consumidor, resguardar a los productores locales de manufacturas y, en última instancia, garantizar que el excedente de los tributarios fluyera hacia los señores feudales. En cualquiera de esos casos, aunque había sectores perjudicados, otros terminaban beneficiados. Sobre estos aspectos, véase el trabajo de González Arce (2008).

5 Hoy en día, algunas de esas afirmaciones están en discusión. No obstante, y más allá de los matices temporales y regionales, es indudable la presencia de este tipo de controles sobre las actividades urbanas artesanales durante la época moderna. Véase la obra editada por Epstein y Prak (2008).

desde fines de la Edad Media y comienzos de la modernidad. El proceso de cambio, entonces, dejaba al descubierto una modalidad de elaboración de manufacturas que, establecida en los ámbitos rurales, generaba un vínculo con los mercaderes que, a corto o largo plazo, posibilitaba cambios en las relaciones de producción⁶. En este sentido, es oportuno describir cómo se manifestaba este proceso, por lo menos esquemáticamente: un comerciante entregaba a una familia de productores agrarios un determinado volumen de materia prima para elaborar textiles (en un primer momento, se les proveía de lana), estos campesinos tejían en sus tiempos de ocio la ropa y, con posterioridad, el mercader buscaba las manufacturas y pagaba de acuerdo al volumen de prendas confeccionadas. Aunque este era un fenómeno verificable en distintas áreas de Europa, Inglaterra experimentaba, además, otro tipo de cambios económicos que apuntaban su desarrollo como primera potencia industrial.

Entre los siglos XVI y XVIII, el imperio inglés ampliaba considerablemente sus áreas de influencia, encontrando diferentes mercados en los cuales colocar sus productos. Las colonias españolas en América eran algunos de los sitios predilectos para realizar estas operaciones, especialmente antes y después de las revoluciones independentistas (Hobsbawm, 2009). Por otra parte, en el interior de Inglaterra, una gran cantidad de productores agrarios experimentaban relevantes transformaciones. Gracias a los cercamientos (*enclosures*), muchos campesinos veían condicionado su acceso a las tierras (Overton, 1996). Aunque esos cambios incrementaban notablemente la productividad, también convertían a los antiguos aldeanos en proletarios⁷. Arrojadados a las fauces del mercado de trabajo, necesitaban un empleo para hacerse de ingresos y subsistir. Una vez que obtenían un jornal, se transformaban, para los capitalistas, no solo en obreros, sino también en potenciales consumidores (Chambers y Mingay, 1966).

6 Los historiadores especializados en este temática procuraban diferenciar una primera etapa en la cual el campesino disponía de la materia prima y las herramientas de trabajo, y sólo dependía del mercader-empresario en la esfera de la circulación, y otra en la cual el capital comercial penetraba en las relaciones de producción, puesto que el comerciante aparecía como propietario de los insumos y los instrumentos de trabajo. Este segundo paso implicaba una etapa más en lo que, desde el punto de vista marxista, era denominado como “acumulación originaria”, (véase Capítulo 7 para observar las implicancias de este término). Para un abordaje de estas cuestiones, véase Kriedte (1986) y Kriedte, Medick y Schlumbohm (1986). El enfoque es complejizado por Berg (1987).

7 Perspectiva tradicional discutida por Allen (2004). El autor no subestimaba la capacidad laboral de las pequeñas explotaciones familiares, lo cual lo llevaba a dudar de las interpretaciones que trazaban un vínculo directo entre los cercamientos y los avances de la agricultura inglesa, así como también repensar la relación existente entre los *enclosures*, el crecimiento de la productividad rural en Inglaterra, la proletarianización de los campesinos y el surgimiento de la Revolución Industrial.

Apoyados directa o indirectamente por las políticas imperiales, los empresarios capitalistas promovían e incentivaban la aplicación de innovaciones técnicas y organizativas en los procesos de trabajo, aumentando la eficiencia de la producción. Sin embargo, aún existía un problema, el clima de Inglaterra era apto para la cría de ovejas y la obtención de lana, pero no para disponer de otro tipo de materias primas que permitieran confeccionar hilados adecuados para los climas más cálidos. La respuesta a este inconveniente se encontraba más allá de los mares, en zonas tropicales, como el sur de los Estados Unidos, por ejemplo. En esas regiones, podían establecerse plantaciones de algodón, un cultivo con el cual tejer vestimentas de distinto tipo, más baratas, de mejor calidad, incluso utilizables para elaborar ropas de invierno o verano. Se pergeñaba entonces una estrategia política y militar de alcance internacional, el comercio triangular: se compraban esclavos en las costas occidentales de África, estos se enviaban hacia las áreas algodoneras, la materia prima producida se exportaba a Inglaterra y allí se fabricaban las manufacturas que eran vendidas en estas y otras partes del mundo.

Para el siglo XVIII ya se podía observar una metamorfosis estructural en la nación inglesa. Las industrias textiles se habían diseminado por una buena parte del territorio. Estas, además, ya no solo se concentraban en ámbitos rurales, sino que también habían comenzado a instalarse en las ciudades (Hobsbawm, 1989). Aparecían allí fábricas, en las cuales había un importante número de obreros, muchos de ellos antiguos campesinos que, como ya lo indicamos, sin tener acceso a sus parcelas familiares y a los terrenos de uso colectivo necesitaban un salario para sobrevivir. De esta manera, cuantiosas masas de trabajadores se abarrotaban en las urbes y buscaban un empleo en recintos laborales que distaban mucho de los talleres artesanales del siglo XV⁸. Ahora, los proletarios se encontraban con tiempos y ritmos de actividad fijos, rígidas normativas que solo permitían comer, tomar o socializar con los demás durante los recesos y, además, máquinas que, sin un importante nivel de complejidad, permitían generar numerosos artículos en poco tiempo⁹.

Smith podía reconocer algunas de las manifestaciones iniciales de estos cambios. El contexto y sus transformaciones, sin duda alguna, impactaban en su modo de ver el mundo que lo rodeaba. Aunque no

8 La afirmación es discutible, entre otras cosas, porque los cercamientos implicaban unidades de explotación agrarias que, en realidad, necesitaban de una mayor cantidad de mano de obra. Por lo tanto, no sería tan directa la relación entre los *enclosures*, la proletarización y la migración hacia espacios urbanos. Una síntesis de las perspectivas historiográficas que matizan las ideas expresadas en el cuerpo del texto, en Cortés Conde (2003).

9 Véanse las implicancias sociopolíticas de estos cambios en Thompson (1995).

presenciaba todas las consecuencias de la industrialización, comprendía muchas de las implicancias que traía aparejada la nueva realidad social.

2. El sistema teórico clásico: aspectos generales

Para comprender cabalmente a Smith, así como a cualquier otro pensador, no solo necesitamos dar cuenta del mundo dentro del cual vivía, sino también de los intereses y preocupaciones que tenía. En este sentido, es fundamental que reconozcamos que, aún a fines del siglo XVIII, la economía no constituía una ciencia propiamente dicha, ni estaba estructurada como un campo disciplinar. De hecho, al contrario de lo que se supone, Smith no era un economista, sino un filósofo, interesado especialmente por cuestiones morales (Roll, 2000).

Otros autores que forman parte del paradigma clásico tampoco se desempeñaban, originalmente, como especialistas en economía. David Ricardo era un agente de la Bolsa londinense, devenido en terrateniente y luego en parlamentario, que tomaba interés por el análisis económico tras leer la obra de Smith. Thomas Malthus, por su parte, era un clérigo anglicano abocado a una multiplicidad de temas. Jean Baptiste Say era un oficinista que perseguía su sueño de convertirse en literato, rubro en el cual lograba desenvolverse, entre otras cosas, como autor de obras de teatro. Quien rotulaba originalmente como ‘clásicos’ a todos estos intelectuales, Karl Marx, era un estudiante de derecho que, sin concluir esa carrera, esbozaba su primera tesis enfocándose en aspectos epistemológicos.

Las breves notas biográficas indicadas con anterioridad no implican, desde ningún punto de vista, ignorar los enormes conocimientos que esos pensadores acumulaban a lo largo de su vida sobre las cuestiones que nos interesan. La carrera profesional de Smith así lo demuestra. Ya desde 1773, tres años antes de publicar su obra más importante, se desempeñaba como asesor del gobierno inglés en lo relativo a asuntos económicos; a partir de 1778, cumplía tareas como comisario de aduanas escocesas (Perdices de Blas, 2003).

La teoría clásica reunía una serie de características distintivas que eran compartidas por todos sus representantes. En primer lugar, el conjunto de los autores indicados procuraba ordenar y sistematizar un cúmulo de ideas, principios y métodos que ya habían sido expuestos, pero de manera algo caótica, a lo largo del tiempo por diferentes pensadores. Intentaban otorgarles a sus estudios una dimensión científica, estableciendo leyes que permitieran explicar el funcionamiento de la economía (Roll, 2000). En segundo lugar, adherían a lo que se denominaba como la teoría objetiva

del valor. Para ellos, el valor de cambio de las mercancías estaba dado por factores vinculados a la producción, a la elaboración social de un determinado bien. Por eso, jerarquizaban el papel de la oferta, la distribución de los ingresos y el funcionamiento de las redes de producción e intercambio. En tercer lugar, su preocupación principal, en última instancia, era el desarrollo. Ahora bien, le conferían centralidad a ese tipo de problemas porque vivían en una época en la que se estaban sintiendo los primeros efectos de la Revolución Industrial. Al transitar por un período que estaba marcado por los resabios del Antiguo Régimen y un nuevo tipo de sociedad, temían que el crecimiento de la riqueza de su propia nación pudiera ocasionar problemas o malestares en algún futuro cercano. De allí también el miedo que sentían por los rendimientos decrecientes, por la paulatina pérdida o desaceleración de la economía, o por la llegada de una etapa estacionaria. En cuarto lugar, su modelo de estratificación social reproducía, en algún punto, la imagen de la sociedad preindustrial. De hecho, encontramos en esos pensadores una división entre obreros, capitalistas y terratenientes que, en los diferentes casos, asignaba un determinado rol a cada uno de los sectores para el futuro de la humanidad.

Si consideramos lo anterior, es lógico que algunos no reconocieran a Smith, precisamente, como el ‘padre’ o el fundador de la economía. En todo caso, podría definirse como el responsable de haber sistematizado, reunido y articulado, de modo coherente, un corpus general formado por un conjunto de explicaciones y nociones que ya estaban presentes en los filósofos de la Antigüedad y los teólogos de la escolástica medieval (de Roover, 1987). Tampoco hay que menospreciar en la redacción de su libro más importante, *La Riqueza de las Naciones*, la influencia de los fisiócratas, quienes desarrollaban conceptos y modelos analíticos para comprender las actividades productivas y la circulación de sus excedentes (Galbraith, 1998).

Como ya lo indicamos, en un primer momento, Smith tenía como principal interés la concepción del bien y el mal. Desde un punto de vista más general, indagaba cómo y por qué un grupo de personas lograba reproducirse a lo largo del tiempo y el espacio sin caer en el caos. En última instancia, estaba preocupado por la existencia armoniosa de la especie, cuestión que también despertaba curiosidad en los otros representantes de la escuela clásica. Malthus, por ejemplo, veía con temor el crecimiento poblacional y la insuficiente disponibilidad de recursos. Ricardo creía que la dinámica demográfica y la limitada oferta de tierra cultivable significaban, a corto o largo plazo, un problema para la sociedad. En todos operaba, de alguna u otra manera, la advertencia de Thomas Hobbes y el temor de caer en una salvaje lucha por la supervivencia. Las cuestiones morales conducirían a Smith a reflexionar sobre este y otros aspectos.

Al sentirse atraído por las relaciones interpersonales llegó a preguntarse de qué manera los sujetos lograban acceder a distintos recursos. En otras palabras ¿Qué permitía la distribución y asignación relativamente ordenada de los bienes? El origen de sus respuestas debemos buscarlo en su obra de 1759, titulada *Teoría de los sentimientos morales*.

Para Smith ([1759] 1997), las personas no se comportaban correctamente porque fueran buenas, sino porque en su afán por obtener la aprobación de los demás, eran precavidas a la hora de interactuar. La conducta ejemplar, entonces, no era más que el resultado de un interés egoísta. Así, persiguiendo su propio bienestar, los sujetos incurrierán en acciones que, directa o indirectamente, favorecerían al resto. Smith afirmaba, entonces, que lo principal era que los individuos fueran libres y racionales. Al proceder de forma autónoma y pensante, tarde o temprano, todos acabarían beneficiados. De esta manera, proponía una interpretación según la cual la mirada de los otros jugaba un papel fundamental. El observador imparcial, como podría denominarse a esa opinión que se tenía de uno mismo y de los demás, dictaminaba la valoración de los diferentes actos sociales. Así, lo explicaba el autor:

El principio según el cual aprobamos o desaprobamos nuestro propio comportamiento es exactamente el mismo por el que ejercitamos los juicios análogos con respecto a la conducta de otras personas. Aprobamos o reprobamos el proceder de otro ser humano si sentimos que, al identificarnos en esa situación, podemos o no podemos simpatizar totalmente con los sentimientos y motivaciones que lo dirigieron. Del mismo modo, aprobamos o desaprobamos nuestra propia conducta si sentimos que, al ponernos en el lugar de otra persona y contemplarla, por así decirlo, con sus ojos y desde su perspectiva, podemos o no podemos asumir totalmente y simpatizar con los sentimientos y móviles que la influyeron. Nunca podremos escudriñar nuestros propios sentimientos y motivaciones, jamás podremos abrir juicio alguno sobre ellos, salvo que nos desplazemos, por decirlo así, fuera de nuestro propio punto de vista y procuremos enfocarlos desde una cierta distancia. Sólo podemos hacer esto intentando observarlos a través de los ojos de otra gente, o como es probable que otros los contemplen. Por consiguiente, cualquier juicio que podamos formarnos sobre ellos siempre establecerá una secreta referencia a lo que es el juicio de los demás o a lo que bajo ciertas condiciones podría ser, o lo que nos imaginamos que debería ser. Tratamos de examinar nuestra conducta tal como concebimos que lo hiciera cualquier espectador recto, imparcial (Smith, [1759] 1997, pp.227-228, Parte III, Capítulo I).

Ahora bien, Smith vivía en una época marcada por importantes transformaciones epistemológicas. Era influenciado por los nuevos

paradigmas intelectuales y científicos que, en un principio, correspondían a otro tipo de disciplinas. Esos cambios estaban encabezados por Isaac Newton (1642-1727), quien alcanzaba la fama por dos motivos: desarrollar la ley de la gravedad, y establecer un sistema analítico para la física a partir de esa premisa ¿Cómo se relacionaba todo esto con las propuestas económicas de Smith? Nuestro autor encontraba en Newton un modelo de pensamiento que podía incorporar a sus tesis filosóficas de honda preocupación moral. Así como Newton observaba que la gravedad era la fuerza física central y primordial que arrastraba los objetos hacia la tierra, Smith creía que también debía existir un poder invisible que llevaba a las sociedades por el rumbo correcto, garantizando la convivencia y, también, el desarrollo de las relaciones productivas y comerciales. La noción de una mano invisible que controlaba el mercado, una idea que desarrollaremos en las siguientes páginas, comenzaba a tomar forma. De hecho, la propia concepción de una ‘mano’ que dirigía la economía y conducía a las personas, en la mayoría de los casos, por un sendero que sería beneficioso para todos, era bastante atractiva. La premisa permitía dar cuenta de una realidad compleja, a la vez que relegaba, desde el punto de vista teórico, la existencia de contradicciones y disfunciones sociales.

Consideremos que el título de su libro más importante, *Una investigación sobre la naturaleza y causas de la Riqueza de las Naciones*, más conocido como *La Riqueza de las Naciones*, da cuenta de su perspectiva interpretativa. La grandeza de un país, decía Smith, no debía medirse de acuerdo con la cantidad de dinero acumulado, sino por su capacidad productiva. No resultaba extraño que, desde su punto de vista, el trabajo constituyera la fuente original del valor. La idea ya había sido esbozada por los fisiócratas. Smith ([1776] 1958) compartía este postulado, denominado como teoría objetiva del valor, con el conjunto de los clásicos, incluso con Marx. A continuación, exploremos detalladamente este asunto.

3. La riqueza de las naciones en la esfera de la producción

3.1. El origen de la riqueza: la ruptura de Smith con las doctrinas anteriores

Como ya lo expresamos, dos temas motivaban el trabajo intelectual de Smith ([1776] 1958): cómo lograba funcionar una sociedad a lo largo

del tiempo y cuál era el origen de la riqueza que existía en ella. Durante la modernidad, buena parte de las políticas estatales de los más importantes reinos orbitaban en torno a las propuestas de los mercantilistas. Esa denominación había sido acuñada por Víctor Riquetti (1715-1789), marqués de Mirabeau, en uno de sus tratados. Smith la retomaba y aplicaba, de manera algo despectiva y burlona, para referirse a las opiniones de Thomas Mun (1571-1641) o Philipp Wilhelm von Hörnigk (1640-1714), por citar dos ejemplos paradigmáticos. Sus preocupaciones por los intercambios internacionales y la dinámica geopolítica no eran altruistas. Desempeñándose como funcionarios y mercaderes vinculados a las coronas europeas, ellos mismos obtenían grandes beneficios de las compañías comerciales auspiciadas por los diferentes imperios de la época. Desde su punto de vista, los Estados debían acumular metales preciosos. Para lograrlo, necesitaban un saldo favorable entre exportaciones e importaciones, todo lo cual implicaba establecer barreras proteccionistas, alentar la industria local, y acompañar políticamente el surgimiento y el fortalecimiento de determinados monopolios.

Smith consideraba que la perspectiva de los mercantilistas estaba equivocada y que repercutía negativamente sobre el desarrollo económico. Indicaba que la riqueza no podía reducirse a la obtención de oro y plata, sino que el bienestar y la opulencia de un país debían medirse por la cantidad de trabajo productivo efectivamente realizado dentro de él. Así, la nación más acaudalada no era aquella que reunía más metales preciosos, sino la que conseguía poner en marcha un proceso de crecimiento en el que se confeccionaban una considerable cantidad de bienes, los cuales aumentaban en calidad y número con una eficiente división del trabajo, acompañada también por la expansión del mercado (Roncaglia, 2006).

En buena medida, la historia le daría la razón a Smith. Algunos imperios coloniales, como el de España, habían conseguido, a lo largo de la época moderna, conquistar territorios y aprovecharse de las minas de oro y plata. No obstante, las riquezas que los españoles tomaban de América se transferían hacia otros países europeos que disponían de una actividad manufacturera superior a la hispánica. A largo plazo, el desarrollo diferencial quedaría de manifiesto. Mientras España constituiría, hasta muy entrado el siglo XX, un país con claros contrastes y deficiencias estructurales, otros, como Inglaterra, se convertirían en potencias mundiales.

Las nociones formuladas por Smith tenían puntos de contacto con las elaboradas por los fisiócratas, quienes, no por casualidad, también criticaban a los mercantilistas. La escuela francesa había postulado que

la riqueza era creada por los productores agrarios. Desde su punto de vista, los labradores generaban un producto neto que era aprovechado por las demás clases sociales: el terrateniente cobraba una renta por el uso de las parcelas, el industrial fabricaba manufacturas con las materias primas que se originaban en los ámbitos rurales y todos ellos, junto con los asalariados, consumían alimentos que, originalmente, provenían del sector primario. Al afirmar que la existencia de una sociedad dependía de la producción agrícola-ganadera, los fisiócratas estaban proponiendo que la base del desarrollo era la actividad rural. Smith ([1776] 1958) retomaba ese argumento, indicando que toda la riqueza derivaba, directa o indirectamente, del trabajo productivo.

Ahora bien ¿qué entendía Smith por ‘productivo’ e ‘improductivo’? Smith no hacía la clasificación a partir de un criterio despectivo. Las actividades improductivas eran aquellas que no implicaban la creación de objetos vendibles, por lo cual, quienes efectivizaban esas tareas no lograban reproducir su propia renta. Como no generaban valor de forma autónoma, necesitaban de la producción de los otros para existir. Así, el personal doméstico, los docentes, abogados, médicos, oficiales de justicia y todos aquellos que hoy incluiríamos en el rubro de los servicios, o en el sector terciario, no formaban parte de los grupos productivos. En realidad, de acuerdo con el criterio de Smith, los únicos que verdaderamente cumplían con los requisitos enunciados eran los obreros. Los capitalistas, por su parte, eran los responsables de liderar el proceso industrial¹⁰.

En este sentido, la división del trabajo adquiriría un rol fundamental en la multiplicación de la riqueza. Una mejor administración de los esfuerzos y las labores, sumada a una buena preparación y un incremento de la destreza individual, permitirían aumentar la productividad. Es relativamente conocido el ejemplo que transmite el autor para iluminar este punto, que reproducimos a continuación:

Tomemos como ejemplo una manufactura de poca importancia, pero a cuya división del trabajo se ha hecho muchas veces referencia: la de fabricar alfileres. Un obrero que no haya sido adiestrado en esa clase de tarea (convertida por virtud de la división del trabajo en un oficio nuevo) y que no esté acostumbrado a manejar la maquinaria que en él

10 En el texto original, Smith ([1776] 1977, p.125) hacía mención a “*employers of the industry*” (literalmente, “empleadores de la industria”, empresarios que contrataban mano de obra para desarrollar actividades económicas). El autor consideraba que ellos buscaban obtener “*profits*” (“beneficios”) a partir de su “*stock*” (“capital”); de hecho, titulaba el Capítulo IX del Libro I como “*Of the Profits of Stock*”. Algunos autores han reconocido la complejidad terminológica de este aspecto al afirmar que Smith no distinguía entre empresario y capitalista, y sólo procuraba diferenciar entre salarios de gestión y beneficios. Véase, por ejemplo, Perdices de Blas (2003, p.121).

se utiliza (cuya invención ha derivado, probablemente, de la división del trabajo), por más que trabaje, apenas podría hacer un alfiler al día, y desde luego no podría confeccionar más de veinte. Pero dada la manera como se practica hoy día la fabricación de alfileres, no sólo la fabricación misma constituye un oficio aparte, sino que está dividida en varios ramos, la mayor parte de los cuales también constituyen otros tantos oficios distintos. Un obrero estira el alambre, otro lo endereza, un tercero lo va cortando en trozos iguales, un cuarto hace la punta, un quinto obrero está ocupado en limar el extremo donde se va a colocar la cabeza: a su vez la confección de la cabeza requiere dos o tres operaciones distintas: fijarla es un trabajo especial, esmaltar los alfileres, otro, y todavía es un oficio distinto colocarlos en el papel. En fin, el importante trabajo de hacer un alfiler queda dividido de esta manera en unas dieciocho operaciones distintas, las cuales son desempeñadas en algunas fábricas por otros tantos obreros diferentes, aunque en otras un solo hombre desempeña a veces dos o tres operaciones. He visto una pequeña fábrica de esta especie que no empleaba más que diez obreros, donde, por consiguiente, algunos de ellos tenían a su cargo dos o tres operaciones. Pero a pesar de que eran pobres y, por lo tanto, no estaban bien provistos de la maquinaria debida, podían, cuando se esforzaban, hacer entre todos, diariamente, unas doce libras de alfileres. En cada libra había más de cuatro mil alfileres de tamaño mediano. Por consiguiente, estas diez personas podían hacer cada día, en conjunto, más de cuarenta y ocho mil alfileres, cuya cantidad, dividida entre diez, correspondería a cuatro mil ochocientos por persona. En cambio, si cada uno hubiera trabajado separado e independientemente, y ninguno hubiera sido adiestrado en esa clase de tarea, es seguro que no hubiera podido hacer veinte, o, tal vez, ni un solo alfiler al día; es decir, seguramente no hubiera podido hacer la doscientas cuarentava parte, tal vez ni la cuatro-mil-ochocientos-ava parte de lo que son capaces de confeccionar en la actualidad gracias a la división y combinación de las diferentes operaciones en forma conveniente (Smith, [1776] 1958, pp.8-9, Libro Primero, Capítulo 1).

Nótese que en ese fragmento el adiestramiento de los trabajadores aparecía como una cuestión relevante. Cuando se considera la finalidad económica de esa educación técnica, no resulta extraño encontrarnos, en otros pasajes de la obra, con un Smith que pregona la intervención del Estado para apoyar la formación de los ciudadanos. Desarrollaremos las responsabilidades que debían tener los poderes políticos para el autor, más adelante; ahora, nos concentraremos en otro aspecto dentro de su esquema interpretativo.

3.2. El mecanismo de mercado competitivo autorregulado y la “mano invisible”. El *laissez faire*

Como ya lo indicamos, Smith no era un economista, sino un filósofo moral. Preocupado por cuestiones de esa índole, elaboraba una explicación para dar cuenta del funcionamiento y la interacción social. En ese recorrido interpretativo, el comercio, la producción y el consumo adquirirían relevancia. Por eso, son fundamentales los vínculos que existen entre escritos que, a simple vista, pueden parecer muy distintos entre sí, como la *Teoría de los sentimientos morales* y *La Riqueza de las Naciones* (Roncaglia, 2006).

Así como Smith consideraba que las personas no se comportaban correctamente porque fueran buenas o moralmente responsables, sino porque su interés propio las guiaba por ese camino, tampoco pensaba que los sujetos otorgaban la posibilidad de comprar y vender mercancías porque estaban naturalmente orientados hacia lo correcto o porque tuvieran un espíritu afable¹¹. Lejos de eso, Smith encontraba la clave de bóveda de todo el sistema económico en el mismo punto donde había hallado la auténtica naturaleza de cualquier conducta humana: en el egoísmo, y no así en un afán de solidaridad que sería indisociable del género humano. Siguiendo con su criterio filosófico, Smith creía que la búsqueda de beneficios individuales traía aparejado, directa o indirectamente, un resultado positivo para todos. En su *Teoría de los sentimientos morales*, expresaba que:

Los ricos sólo seleccionan del conjunto lo que es más precioso y agradable. Ellos consumen apenas más que los pobres, y a pesar de su natural egoísmo y avaricia, aunque sólo buscan su propia conveniencia, aunque el único fin que se proponen es la satisfacción de sus propios vanos e insaciables deseos, dividen con los pobres el fruto de todas sus propiedades. Una mano invisible los conduce a realizar casi la misma distribución de las cosas necesarias para la vida que habría tenido lugar si la tierra hubiese sido dividida en porciones iguales entre todos sus habitantes, y así sin pretenderlo, sin saberlo, promueven el interés

11 Utilizamos el término “mercancía” porque así figura en la edición original en inglés de la *La Riqueza de las Naciones*, y en la traducción de esa obra al castellano. De hecho, Smith empleaba la expresión en el título del Capítulo 5 del Libro I, titulado “*Of the real and nominal price of the commodities, or their price in labour, and their price in money*” (“Del precio real y nominal de las mercancías, o de su precio en trabajo y de su precio en moneda”, de acuerdo con la traducción de Fondo de Cultura Económica). Las palabras “*commodity*” (singular) o “*commodities*” (plural) son utilizadas en la actualidad para hacer mención a insumos básicos, materias primas o alimentos. No obstante, el análisis de la teoría objetiva del valor que proponía Smith nos llevaría a pensar que los conceptos antedichos daban cuenta de cualquier mercancía con valor de uso y de cambio.

de la sociedad y aportan medios para la multiplicación de la especie (Smith, [1759] 1997, pp.332-333, Parte IV, Capítulo 1).

Esa mirada era aplicada al estudio del comportamiento económico en *La Riqueza de las Naciones*, al sostener que,

No es la benevolencia del carnicero, del cervecero o del panadero la que nos procura el alimento, sino la consideración de su propio interés. No invocamos sus sentimientos humanitarios sino su egoísmo; ni les hablamos de nuestras necesidades, sino de sus ventajas (Smith, [1776] 1958, p.17, Libro I, Capítulo 2).

La búsqueda de satisfacciones individuales redundaría entonces en la felicidad de todas las personas. Bajo estas premisas, la libertad aparecía como un elemento fundamental, como el principal atributo para garantizar la reproducción armoniosa de la sociedad. Se debía dejar actuar a los sujetos con plena autonomía, permitiéndoles encontrar su placer de la forma más racional posible. La propuesta tenía un claro tinte político. Reconocido como un liberal, el autor se manifestaba en contra de los abusos de autoridad que pudieran propinar los mandatarios. Estaba fuertemente influenciado por el utilitarismo y por pensadores como John Locke (1632-1704). Por eso, se declaraba enemigo de toda interferencia de los poderes estatales sobre las conductas de las personas, salvo que implicasen un delito (véase más adelante). Detrás de estos postulados no era difícil encontrarnos con una concepción del orden natural que guardaba importantes similitudes con el razonamiento fisiócrata. Para los partidarios de la escuela francesa, y para el intelectual escocés, la sentencia "*laissez faire, laissez passer*" ("dejar hacer, dejar pasar") sintetizaba buena parte de su ideario (Borrello, 2008).

3.3. La teoría del valor-trabajo y de los costos de producción

Para el conjunto de los autores clásicos, el trabajo era el origen del valor de cambio de todas las mercancías. Constituía entonces una medida "objetiva", un efecto de la actividad laboral concreta, y no una estimación subjetiva, indicada por cada persona de acuerdo a sus necesidades, gustos y preferencias. Para llegar a esta conclusión, Smith comenzaba por recordar la taxonomía propuesta por Aristóteles, quien diferenciaba entre valor de uso y valor de cambio. El primero, indicaba las capacidades prácticas de un bien, el segundo, el precio de un artículo comparado a otro/s. Esa compleja dualidad era explicada por medio de una paradoja, la del agua y los diamantes. El filósofo de la antigüedad expresaba que el

agua tenía un enorme valor de uso por un simple motivo, todo ser vivo necesitaba de ella para seguir existiendo; no obstante, presentaba un valor de cambio muy inferior con respecto a los diamantes. Estos tenían un equivalente monetario enorme, pero no una utilidad tan fundamental. Veamos como lo argumentaba, con sus propias palabras:

Debemos advertir que la palabra valor tiene dos significados diferentes, pues a veces expresa la utilidad de un objeto en particular, y, en otras, la capacidad de comprar otros bienes, capacidad que se deriva de la posesión de dinero. Al primero lo podemos llamar “valor en uso”, y al segundo, “valor en cambio”. Las cosas que tienen un gran valor en uso tienen comúnmente escaso o ningún valor de cambio, y por el contrario, las que tienen un gran valor en cambio no tienen, muchas veces, sino un pequeño valor en uso, o ninguno. No hay nada más útil que el agua, pero con ella apenas se puede comprar cosa alguna ni recibir nada en cambio. Por el contrario, el diamante apenas tiene valor en uso, pero generalmente se puede adquirir, a cambio de él, una gran cantidad de otros bienes (Smith, [1776] 1958, p.30, Libro I, Capítulo 4).

Para Smith, el valor de uso no despertaba muchas incógnitas. Lo que verdaderamente estimulaba sus razonamientos, era la naturaleza y el origen del valor de cambio de las mercancías. Un acabado conocimiento de la historia le permitía al filósofo exponer una argumentación bastante completa para develar ese misterio. En términos globales, podemos encontrar en Smith diferentes teorías del valor, clasificables en dos grandes grupos. Por un lado, tenemos un conjunto de expresiones que hacían referencia a cómo se originaba el valor de cambio en comunidades primitivas, preindustriales, precapitalistas o no modernas, es decir, en una época anterior a la que estaba viviendo Smith. Detengámonos en un párrafo por demás interesante y complejo que refleja esto:

El precio real de cualquier cosa, lo que realmente le cuesta al hombre que quiere adquirirla, son las penas y fatigas que su adquisición supone. Lo que realmente vale para el que ya ha adquirido y desea disponer de ella, o cambiarla por otros bienes, son las penas y fatigas de que lo librarán, y que podrá imponer a otros individuos. Lo que se compra con dinero o con otros bienes, se adquiere con el trabajo, lo mismo que lo que adquirimos con el esfuerzo de nuestro cuerpo. El dinero o esa otra clase de bienes nos dispensan de esa fatiga. Contienen el valor de una cierta cantidad de trabajo, que nosotros cambiamos por las cosas que suponemos encierran, en un momento determinado, la misma cantidad de trabajo. El trabajo fue, pues, el precio primitivo,

la moneda originaria que sirvió para pagar y comprar todas las cosas. No fue con el oro ni con la plata, sino con el trabajo como se compró originalmente en el mundo toda clase de riquezas; su valor para los que la poseen y desean cambiarlas por otras producciones es precisamente igual a la cantidad de trabajo que con ella puede adquirir y disponer (Smith, [1776] 1958, p.31-32, Libro I, Capítulo 5).

En el siguiente Capítulo, el propio Smith no dejaba dudas que, en esa oportunidad, solo estaba haciendo referencia a un estadio particular en el desarrollo de la humanidad:

En el estado primitivo y rudo de la sociedad, que precede tanto a la acumulación del capital como a la apropiación de la tierra, la única circunstancia que puede servir de norma para el cambio recíproco de diferentes objetos parece ser la proporción entre las distintas clases de trabajo que se necesitan para adquirirlos. Si en una nación de cazadores, por ejemplo, cuesta usualmente doble trabajo matar a un castor que a un ciervo, el castor, naturalmente, se cambiará por o valdrá dos ciervos. Es natural que una cosa que generalmente es producto del trabajo de dos días o de dos horas valga el doble que la que es consecuencia de un día o una hora de trabajo (Smith, [1776] 1958, p.47, Libro I, Capítulo 6).

Smith consideraba que en las sociedades primitivas o arcaicas no existía la propiedad privada. En ese momento, las personas no necesitaban trabajar a cambio de un salario para garantizarse la subsistencia, así como tampoco podían cobrar por el uso de las tierras u otros recursos naturales. Si una persona tenía hambre, solo debía salir a cazar su comida. En ese contexto, el valor de cambio de las mercancías estaba determinado por tres factores:

- a) La cantidad de trabajo necesaria para obtenerlas. Un venado podía costar el doble que un conejo por las dificultades extra que implicaba atrapar al primer animal, comparándolo con el segundo.
- b) El esfuerzo y la fatiga que supondría conseguir o elaborar un bien, y los problemas que nos ahorraríamos al procurarnos adquirirlo a través de una compra. De esta manera, la dedicación y el trabajo que implicaban cazar el venado para comerlo, o utilizar su piel como abrigo, establecían una medida del valor de cambio.
- c) Los costos relativos al tiempo de trabajo para producir uno u otro bien. Si capturar un lobo demandaba el doble de tiempo que significaba atrapar a un venado, las pieles del primero serían más caras. Era, precisamente, en este punto que Smith comenzaba

a argumentar porqué las afirmaciones antedichas no eran aplicables a la época moderna. En términos generales, el filósofo aducía que el trabajo no podía ser interpretado, en las sociedades más desarrolladas y complejas, como una medida homogénea. Había diferentes tipos de actividad productiva. Algunas de ellas podían demandar la misma cantidad de horas, pero implicaban una formación o instrucción técnica superior al resto.

Como el trabajo no podía constituir un denominador común que permitiera medir la enorme diversidad de mercancías, los grados de heterogeneidad de las labores realizadas, en última instancia, quedarían mejor reflejadas en el salario que cada trabajador percibía. El costo de la mano de obra, entonces, aparecía como un factor que sí permitía establecer una unidad de medida. Ahora bien, como ya lo indicamos, los obreros recibían una retribución por sus actividades cuando, imposibilitados para aprovechar recursos de uso colectivo, necesitaban contratarse para obtener una retribución monetaria. Esto implicaba la existencia de la propiedad privada de la tierra y el capital. Los dueños de las parcelas y los capitalistas obtenían por el uso y el aprovechamiento de sus medios de producción una renta y un beneficio, respectivamente. El terrateniente alquilaba las hectáreas de las que disponía y/o percibía algún tipo de ganancia tras la venta de materias primas y alimentos que salían de su suelo. El capitalista invertía, compraba maquinarias, empleaba obreros, producía y comercializaba sus artículos con la esperanza de sacar algún rédito. Los costos de producción, la retribución de los factores que intervenían en los procesos productivos de cualquier artículo, permitían calcular entonces el valor de cambio de una mercancía.

Procuraremos clarificar este punto de vista con un ejemplo. Supongamos que se necesitaba develar el valor de cambio de un tapado inglés, motivo por el cual recurriremos a la estimación en libras esterlinas (£). Un terrateniente, o su arrendador, obtenían cueros de sus animales y los vendían como insumos para confeccionar ese artículo. En términos de unidades de trabajo, podríamos valorar su actividad en unas £10. El capitalista adquiriría esa materia prima y la dejaba a disposición del obrero para que este confeccionase el textil. Por cada prenda realizada, las unidades de trabajo aplicadas eran de £10. El capitalista, obviamente, no realizaba ese esfuerzo empresarial por altruismo, sino por su afán de lucro. Esperando obtener algún dividendo positivo, ponía a la venta la vestimenta a £30 para hacerse con un beneficio de £10. Smith nos diría que, en este caso, los costos de producción llegaban a £30 y, por lo tanto, el valor de cambio original del producto, era de £30.

La pregunta que asaltaba a Smith era por qué nos encontrábamos en el mercado con bienes cuyo precio oscilaba, o no guardaba una estricta relación, con sus costos de producción. La respuesta que encontraba era bastante satisfactoria, al menos para el esquema interpretativo que él mismo trazaba. En la economía, todos los productos tenían dos precios, no necesariamente coincidentes entre sí: el natural y el de mercado. El primero de ellos equivalía a los costos de producción necesarios y mínimos para elaborar un artículo que fuera objeto de compra y venta. Siguiendo con nuestro ejemplo, el precio natural del tapado era de £30. No obstante, había múltiples competidores que fabricaban textiles, con precios y calidades desiguales. La oferta y la demanda, por otra parte, no eran estáticas.

Smith explicaba que el precio de mercado giraba u orbitaba en torno al precio natural y que, a corto o largo plazo, la mano invisible arrastraba al primero hacia el segundo, equilibrándolos. Así como la ley de la gravedad atraía los objetos al piso, la fuerza del mercado, en condiciones de competencia perfecta y sin restricciones extraeconómicas¹², redistribuía el ingreso de la forma más adecuada posible. Sus palabras eran sumamente claras al respecto:

El precio natural viene a ser, por esto, el precio central, alrededor del cual gravitan constantemente los precios de todas las mercancías. Contingencias diversas pueden a veces mantenerlos suspendidos, durante cierto tiempo, por encima o por debajo de aquél; pero cualesquiera que sean los obstáculos que les impiden alcanzar su centro de reposo y permanencia, continuamente gravitan hacia él (Smith, [1776] 1958, pp.56-57, Libro I, Capítulo 7).

Concretamente, el mecanismo de ajuste funcionaba a partir de las cantidades ofrecidas y demandadas de un determinado artículo disponible en el mercado. Cuando muchas personas compraban masivamente una determinada mercancía, ese sector de la economía recibía ingresos

12 Utilizamos aquí el término “competencia perfecta” para hacer más entendible el planteo del filósofo. En estas situaciones de mercado cada uno de los productores y de los consumidores actúan con libertad para elegir y maximizar sus propios beneficios y/o satisfacciones. Así, sólo la interacción entre oferta y demanda determina el precio de los bienes. Además, el elevado número de compradores y vendedores impide que uno de los agentes económicos estipule la oferta o la demanda de manera unilateral. Por lo tanto, lo único que determina las subas o bajas de precios, la colocación o no de un bien o servicio, su éxito entre los consumidores, las posibilidades de incrementar o no su cantidad ofrecida y demandada, son las interacciones autónomas y desreguladas. En esas condiciones, la eficiencia y la calidad encuentran fuertes estímulos puesto que los productores deben trabajar por la máxima satisfacción de los compradores. Desarrollamos la definición a partir de Nordhaus y Samuelson (2005, p.29). Véanse las distancias que existen entre las nociones originales de Smith, más bien relativas a la libre competencia, y las de los neoclásicos, referidas al concepto propiamente dicho de competencia perfecta, en Díaz y Gallardo (2011).

por encima de su tasa natural, superiores a los costos de producción necesarios para colocar el producto en los circuitos de intercambio. En ese caso, se incrementaba la oferta y, tarde o temprano, se generaba un exceso en la disponibilidad de esos bienes, lo cual arrastraba su precio de mercado hacia abajo, igualándose entonces al precio natural. También podía ocurrir lo contrario, si un artículo no era demandado, recibía menos ingresos de los necesarios para cubrir sus costos de producción, lo cual impedía seguir elaborándolo en la misma cantidad. En este caso, al contraerse el precio, los consumidores se sentían estimulados para adquirirlo, lo cual incrementaba nuevamente los ingresos que recibían los fabricantes y aumentaba el precio de mercado hasta llegar al mismo nivel del precio natural.

3.4. La distribución de los ingresos

Aunque Smith hacía un fuerte énfasis en la conciencia y las conductas individuales, no desconocía que las personas, en su conjunto, integraban colectivos sociales. Para los clásicos, especialmente para Marx, la sociedad y la economía debían interpretarse a partir de clases o sectores. En el caso de Smith, pero también en el de Ricardo, Malthus y Say, esa clasificación obedecía a las retribuciones que obtenía cada sujeto por el rol que ocupaba en el proceso productivo. El reparto de la riqueza, en este sentido, era el resultado de un funcionamiento armonioso de las relaciones de intercambio en situaciones ideales, es decir, con una importante cantidad de compradores y vendedores, sin que ninguno de ellos lograra imponerse o avanzar abusivamente sobre el resto. La mano invisible, nuevamente, llevaba y traía las compensaciones monetarias de manera lógica y ordenada. Concretamente, el esquema tripartito propuesto era el siguiente:

- a) Los obreros efectivizaban un esfuerzo laboral que era recompensado con un salario. En el esquema de Smith, así como de otros pensadores liberales, los sueldos constituían un ‘adelanto’, una inversión del capitalista para contratar trabajadores que produjeran las mercancías que, con posterioridad, esperaba vender. Smith creía, como también lo harían otros autores, que los salarios tendían a situarse en un nivel próximo al de la subsistencia, es decir, lo mínimo y necesario para poder comer, vestirse, reproducirse y continuar realizando las actividades. Las sumas desembolsadas por los capitalistas con este objetivo integraban el fondo de salarios. Cuando el capitalista cuidaba sus gastos, ahorraba y acumulaba dinero permitiéndose así

contratar a una mayor cantidad de personas e incrementar la producción. Smith afirmaba entonces que el número de trabajadores se multiplicaba a partir de las posibilidades que estos tenían de encontrar un empleo que les garantizara un ingreso. Por lo tanto, al aumentar el fondo de salarios, y la calidad de vida, los obreros tenían más hijos, incrementando así la oferta de brazos para ejecutar las tareas económicas.

- b) Los capitalistas recibían un beneficio por dirigir el enriquecimiento de las naciones, lo cual no significaba desconocer el papel de las otras dos clases o grupos en ese proceso. Los capitalistas se arriesgaban a contratar empleados y hacerse de materias primas y maquinarias con la esperanza de conseguir algún rédito dentro del mercado. La decisión podía tener pésimos resultados, puesto que había límites de distinto tipo, entre otros, la cantidad de compradores disponibles, los gustos y preferencias del público, la dinámica expansiva de otras empresas, etcétera. En este sentido, Smith consideraba que al aumentar el número de capitalistas dentro de un mismo ámbito económico disminuían los beneficios para cada uno de ellos. Sin embargo, no creía que esto era algo necesariamente malo. En todo caso, le parecía peor que un comerciante o productor incurriera en prácticas monopólicas y obtuviera enormes ganancias a costa de los consumidores.
- c) Los terratenientes, gracias a su situación de monopolio, se hacían de rentas, concepto que Smith definía como la retribución por poseer tierras y minas. Complejizaba un poco más esa perspectiva cuando afirmaba que este tipo de ingresos constituían pagos residuales, obtenidos una vez que ya se habían cubierto los costos de los otros factores de producción. La renta, entonces, derivaba del nivel de precios establecido de acuerdo a la demanda de alimentos y materias primas; dicho de otra forma, la renta aparecía como una variable vinculada al salario de los trabajadores y las utilidades del capitalista.

3.5. El concepto smithiano de la política económica

Imbuido por las enseñanzas de los fisiócratas franceses, quienes veían en el orden natural el estado ideal, Smith pensaba que lo mejor era evitar la interferencia política sobre los negocios. Ese punto de vista, además, respondía a un contexto histórico en el que se criticaba fuertemente la presencia de una autoridad absoluta, como la de los monarcas franceses, con la capacidad para trasgredir los derechos de sus súbditos.

Smith vivía en la nación inglesa, país que se encontraba bajo la autoridad de un rey que, en última instancia, estaba limitado en su accionar por las Cámaras de los Lores y de los Comunes. Desde la Carta Magna de 1215, en Inglaterra existían dispositivos jurídicos y políticos que, de alguna manera, regulaban las atribuciones de los soberanos. A partir de la época moderna, se había establecido un sistema de representatividad que no eliminaba de la escena política a la Corona, pero que sí recortaba su margen de autonomía. No era una casualidad que, en ese mismo territorio, también había desarrollado sus ideas John Locke, quien afirmaba que el Estado no podía avanzar sobre la propiedad privada de las personas.

Dicho lo cual, adquieren aún más sentido las críticas de Smith hacia los mercantilistas, algunas de las cuales ya indicamos con anterioridad. Este tipo de reflexiones no constituían una originalidad absoluta de su pluma. Los fisiócratas, nobles franceses vinculados a la Corona, pero con preocupaciones propias de la Ilustración, reconocían en la defensa estatal de los intereses de los comerciantes el origen de importantes conflictos internacionales. Tenían importantes razones para pensar así. Durante buena parte de la Modernidad, Europa se había visto asediada por numerosas disputas bélicas entre las naciones más importantes. Muchos de esos enfrentamientos, en última instancia, respondían a los objetivos de los diferentes reinos por conquistar territorios y hacerse con los metales preciosos que se encontraban disponibles en ellos.

Al igual que a los representantes de la escuela francesa, esas tensiones bélicas parecían otorgarle a Smith un importante argumento para oponerse a la intervención estatal en la economía. La mejor alternativa para que la sociedad progresase o avanzase correctamente, entonces, era que los compradores y vendedores actuasen con suficiente autonomía. Como los fisiócratas, Smith ([1776] 1958) creía que la única responsabilidad que debía tener el Estado era garantizar la existencia y el aprovechamiento de la propiedad privada. Así, proponía Smith, los gobiernos solo debían redactar y hacer cumplir normativas que permitieran el desarrollo económico, estableciendo la concordia, y encuadrando a las personas dentro de un marco de legalidad que posibilitara el usufructo de sus derechos individuales.

No es extraño que una de las pocas acciones que debía tomar el Estado desde el punto de vista smithiano era combatir los monopolios comerciales, tan pregonados por los mercantilistas para alcanzar el apogeo de los países, y que existían en las principales urbes europeas, en manos de las corporaciones de artesanos y mercaderes. Como lo primordial era resguardar el derecho a la propiedad, a la libertad de movimiento y transporte, al comercio, y al lucro, Smith planteaba que se debían

impedir, o por lo menos regular, lo que hoy en día denominamos como distorsiones o fallas de mercado. Existe una conocida expresión del autor en la cual afirmaba que no existía nada más sospechoso que dos personas del mismo negocio reunidas en secreto y confabulando entre sí. En este punto, sus concepciones liberales se veían atravesadas por sus preocupaciones por mantener el bienestar general:

Rara vez suelen juntarse las gentes ocupadas en la misma profesión u oficio, aunque sólo sea para distraerse o divertirse, sin que la conversación gire en torno a alguna conspiración contra el público o alguna maquinación para elevar los precios. En rigor, es imposible impedir reuniones por medio de una ley viable o que sea compatible con la libertad y la justicia. Pero si la ley no puede impedir que las gentes de la misma profesión se reúnan algunas veces, por lo menos, no debe hacer nada para facilitarlas y, mucho menos, para convertirlas en necesarias (Smith, [1776] 1958, p.125; Libro I, Capítulo 10).

Esa afirmación lo conducía a dictar una severa crítica sobre los gremios artesanales que existían en las ciudades, los cuales, como ya lo indicamos a comienzos de este capítulo, fijaban precios y controlaban las actividades de mercado. Ese ataque implicaba, entre otras cosas, una sostenida oposición al asistencialismo privado, o al que era regentado por las corporaciones. Algunos críticos de Smith podrían encontrar en esas afirmaciones un denodado espíritu de egoísmo. No obstante, el propio filósofo sí se manifestaba a favor de políticas estatales que resguardaban a los más necesitados, oponiéndose, únicamente, a las acciones de los particulares con fines espurios:

El reglamento que obliga a todas las gentes del mismo oficio en la ciudad a inscribir en un registro público sus nombres y domicilios facilita dichas asambleas. En ellas se establece cierta conexión entre gentes que de otra suerte no se habrían conocido, ofreciendo a cada uno de los individuos del ramo una guía para encontrar fácilmente a sus colegas. Un reglamento que autorice a las personas del mismo oficio a imponer contribuciones sobre ellas mismas, para atender a los pobres, enfermos, viudas y huérfanos, y les entrega la administración de esos intereses comunes, contribuyendo también a hacer necesarias esas reuniones. La colegiación no sólo fomenta esas asambleas, sino que contribuye a que la totalidad de sus miembros se encuentre comprometida por el voto de la mayoría. En un auténtico régimen de libre comercio no puede sobrevenir un acuerdo efectivo como no sea por el consentimiento unánime de todos y cada uno de sus miembros, y sólo perdura mientras alguno de ellos no cambie de opinión. La mayoría

de una corporación puede autorizar una ordenanza, acompañada de penalidades que limiten la competencia con mucha mayor eficacia y duración que cualquier concierto voluntario (Smith, [1776] 1958, p.125, Libro I, Capítulo 10).

En cualquier caso, lo que no debemos hacer es caer en una interpretación radicalizada de las nociones smithianas. Por eso, no es correcto pensar que la política económica propuesta por Smith implicaba una desaparición total del Estado. El rol que reconocía en este organismo político, además, tenía una importante relevancia para la consecución de los objetivos que él mismo planteaba. Creía que el Estado debía garantizar las condiciones óptimas para el desarrollo social, haciéndose responsable de la seguridad interna y externa de una nación (cumpliendo el papel de “gendarme”), resguardando la propiedad, estableciendo un sistema de justicia eficiente y desarrollando obras públicas que hicieran posible la producción, transporte e intercambio de mercancías. Además, según Smith, el Estado tenía bajo su responsabilidad la instrucción de las masas trabajadoras, especialmente, para evitar el embrutecimiento y la ignorancia que implicaban la realización de trabajos manuales y repetitivos que acompañaban la progresiva división del trabajo.

3.6. La teoría de la acumulación del capital y el crecimiento económico

Para buena parte de los autores clásicos, Smith incluido, los períodos de auge y bonanza tenían un límite. Las crisis, por otra parte, presentaban su lado positivo, por cuanto permitían restablecer un equilibrio original que, por diferentes motivos, había sido alterado. Este tipo de inquietudes, quedaban plasmadas de forma mucho más explícita en pensadores como Malthus, quien entendía las guerras y hambrunas como frenos que detenían, lo que él consideraba, un peligroso aumento de la población. A pesar de todo, Smith confiaba en el progreso de la humanidad. Es más, consideraba que la etapa recesiva o más penosa tardaría mucho en llegar. Asimismo, como otros representantes de la escuela clásica, estaba esperanzado en las bondades de una corrección automática de los problemas del mercado.

En Smith ([1776] 1958), los períodos de crecimiento y de dificultades aparecían denominados como estado progresivo y estacionario, respectivamente. El primero de ellos comenzaba cuando los capitalistas decidían ahorrar su dinero. Smith recomendaba que estos no incurrieran en gastos suntuosos o improductivos, como lo hacía la nobleza del

Antiguo Régimen. Evitando importantes desembolsos en lujos, el dinero acumulado por los dueños de las industrias permitía el desarrollo global de la nación. Con esos recursos monetarios, estaban en condiciones de realizar adelantos, adquiriendo insumos para la producción. Compraban maquinarias y, especialmente, engrosaban el fondo de salarios, lo que permitía la subsistencia de los obreros, primero, y su multiplicación después. Smith partía del supuesto que el número de personas se ampliaba en función de las posibilidades que estas tenían para alimentarse a sí mismas y a sus hijos. Si el fondo de salarios se engrosaba, entonces, el número de brazos disponibles para el trabajo también lo hacía. Sin embargo, otro supuesto que mantenía el autor era que la demanda de mano de obra se incrementaba con mayor velocidad que su oferta. Por ese motivo, durante el estado progresivo, cuando la división de labores se multiplicaba y se elevaba la necesidad de personal, el salario subía, y también lo hacía el bienestar total de la sociedad, entre otras cosas, porque un empleo bien remunerado también incentivaba la productividad del mismo:

La recompensa liberal del trabajo fomenta la propagación de la clase baja y, con ella, la laboriosidad del pueblo. Los salarios del trabajo son un estimulante de la actividad productiva, la cual, como cualquier otra cualidad humana, mejora proporcionalmente al estímulo que recibe. Una manutención abundante aumenta la fortaleza laboral del trabajador, y la agradable confianza de mejorar su condición, así como la de acabar sus días en plenitud y desahogo, le animan a movilizar todos sus esfuerzos (Smith, [1776] 1958, p.79, Libro I, Capítulo 8).

Para no dejar dudas sobre este tipo de postulados, Smith agregaba:

No puede desconocerse que una moderada abundancia, por encima de lo corriente, hace perezosos a ciertos operarios; pero no nos parece lo más probable que se produzca este efecto en la mayoría de las gentes, y que los hombres, en general, trabajen más cuando están mal alimentados que cuando lo están bien, cuando se hallan extenuados que cuando se sienten animosos, cuando están con frecuencia enfermos, que cuando su estado es saludable. Se ha observado que los años de carestía son, por lo general, años de epidemias y mortalidad, circunstancias suficientes por sí solas para disminuir el producto de sus actividades (Smith, [1776] 1958, pp.80-81, Libro I, Capítulo 8).

Smith pensaba que solo a largo plazo el proceso de acumulación y crecimiento del capital se detenía, por diferentes motivos. La expansión de la competencia entre los capitalistas, tarde o temprano, disminuía

los beneficios disponibles para todos. La alternativa era encontrar otros mercados en los cuales colocar los productos, pero esa salida no siempre resultaba posible. Más allá de la causa, la fase estacionaria se caracterizaba por una disminución de los salarios hasta alcanzar el límite de subsistencia, es decir, lo mínimo e indispensable que necesitaba el obrero para reproducir su existencia y continuar trabajando. Una mano de obra mal alimentada, daba lugar a un importante declive en los niveles de productividad. Por consiguiente, el malestar se generalizaba (Borrello, 2008).

Smith determinaba el crecimiento de una nación a partir de la capacidad de consumo y de las posibilidades que tenía ese país para producir bienes en el futuro. Por eso, era fundamental que el capitalista ahorrara e invirtiera buena parte de sus ganancias expandiendo la capacidad productiva e incrementando el fondo de salarios. En este sentido, la evolución de los ingresos era determinante. Como ya lo indicamos, el crecimiento de la competencia, en el contexto de un mercado que encontraba sus propios límites, originaba una progresiva caída de los beneficios. Quedaban relativamente a salvo los terratenientes, un actor social cuyo enorme protagonismo en el Antiguo Régimen dejaba una marca en el pensamiento de los clásicos. Para el caso de Smith, los dueños de la tierra tenían una ventaja en relación con los otros grupos sociales: como los terrenos formaban parte de una oferta limitada, y esos espacios eran utilizados para habitar, colocar industrias y generar materias primas y comida, sus propietarios estaban en una posición mucho más cómoda que el resto, observando en el largo plazo una suba de sus rentas. Ese incremento era motivado por el aumento de la población, la creciente necesidad de alimentos, pero también de insumos para la elaboración de manufacturas.

Las formulaciones de Smith sobre las características que debían tener una sociedad desarrollada, y su punto de vista acerca del trabajo productivo, estaban relacionadas con otro concepto, el de “ventajas absolutas”. Con ese término intentaba dar cuenta de la capacidad que tenía un determinado país para producir con mayor eficiencia un bien en particular. Esto significaba elaborar productos con un “costo absoluto” menor estimado en unidades de trabajo¹³. Cada uno de los países, entonces, debía especializarse en la elaboración de distintas mercancías, permitiendo la producción y disponibilidad mundial de ellas. En un

13 Existe *ventaja absoluta* para producir un bien cuando el número de horas hombre empleadas resulta ser más bajo en comparación con otro país. Si producir un par de zapatos en Argentina involucra 10 horas hombre y en Brasil 25 horas hombres; o bien para producir cierta cantidad de bananas, el primer caso implica 20 horas hombre y el segundo, 12 horas hombre: Argentina se especializará en la producción de zapatos (tiene ahí “ventaja absoluta”) y Brasil en la de bananas (tiene ahí “ventaja absoluta”); e intercambiarán en el comercio internacional. Recuérdese que el valor de los bienes depende de la cantidad de trabajo para producirlos (teoría del valor-trabajo).

contexto de libre comercio internacional, esto permitía la adquisición de los diferentes artículos que cada nación necesitaba. Esta teoría solo era útil cuando, dados dos países, había dos mercancías que daban lugar a una ventaja absoluta recíproca que permitía el intercambio. Como veremos, David Ricardo, completará el análisis que dejó pendiente Adam Smith.

4. Recapitulación

A lo largo del presente capítulo expusimos las principales ideas de Smith, para muchos, el fundador de la ciencia económica. Aunque hemos observado que esa definición puede ser exagerada, no cabe ninguna duda de la relevancia que tiene la obra del autor en la historia del pensamiento occidental. Pese a que muchas de sus nociones no habían sido imaginadas por primera vez por él, lograba articular un conjunto de conceptos y procedimientos de análisis que sentaban las bases de un paradigma interpretativo. Incluso hasta nuestros días, muchas de las concepciones presentadas en *La Riqueza de las Naciones* son utilizadas no solo para intentar comprender la realidad que nos rodea, sino también para diagramar políticas económicas. No obstante, debemos ser justos. Los proyectos neoliberales, cuya teoría del derrame es acompañada por un mercado anárquico y desregulado, contradicen al propio Smith. La necesidad que planteaba de controlar los monopolios, su preocupación por la educación (con finalidades productivas, pero interesado por ella en última instancia) y el optimismo que tenía frente a la suba de salarios de los obreros, parecen haber quedado fuera de las agendas de los equipos de gabinete y gestión que reconocen en ese filósofo una importante inspiración.

Más allá de esto, las propuestas de Smith son emblemáticas. Adherentes y detractores no ignoran sus contribuciones al campo disciplinar, especialmente aquellas vinculadas a su teoría objetiva del valor, o a su punto de vista sobre el comportamiento de los productores y los consumidores. En términos generales, además, Smith exponía toda una visión de conjunto sobre cómo y por qué una determinada nación podía enriquecerse. Desechaba los argumentos mercantilistas, y describía un modelo de crecimiento económico que, en nuestros días, nos permitiría diferenciar entre los países desarrollados y subdesarrollados. Su tesis principal, acerca de que una nación era más o menos rica según la cantidad de trabajo productivo que realizaba, y el grado de división del trabajo que lo acompañaba, nos permite comprender la naturaleza distintiva de las sociedades industrializadas.

5. Bibliografía y Fuentes

5.1. Bibliografía citada

- Allen, R.C. (2004). *Revolución en los campos. La reinterpretación de la revolución agrícola inglesa*. Zaragoza: Universidad de Salamanca-Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Ashton, T.S. (1970). *La Revolución Industrial, 1760-1830*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Berg, M. (1987). *La era de las manufacturas 1700-1820: una nueva historia de la Revolución industrial británica*. Barcelona: Crítica.
- Borrello, R.R. (2008). *Adam Smith y los fundamentos de la economía política*. Buenos Aires: Editorial Cooperativas.
- Chambers, J.D.D. y Mingay, G.E. (1966). *The Agricultural Revolution 1750-1880*. Londres: B. T. Batsford Books.
- Cortés Conde, R. (2003). *Historia económica mundial. Desde el medioevo hasta los tiempos contemporáneos*. Buenos Aires: Ariel.
- de Roover, R. (1987). La teoría del monopolio antes de Adam Smith: Una revisión, *Estudios Públicos* (25), 169-202.
- Díaz, Á. y Gallardo, Á. (2011). Noción de competencia en Adam Smith: un punto de partida erróneamente condensado por la Teoría Neoclásica. *Economía, Gestión y Desarrollo* (11), 171-194.
- Dobb, M. (1975). *Teorías del valor y de la distribución desde Adam Smith. Ideología y teoría económica*. México, Siglo XXI.
- Dyer, Ch. (1998). Los orígenes del capitalismo en la Inglaterra medieval. *Brocar (Cuadernos de Investigación Histórica)* (22), 7-19.
- Epstein, S. y Prak, M. (2008). *Guilds, Innovation, and the European Economy, 1400-1800*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Galbraith, J.K. (1998). *Historia de la Economía*. Barcelona: Ariel.
- González Arce, J.D. (2008). La organización de la producción textil y las corporaciones gremiales en las ordenanzas generales de paños castellanas (1494-1511). *Anuario de Estudios Medievales* (38/2), 707-759.
- Hobsbawm, E. (1989). *Industria e Imperio. Una historia económica de Gran Bretaña desde 1750*. Barcelona: Ariel.
- Hobsbawm, E. (2009). *La Era de la Revolución: 1789-1848*. Buenos Aires: Crítica.
- Kriedte, P. (1986). *Feudalismo tardío y capital mercantil: líneas maestras de la historia económica europea desde el siglo XVI hasta finales del XVIII*. Barcelona: Crítica.
- Kriedte, P.; Medick, H. y Schlumbohm, J. (1986). *Industrialización antes de la industrialización*. Barcelona: Crítica.
- Landes, D. (1979). *Progreso tecnológico y Revolución Industrial*. Madrid: Tecnos.
- Nordhaus, W. y Samuelson, P. (2005). *Economía*. Buenos Aires: McGraw Hill.
- Overton, M. (1996). *Agricultural Revolution in England. The transformation of the agrarian economy. 1500-1850*. Cambridge: Cambridge University Press.

- Perdices de Blas, L. (Ed.) (2003). *Historia del pensamiento económico*. Madrid: Síntesis.
- Roll, E. (2000). *Historia de las doctrinas económicas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Roncaglia, A. (2006). *La riqueza de las ideas: una historia del pensamiento económico*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Thompson, E. (1995). *Costumbres en común*. Barcelona: Crítica-Grijalbo.

5.2. Fuentes sugeridas

- Smith, Adam ([1759] 1984). The Theory of Moral Sentiments. En *The Glasgow Edition of the Works and Correspondence of Adam Smith*, Vol. 1. Indianapolis: Liberty Fund.
- Smith, Adam ([1759] 1997). *Teoría de los sentimientos morales*. Madrid: Alianza.
- Smith, Adam ([1776] 1958). *Investigación sobre la naturaleza y causas de la Riqueza de las Naciones*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Smith, Adam ([1776] 1977). *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*. Chicago: University of Chicago Press.

CAPÍTULO 

La rama francesa de la economía política clásica

Nicolás Delsol Bocasso

Introducción

El propósito de este capítulo es presentar el pensamiento económico de Jean Baptiste Say (1766-1834), máximo exponente de la escuela clásica francesa. Se dedicó a los negocios vinculados con la industria textil desde su juventud, también participó de la agitada vida política francesa en los años de la revolución como parte de los girondinos y se desempeñó como profesor de Economía Política en el *Collège de France* una vez derrocado Napoleón Bonaparte. Se familiarizó con la obra de Adam Smith de la cual fue continuador, así como Thomas R. Malthus y David Ricardo, aunque los trabajos de Say quedaron desestimados durante mucho tiempo por los historiadores económicos. Entre los más destacados se encuentran *Tratado de economía política* (1803) y *Cursos de economía política* (1829); también dedicó otras publicaciones a explicar sus ideas de manera más didáctica. La vida de este economista transcurre en un contexto histórico particular el cual sin dudas influyó en sus escritos.

1. Contexto histórico: las particularidades de Francia a principios del Siglo XIX

Al igual que el resto de Europa continental, en Francia, la industrialización fue un proceso tardío en comparación con Inglaterra que, desde principios del siglo XIX, se transformó en un modelo al cual otros países se empeñarían por imitar, aunque las particularidades de cada región geográfica desembocaron en experiencias de industrialización divergentes. En el caso francés, la estructura económica era predominantemente agraria y el desarrollo de la Fisiocracia daba cuenta del rol central de la producción rural en su economía. A su vez, la producción artesanal contaba con gran peso en el ámbito urbano, donde la experiencia organizativa de los gremios contribuirá, promediando el siglo, a la conformación del movimiento obrero francés. Cabe destacar que la producción manufacturera no se encontraba anclada solo en las ciudades; una actividad

económica relevante desde el siglo XVIII y que se sostuvo hasta mediados del siglo XIX, es la denominada “protoindustria”. Este sistema surgió en función de la creciente demanda externa de bienes manufacturados propia del capitalismo comercial y se basaba en la explotación de la mano de obra rural por parte de comerciantes encargados de proporcionar la materia prima. La elaboración de este tipo de manufacturas permitió el uso de mano de obra barata en los tiempos no destinados a la producción agrícola y, a su vez, evitó las limitaciones de la fuerte estructura gremial artesanal de las ciudades¹.

Autores como Cayez (1988) consideran que los elementos rurales y artesanales de la estructura económica francesa constituyen la primera fase de una industrialización moderna, que a diferencia del modelo inglés, no experimentó un *take off* espectacular. El proceso de industrialización en Francia fue lento, las mejoras en el nivel de vida se dieron de manera paulatina pero sin experimentar aceleraciones del crecimiento económico concentradas en el tiempo. La escasez de recursos estratégicos (carbón, hierro), la ausencia de un poderoso mercado interno, el bajo crecimiento demográfico (bajo índice de urbanización), los costos de la Revolución Francesa, así como la presencia de formas de trabajo artesanal y la “protoindustria” contribuyeron a la gradualidad del proceso. El mayor desarrollo industrial tendrá lugar durante el Segundo Imperio (1852-1870)².

La situación política de Francia es otro proceso del cual no se puede prescindir. Con el estallido de la Revolución Francesa en 1789 y su progresiva radicalización, se dio fin al Antiguo Régimen y a sus instituciones, dejando un terreno fértil para nuevos ensayos de organización política. Pronto, la joven República se encontró envuelta en una guerra con los representantes de las monarquías europeas que vieron bajo amenaza sus dominios y, a su vez, con la convulsión interna producto del conflicto entre los distintos grupos políticos, cuya máxima expresión fue el denominado “Terror” de Robespierre. El golpe del 18 Brumario de 1799, perpetrado por Napoleón Bonaparte, implicó no solo un freno a las conmociones internas sino también la expansión de los ideales de libertad, igualdad y fraternidad al resto de Europa Occidental a través de

1 Aquí se emplea el concepto de "protoindustria", a partir de la interpretación desarrollada por Cayez (1988), para el caso francés. Para un análisis profundo sobre la producción rural de manufacturas entre la caída del sistema feudal y el surgimiento del capitalismo industrial, véase Kriedte, Medick y Schlumbohm (1986). Esas interpretaciones son abordadas y complejizadas por Berg (1987) quien dirige su mirada a los cambios acaecidos en los primeros años del siglo XVIII (surgimiento de industrias en el ámbito del grupo doméstico y de talleres industriales).

2 Para revisar las distintas etapas del desarrollo industrial francés, véase Alonso (2013), Cayez (1988) y Supple (1979).

las conquistas militares (Reichardt, 2002). Las reformas institucionales y organizativas (abolición de aranceles internos, supresión del poder a instituciones feudales, como las regulaciones gremiales y sobre posesión de tierras) del imperio napoleónico generarían las precondiciones para el crecimiento económico en gran parte del continente; sin embargo, el proyecto político se vería truncado tras la batalla de Waterloo (1815), que da inicio al periodo de la Restauración³ bajo el dominio de la Santa Alianza⁴ (Supple, 1979).

En este contexto los hombres influenciados por las ideas de la Ilustración⁵ buscaron dar respuestas a la forma en que una sociedad debía organizarse, guiada por la luz de la razón y apuntando hacia la superación del entramado institucional heredado. No obstante, este objetivo común condujo al enfrentamiento entre distintas corrientes ideológicas, las cuales tenían proyectos diferentes que viraban de meras reformas a la construcción de genuinas utopías, entre ellas el liberalismo⁶ y el incipiente socialismo⁷. Algunos autores sostienen que este enfrentamiento ideológico contribuyó a la desestimación de los aportes de la escuela clásica francesa que pasaron a ser considerados más doctrina que teoría (James, 1974).

Jean B. Say participó activamente en la Revolución Francesa y se manifestó partidario del *laissez faire*. En 1794 llegó a ser colaborador de una nueva revista dedicada a divulgar las ideas revolucionarias, de la que luego fue redactor en jefe y a la que dirigió por espacio de cinco años. En 1799 fue designado integrante del Tribunal de Coordinación General de Prensa, durante el Consulado (sistema de gobierno establecido en Francia desde 1799 hasta 1804).

3 Tras la derrota de Napoleón, la Santa Alianza restauró a la dinastía borbónica (Luis XVIII y Carlos X) nuevamente al mando del gobierno francés con el fin de reinstaurar el *status quo*. Sin embargo, existe un consenso generalizado en la historiografía actual de que la reacción conservadora encontró limitaciones bien definidas por las consecuencias de la Revolución Francesa; es decir, la institución de una monarquía constitucional, el parlamentarismo, la disolución de los gremios, entre otras.

4 Fue un pacto firmado en septiembre de 1815 por Rusia, Austria y Prusia. Esta coalición política tenía el objetivo de mantener la primacía del orden absolutista una vez derrocado Napoleón y evitar el surgimiento de movimientos revolucionarios.

5 Para el proceso de la Ilustración, véase Rudé (1978).

6 Los protagonistas de esta contienda fueron en realidad los discípulos, para ese entonces, del difunto Say. Entre ellos se destacan Rossi, Chevalier, Joseph y Germain Garnier, Wolowski y Bastiant, todos defensores del librecambismo, el derecho de propiedad privada y la no intervención estatal.

7 El movimiento socialista comenzó a tomar mayor protagonismo desde la Revolución de 1830 y en 1848. Esta corriente también contó con una serie de intelectuales, los llamados Socialistas Utópicos, los cuales formularon esquemas alternativos de organización social, fundamentados en el trabajo y la propiedad cooperativa.

En este marco económico y político tan particular, Say escribió su principal estudio e incluso dictó la cátedra de Economía Industrial del Conservatorio Nacional de Artes y Medidas, una vez depuesto Napoleón Bonaparte. Por la época defendía la idea de que los capitales empleados en sacar partido de las fuerzas productivas de la naturaleza tenían tanta importancia como la agricultura y que una máquina ingeniosa producía más de lo que cuesta, o bien hacía disfrutar a la sociedad de la disminución del precio del producto (Brue y Grant, 2008).

El maquinismo tiene gran relevancia en la obra de Say. Si bien en sus comienzos sostuvo que había que restringir el empleo de nuevas máquinas, terminó por reconocer que una limitación de tal naturaleza violaría los derechos del inventor. También explicó la gran trascendencia que tenía el empresario o contratista como agente principal del progreso económico al guiar la producción. El mecanismo de distribución de la riqueza involucraba al trabajo, el capital y la tierra que proporcionaban los “servicios productivos” que, llevados al mercado, se cambiaban respectivamente por un salario, un interés o un arrendamiento. Los contratistas de la industria combinaban la triada para dar satisfacción a las demandas de los consumidores. El valor de los servicios quedaba determinado por las leyes de la oferta y la demanda. Con esos elementos, Say propone su concepto de economía política: disciplina que enseña el modo como se producen, distribuyen y consumen las riquezas en la sociedad⁸, conocimiento que es posible mediante la “observación”: “Lo que ofrezco es el resultado de dichas observaciones. Todo el mundo puede repetirlas. En cuanto a las conclusiones generales a que he llegado, todo el mundo podrá juzgarlas” (Say [1803] 2001, p.47).

2. Las influencias sobre el pensamiento de Say

Uno de los méritos más reconocidos de Say fue la difusión del pensamiento de Adam Smith en Francia y también en España, puesto que el *Tratado de economía política* se tradujo al castellano mucho antes que *La Riqueza de las Naciones*. Sin embargo, eso solo fue una parte de su obra, además se encargó de ofrecer una sistematización más organizada, coherente y didáctica para que el público comprendiera las ideas de Smith y, a su vez, introdujo novedades teóricas propias en las cuales se vislumbraba la influencia del acervo intelectual en materia económica

8 A partir de las ideas de Say, todos los tratados de economía adoptarán como premisa básica esta división en la que se destaca que la finalidad de la economía es conocer los procesos de producción, distribución y consumo.

que existía hasta el momento. Say hace una observación crítica del escocés en el Prólogo de su *Tratado* de 1803 y enuncia:

La obra de Smith no es más que un agregado confuso de los principios más sanos de la Economía Política, apoyados en ejemplos luminosos, y de las nociones más curiosas de la Estadística, mezcladas con reflexiones instructivas; pero no es un tratado completo de una ni de otra. Su libro es un vasto caos de ideas exactas, revueltas, por decirlo así, con conocimientos positivos (Say [1803] 2001, pp.33-34).

Say estuvo influenciado por pensadores como Étienne Bonnot de Condillac, Richard Cantillon y los fisiócratas (Vincent de Gournay, Anne Robert Jacques Turgot, François Quesnay) los cuales tuvieron peso en Francia durante la segunda parte del siglo XVIII. Estas formulaciones previas llevaron a la escuela clásica francesa a analizar otros elementos que el liberalismo inglés había descuidado; así, por ejemplo, Say se involucró con el estudio de las instituciones y funciones administrativas con influencia de los fisiócratas, especialmente de la obra de Turgot, aunque discrepó con el principio relativo de que solo la agricultura producía riquezas nuevas⁹.

Las propuestas de Condillac también pueden percibirse en los escritos de Say. Para el pensador, el principal objetivo de la economía política era el problema del valor, cuya fuente es la utilidad (no refería a las cualidades físicas de los bienes sino a la capacidad que tienen de satisfacer las necesidades de los individuos), que sube o baja dependiendo del aumento o disminución de la necesidad¹⁰. Además, si bien avanzó sobre la relación entre el valor, escasez y abundancia, no obtuvo una conclusión acabada aunque dejó abierto el campo de estudio a los llamados “marginalistas”¹¹. Al hacer de la utilidad el elemento determinante del valor, rechazaba la distinción entre trabajo productivo y estéril, como también la preeminencia de la agricultura como única creadora de valor, como sostenían los fisiócratas; además refutaba la noción de que el intercambio es un mero engaño fortuito en el que una de las dos partes

9 Sobre Turgot, Say hace la siguiente valoración: “aunque se equivocó en muchos puntos importantes de doctrina, sus operaciones administrativas, hechas o solamente proyectadas, son las más felices que concibió jamás ningún Estadista.” (Say, [1803] 2001, p.42).

10 Étienne Bonnot de Condillac (1714-1780) fue abate de Mureau, filósofo, economista y parte del movimiento de la Ilustración.

11 Los *marginalistas* forman parte de una escuela de pensamiento económico que surge a mediados del siglo XIX y que se caracteriza por abandonar el enfoque de la escuela clásica. El cambio fundamental de perspectiva se encuentra en la adopción de la *teoría subjetiva* del valor y el análisis de la *utilidad marginal*, además de introducir las relaciones matemáticas en la economía. Véase Capítulo 9.

termina siendo víctima. Por el contrario, Condillac proponía que el comercio beneficiaba a todos los implicados en tanto que intercambiaban bienes que, a sus respectivos juicios, poseían menor valor por otros que tenían uno mayor.

La influencia de Richard Cantillon, considerado como uno de los padres de la economía política, también debe destacarse en las innovaciones propuestas por Say; sus conexiones pueden verse, por un lado, en el rol que se atribuye a los empresarios como coordinadores del proceso productivo y, por el otro, en la concepción de valor fundamentada en la utilidad del consumo y en los costos de producción, a diferencia de la teoría del valor-trabajo propuesta por los clásicos ingleses¹². Para Say:

El valor que atribuyen los hombres a las cosas tiene su primer fundamento en el uso que pueden hacer de ellas. Unas sirven de alimento, otras de vestido; unas nos defienden del rigor del clima, como las casas; otras, como los adornos y los muebles preciosos, satisfacen nuestros gustos que son una especie de necesidad, o lisonjean nuestra vanidad, la cual puede colocarse también en el número de nuestras necesidades. Siempre es cierto que los hombres dan valor a una cosa en razón de sus usos, y que desprecian absolutamente lo que de nada sirve (Say, [1803] 2001, p.57).

Las concepciones de Say en torno al valor distan de las defendidas por los clásicos ingleses, en su lugar se encuentran más próximas a la filosofía utilitarista de Bentham¹³, quien creció en protagonismo en los años que van desde la publicación de *La Riqueza de las Naciones* (1776) de Smith hasta la de *Principios de economía política* de Mill¹⁴ (1848) (Roncaglia, 2006). El principio fundamental de la filosofía utilitarista es la idea de que los intereses personales son el motor del comportamiento humano en búsqueda constante de la felicidad. Los planteos de Bentham se encuentran más alejados del campo de la teoría económica que del de la ética; sin embargo, el pensamiento utilitarista contribuyó en las formulaciones teóricas que concebían al valor desde un punto de vista más subjetivo (Roll, 2000).

12 Richard Cantillon (1680-1734) fue un economista nacido en Irlanda, aunque pasó gran parte de su vida en Francia, autor del libro *Ensayo sobre la naturaleza del comercio en general*, escrito en torno a 1730. Dedicado a los negocios, puso en práctica sus concepciones sobre la economía, lo que le permitió amasar una gran fortuna. Véase Capítulo 1.

13 Jeremy Bentham (1748-1832) legislador y filósofo inglés, considerado como el padre de la filosofía utilitarista.

14 John Stuart Mill (1806-1873) pensador, economista y político inglés. Discípulo de Bentham, se encargó de difundir y revisar los postulados del utilitarismo, además de recuperar algunos elementos de la escuela clásica, de la cual también tuvo influencia.

3. La contribución de Say al pensamiento económico clásico

Jean B. Say se encargó de transmitir, como adelantamos, las ideas de Smith, a tal punto que muchos críticos contemporáneos y posteriores consideran que no era más que un divulgador, aunque las presentó de manera más ordenada e introdujo incluso algunas formulaciones teóricas propias, entre las cuales pueden resaltarse: los aportes al problema de la producción, el intercambio y la distribución, el rol otorgado a los empresarios y la ley de los mercados o ley de Say.

3.1. La teoría de la producción

En lo que respecta a la producción, Say sostiene que al producir se está creando “utilidad”, entendida como “la facultad que tienen ciertas cosas de poder satisfacer las diversas necesidades de los hombres” ([1803] 2001, p.57)¹⁵. Esta concepción aleja al autor de los planteos de Smith en torno a la productividad del trabajo (la actividad era “productiva” en tanto y en cuanto tenga lugar la transformación física de la materia). La definición de Say es más amplia al englobar también aquellas actividades que denomina como “bienes inmateriales o de consumo inmediato”, como los servicios personales, profesiones liberales, la función de los magistrados, entre otras, en la medida que satisfacen necesidades materiales o morales (James, 1974).

Los “servicios productivos” que compra el empresario son de tres categorías: los del trabajo, los de la tierra y los del capital. El pago de los salarios, de las materias primas y del interés constituye “adelantos” que espera poder cubrir y lograr beneficios gracias a la aceptación que los consumidores tendrán de los artículos que se producirán combinando tales servicios. Por eso Say atribuye al empresario el papel principal en la producción, debido a que es el agente encargado de conducir las diferentes operaciones que crearán utilidad¹⁶.

Directamente vinculados con la definición de producción, se encuentran los esfuerzos intelectuales del autor por ofrecer una definición de

15 Say parte de la idea de que la materia que existe en el mundo no puede ni aumentar, ni disminuir, por lo tanto, la mano del hombre solo puede transformarla adaptándola para usos que en su estado natural no poseía, es decir, aumentar su utilidad. En esta línea postula que la verdadera generación de riquezas implica un aumento o creación de utilidad.

16 Las otras operaciones (obtención de materias primas y la aportación del capital) son necesarias para la creación de los productos pero es el empresario quien las transforma. Con esa producción, el empresario juzga las necesidades sociales y, sobre todo, los medios para satisfacerlas.

capital más acabada. En las obras de Smith y Ricardo es entendido como los bienes y la liquidez disponibles que permiten el proceso productivo, una interpretación que asocia directamente la noción con los instrumentos de producción. Say, por su parte, designa al capital como la suma de todos los “valores” de los elementos necesarios para la producción (como disponibilidades líquidas o bienes materiales, a saber, herramientas e instrumentos), una expresión contable abstracta que representa al patrimonio (“capital productivo”) puesto en juego y que, si bien sufre alteraciones, finalmente es reconstituido por medio de la amortización.

3.2. La teoría del valor

Al tratar el tema del intercambio en el mercado es fundamental el concepto de valor propuesto por Say; así nos encontramos que el valor es resultado de dos valoraciones opuestas realizadas entre aquellos que demandan un determinado producto o servicio conforme a su necesidad y aquellos que lo producen y ofertan. En este sentido, Say señala que la demanda se produce conforme a la utilidad de los respectivos bienes, aunque encuentra su freno en los costos de producción, ya que en la medida en que estos sean mayores, producen un aumento de precios y, en consecuencia, las personas demandarán menos. Esta relación lleva al autor a pensar que los precios ejercen cierta influencia en la oferta y en la demanda, dejando este campo abierto para futuras indagaciones (James, 1974).

El valor es la evaluación contradictoria que hace el consumidor entre su deseo de adquirir el bien y el sacrificio que implica hacerlo, es decir, su efectiva adquisición. A diferencia de Smith, Say no considera a la cantidad de trabajo necesaria para producir los distintos bienes, sino que es la utilidad (su valor de uso) el fundamento de toda valorización.

El valor de cambio no se basa simplemente en esta utilidad, sino, por un lado, en la utilidad para alguien en particular y, por otro, en el resultado de la combinación de la utilidad con el costo de producción. Por tanto, su teoría es subjetiva-objetiva: “subjetiva” porque la demanda se basa en la utilidad que el individuo espera obtener de ese bien y es “objetiva” puesto que esa demanda se encuentra limitada por el precio que tiene que pagar, y este último depende en gran parte del costo de producción.

En términos económicos, para Say es útil todo aquello que sirve para satisfacer una necesidad, sea esta natural o artificial, por lo que destaca que la vanidad es a veces una necesidad tan imperiosa como el hambre. Esta utilidad que se modifica con los tiempos y lugares constituye el

primer fundamento del valor. Es ella la que determina la demanda y se define como el valor que adquieren los productos, dependiendo de si la cantidad es suficiente para satisfacer las necesidades de un grupo social en un momento dado, según sus deseos. En este sentido, la demanda implica el sacrificio de un bien no consumible para la adquisición de otro bien utilizable¹⁷. Por eso, Say dice que no se debe hablar de demanda sino de cantidad demandada a un precio determinado, dependiente del costo de producción, valor mínimo que puede tener un bien. Así, los hombres conceden valor a una cosa según la medida de la utilidad que encuentran en ella: si juzgan que su utilidad vale ese precio, lo producen y lo consumen; si juzgan que su utilidad no vale ese precio, no lo producen ni lo consumen.

3.3. La teoría de la distribución y de los salarios

La teoría de la distribución de Say sostiene que los ingresos por la prestación de los distintos “servicios productivos” se reparten atendiendo al factor que se desee remunerar, conformándose entonces tres mercados. A diferencia de otros autores clásicos, el autor francés no reconoce que el monto de dicha remuneración responda a las leyes particulares de cada factor, sino que obedece a la misma ley pues, “todas las personas desean participar de un mismo pastel, que no es sino el precio de las mercancías producidas” (James, 1974, p.109). La distribución comprende a la renta social (producto bruto expresado por el precio de todos los bienes producidos) atendiendo a cada factor interviniente, esto es, entre los suministradores de tierra, capital y trabajo. En este planteo queda expresada implícitamente una concepción armónica entre producción y distribución.

La explicación de Say sobre la distribución de la riqueza permitió separar las remuneraciones que corresponden al capitalista, que obtiene un interés, y al empresario, como coordinador de las demandas de servicios productivos y de los bienes producidos, o sea, percibe un beneficio en tales funciones.

En cuanto a los salarios, el pago y su nivel surgen de la relación entre la oferta y la demanda de ese servicio llamado trabajo, obtenido de aquellos que lo venden y que regularmente son los obreros. La oferta de trabajo depende de la cantidad de obreros capaces de ejecutar cada tipo de actividad, mientras que la demanda, de la utilidad que el producto a obtener representará para los consumidores.

17 La relación se denominará ley de de Say.

En esta perspectiva, hay tantas ofertas de trabajo como actividades. Para los trabajos sencillos el nivel de salarios tendrá que ser normalmente el de subsistencia, entendido según las costumbres del país donde se otorgue. Cuando los salarios se elevan por encima de esa referencia, los niños se multiplican y la mayor oferta logra abastecer a la demanda existente hasta tornarse excesiva. Cuando la demanda de trabajadores se queda más corta que la cantidad de personas que se ofrecen para trabajar, los salarios descienden más abajo del nivel necesario para que puedan mantenerse en esa cantidad, las familias más cargadas de hijos desaparecen, entonces disminuirá la oferta de trabajo, por tanto, en el mediano plazo, su “precio” (el salario), aumentará.

En consecuencia, si los factores productivos son la tierra, el capital y el trabajo; los propietarios de estos tres conjuntos de recursos o “fondos productivos” son el terrateniente, el capitalista y el “hombre industrial”. El último, según Say, puede diferenciarse en sabio, empresario y obrero porque la actividad humana en la producción implica tres operaciones: la generación del conocimiento, su aplicación y la ejecución de tareas. De este modo surgen “cinco” factores productivos: tierra, capital, conocimiento, empresario y trabajo (agente laboral). Además, si bien existen tres mercados independientes también existe una marcada interdependencia entre ellos para que el sistema capitalista pueda consolidarse con base en la producción industrial.

Say considera que la división abismal entre la minoría de ricos y la miseria de la clase trabajadora que no logra satisfacer ni las necesidades más elementales de la vida es una de las “plagas” de la relación social. A pesar de ello, mantiene su posición en favor de la no intervención del Estado, razón que procede de una concepción absolutista del derecho de propiedad y una defensa a ultranza de la libertad en las transacciones comerciales. Su argumentación está a favor del *laissez faire* y contra las restricciones de la producción. A diferencia de Smith, que limitaba la función del legislador a intervenciones dirigidas a garantizar la educación pública, la defensa, la realización de obras públicas y, como mucho, a modificar leyes e instituciones según los cambios de las condiciones económicas existentes, Say atribuye al legislador dos funciones fundamentales para garantizar un orden social justo y capaz de realizar el interés de toda la colectividad: debe ayudar a los ciudadanos a descubrir y seleccionar sus verdaderos intereses, puesto que hay muchos que solo se pueden alcanzar fuera del mercado; y respecto de los educadores y a la sabiduría de los estadistas, deben contribuir al alcance y difusión de la cultura de la producción.

Los educadores, en este proceso de preparar a los ciudadanos para el descubrimiento de sus intereses reales, juegan un papel muy importante, que actúa de premisa para el trabajo del legislador. Aquellos, en efecto, ganando sus batallas contra la ignorancia, la insensatez y la pasión, enseñan a los ciudadanos la importancia de preservar los fundamentos contractuales de las sociedades en que viven, haciéndolos conscientes de que, sin respetar los compromisos contractuales, sus acciones pueden no producir ganancia alguna. En este sentido, los trabajos del legislador, dirigidos a establecer normas y códigos para que los deberes contractuales sean respetados por parte de todos los ciudadanos, son socialmente bien aceptados por la colectividad para protegerse contra las acciones de aquellos que, por cualquier motivo, todavía actúan para alcanzar intereses aparentes y no reales.

Así, la diferencia entre Smith y Say está bien clara y marcada: mientras según Smith, las leyes naturales actuando libremente son capaces de conducir los intereses individuales hacia el interés colectivo, como si existiese una “mano invisible” capaz de garantizar este proceso de convergencia del interés particular hacia el interés general, en la teoría de Say solo los ciudadanos conscientes de sus intereses reales no necesitan de leyes, porque actúan según un principio de convergencia del interés particular hacia el interés general, aprendido gracias al trabajo de los educadores. Todos los demás necesitan leyes capaces de encauzar sus acciones hacia el interés colectivo, obligándolos a tener respeto a las obligaciones contractuales contenidas en la legislación (Hernández Andreu y Tortorella Espósito, 2005).

3.4. El empresariado

Los pensadores de la economía clásica, tanto Adam Smith como David Ricardo, identificaron siempre al empresario con el capitalista. La falta de claridad en torno a la diferencia entre ambos los llevó a confundir los beneficios empresariales con los intereses del capital.

Uno de los aspectos del *Tratado* de Say, por el cual pasó a ser valorado, según Galbraith (1998), por economistas como Joseph Schumpeter, es el papel que otorga a los empresarios en el proceso productivo¹⁸, puesto que se encargan de demandar y combinar los distintos servicios productivos, pero también de explotar las oportunidades, fomentando las transformaciones y el crecimiento de la empresa.

18 En 1807 estableció una fábrica de hilo de algodón en Auchy-les-Hesdins en Pas-de-Calais, pero la vendió en 1813; así, durante seis años encarnó al tipo de empresario que había exaltado en sus estudios económicos.

El capitalista es el que aporta el capital, que no consiste en una cantidad de dinero o de bienes materiales (como entendían Smith y Ricardo) sino que constituye una representación contable del “valor de todas esas cosas” que integra el capital productivo. El autor reconoce que si bien el dinero y los bienes físicos pueden perecer o ser consumidos en el proceso productivo, el capital no desaparece, por el contrario, es reconstituido por medio de la amortización, asegurando así no solo su reconstrucción, sino además el pago de una cantidad determinada de dinero, conocida como el interés por el servicio que el capitalista realizó al ofrecer su capital.

A diferencia del capitalista, los hombres que emprenden tanto la formación como la reproducción de un producto cualquiera se llaman “empresarios de industria”, los que tienen conocimientos esenciales de la actividad a ejercer, reúnen los medios necesarios para crear un producto y presiden la ejecución del proceso. Además de su talento y de su trabajo necesitan capital, servicio que toman prestado del capitalista a cambio del interés, y también servicios del trabajo de otros. Sus ingresos son siempre variables e inciertos porque dependen del valor de los productos, y no se puede saber anticipadamente y con exactitud cuáles serán las necesidades de los consumidores y el precio de aquellos¹⁹.

3.5. La ley de Say y la imposibilidad de crisis generalizada

3.5.1. Los enunciados de la ley de los mercados

El principal aporte de Say a la economía, que perduró hasta que John M. Keynes lo refutó en la *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*, obra publicada en 1936, fue la ley de los mercados o posteriormente denominada ley de Say. Durante algo más de un siglo rigió el pensamiento económico y, en palabras de Galbraith (1998), se constituyó como una “prueba de fuego” (p.90) entre los economistas, cuya formación académica era evaluada dependiendo de la aceptación o no de este principio.

La ley de Say puede expresarse de dos modos: “la oferta genera su propia demanda” o bien “los productos se cambian por productos tanto en el comercio interior como en el exterior”. La producción misma (oferta) es la que crea el fondo del que fluye la demanda de productos, es decir que cuando se producen bienes, materiales o inmateriales, se

19 Say distingue dos formas de ingresos: una aleatoria, que depende del nivel de los precios, en el caso de que el proveedor del factor de producción lleve el negocio por su cuenta, vendiendo él mismo los productos; y otra fija, cuando los servicios productivos se ceden a un empresario por un precio establecido de antemano, independientemente del precio de los objetos producidos, y conserva para él la diferencia entre el precio de los servicios y el de los objetos (James, 1974).

genera una demanda suficiente para comprar otros bienes ofrecidos. En palabras del autor, ambas formulaciones se expresan con claridad en el siguiente fragmento:

Un producto terminado ofrece, desde ese preciso instante, un mercado a otros productos por todo el monto de su valor. En efecto, cuando un productor termina un producto, su mayor deseo es venderlo, para que el valor de dicho producto no permanezca improductivo en sus manos. Pero no está menos apresurado por deshacerse del dinero que le provee su venta, para que el valor del dinero tampoco quede improductivo. Ahora bien, no podemos deshacernos del dinero más que motivados por el deseo de comprar un producto cualquiera. Vemos entonces que el simple hecho de la formación de un producto abre, desde ese preciso instante, un mercado a otros productos (Say, [1803] 2001, p.113).

En consecuencia, en el proceso de producción de bienes se generaba suficiente poder adquisitivo para conseguir estos bienes en el mercado a un precio satisfactorio. Los postulados aparecen en el Capítulo XV del *Tratado de economía política*, titulado “De las salidas”, en el cual el autor reflexiona sobre la verdadera finalidad de los deseos de los productores, lo que lo lleva a señalar que en realidad su propósito es obtener otros productos:

El hombre cuya industria se aplica a dar valor a las cosas, disponiéndolas de modo que tengan un uso cualquiera que sea, no puede esperar que sea apreciado y pagado este valor sino donde haya otros hombres que tengan medios para adquirirle. ¿Y en qué consisten estos medios? En otros valores y productos, fruto de su industria, de sus capitales y de sus tierras: de donde resulta, aunque a primera vista parezca una paradoja, que la producción es la que da salida a los productos (Say [1803] 2001, p.111).

Según James (1974) el intercambio aparece como “trueque disfrazado”. Es que toda producción, al pagar los servicios que intervienen, inyecta poder adquisitivo a todos los que participan o les da el medio necesario para comprar otros bienes, es decir, el número de compradores aumenta en proporción directa al aumento de los productos generados.

Del postulado de la ley de Say se desprende que el dinero posee solo la función de medio para el cambio, sin poseer ningún valor como activo:

La moneda que haya servido en la venta de sus productos, y en la compra que haya hecho de los productos de otro, servirá dentro de un

momento para el mismo uso entre otros dos contratantes; después servirá para otros y otros en una serie progresiva que no acabará jamás. El dinero no hace más que un oficio pasajero en este doble cambio; y terminados los cambios, resulta siempre que se han pagado productos con productos (Say, [1803] 2001, pp.112-113).

Say utiliza ejemplos cotidianos para explicar y justificar el enunciado de la ley de los mercados, demostrando una vez más el carácter didáctico del *Tratado de economía política*. En este sentido, plantea la siguiente situación:

Si dijese un mercader de telas: «Yo no pido otros productos en lugar de los míos, sino solamente dinero»; se le demostraría con facilidad que si su comprador se pone en estado de pagarle en dinero, es a consecuencia de las mercancías que él vende también por su parte. «Un arrendador (se le podrá decir) comprará las telas de Ud., si tiene buenas cosechas y serán tantas más las que compre cuanto más haya producido. Si nada produce, nada podrá comprar».

«Ud. mismo no puede comprarle su trigo y sus lanas, sino en cuanto produce telas. Se empeña Ud. en que lo que necesita es dinero, y yo le digo que son otros productos. En efecto ¿para qué quiere Ud. el dinero? ¿No es con el objeto de comprar primeras materias para su industria, o comestibles para su consumo? Con que lo que Ud. necesita son productos y no dinero» (Say, [1803] 2001, pp.111-112).

El ejemplo expuesto ilustra las dos expresiones de la ley de Say. En primer lugar, el arrendador podrá demandar las telas del mercader solo si previamente logra vender todas las cosechas que posee para ofertar, es decir “la oferta genera su propia demanda”, incluso si consigue vender más cosechas incrementará la cantidad de telas que podrá adquirir, y en caso de que no produzca nada, tampoco comprará ningún producto. En segundo lugar, el mercader puede vender sus telas a cambio de dinero, pero en el corto plazo este se destinará a comprar materias primas o productos para el consumo propio, con lo cual, en última instancia “los productos se cambian por otros productos” y el dinero solo posee un papel secundario en la operación económica.

3.5.2. El problema del equilibrio de mercado

El planteo de Say no concibe la posibilidad de una crisis de sobreproducción en tanto que solo basta con un ajuste de precios para que los bienes sean comprados finalmente, o sea, pueden existir desfasajes entre

la oferta global y la demanda global, pero serían coyunturales y quedarían resueltos por mecanismos reguladores del mercado; en ese sentido “la ley de los mercados se convierte así en una fórmula anticipada de la teoría del equilibrio económico” (James, 1974, p.109).

En efecto, a juicio de Say, si el mercado llegaba a saturarse como consecuencia de una sobreproducción, se produciría una caída general de precios por debajo de los costos, con lo cual, dicha sobreproducción no sería sostenible en el largo plazo. Los recursos no podrían estar ociosos mucho tiempo por falta de demanda. Entonces, en línea con Smith, considera que el mercado tiene capacidad de autocorregirse. A modo de corolario, puede encontrarse un justificativo para la no intervención estatal en la economía pues el libre funcionamiento del mercado conlleva al equilibrio.

En consecuencia, siempre habría productos para vender y el dinero obtenido y pagado en su producción serviría para comprar otros productos; por lo tanto, no se produciría una crisis general sino crisis parciales. Reconocía que algunos productos podrían no venderse, por ejemplo las telas; pero la razón de esta imposibilidad no estriba en que se han producido en exceso, sino que otros artículos, como el trigo o la carne, tienen menor oferta. Como de estos últimos se produjeron menos, el ingreso no fue suficiente para comprar otros productos (entre ellos, las telas); en cambio, si se hubieran producido esos bienes de consumo en cantidad suficiente, las telas se habrían vendido perfectamente²⁰.

La perspectiva del funcionamiento del sistema económico capitalista es optimista. Su obra no muestra sino la marcha ascendente de la industria en la medida en que nada perturbara su camino, consiguiendo el pleno empleo, salvo algunos desajustes sectoriales o bien por políticas restrictivas del gobierno. Creía que los males sociales, como el militarismo y la guerra, serían transitorios debido al progreso de la industria. También entendía que las crisis económicas eran un mal pasajero que se irían atenuando con la libertad de producción. La conclusión práctica de la teoría era que no hay que temer a la producción en demasía de todas las mercancías, porque el descenso de los precios en ciertos bienes y la elevación en otros inducirían a los empresarios a cambiar de producción y los desequilibrios se corregirían de inmediato.

20 Say no excluyó la posibilidad de que se produzcan excesos de oferta (o de demanda) de carácter específico, localmente. Por ejemplo, podía ocurrir que las personas dejaran de comprar un bien porque querían sustituirlo por otro. Como consecuencia de ello, nos encontraríamos con un exceso de oferta en un mercado determinado y con un exceso de demanda en otro mercado. Pero los desequilibrios terminarían corrigiéndose a través de los cambios en los precios relativos.

Say niega que pueda haber una deficiencia general de la demanda o una acumulación general de bienes. Si bien reconoce que ciertas industrias pueden sufrir de excesos de producción debido a errores de cálculo o por una mayor asignación de recursos, en el resto del mercado (en su conjunto) no habrá inevitablemente un estado de escasez ni de abundancia.

En una carta dirigida a Malthus, sostiene que los hombres comprarán tanto más cuando más produzcan. A modo de ejemplo menciona que el habitante de Francia compra en su época ocho o diez veces más que durante el reinado de Carlos VI (monarca entre 1380 a 1422); ello responde a que se produce ocho o diez veces más que entonces. De la misma manera destaca que una ciudad industrial rodeada por una campiña fértil encuentra entre los agricultores un gran mercado para sus artículos, así como los agricultores hallan en la ciudad un buen mercado para los productos rurales²¹.

Con ello reafirma su idea de que producir es crear demanda o que la oferta crea su propia demanda: la prosperidad de una industria determinada favorece la prosperidad general y de la misma manera, cuanto más bonanza experimente un país vecino, más favorecerá a los intereses nacionales. En este sentido, creía que el descubrimiento de su ley de los mercados iba a contribuir eficazmente al logro de la paz y concordia entre los pueblos, al demostrar que los intereses de los hombres y de las naciones no son opuestos en modo alguno.

La ley de Say desafiaba los principios analíticos de otras posturas económicas formuladas con anterioridad. La presencia de los fisiócratas y otros teóricos del pensamiento económico fue fuerte en Francia y debido a esta particularidad, algunos de los principios económicos de Adam Smith (el papel central del ahorro y de la acumulación como fundamento del crecimiento de la riqueza de las naciones) encontraron cierta resistencia. Say, representante de la escuela clásica en el continente, discute con otras corrientes y la ley de los mercados permitirá descartar algunos postulados de sus rivales, por ejemplo, el papel de los terratenientes en la sociedad: recordemos que –según los exponentes de la Fisiocracia y, en cierta medida también para Cantillon– estos se encargaban de comprar los bienes tanto de la clase “productiva” como de la “estéril”. Así quedaba depositada en esta clase y en su capacidad de demanda la

21 Las cartas de Jean B. Say a Thomas R. Malthus sobre varios temas de economía política fueron publicadas en 1820 y compilaban la correspondencia enviada por el economista francés. El impacto de la publicación fue tal que se tradujo posteriormente a cinco idiomas: español, inglés, alemán, italiano y polaco. El corpus documental está conformado por cinco cartas que cuestionan algunos de sus planteos expuestos en la obra *Principios de economía política*.

“responsabilidad” de que se produzca o no una crisis de sobreproducción (Roncaglia, 2006). La postura de Say iba en otra dirección: desestimaba la posibilidad de que los mercados se saturen, es decir que se llegue a un punto en el que la oferta supere excesivamente a la demanda y de esta forma conduzca a un estancamiento generalizado del intercambio.

El énfasis en que es la producción la que abre los mercados a los productos, relativiza en cierta forma el papel que juega la demanda, y si esta efectivamente corresponde, o no, a los niveles de oferta. Así, puede decirse que Say concebía a la producción y la acumulación de capital como procesos constantes e infinitos. El subconsumo no es realmente un problema en este esquema interpretativo, puede hasta ser recomendable porque en caso de que no se consuma lo suficiente y en su lugar se opte por acumular, el autor observa que:

Este ahorro, o este nuevo uso de los productos creados en mayor número que los consumidos, es el único modo de aumentar el capital productivo de los particulares y la masa de todos los capitales de la sociedad. Acumular capitales productivos no es amontonar valores sin consumirlos, sino sacarlos de un consumo estéril para destinarlos a otro que sea reproductivo. Nada tiene de odioso la acumulación de capitales, presentada bajo su verdadero aspecto; antes bien (...) produce los más felices resultados (Say, [1803] 2001, p.95).

Por el contrario, para Malthus el subconsumo constituye una amenaza para el funcionamiento del mercado, debido a que el hecho de disminuir el gasto destinado al consumo con el fin de acumular capital, no implica necesariamente que ese ahorro sea fuente de demanda en el futuro, con lo cual reconocía la posibilidad de que exista un exceso en la oferta de algunos productos. Señala, además, que la saturación del mercado puede generarse por la disminución de la demanda efectiva, esta consiste en el poder de compra que realmente se tiene, en virtud del ahorro, pero también por el exceso de la producción, posible gracias a factores como la innovación tecnológica y la fertilidad de la tierra. Entonces, las necesidades serían satisfechas pero el sobrante de los productos ofrecidos no encontraría salida del mercado y perdería su utilidad y valor. Una demanda agregada insuficiente daría lugar a una sobreproducción generalizada con desempleo de recursos productivos que podría extenderse en el tiempo²².

En la década del treinta del siglo siguiente, el destacado economista John M. Keynes desarrolló una teoría macroeconómica y, siguiendo el

22 Para el desarrollo de la teoría económica de Malthus, véase Capítulo 5.

razonamiento malthusiano, criticó la concepción de Say sobre el ahorro y propuso que alcanzados ciertos niveles, el exceso de ahorro puede generar graves problemas en el funcionamiento de la economía; por un lado, debido a que esta situación implicaría una insuficiencia en la demanda de consumo e inversión por parte de los empresarios, y, por otro lado, por la disminución de la demanda de consumo de los trabajadores²³.

A pesar de estas discrepancias, formuladas por Malthus y recuperadas por Keynes, el punto de partida de la ley de Say no es una situación de equilibrio de mercado en el sentido estático de la expresión, sino que, debido a la flexibilidad del postulado, permite atender a la dinámica propia del funcionamiento del mercado. Además, no apunta a demostrar la tendencia al equilibrio, en tanto que su objetivo es refutar la posibilidad de una crisis generalizada (Roll, 2000; Roncaglia, 2006).

4. Recapitulación

Luego de revisar los aportes de Say a la escuela clásica podemos relativizar aquellas posturas que solo lo colocan como la persona que transmitió el mensaje de Smith en la Europa continental. La obra del autor francés representa una visión más acabada, que si bien expresa los principios más puros de la economía política propuestos en *La Riqueza de las Naciones*, a su vez los organiza de manera más coherente y comprensible, pero también propone reformulaciones teóricas originales en aquellos puntos donde no concuerda con los clásicos ingleses o bien trató otros en los que estos no indagaron. Al revisar los escritos de Say no puede negarse la influencia del contexto histórico; su obra está arraigada en fuentes principalmente francesas. Las doctrinas y pensadores que tuvieron un papel relevante en la Francia prerrevolucionaria, como Cantillon, lo llevaron a alejarse de la teoría del valor-trabajo y avanzar sobre una concepción de valor como utilidad, acercándose a los planteos del utilitarismo de Bentham. También es novedoso el papel que juega el empresario, como fuerza motriz, en el proceso productivo, planteos que quedaron abiertos y serían retomados por otros economistas en el futuro. La Francia posrevolucionaria significó un verdadero desafío para la propagación de su pensamiento: con el fin del Antiguo Régimen se abrió un terreno fértil donde los hombres desarrollaron propuestas alternativas y muchas veces opuestas de organización social, como las

23 En la perspectiva de Keynes, la oferta no genera su propia demanda, sino que es la demanda la que determina a la oferta. No se trata de un simple juego de palabras, en realidad es un cambio de eje fundamental: no son los productos los que satisfacen necesidades, sino que las necesidades son las que condicionan la producción de los distintos bienes.

ideas socialistas, presentes en las jornadas revolucionarias de la década de 1830 y consolidadas luego de la revolución de 1848.

La ley de los mercados constituye el aporte fundamental a la escuela clásica, considerada como un principio incuestionable para los economistas ortodoxos a lo largo del siglo XIX y principios del siglo XX, los llamados neoclásicos. En su esencia, entiende que el sistema capitalista logra automáticamente el pleno empleo de sus recursos y elevadas tasas de crecimiento económico. Luego de la Gran Depresión de los años treinta y en la *Teoría General*, Keynes dedicó sus esfuerzos intelectuales a matizar la noción de equilibrio de mercado, señalando que para reactivar la economía era preciso que el Estado tome un rol activo. Sin embargo, la noción de que el mercado por sí solo tiende al equilibrio, en parte fundamentado en las propuestas de Say, continúa siendo un argumento relevante para aquellos defensores del liberalismo y de la no intervención en la economía.

5. Bibliografía y Fuentes

5.1. Bibliografía citada

- Alonso, A.F. (Ed.) (2013). *Historia Económica: Fases y tendencias de la economía mundial Siglos X-XX*. Santa Rosa: Universidad Nacional de La Pampa.
- Berg, M. (1987). *La era de las manufacturas, 1700-1820. Una historia de la revolución industrial británica*. Barcelona: Crítica.
- Brue, S.L. y Grant, R.R. (2008). *Historia del pensamiento económico*. México: Cengage Learning.
- Cayez, P. (1988). Aspectos del desarrollo industrial de Francia en el siglo XIX según algunos trabajos recientes. En Mathias, P. (Ed.). *La Revolución Industrial* (pp.107-129). Madrid: Crítica.
- Galbraith, J.K. (1998). *Historia de la economía*. Barcelona: Ariel.
- Hernandez Andreau, J. y Tortorella Esposito, G. (2017). *El liberalismo de Jean Baptiste Say, sus discípulos y la economía política en España*. DOI: 10.15581/015.XX.1, 7-34.
- James, E. (1974). *Historia del pensamiento económico*. Madrid: Aguilar.
- Kriedte, P.; Medick, H. y Schlumbohm, J. (1986). *Industrialización antes de la industrialización*. Barcelona: Crítica.
- Reichardt, R. (2002). *La revolución francesa y la cultura democrática. La sangre de la libertad*. Madrid: Siglo XXI.
- Roll, E. (2000). *Historia de las doctrinas económicas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Roncaglia, A. (2006). *La riqueza de las ideas: una historia del pensamiento económico*. Zaragoza: Prensas universitarias de Zaragoza.
- Rudé, G. (1978). *Europa en el siglo XVIII. La aristocracia y el desafío burgués*. Madrid: Alianza.

Supple, B. (1979). El Estado y la Revolución Industrial. En Cipolla, C. (Ed.). *Historia económica de Europa* (vol. 3, pp.312-370). Barcelona: Ariel.

5.2. Fuentes sugeridas

Say, Jean Baptiste ([1803] 2001). *Tratado de economía política - Exposición sencilla del modo con que se forman, se distribuyen y se consumen las riquezas*. México: Fondo de Cultura Económica.

Say, Jean Baptiste ([1820] 1820). *Cartas a M. Malthus sobre varios puntos de economía política*. Madrid: Imprenta del Censor.

CAPÍTULO **5**

La economía política clásica: Thomas Robert Malthus y la demografía económica

Simón G. Massa Silva

Introducción

El propósito de este capítulo es ofrecer una síntesis del pensamiento económico de Thomas R. Malthus (1766-1834) contenido fundamentalmente en dos libros principales, el primero, *Ensayo sobre el principio de la población*, por el cual es considerado el padre de la demografía; el segundo, *Principios de economía política*, en el que atacó a la ley que preponderaba en la economía política de la época (y lo hizo hasta el siglo XX), la ley de Say. Además, se pretende exponer algunas de las críticas que han suscitado sus ideas y algunos posibles usos en la sociedad contemporánea. Para ello es necesaria una revisión del escenario histórico e intelectual que influyó en su modo de entender el mundo. Si bien pertenece a la escuela clásica, se constituye como una figura polémica al discrepar en sus conclusiones con algunos miembros de esta.

Thomas R. Malthus nació en Dorking, Inglaterra, en el seno de una familia rural acomodada. Era hijo de Daniel Malthus (1730-1800), un distinguido caballero rural amigo de Jean-Jacques Rousseau y David Hume, seguidor de las ideas de radicales franceses e ingleses como Nicolas de Condorcet y William Godwin, quienes creían en la perfectibilidad de los seres humanos, fin que debía conseguirse tras la abolición y/o modificación de aquellas instituciones, tanto políticas como sociales, que eran un obstáculo para el desarrollo de la economía y la razón humana¹. Daniel Malthus era partidario de este pensamiento optimista y fue partícipe del movimiento cooperativo. Sin embargo, Thomas R. Malthus no fue seguidor de la postura de su padre tal como reflejan sus controvertidos escritos.

1 Marie Jean Antoine Nicolas Caritat, marqués de Condorcet (1743-1794), fue un filósofo y matemático francés que sostenía que la pobreza era producto de las instituciones humanas y no un hecho de la naturaleza como postulaba Jaques Necker; desempeñó, junto a otros intelectuales progresistas, un papel importante en la primera fase de la Revolución Francesa, siendo ejecutado durante el Terror Jacobino (1793-1794). William Godwin (1756-1836) fue un inglés que adhirió a la Revolución Francesa; partidario del anarquismo, defendía la producción a pequeña escala y la descentralización social, junto con la redistribución de la renta a favor de los estratos sociales más pobres.

1. Contexto histórico: entre el siglo XVIII y el siglo XIX

Malthus estudió en el *Jesus College* de Cambridge entre 1784 y 1788; en este último año fue nombrado clérigo de la Iglesia anglicana. En 1805 dejó la Universidad de Cambridge cuando fue designado profesor de Historia Moderna y Política Económica en el colegio de la Compañía Británica de las Indias Orientales, en Haileybury, convirtiéndose en el primer académico de economía. La institución formaba principalmente a jóvenes para desempeñar una función en la corporación internacional². Vivió a caballo entre los siglos XVIII y XIX, lo cual le permitió observar los efectos de la Revolución Industrial y de la Revolución Francesa.

La Revolución Industrial estalló a mediados del siglo XVIII en Inglaterra y, según Hobsbawm (2014), “liberó de sus cadenas al poder productivo de las sociedades humanas, que desde entonces se hicieron capaces de una constante, rápida y hasta el presente ilimitada multiplicación de hombres, bienes y servicios.” (p.34). La revolución no consistió en el uso de tecnología sofisticada ni de grandes máquinas, es más, muchas de las técnicas que se implementaron eran conocidas a lo largo del siglo y fueron llevadas a cabo por pequeños empresarios³. La novedad consistió en la mecanización de los talleres y la modernización, barata y sencilla, de ciertas técnicas que permitieron producir a gran escala, sobre todo en la industria textil, y así bajar los costos de los productos; situación que condujo a no depender ya del mercado existente sino crear uno propio. A su vez, el aumento de la producción encontró su salida en las colonias americanas y asiáticas que poseía Inglaterra. De la noche a la mañana surgían ciudades con industrias textiles y los medianos empresarios, en un corto periodo, se hicieron ricos (Cameron y Neal, 2014). Sin embargo, la gran mayoría de la población padeció sus efectos negativos, los trabajadores vieron cómo se agrandaba cada vez más la brecha con la clase propietaria. Además, la miseria fue una de las muchas consecuencias sociales de la Revolución Industrial que afectaron a los trabajadores; sus costumbres, sus formas de vida y sus tiempos de trabajo y ocio fueron, poco a poco, dando lugar, no sin resistencia, al nuevo estilo de vida y disciplina fabril que imponían las leyes de la época (las cuales beneficiaban a los capitalistas). Así, como sostiene Thompson (1977), “los temas que provocaron la mayor intensidad de sentimientos fueron aquellos

2 Otras figuras importantes que trabajaron para esta empresa fueron James Mill y su hijo John Stuart Mill (1806-1873), filósofo y economista inglés. James Mill fue uno de sus directivos e incorporó a su hijo cuando tenía 16 años. Más tarde, pasaría a ser uno de los representantes más importantes de la escuela utilitarista. Véase González (2004).

3 Se debió esperar hasta 1820 para la aparición de la máquina a vapor y algunas décadas más para su uso en la minería.

en los que estaban en litigio valores como las costumbres tradicionales, «justicia», «independencia», seguridad o economía familiar, más que los simples temas de «pan-y-mantequilla» (p.212).

En muchas fábricas se empleaba mano de obra infantil y femenina puesto que era más barata y dócil para imponer los nuevos tiempos de la industria. En las nuevas ciudades industriales o casos como el de Londres, que en poco tiempo vio duplicada su población, no hubo planificación y los obreros soportaron el hacinamiento en barrios donde padecían las vicisitudes del clima y la falta de recursos como el agua potable⁴. En estas circunstancias, estos suburbios eran lugar ideal para la proliferación de pestes y enfermedades. No obstante, no solo los obreros se vieron perjudicados por la llegada de la Revolución Industrial, también hubo otros sectores de la sociedad que generaron resistencia:

El descontento no se limitaba a los trabajadores pobres. Los pequeños e inadaptables negociantes, los pequeños burgueses y otras ramas especiales de la economía, resultaron también víctimas de la Revolución Industrial y de sus ramificaciones. Los trabajadores sencillos e incultos reaccionaron frente al nuevo sistema destrozando las máquinas que consideraban responsables de sus dificultades; pero también una cantidad –sorprendentemente grande– de pequeños patronos y granjeros simpatizaron abiertamente con esas actitudes destructoras, por considerarse también víctimas de una diabólica minoría de innovadores egoístas (Hobsbawm, 2014, p.43).

Tras una aguda crisis económica y social estalló en 1789 la Revolución Francesa que sentó, así como la industrial lo hizo con las bases de la economía del siglo XIX, las ideas de la Ilustración y la igualdad entre los hombres. Fue llevada a cabo por una alianza entre la burguesía liberal, los campesinos y los demás sectores, denominados como “tercer estado”, en contra de la nobleza y el alto clero. De este modo, tras un periodo de lucha y sucesión de regímenes políticos, el Antiguo Régimen y los derechos feudales fueron pisoteados y enterrados bajo los pies de la constitución, la libertad de empresa y comercio, e igualdad entre los hombres. La formación de distintos términos (que siguen su significado hasta hoy) como “nación” y “patriotismo” dan cuenta del inicio de una nueva época (Hobsbawm, 2014).

En este contexto, Malthus fue un espectador cercano de los efectos negativos de la Revolución Industrial, aunque se mostró reticente frente al fervor revolucionario de las masas de campesinos y obreros franceses,

4 La obra literaria *Tiempos difíciles*, de Charles Dickens, refleja a través de su ciudad ficticia (Coketown) el contexto social del siglo XIX.

hecho que (en ese panorama de hacinamiento de los pobres, miserias en los barrios y precios altos de los alimentos) influyó sobre el pesimismo de sus futuras obras más que el optimismo de los teóricos defensores de la perfección humana. Ante el temor a las ideas políticas emanadas de Francia, no dudó –en un intento por tranquilizarse a sí mismo, para que no existiera la posibilidad de convulsiones en Inglaterra– en proponer el cese inmediato de cualquier ayuda a los pobres, y evitar su reproducción; porque de lo contrario, la superpoblación conduciría al caos y a la miseria.

2. Malthus y la teoría de la población

2.1. Antecedentes del pesimismo

Muchas de las ideas que luego aparecerían en *Ensayo sobre el principio de la población* (1798) sobre el crecimiento desmesurado de la población y la falta de alimentos ya fueron formuladas mucho antes que Malthus. Jacques Necker (1732-1804)⁵ había afirmado que la impulsividad de los sexos producía el aumento de la población y, a su vez, sostenía que la miseria de los pobres era un hecho de la naturaleza. Incluso Robert Wallace, medio siglo antes que Malthus, en su *Numbers of Mankind* (1753), calculó, a partir de diversos supuestos (en cuanto a procreación y esperanza de vida), el número de personas que podían nacer de una sola pareja, aduciendo que la población crecía de una forma geométrica. Esta conclusión también fue formulada por Benjamín Franklin, para las colonias inglesas de Norteamérica, en un folleto titulado *Observaciones sobre el crecimiento de la humanidad y la población de los países* (1750), donde afirmó que ante un entorno natural que no impusiera restricciones, la población se duplicaría cada veinticinco años. Además, autores italianos (uno ya en el siglo XVI y otro unos pocos años anteriores a la redacción del “panfleto” de Malthus) habían desarrollado algunos de los postulados trabajados por Malthus. En 1588 Giovanni Botero planteó, en su obra *De la causa de la grandeza de las ciudades*, las tensiones existentes entre el crecimiento de la población y las dificultades en la producción de alimentos. Por su parte, Gianmaria Ortes, a través de *Reflexiones sobre población* (1790), destacaba, entre otras cosas, la potencialidad de la población para crecer de forma geométrica. Ninguno de estos autores fue citado por Malthus, pero sí lo hizo con Necker y Wallace y, en ediciones posteriores, utilizó las cifras de Franklin respecto del periodo de tiempo suficiente para que se duplicara la población. No obstante, fue la

5 Banquero y último ministro de hacienda de Luis XVI.

obra de Malthus la que perduró en la teoría económica y, como afirma Roncaglia (2006),

Sea lo que fuere, el opúsculo de Malthus desempeñó un papel específico, y en consecuencia tuvo un impacto mayor que la literatura anterior sobre el tema, concentrando la atención no simplemente en la relación entre crecimiento de la población y crecimiento de los medios de subsistencia, sino también y sobre todo en las implicaciones de esta relación para la elección estratégica entre perseguir o no objetivos de cambio -incluso de cambio radical- en las instituciones políticas (p.221).

Además, fue el clérigo inglés quien pasó a formar parte de los economistas clásicos de la teoría económica puesto que sus ideas fueron retomadas por los otros representantes de esta escuela y de ellas se valieron para su explicación de la teoría de la distribución del ingreso y el comportamiento de las retribuciones en el largo plazo⁶.

2.2. El principio de la población

En su libro, *Un ensayo sobre el principio de la población y sus efectos sobre la mejora futura de la sociedad, con comentarios sobre las especulaciones de Mr. Godwin, M. Condorcet y otros escritores (1798)*⁷, Malthus refuta las ideas optimistas que habían realizado Godwin y otros radicales ingleses y teóricos de la Revolución Francesa (e incluso las del propio Adam Smith). Para ello, tomó y profundizó las ideas de Necker y Wallace además de recolectar una gran cantidad de ejemplos de distintos tiempos y lugares, sobre todo en la revisión y reedición de su obra. Entre ellos se basó, fundamentalmente, en las elevadas tasas de crecimiento de las colonias norteamericanas y las comparó con los territorios que estaban habitados desde hacía más tiempo, donde actuaban los distintos frenos al crecimiento puesto que la producción agrícola no crecía al mismo ritmo que la población. En este sentido, Malthus no concebía una definición optimista de las personas: eran “apáticas, perezosas y adversas al trabajo” y solo recurrían al empleo cuando lo necesitaban.

⁶ Algunos factores pueden dar cuenta de la influencia malthusiana: 1) la presión de la población sobre la oferta de los alimentos en Inglaterra, a tal punto que al comenzar 1790 fue necesario importarlos, con el consiguiente aumento de los precios; 2) la pobreza creciente de las clases de menor ingreso, en una Inglaterra más urbanizada, conforme se desplegaba la producción fabril en reemplazo de la producción doméstica; y 3) la controversia con su padre y las ideas que este defendía de los escritores utópicos como Godwin y el marqués de Condorcet, fundamentalmente la creencia de que el carácter del individuo no es hereditario, sino que se forma por el ambiente en el que se desenvuelve.

⁷ Esta primera edición fue publicada de forma anónima.

En su ensayo partía de dos postulados: “Primero: Que el alimento es necesario para la existencia del hombre. Segundo: Que la pasión entre los sexos es necesaria y permanecerá más o menos como en la actualidad.” (Malthus, [1820] 1997, p.52). La principal amenaza, no tenía dudas, era la superpoblación. La humanidad por instinto natural tiende a reproducirse a una elevada tasa. Otros supuestos son necesarios en el análisis: 1) la población tiene una capacidad de crecimiento mucho mayor que la capacidad de la tierra para producir alimentos (afectada por una limitación física y rindes agrícolas); 2) los medios de subsistencia restringen necesariamente la población; y 3) la población crece cuando aumentan los medios de subsistencia salvo que se lo impidan ciertos frenos.

En efecto, el aumento de los recursos no puede seguir el crecimiento demográfico al mismo ritmo, debido a que los alimentos crecen de forma aritmética (Ejemplo: 1, 2, 3, 4, 5...) mientras que la población lo hace de forma geométrica (Ejemplo: 1, 2, 4, 8, 16...). Así, al crecer la población más rápido que los bienes de subsistencia, provoca que tiendan a aumentar su precio, lo que conduce a reducir los salarios reales (situación que afecta, sobre todo, a los sectores pobres de la sociedad) y a disponerse de más mano de obra de la que el mercado puede absorber, con lo cual el precio del trabajo se reducirá. Contar con cada vez menos alimentos, afectará de forma negativa a la calidad de vida de las personas, arrojando una caída de la tasa de crecimiento demográfica:

Durante esta época de penurias, el desaliento para contraer matrimonio y la dificultad de crear una familia son tan grandes que la población no aumenta. Entretanto, la escasa remuneración del trabajo, la abundancia de trabajadores y la necesidad de mayor laboriosidad por parte de éstos alientan a los cultivadores a emplear más mano de obra en sus tierras; a trabajar nuevas extensiones de terreno, y a abonar y mejorar más completamente lo que ya está labrado; hasta que finalmente los medios de subsistencia alcanzan la misma proporción que la población en el periodo del cual partimos. Al ser otra vez tolerablemente cómoda la situación del trabajador, las restricciones al aumento de la población disminuyen hasta cierto punto; y se repiten los mismos movimientos retrógrados y progresivos respecto a la felicidad (Malthus, [1820] 1997, p.63).

Ante este panorama, Malthus tenía una mirada conservadora sobre el futuro de la sociedad; sostenía que cualquier intento de mejorar la situación de los pobres era en vano y, por más que pareciera que su nivel de vida estaba en aumento, sería efímero y pronto se volvería al estado de penuria. Por lo tanto, la población debía disminuir o contener su

crecimiento, a través de dos tipos de frenos: preventivos, unos, y positivos, otros. Los primeros disminuían la tasa de natalidad, por ejemplo, la postergación o abstención del matrimonio (celibato), ciertos “vicios” (la prostitución, medios anticonceptivos, métodos abortivos) que Malthus condenaba por inmorales, y la miseria. La restricción moral era la salida que permitiría el control de los nacimientos. Había que desalentar a la gente a contribuir con el aumento de la población, apremiándola a practicar la abstinencia, y a los pobres, amonestándolos para que procediesen con prudencia. Los segundos, en cambio, aumentaban la tasa de mortalidad (en especial, la mortalidad infantil), como el hambre, las plagas y las guerras⁸.

Cuadro 1: Los frenos propuestos por Malthus

Frenos preventivos	Frenos positivos
Restricción moral (abstención sexual) Vicios Miseria	Hambrunas Enfermedades (epidemias) Guerras

Fuente: elaboración propia.

Desde su punto de vista, la pobreza y la miseria eran el castigo natural por la falla de las “clases más bajas” en restringir su reproducción. La conclusión política implicaba que los gobiernos no debían acudir en ayuda de aquellas⁹. El clérigo británico estaba totalmente en contra de la caridad por parte de la Iglesia y, también, del Estado (puesto que desactivaba los frenos preventivos). Sostenía que no se estaba mejorando la calidad de vida de los pobres sino empeorando la de los sectores no dependientes de estas prácticas. El aumento de los ingresos de los pobres, argumentaba Malthus, no significaba que se ampliaran las posibilidades de acceso a los bienes que antes no podían comprar (o lo hacían en cantidades menores), puesto que al elevarse el número de competidores por los alimentos (gracias al aumento de salarios o ayudas económicas), al no suceder lo mismo con la producción, aumentarían su precio y serían

8 En la primera edición de 1798 no realiza una argumentación detallada sobre los tipos de frenos. Posteriormente, con los viajes a través de distintos lugares del continente europeo, desarrolló este asunto y especificó en qué consistía cada uno.

9 Al menos en la segunda edición de su obra (luego la retiraría) lanzó una cruel declaración: “Un hombre que nace en un mundo ya poseído, si no puede obtener su subsistencia de sus padres a quienes puede pedir con toda justicia y si la sociedad no quiere su trabajo, no tiene ninguna reclamación por derecho a la porción más pequeña de alimento y, de hecho, no tiene nada que hacer en donde está” (Malthus, [1820] 1997, p.532).

comprados por el mejor “postor”. En otras palabras, por más que aumentaran los salarios, los pobres no mejorarían su calidad de vida puesto que los precios iban a aumentar lo mismo o más que el ingreso, es decir se volvería a la situación inicial.

A su vez, no solo los pobres seguirían sin alcanzar los recursos suficientes sino que arrastrarían con ellos a parte de la población que antes sí podía hacerlo. En consecuencia, lo único que lograba la práctica caritativa (privada o pública) era la mantención y perpetuación de los pobres, culpables, según Malthus, de su situación por no prever los costos de una familia numerosa:

Suprimir las privaciones de las clases inferiores de la sociedad es, ciertamente, una tarea difícil. La verdad es que la presión de la miseria en esta parte de la comunidad es un mal tan profundamente arraigado que no hay inventiva humana capaz de resolverla. Si tuviese que proponer algún paliativo, y paliativos son lo único que la naturaleza del caso admite, sería, en primer lugar, la total derogación de todas las actuales leyes de asistencia parroquial. Así, por lo menos, los campesinos ingleses recobrarían la independencia y la libertad de acción que hoy difícilmente puede decirse que posean. Esto les permitiría establecerse sin entorpecimientos allí donde viesen la perspectiva de una mayor abundancia de trabajo y un mejor precio del mismo. El mercado laboral quedaría libre y desaparecerían los obstáculos que en la actualidad impiden, a veces durante un tiempo considerable, que el precio del trabajo se eleve en función de la demanda ([1820] 1997, p.102).

Por lo tanto, Malthus se oponía a las “leyes de pobres” (*poor laws*) establecidas oficialmente en 1601¹⁰. A través de distintos medios (asilo para ancianos y discapacitados, limosnas, enseñanza de un oficio para los niños, entre otros), pretendían atenuar los efectos de la miseria y acabar con el vagabundo. A su vez, tanto Smith como Ricardo estaban en contra de estas leyes puesto que, para el primero, no permitía la libre competencia de mano obra; y, para el segundo, lo mismo que para Malthus, no hacían más que frenar las leyes de la naturaleza que disminuían la población.

La hipótesis de la progresión desigual de la población y los recursos tuvo éxito entre los economistas políticos y fue adoptada por muchos de ellos, como Ricardo, porque en ella estaban implícitas la noción de rendimientos decrecientes y la de equilibrio de la población en el margen de

10 Si bien Isabel I fijó estas leyes a comienzos del siglo XVII, las prácticas y normas ya se pueden rastrear a mediados del siglo XVI.

subsistencia, la llamada *ley de hierro de los salarios*. La primera noción implica una función de producción con la tierra como factor fijo y el trabajo como factor variable (al incrementar la cantidad de trabajadores, la producción subirá al principio, pero en la medida en que se sigan incorporando provoca que el rendimiento sea menor). La segunda noción sostiene que tras el aumento de los salarios sobre el nivel subsistencia y el crecimiento de la población, vendría un periodo de escases de alimentos, aumento de los precios y una vuelta a los niveles anteriores¹¹. La explicación fue retomada por Ricardo para la formulación de la también conocida como “ley de bronce de los salarios”, según la cual, debido al aumento de los costos de producción de los bienes de subsistencia y de sus precios, además del incremento del número de población, se debe aumentar el salario nominal de los trabajadores para que puedan seguir viviendo. Sin embargo, el salario real permanecerá en el necesario para mantenerse en la línea de subsistencia (Rodríguez Caballero, 2003), marcando la tendencia a largo plazo¹².

2.3. La teoría demográfica, entre las críticas y la práctica

La teoría de la población de Malthus suscitó críticas entre sus contemporáneos y economistas que le siguieron por sus débiles fundamentos empíricos y por el carácter normativo de sus supuestos, especialmente, en la conexión automática que planteaba entre relaciones sexuales y reproducción (por la confusión entre el deseo instintivo y el deseo de tener hijos) sin considerar que un aumento de la prosperidad y del nivel de educación tienden a marcar las diferencias entre ambas. Además, la confusión entre población y fuerza de trabajo le permitió dar por sentada una distribución cada vez más desigual del ingreso (a medida que la población trabajadora crece y se aproxima al salario de subsistencia, debería aumentar la renta de los propietarios de la tierra). En palabras de Schoijet (2005),

Desde el punto de vista de la ciencia, la obra de Malthus sobre la población, tal como está expuesta en la última edición del *Ensayo sobre la población*, no pasa de ser un fárrago endeble. Incluye una propuesta teórica no justificada en cuanto al crecimiento de los medios de subsistencia; información sobre la población de algunos países europeos

11 El tamaño de la población depende de la cantidad de alimentos per cápita (equivalentes al salario real); en tales condiciones, la población crecerá siempre que el salario real esté por encima del salario de subsistencia (en este caso, el que permite mantener el reemplazo generacional) y descenderá cuando el salario real caiga por debajo del salario de subsistencia.

12 Para el detalle de la teoría ricardiana, véase Capítulo 6.

y sobre situaciones de escasez en las etnias primitivas de África, varias regiones de Asia y Oceanía. Hay asimismo omisiones muy notables, ya que prácticamente no menciona para nada la evolución de la producción agrícola ni los adelantes técnicos que ya se habían introducido en la agricultura desde la primera mitad del siglo XVIII (p.587).

Malthus no tuvo en cuenta que las mejoras técnicas podían aumentar la producción de la tierra y así alimentar a una población mayor, cuestión que también escapó a pensadores contemporáneos y posteriores a él. Sin embargo, algunos autores, como Landreth y Colander (2006) entienden que “no es justo criticar excesivamente a Malthus por esta omisión, pues los economistas nunca han desarrollado una teoría que explique la tasa de desarrollo tecnológico, por lo que históricamente han subestimado la influencia de la tecnología en la economía” (p.111).

Esta teoría también ha recibido fuertes críticas por parte del mismísimo Karl Marx. Por un lado, sostenía que la teoría de Malthus no era nueva, y que su interés estaba solamente en buscar el bienestar de los terratenientes y no el de las masas. Por otro lado, otra de sus críticas al padre de la demografía se encuadró dentro de las realizadas a la explicación de los economistas clásicos con respecto a la acumulación de capital y los beneficios de los capitalistas. Para los clásicos, esta teoría (la teoría de la población) explicaba la existencia de beneficios. Una mayor acumulación de capital con el consiguiente incremento de la demanda de trabajo no se traduciría en una variación positiva de los salarios reales tal que pudieran llevar al descenso de los beneficios del capitalista puesto que, cualquier mejora monetaria permitía un aumento de la población y de la fuerza de trabajo, es decir que al crecer la población los salarios volvían a descender hasta el nivel de subsistencia. Así, esta teoría malthusiana argumentaba la existencia del beneficio como la fuerza que determinaba los salarios (Landreth y Colander, 2006).

Marx, en cambio, buscó la explicación acerca de porqué no descendía a cero la tasa de beneficio del capitalista cuando suben los salarios en la existencia del “ejército industrial de reserva”: como siempre hay una mayor oferta de trabajo en el mercado de lo que la demanda puede absorber, los salarios tienden a contraerse mientras la plusvalía y el beneficio aumentan¹³. No obstante, el “ejército industrial de reserva” cumple el mismo papel teórico para Marx que la idea de Malthus para la teoría clásica. Además, Marx plantea que, si los postulados de Malthus fuesen ciertos, la población irlandesa que no emigró y sobrevivió a la gran hambruna que se dio hacia fines de 1840, al haber disminuido su

13 La teoría económica marxista está desarrollada en este mismo volumen, véase Capítulo 7.

número, debió mejorar en términos materiales. Al no suceder esto, Marx sostiene que la causa de la pobreza de la población se debe buscar en el terreno político y no en el número de habitantes. Es decir, la miseria y la indigencia de los trabajadores no es causa de una ley natural por la cual la población crece más rápido que los bienes de subsistencia como argumentaba Malthus, sino por las instituciones sociales y políticas de la sociedad capitalista.

El economista inglés John Stuart Mill, representante de la “escuela utilitarista”, se oponía a la idea de Malthus de la dependencia entre el control de la natalidad y el crecimiento de los bienes de subsistencia, y además, la tomó en el sentido contrario¹⁴. El control voluntario de la natalidad, mediante técnicas anticonceptivas, era el único medio para asegurar el pleno empleo y los altos salarios para la población obrera, así como la condición para llegar al estado estacionario¹⁵. En otras palabras, el control de la natalidad se podía dar por razones no económicas. Para él, cada individuo era libre y buscaba realizar las acciones que contribuían al bien general en la sociedad, por lo cual no estaba de acuerdo con Malthus en la idea de que la pobreza era inevitable (Gutiérrez Collantes, 2003). Es decir, la pobreza se podría erradicar con las buenas acciones (o acciones altruistas) de los distintos miembros del cuerpo social¹⁶.

A pesar de las distintas críticas recibidas y de que algunos fundamentos de la teoría hayan sido superados, se puede considerar, no en la forma “pura” que sostenía Malthus, su posible aplicación en la vida social, como en el caso de las políticas de control demográfico, aunque no se refiera en forma explícita a los “frenos”. Así, en China rigió entre 1979 y 2015 la “ley de hijo único” con el fin de controlar la tasa de natalidad, en el país más poblado del mundo (con problemas para cubrir la subsistencia), y fomentar el despegue económico. La legislación solo permitía tener un hijo por pareja (dos en algunos casos si el primogénito

14 La escuela utilitarista se basa en la filosofía utilitarista, la cual posee dos conceptos claves: “felicidad” y “consecuencialismo”. En esta doctrina económica, lo “útil” es todo aquello que produce “felicidad” en el ser, mientras que el criterio del bien y del dolor se encuentran en equilibrio entre la felicidad del individuo y la de la comunidad. En el plano moral, considera las “consecuencias” de las acciones para juzgar si esas acciones son buenas o malas, de acuerdo a dos reglas: 1) Una conducta es buena, si los efectos o consecuencias que tiene son buenos; 2) Una conducta es mala, si los efectos o consecuencias que tiene son malos.

15 El término “estado estacionario” entre los economistas clásicos tiene una connotación diferente a la planteada por Mill. “En el estado estacionario de Mill, existe una cultura más calmada, menos materialista.” (Landreth y Colander, 2006, p.171). Una condición previa de una reforma social perdurable, una especie de utopía, en la que habiéndose alcanzado la opulencia, el Estado podría resolver los problemas que realmente importaban, es decir, la igualdad de la riqueza y de las oportunidades.

16 Entre las obras más importantes de Mill se encuentran: *Sistema de lógica racionante e inductiva* (1843); *Ensayos sobre algunas cuestiones no resueltas de política económica* (1844) y *Principios de economía política* (1848).

era de sexo femenino). Los resultados muestran que el país ha podido evitar un crecimiento desmesurado de su población (se calcula que se impidieron, aproximadamente, cuatrocientos millones de nacimientos) mediante un estricto sistema de control, a tal punto que, por ejemplo, aquellas familias que tenían más de dos hijos debían enfrentar distintas sanciones como castigos, multas, despidos del trabajo y hasta abortos forzados. Sin embargo, la reducción del crecimiento de la población trajo aparejadas otras consecuencias. En la actualidad, China se encuentra con el problema de no poseer un reemplazo generacional para ocupar los puestos de trabajos, es decir, su futuro se ve dificultado por la falta de fuerza de trabajo suficiente¹⁷.

Entre 2001 y 2011 Europa ha experimentado una tasa de crecimiento negativa en su conjunto, lo cual genera falta de mano de obra¹⁸. Esto se puede explicar por lo que Centty Villafuerte (2010) denomina factores socioculturales de la población (como la educación), además de la calidad y el nivel de vida que, en los países desarrollados, producen una tendencia a la disminución voluntaria de la tasa de natalidad, cuestión que, demuestra, no sucede en Perú, donde focaliza su estudio. De estos ejemplos, se puede decir que tanto China como Europa (a pesar de sus notables diferencias e incluso entre regiones) han implementado “frenos preventivos” para disminuir el nivel de población. En otros territorios, como en algunos países de África, la explosión demográfica no se vio acompañada de avances técnicos suficientes para garantizar el flujo de las subsistencias necesarias; entonces, los “frenos positivos” parecen actuar, puesto que las guerras y las hambrunas son frecuentes¹⁹.

Ahora bien, si se presta atención a las ayudas sociales para el caso de la Argentina, se puede observar una semejanza con lo que en sus días escribió Malthus. En su estudio, Blanco (2005) destaca que uno de los problemas más grandes del país (a principios del siglo XXI) es un alto índice de la pobreza, cuestión que pone en duda aquella imagen tan reconocida del país como “granero del mundo”. La crisis sufrida en el año 2001 había arrojado a gran cantidad de argentinos a la pobreza y otros tantos a

17 Véase “China anuncia el final de su política de hijo único”, 29-10-2015, BBC Mundo. Recuperado de http://www.bbc.com/mundo/noticias/2015/10/151029_china_politica_un_hijo_finaliza_mr; e Ismael Arana, 29-10-2015. “China pone fin a la política del ‘hijo único’”. El Mundo. Recuperado de <http://www.elmundo.es/internacional/2015/10/29/5631febf46163f27348b4645.html>

18 Si bien algunos países crecieron en términos demográficos (Reino Unido, Francia, Irlanda, Países Bajos, Bélgica) en otros se evidencia una caída de la población (los países de la Europa del Este como Albania, Letonia, Lituania, Rumanía o Bulgaria.). Véase “La evolución demográfica en Europa en la última década”, 8 de febrero de 2016. Europapress/internacional. Recuperado de <http://www.europapress.es/internacional/noticia-evolucion-demografica-europa-ultima-decada-20160208140133.html>

19 En algunos casos, como sucede en el Sahel, en gran parte del África subsahariana, las tasas medias de fecundidad se encuentran entre 7 y 9 hijos por mujer.

la indigencia, lo cual no tenía antecedente alguno en la historia nacional. No han faltado quienes se opusieron a los subsidios implementados con el fin de paliar esta crisis, con los argumentos que con ellos se generaba una clientela política y que además se perdía la “cultura del trabajo”. En otras palabras, más allá de las diferencias de escenarios y tiempos, en su momento Malthus se opuso a las “leyes de pobres” y en la actualidad no falta quienes, desde posturas conservadoras y anti-solidarias, se opongan a “las leyes de pobres” en Argentina.

A través de estos ejemplos, se puede considerar que ciertos postulados de Malthus se aplican, en la medida en que la población crece y los alimentos siguen siendo fundamentales para la subsistencia. Otro caso es la denominada *Segunda ley de Malthus*, expuesta por Tamames (2006), expresada en términos de “la colmatación de la biocapacidad que provoca la población humana, con sus poderes tecnológicos contaminantes”²⁰. Los estudios de la historia ecológica sostienen que el desarrollo tecnológico llevado adelante por el hombre ha provocado una contaminación tan grande que ha limitado e incluso está próximo a anular la capacidad de autorregeneración de ciertos ecosistemas. Este resultado, sumado al aumento demográfico, hace que el desarrollo de ciertas técnicas que permiten el aumento de la producción ya no posean un efecto positivo; todo lo contrario, cada vez se genera más contaminación y deterioro del medio ambiente. Por lo tanto, cabe preguntarse si hoy la mirada que poseen algunos especialistas sobre el futuro no es igual o más pesimista que la que poseía Malthus. De esta manera, se puede decir, parafraseando a Ramírez Beltrán (1997), que Malthus aún vive entre nosotros.

3. Un genio poco reconocido: la teoría del subconsumo y la crítica a la ley de Say

Thomas R. Malthus hizo un gran aporte, tanto o más que su *Ensayo sobre el principio de la población*, en su libro *Principios de economía política* publicado en 1820. Si bien trata diferentes temas (en la primera parte, definiciones de riqueza; la naturaleza, causas y medidas del valor; la renta de la tierra; los salarios y las utilidades del capital) los más relevantes corresponden al estudio de la naturaleza y los límites del crecimiento

20 Si al comienzo del siglo XXI la población mundial se estimaba en 6.600 millones de personas, a mediados de siglo se alcanzarán los 9.000 millones. El hombre, al disponer de poderosas tecnologías, afecta a la biosfera globalmente y a algunos ecosistemas de manera intensa: la atmósfera se va saturando de dióxido de carbono y otros gases, las aguas continentales y los mares se contaminan.

económico, en especial la sobreproducción de las mercancías (en la segunda parte).

En este sentido, cuestionaba a la ley de Say que era imperante en la época y lo fue durante más de un siglo²¹. Según esta ley, es la oferta la que genera su demanda; por consiguiente, no puede haber ni sobreproducción ni escases de productos. Los clásicos (en especial, los ricardianos) se inclinaron abiertamente por esta ley que, de otro modo, implicaba que automáticamente todos los ahorros tienen que quedar invertidos para que así la demanda global de la sociedad sea siempre la adecuada a la oferta global del sistema productivo. Este análisis se basaba exclusivamente en el lado de la oferta agregada: el crecimiento era limitado únicamente por el grado en que una nación podía aumentar su oferta de trabajo, capital y recursos naturales. Sin embargo, Malthus argumentaba que debido a la pobreza de los trabajadores y al espíritu frugal de los capitalistas (es decir, que consumen con moderación y ahorran para producir más en el futuro) la producción de bienes nunca llegaría a consumirse por completo ante una insuficiencia de *demanda efectiva*. El trabajador tiene la voluntad para comprar bienes, pero carece del poder adquisitivo, mientras que los capitalistas tienen el poder adquisitivo, pero carecen de la voluntad para hacerlo²².

En este escenario, ante la posibilidad de una demanda menor que la oferta, debía existir una clase económica no productiva que solamente consumiera y así atenuar las consecuencias de una sobreproducción: los terratenientes poseían un rol fundamental en la economía debido a que con su *consumo improductivo* “mantenían aceitada la maquinaria de producción”, pero también eran necesarios otros consumidores (individuos no productivos) que presten servicios personales como sirvientes, clérigos, políticos, abogados, soldados, jueces, entre otros. En este punto, como en tantos otros, disenta con David Ricardo, aunque este tomó de Malthus la perspectiva de análisis respecto del crecimiento de la población y los problemas que acarrearía. No obstante, aunque Malthus afirmara que el capitalismo poseía fallas, no se oponía a su funcionamiento, pero buscaba para los terratenientes aristocráticos un lugar en este sistema de producción, con el fin de ayudar a impedir la depresión y el estancamiento final de la economía. Como críticamente sostiene Roll (1978),

21 Habrá que esperar hasta la crisis de los años treinta del siglo XX y los aportes de John Maynard Keynes para que esta ley sea refutada totalmente.

22 Malthus entendía que el proceso de ahorro generaba una reducción de la demanda de bienes de consumo y el proceso de inversión provocaba la producción de más bienes de consumo en el futuro. A su vez, reconoció que para mantener la plena utilización de los recursos en un sistema capitalista, había que seguir aumentando el nivel total de producción y de consumo.

Malthus se inclinará en favor de la industria capitalista, pero no le agrada su función revolucionaria *vis-á-vis* de los restos del feudalismo. Está dispuesto a aceptar el capitalismo porque trae consigo un aumento de la producción. Ha visto su triunfo virtual en Inglaterra y comprende que es inútil atacarlo radicalmente; pero tiene que encontrar en él un lugar seguro para las clases que el capitalismo relegó a una situación económica muy inferior. De ahí la actitud protectora del “sacerdote aristócrata”, su cariño por los terratenientes, por su prodigalidad al conservar gran número de dependientes (*retainers*), su deseo de obras públicas y su complacencia para con la deuda del gobierno (p.209).

La ley de Say se convirtió en un dogma defendido por muchos economistas, sobre todo por David Ricardo, que eclipsó el aporte de Malthus, debido a que esta formulación acompañaba a los cambios del contexto socioeconómico. En tal situación, no podía pretender más que la supervivencia de un actor del viejo orden, el cual ya no sería el principal en la nueva era industrial que se desarrollaba.

No fue hasta la primera mitad del siglo XX cuando John M. Keynes recuperó este postulado, reconociendo la gran contribución a la teoría económica y puso en jaque por completo el poderío de Jean Baptiste Say. En el “Prólogo” del volumen *Ensayos en biografía*, publicado en 1933, obra en que aporta retratos de economistas y otras personas notables, Keynes no deja de admirar a quien, en su opinión, fue “el primer economista de Cambridge”: a través del análisis de la correspondencia que mantuvieron Malthus y Ricardo, no escatima en considerar que este último no poseía la capacidad de interpretar la “teoría del subconsumo” (una tendencia del sistema económico a no generar una demanda efectiva suficiente) propuesta por su amigo. A la vez, elogió su comprensión respecto de las dificultades de una economía de mantener el pleno empleo. En sus palabras:

No se puede salir de la lectura de esta correspondencia sin la sensación de que la obliteración casi total de la línea de pensamiento de Malthus y el completo dominio de la de Ricardo durante cien años ha sido un desastre para el progreso de la ciencia económica. Una y otra vez en estas cartas Malthus es la voz del sentido común, cuya fuerza es incapaz de reconocer, con su cabeza en las nubes, Ricardo (Keynes, [1933] 1997, p.34).

Así, no cabe duda de que Keynes sintió una gran admiración y respeto por Malthus, y esta idea queda aún más clara en estas palabras: “¡Si Malthus y no Ricardo hubiera sido el tronco del que brotó la ciencia

económica del siglo XIX, cuánto más sabio y rico sería hoy el mundo!” ([1933] 1997, p.37). Es que Malthus ha influido en muchos autores de los siglos XIX y XX. Marx ha criticado la teoría de población y de ella se ha valido para formular su concepto de *ejército de reserva*; por su parte Keynes ha retomado la crítica a la ley de Say y ha pulido la idea de la demanda efectiva insuficiente. Por ello, coincidiendo con Schoijet (2005),

A fines del siglo XIX y comienzos del siguiente, Marshall, Kautsky y Keynes sugirieron que la propuesta de Malthus, tal como fue formulada, no era aplicable para su época (...) Plantearon una reformulación, en el sentido de que era factible que llegara un momento en que la población creciera más rápidamente que la producción de alimentos. Kautsky aventuró la predicción de que podría ocurrir en “cien o doscientos” años, pero en esos momentos no existían elementos para hacer ningún cálculo (p.591).

No obstante, la “herencia” de Malthus no se limita solamente a la ciencia económica. Tanto Charles Darwin como Alfred Russel Wallace han declarado que se vieron inspirados en las ideas malthusianas para formular sus teorías de la evolución. Además, la sociología de Herbert Spencer está influida por el clérigo británico. Por lo tanto, se puede sostener que Malthus generó un terreno propicio para el surgimiento de postulados de las distintas ciencias. Como sostienen Brue y Grant (2009),

Charles Robert Darwin (1809-1882) estaba inspirado por Malthus y su obra monumental impresionó a Marx. Darwin declaraba que mientras leía las observaciones de Malthus sobre la población, de pronto se le ocurrió que en la lucha por la existencia que él había observado en todas partes, las condiciones favorables tendían a preservarse y las desfavorables a destruirse. El resultado de esa “selección natural” fue la evolución de las especies. Darwin formalizó su teoría en 1859 en su famosa obra *El origen de las especies por la evolución natural* (p.172).

4. Dos amigos enfrentados

Thomas R. Malthus era amigo de David Ricardo, con quien mantenía una fluida correspondencia en la que debatían sus métodos y teorías. Ricardo era partidario del libre cambio y defensor de los empresarios capitalistas, sostenía que era necesario que cada país se especializara en la producción que más ventajas relativas tuviese, por lo tanto, no estaba de acuerdo con las leyes que protegían a la producción agrícola; sostenía que los terratenientes no eran más que un freno para el progreso de la

nación, por lo tanto era necesario abolir las leyes de granos (*corn laws*) puesto que, como resume Barbé (1996):

Si los precios interiores de los granos bajan, los salarios, al depender de los precios de los víveres, bajarían y se favorecerá a la acumulación del capital y el crecimiento industrial. Además, la política librecambista en materia agrícola justificará una política librecambista para las manufacturas, tan necesarias para la expansión industrial al facilitar los mercados exteriores (p.64).

Estas leyes aparecen tras el fin de las guerras napoleónicas (1814-1816) durante las cuales se había realizado un bloqueo naval a Inglaterra que, sumado a un ciclo de malas cosechas, habían producido la escasez de los cereales y por ende el aumento de su precio. Las *corn laws* establecían altos aranceles sobre la importación de cereales, situación que era favorable a los terratenientes y desfavorable para los trabajadores y empresarios debido a que se encontraban en un contexto inflacionario y los capitalistas debían subir los salarios para que pudieran mantenerse en el borde de la subsistencia. Por ello, Ricardo argumentaba que estas leyes perjudicaban a los capitalistas puesto que sus beneficios se veían reducidos²³.

Por su parte, Malthus era defensor de la protección de la producción agrícola interna a través de los aranceles con el fin de que la renta de los terratenientes no disminuyera a causa de la caída de los precios que produciría la importación de grano. Los terratenientes podrían seguir realizando un “consumo improductivo” para que no se produzca un estancamiento económico por la sobreproducción y abaratamiento en los mercados. En palabras de Malthus:

Por consiguiente, debe haber una clase considerable de personas que tienen tanto la voluntad como el poder para consumir más riqueza material de la que producen, o las clases mercantiles no podrían seguir produciendo en forma rentable mucho más de lo que consumen. En esta clase, los terratenientes ocupan sin duda un lugar preeminente; pero si no cuentan con la ayuda de la gran masa de individuos dedicados a los servicios personales, a quienes ellos mantienen, su propio consumo sería insuficiente para mantener e incrementar el valor de la producción y para permitir el incremento de su cantidad, más que contrarrestar la baja de su precio. Y en ese caso el capitalista tampoco podría continuar con los mismos hábitos de ahorrar (Citado por Brue y Grant, 2009, pp.92-93).

23 Para un detalle sobre las relaciones que Ricardo establece entre rentas, beneficios y salarios, véase Teubal (2006).

Es más, la responsabilidad de las crisis la poseían los capitalistas puesto que, al atesorar, reducían la demanda efectiva²⁴. Recuérdese que Ricardo defendía a ultranza la ley de Say, mientras que Malthus deseaba destruirla. Pero no solamente debatían en cuestiones de política económica, también lo hacían con respecto al método que empleaban. Ricardo poseía un método de razonamiento abstracto e inductivo, es decir que a partir de un caso particular razonaba hasta llegar a una conclusión, y con una mirada a largo plazo. En cambio Malthus se sustentaba en una base empírica para elaborar sus teorías y prestaba más atención a los efectos inmediatos. No obstante, en la primera edición de *Ensayo sobre el principio de la población* (1798) emplea un método que se acerca más al de Ricardo, pero a lo largo de las posteriores reediciones las va a fortalecer con una gran cantidad y variedad de fuentes de distintas épocas y lugares del mundo. Así lo reconocía cada uno, como en la siguiente carta escrita por Ricardo el 24 de enero de 1817:

Me parece que una gran causa de nuestra diferencia de opinión sobre las materias que tan a menudo hemos discutido está en que usted siempre tiene en su mente los efectos temporales e inmediatos de las variaciones particulares, mientras que yo aparto por entero estos efectos temporales e inmediatos y fijo toda mi atención en el permanente estado de cosas que resultará de ellos. Quizá usted da demasiada importancia a estos efectos temporales, mientras que yo me inclino muy demasiado a menospreciarlo. Para tratar propiamente la materia deben distinguirse cuidadosamente y mencionarse, y a cada uno deben adscribirse sus propios efectos (Keynes, [1933] 1997, p.33).

No obstante, ninguno de ellos deseaba imponerse sobre el otro. Como destaca Galbraith (1998),

En la correspondencia que sostuvieron entre sí Ricardo y Malthus se refieren con frecuencia a las diferencias de método que parecían revelar sus diferentes conclusiones. Ninguno de ellos, a lo que parece, deseaba demostrar la superioridad de un método sobre otro, como tal, en absoluto. Lo que deseaban dilucidar era la razón por la cual, no obstante aceptar ambos tantas proposiciones fundamentales, llegaban a conclusiones diferentes en un problema práctico tan importante como el de la sobreproducción (p.189).

24 El modelo malthusiano predecía las crisis económicas de sobreproducción, con insuficiencia de demanda, que solamente podrían corregirse a través de un descenso de la actividad productiva.

Pero es de destacar que por más que hayan tenido diferencias, nunca fueron más fuertes que su amistad que se mantuvo, por sobre todas las cosas, a lo largo de sus vidas. Así, se resalta en el párrafo final de la última carta que le envió Ricardo a Malthus:

Y ahora, mi querido Malthus, he terminado. Como en otras polémicas, después de mucha discusión, también nosotros mantenemos cada uno nuestras propias opiniones. Empero estas discusiones no han perturbado nunca nuestra amistad. No le tendría más afecto que el que le profeso si usted hubiera estado de acuerdo con mis opiniones (Keynes, [1933] 1997, p.39).

5. Recapitulación

Malthus, clérigo protestante conservador, se opuso al optimismo y las ideas de su padre con quien mantuvo distintas discusiones, de las cuales surgió su primer libro, en formato de panfleto, el que lo publicó de forma anónima por primera vez, *Ensayo sobre el principio de la población* y que, posteriormente, ampliaría en distintas ediciones (a tal punto que la primera edición poseía cincuenta mil palabras y en la última llegaría a las doscientas cincuenta mil). En él converge el pensamiento pesimista de teóricos predecesores y refleja el suyo propio sobre el futuro de la sociedad. Sus explicaciones han sido tomadas por otros teóricos clásicos de la economía para la explicación del beneficio del capitalista y la miseria de los trabajadores.

Fue un reaccionario que pretendía salvar a la clase aristocrática de los cambios producidos por las dos revoluciones de la época, asignándole una posición crucial en el sistema capitalista para que no se viera envuelto, sin salida, en una crisis de sobreproducción. A su vez, no tuvo miramiento alguno en echar sobre los hombros de los pobres toda la responsabilidad de su miseria por la cual no debían recibir ayuda y dejar el futuro librado a su suerte.

Padre de la demografía y primer teórico en postular las deficiencias que llevarían a la crisis al sistema capitalista, explicación que no tuvo acogida en el contexto científico de la época, fue un claro predecesor de la teoría que luego sería postulada por John Maynard Keynes. Amigo de David Ricardo, mantuvo una fluida correspondencia en la que debatían sus teorías y las enriquecían el uno con el otro, dejando en claro que más allá de sus diferencias, su amistad prevalecería en el tiempo. Influyente en grandes teóricos del siglo XIX y XX, algunos opuestos a sus ideas, como es el caso de Marx, mientras que otros las defendían a capa y

espada, como Keynes. También incidió en algunos científicos que no pertenecían a la rama de las ciencias sociales, como Charles Darwin y Alfred Russel Wallace.

Sus postulados no se han cumplido de forma literal, el desarrollo y mejoramiento de la tecnología ha permitido el aumento de la producción y, con ella, un incremento de la población. Pero de una forma u otra su matriz práctica todavía se puede observar en muchas aplicaciones y decisiones políticas. Los “frenos preventivos” han sido reguladores del crecimiento de la sociedad china. En el caso de países de África, Asia e incluso de América, las distintas hambrunas, guerras y pestes han servido (y sirven, en especial en algunos territorios africanos) como “frenos positivos” para el crecimiento de la población. Más allá de los aportes de Malthus a la teoría económica, es preciso tener presente que sus predicciones exageradamente sombrías, no son sino el resultado del miedo que se apoderó de gran parte de la élite europea en la década de 1790.

6. Bibliografía y Fuentes

6.1. Bibliografía citada

- Barbé, L. (1996). *El curso de la economía. Grandes escuelas, autores y temas del discurso económico*. Barcelona: Ariel.
- Blanco, A.F. (2005). Argentina, Malthus y la pobreza. *Observatorio de la Economía Latinoamericana* (37), 1-6.
- Brue, S.L. y Grant, R.R. (2009). *Historia del pensamiento económico*. México: Cengage Learning.
- Cameron, R. y Neal, L. (2014). *Historia económica mundial. Desde el Paleolítico hasta el presente*. Madrid: Alianza.
- Centty Villafuerte, D.B. (2010). *La inversión extranjera y el subdesarrollo del Perú 1990-2000*. Recuperado de <http://www.eumed.net/libros-gratis/2008b/414/index.htm>
- Galbraith, J.K. (1998). *Historia de la economía*. Barcelona: Ariel.
- González, E.E. (2004). *Apuntes sobre historia del pensamiento económico*. Universidad de Sevilla: Edición Digital@Tres.
- Gutiérrez Collantes, F. (2003). Robert Malthus: un economista político convertido en demógrafo por aclamación popular. *Reis* (101/103), 49-173.
- Hobsbawm, E. (2014). *La era de las revoluciones. 1789-1848*. Barcelona: Crítica
- Landreth, H. y Colander, D.C. (2006). *Historia del pensamiento económico*. Madrid: Mc Graw Hill.
- Ramírez Beltrán, R.T. (1997). *Malthus entre nosotros. Discursos ambientales y la política demográfica en México, 1970-1975*. México: Sociedad Cooperativa Taller Abierto y Universidad Pedagógica Nacional.

- Rodríguez Caballero, J.C. (2003). *La economía laboral en el período clásico de la historia del pensamiento económico*. Valladolid: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- Roll, E. (1978). *Historia de las doctrinas económicas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Roncaglia, A. (2006). *La riqueza de las ideas: una historia del pensamiento económico*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Schoijet, M. (2005). La recepción e impacto de las ideas de Malthus sobre la población. *Estudios Demográficos y Urbanos* (20) (3), 569-604. México: El Colegio de México.
- Tamames, R. (2006). Sobre crecimiento, humanidad y futuro. Conferencia pronunciada el 14 de diciembre de 2006. Madrid: Universidad Complutense.
- Teubal, M. (2006). La renta de la tierra en la economía política clásica: David Ricardo. *Revista NERA* (9) (8), 122-132.
- Thompson, E.P. (1977). *La formación histórica de la clase obrera inglesa*. Madrid: Laia.

6.2. Fuentes sugeridas

- Malthus, Thomas Robert ([1798] 1997). *Primer ensayo sobre la población*; con Prólogo de John Maynard Keynes [1933] “Robert Malthus: el primer economista de Cambridge”. Barcelona: Altaya.
- Malthus, Thomas Robert ([1820] 1977). *Principios de economía política*. México: Fondo de Cultura Económica.

CAPÍTULO 

**David Ricardo y el refinamiento de la economía
política clásica**

Aldo Fabio Alonso

Introducción

En este capítulo se analizará, luego de presentar el respectivo contexto histórico, a un economista destacado, David Ricardo, a partir de dos aportaciones básicas a la historia del pensamiento económico: la teoría de la distribución y la teoría de las ventajas comparativas del comercio internacional. Si Adam Smith es considerado el fundador de la escuela clásica, David Ricardo será la figura principal en el desarrollo posterior de las ideas económicas. Los economistas reconocen en Ricardo importantes contribuciones: la teoría del valor (la teoría del valor-trabajo en la cual se basaría después Marx), la hacienda pública, la teoría del comercio internacional y hasta una teoría del crecimiento económico (la dinámica que conduce al estado estacionario) a pesar de que se trata de un análisis no histórico.

El modelo ricardiano y la propuesta de política económica derivada se relacionan con la situación particular que imperaba en Inglaterra de su época. El objeto principal de la economía política era descubrir las leyes que regían la distribución de los ingresos. Ricardo, con su teoría de la renta, así como también con la de las ventajas comparativas, da sustento al libre cambio como referente de los intereses de la burguesía industrial.

1. El contexto histórico: expansión y triunfo del capitalismo industrial

David Ricardo (1772-1823) fue un relevante economista inglés, hijo de una familia de inmigrantes judíos de origen holandés establecidos en Londres¹. En 1793, debido a su matrimonio, se convirtió al anglicanismo, con lo cual las relaciones con su familia se atirantaron y quedó abandonado a sus propios recursos. Tempranamente aprendió el mecanismo del funcionamiento bancario y de la Bolsa de Londres, debido al trabajo

¹ Formaban parte del grupo de judíos ortodoxos expulsados de la península ibérica tras las persecuciones de finales del siglo XV que se instalaron en Holanda.

realizado bajo las órdenes de su padre, un prestigioso empresario, que ejercía como corredor de valores. Con el tiempo, llega a reunir una gran fortuna por los frutos de su actividad orientada al préstamo, a la compraventa de tierra y a la especulación. Al final de su carrera bursátil se retira de los negocios para convertirse en un propietario residente en sus tierras y dedicarse a escribir sobre problemas económicos. Miembro de la Cámara de los Comunes (su ingreso es en 1819) sus opiniones gozaban de autoridad, en especial a partir de su obra principal, *Principios de economía política y tributación*, publicada dos años antes².

En el primer cuarto del siglo XIX desarrolla su actividad política y social, época caracterizada en Inglaterra por un impetuoso desarrollo del capitalismo industrial. Los principales efectos de las transformaciones disparadas por la Revolución Industrial fueron: el desarrollo de grandes ciudades fabriles, la creación de una industria que abastecía a todo el mundo, la radical modificación de las relaciones sociales y la constitución de obreros, capitalistas y terratenientes en clases sociales con rasgos específicos. La población había crecido considerablemente y si bien la agricultura tenía todavía un lugar central en la economía inglesa, la industria había ganado protagonismo y su progresiva mecanización sentaba las bases de potenciales tendencias a la sustitución de mano de obra y al incremento de la capacidad productiva (Hobsbawm, 1989, 2009). Al mismo tiempo, se presentaba el problema del desplazamiento de la estructura económica inglesa desde la agricultura a la industria, mucho más evidente en tiempos de Ricardo que de Smith.

En su época los problemas económicos de Inglaterra eran los precios crecientes de los granos junto con el fenómeno de rentas elevadas, aparte de los problemas entre agricultura e industria fruto de los cambios estructurales. Toda la economía ricardiana será un intento de dar respuesta a la situación de su país durante las guerras napoleónicas (1803-1815) que incluyeron un bloqueo marítimo afectando a las finanzas públicas, motivaron un alza de los precios y de las rentas de la tierra, y con un ajuste posbélico posterior, que provocó un aumento del desempleo. Desde finales del siglo XVIII, Inglaterra, que hasta ese entonces era un país exportador de cereales tuvo que comprar en el extranjero. El crecimiento

2 La producción de Ricardo incluye numerosos ensayos, cartas y notas. *Principios* expone un razonamiento mal ordenado. Como ha destacado Roll (2003) “la distinción entre valor de uso y valor en cambio, someramente estudiada en el capítulo I, ocupa, en diferentes formas todo el capítulo XX. Los capítulos II y III, que contienen la famosa teoría de Ricardo sobre la renta, se completan con varios capítulos posteriores que discuten las opiniones de Smith y Malthus. Los estudios sobre el precio, la oferta, la demanda y el comercio exterior ocupan varios capítulos no sucesivos. Los salarios y las utilidades, estudiados en los capítulos V y VI, son puestos en claro en el penúltimo capítulo (añadido a la tercera edición), que trata de la maquinaria; y dedica a problemas secundarios de tributación un número desproporcionadamente grande de capítulos.” (p.163).

de la población había incrementado la demanda de cereales que superó la oferta de trigo. En consecuencia, el precio se cuadruplicó y también subieron los beneficios de las grandes fincas. Algunos comerciantes comenzaron a comprar trigo y maíz en el extranjero para importarlo a su país. A su vez, los terratenientes reaccionaron por la afectación de sus negocios y no vieron de manera favorable la entrada de cereales baratos procedentes del otro lado del océano. Al dominar el Parlamento forzaron un férreo sistema proteccionista que gravaba con derechos de importación con el propósito de fijar un tope para impedir que se vendiesen en el mercado inglés los cereales baratos³. Hacia 1813 las malas cosechas y la guerra con Napoleón agudizaron la situación; el precio del cereal inglés subió extraordinariamente. La respuesta del Parlamento fue proponer que se elevasen aún más los impuestos a las aduanas del cereal extranjero con el argumento que a largo plazo la producción inglesa de trigo se incrementaría (Heilbroner, 1982). En 1816, concluidas las guerras napoleónicas, los terratenientes consiguieron mantener de facto los precios anteriores gracias a la aprobación por el Parlamento de las *new corn laws*: las tarifas aduaneras se fijaron en un valor tan alto que el trigo, cuyos precios exteriores eran más bajos que los interiores, en la práctica, no podía ingresar al país. De este modo, conseguían mantener altas las rentas de la tierra, en detrimento de los beneficios de los industriales, dada la rigidez de los salarios reales⁴. El precio de los granos había aumentado durante las guerras como resultado del embargo napoleónico; los terratenientes temían a una baja de precios cuando llegara la paz. Mientras tanto, los miembros de la burguesía preferían que el precio de los alimentos fueran más bajos para no verse obligados a pagar sueldos más altos.

En el plano político, el período transcurrido entre el Congreso de Viena (1815) y las revoluciones de 1848 es conocido como la etapa de la Restauración: las profundas transformaciones económicas y sociales se combinaron con agudas crisis políticas. Las fuerzas aristocráticas intentaron restaurar el antiguo orden e incluso conformaron la Santa Alianza para controlar las convulsiones sociales. La lucha entre terratenientes e industriales pasará a un segundo plano a partir de 1830; desde ahora el conflicto enfrentará a las clases populares contra las privilegiadas. El resultado final fue la revolución de 1848 que terminará por consolidar la hegemonía burguesa sobre el conjunto social.

3 Cuanto más bajo era el precio del cereal, mayor era el impuesto de aduanas.

4 El conflicto entre terratenientes y la burguesía industrial durará treinta años. La discusión en todo el período y el resultado final (la abolición de las leyes sobre el trigo) estuvo enmarcada en la contribución teórica de David Ricardo. La burguesía inglesa terminará triunfando.

2. El método de David Ricardo

La formación de David Ricardo suele considerarse insuficiente por carecer de estudios universitarios y de un sentido sociohistórico. Ello implicó que no podía fundar sus teorías en la investigación empírica, sin embargo, dotado de una gran agudeza e inteligencia natural para el razonamiento y la extracción de conclusiones lógicas, encontró criticable el sistema económico descrito por Smith. La economía pierde la inclinación empírica y se vuelve austera y abstracta. En sus obras queda claro que casi todos sus razonamientos comienzan sentando unas bases sobre las que argumentará: “supongamos que...”. Es decir, introduce premisas apriorísticas de las cuales va extrayendo conclusiones lógicas mediante la deducción. En la consideración de Spiegel (2001) “con una lógica implacable redujo el sistema económico a unas pocas variables y dedujo unas conclusiones que, sobre la base de hipótesis, parecían totalmente evidentes” (p.370).

Las teorías son resultados de un punto de partida formulado con base en abstracciones para llegar a conclusiones lógicas y racionales. A veces, son tantas las suposiciones que al final la situación es tan abstracta que la conclusión es una trivialidad irrefutable, pero que no son útiles en la realidad. Sin embargo, es mediante este ejercicio intelectual que el autor se liberó de tener que confrontar con una realidad que le era opuesta a su pensamiento, al reducir la misma a simples modelos con escasos datos, resultándole sumamente beneficioso (Galbraith, 1998).

El método es abstracto y deductivo (a partir de lo simple se llega a lo complejo) aplicado casi con exclusividad al análisis de los temas económicos sin tener en cuenta la sociología, la filosofía y la historia. La forma de exposición del autor es más cientificista y teórica que la de Smith, lo cual inauguraba formalmente la estructura analítica y metódica de explicación en la economía política. Un esquema expositivo que consistía en dar pocos ejemplos, teorizar y simplificar la realidad mediante sencillos modelos de entendimiento (como el “modelo grano o cereal”). Como han sostenido Ekelund y Hébert (1999):

Lo que aseguró el lugar de Ricardo en la historia de la Economía fue su capacidad de construir un sistema analítico que generaba conclusiones fundamentales, basadas en unos relativamente pocos principios básicos. Su sistema era un monumento al proceso del razonamiento deductivo (p.155).

En efecto, el sistema de Ricardo si bien no fue el primer caso de elaboración de modelos económicos, fue el primero exitoso. Aunque convierte a la disciplina económica en una ciencia autónoma no puede desvincularla de la política, pues sus conclusiones sirven de recetario para la adopción de soluciones políticas relacionadas con las cuestiones económicas candentes en su época: problemas agrícolas por las necesidades de aumentar la producción, problemas monetarios derivados de la financiación de las guerras, desplazamiento de la primacía productiva de la agricultura a la industria, entre otros. Así, el “modelo cereal” presentado en *Principios* apunta a demostrar una proposición fundamental: que la existencia de las leyes de granos (1815-1846) que trababan la importación de cereales, provocaban la necesidad de recurrir a tierras peores con disminución en los productos medio y marginal del capital y del trabajo; por eso, adelantaba la llegada del estado estacionario a un futuro no demasiado distante. Como plantea O’Brien (1989) “Smith había prefigurado también un estado estacionario pero no era nada tan inminente y su arribo no era algo mecánico. Por el contrario, Ricardo elaboró un modelo mecánico para demostrar su amenaza en lo relativamente inmediato” (p.70). Entonces, su éxito se debió a que supo ver hacia donde se encaminaban las fuerzas económicas y poner su análisis teórico al servicio de las políticas económicas triunfantes con una forma de expresión sencilla, clara y persuasiva.

3. Los principios de economía política

3.1. La teoría del valor-trabajo y los precios relativos

En el núcleo de la teoría ricardiana se encuentra una idea ya esbozada por el creador e inspirador de la economía; según Smith, el trabajo era la fuente de riqueza, en consecuencia, la medida a partir de la cual los bienes tenían un valor (a mayor cantidad de trabajo invertido en la producción de un bien, mayor sería el precio que debía tener). El trabajo se encontraba en todos los procesos productivos convirtiéndose en el denominador común al valor de todos los bienes. Mantiene entonces un enfoque objetivo del valor: el trabajo era la base de la abundancia y el progreso, por lo que el valor de los productos estaría relacionado con la cantidad de trabajo necesaria para obtenerlos.

Al igual que Smith, consideró que las personas actuaban para satisfacer sus necesidades mediante comportamientos de tipo individualista. El interés de Ricardo estaba en los valores relativos que permitían el intercambio, no en el valor absoluto (o real); quería demostrar el modo

en que se intercambiaban los bienes. El valor podía ser diferenciado en valor de cambio y valor de uso. Un bien adquiere un valor de intercambio si tiene un valor de uso; sin embargo, la utilidad no es la medida del valor intercambiable aunque resulta esencial para él (el producto debía ser necesario y útil para algo). El valor de cambio se derivaba de la escasez o del trabajo:

El valor de una cosa, o sea la cantidad de cualquier otra cosa por la cual podrá cambiarse, depende de la cantidad relativa de trabajo que se necesita para su producción y no de la mayor o menor retribución que se pague por ese trabajo.

Lo correcto es decir, como Adam Smith había dicho previamente, que “la proporción entre cantidades de trabajo necesarias para adquirir diferentes objetos parece ser la única circunstancia que puede proporcionar alguna regla para cambiarlos unos por otros”; o, en otras palabras, que es la cantidad comparativa de cosas que el trabajo producirá, la que determina su valor relativo presente o pasado, y no las cantidades comparativas de cosas que se dan al trabajador a cambio de su trabajo (Ricardo, [1817] 1985, pp.21 y 25).

En efecto, Ricardo identifica dos factores que dan valor a los bienes: su escasez (el caso de los bienes no reproducibles) y la cantidad de trabajo necesaria para su producción (el valor de los demás bienes). Las estatuas y cuadros raros tienen un valor que no se mide por la cantidad de trabajo que originariamente se empleó en ellos sino que varían según el grado de riqueza y las inclinaciones de los demandantes que deseen poseerlas. Al tratarse de mercancías relativamente sin importancia en el sistema capitalista, conviene concentrarse en el estudio de aquellas que el hombre usa y que pueden multiplicarse casi ilimitadamente. Para poder intercambiar bienes debe considerarse la cantidad de trabajo necesaria para producir uno y otro, debido a que la cantidad de trabajo empleada en estos, determinaba su valor de cambio en relación con otros, entonces el trabajo es la base de todo valor (Letizia, 1987).

En consecuencia, quedaba formulada la teoría del valor-trabajo: el valor de los bienes depende del trabajo incorporado aunque también consideró, en algunas instancias, que los salarios y beneficios afectan los valores de cambio. Por ello, algunos autores, entienden que al igual que Adam Smith, formula una teoría del valor que lo hacía depender

del costo de producción aunque se excluía la renta de la tierra⁵. Como sostenía que el precio del trigo estaba regulado por el trabajo empleado en tierras de renta cero, el factor tierra podía ser eliminado de la explicación del valor. El caso del capital era diferente pero podía ser reducible a factor trabajo (una máquina, por ejemplo, podía considerarse como trabajo incorporado o acumulado). En una economía más desarrollada, el capital (útiles, herramientas y edificios) ayudaba al trabajo para aumentar su productividad.

El valor entonces dependía del costo de producción, es decir, de la cantidad de trabajo y de capital utilizada. Al ser el capital una acumulación de trabajo anterior, la teoría del valor-costo de producción no se oponía a la del valor-trabajo sino que sería una forma moderna de expresión⁶. En la producción precapitalista la determinación del valor por medio del trabajo (tiempo real de trabajo empleado en producir) y su determinación por el valor de la fuerza de trabajo no tenía importancia, porque ambos factores eran idénticos (el valor de una cantidad de trabajo incorporado en una mercancía era igual al valor del dominio o mando sobre la misma cantidad de trabajo) con lo cual respondía a una teoría del valor-trabajo. En la sociedad capitalista el valor del trabajo que el capitalista compraba era mayor que la cantidad de trabajo incorporado en los salarios pagados por él. Entonces, la solución para Ricardo estaría en sostener que era “la cantidad relativa de mercancías que produciría el trabajo lo que determina su valor relativo presente y pasado, y no las cantidades relativas de mercancías que se dan al trabajador a cambio de su trabajo” (Roll, 2000, pp.167-168). Habría que esperar a Marx para desentrañar el planteo que corresponde a la teoría de la explotación.

El valor de un bien está determinado por la cantidad total de trabajo necesaria para producirlo e incluye el trabajo realizado inmediatamente (o trabajo propiamente dicho, trabajo presente o directo) y el trabajo realizado con anterioridad (trabajo pasado ya materializado en medios

5 Para Smith el trabajo era la “medida del valor”, expresando la renta en términos de las unidades de trabajo que podían ser “demandadas” o “controladas” con ellas. En el lado de la producción carecía de un procedimiento para transformar los factores distintos del trabajo en unidades de trabajo. Ricardo, en cambio, volvió a tomar el camino de la producción, utilizando los insumos de trabajo para analizar el valor (Barber, 1985). Mientras Smith consideraba el “trabajo exigido u ordenado”, David Ricardo adoptaba el “trabajo incorporado”.

6 En un contexto dinámico, la teoría del valor tenía sus problemas en particular sobre el modo de proceder ante incrementos salariales y también con cambios en la acumulación de capital fijo. Por ejemplo, dos bienes producidos con idénticas cantidades de factor trabajo diferían en el precio si uno de ellos necesitaba inmobilizaciones de capital más prolongadas que el otro. Por ello, Ricardo entendía que el trabajo incorporado era una “tosca aproximación” aunque “el fundamento último del valor” (Barber, 1985).

de producción o trabajo indirecto)⁷. Ahora bien, la cantidad de trabajo necesaria para producir una mercancía es constante (sin considerar los progresos y modificaciones de la técnica) pero su valor y su precio (valor expresado en dinero) varían. Ante este problema, Ricardo apeló a la existencia de dos precios: uno que llama “natural” (cantidad de trabajo necesaria para producir un bien) y otro “de mercado”, determinado por la oferta y la demanda. En consecuencia, existía la posibilidad de que este se distanciara del primero aunque solo momentáneamente, porque orientaría a los nuevos capitales hacia las industrias favorecidas con el alza de los precios corrientes y ante el aumento de la producción, originaría en estos sectores una baja de precios. Por lo tanto, el precio corriente volvería de modo automático al nivel del precio natural, el que merecería, entonces, ser estudiado. El precio de mercado oscilaba alrededor del natural y hacia él tendía siempre.

3.2. La doctrina clásica de la renta económica y los rendimientos decrecientes

Al desarrollar su teoría del valor-trabajo, Ricardo eliminó la renta como costo de producción a partir de su teoría de la “renta diferencial”⁸. La renta de la tierra no constituye un costo de producción y, por ende, tampoco un fundamento del valor (un determinante del precio de equilibrio a largo plazo). La renta es un ingreso debido a un monopolio natural que tiene lugar cuando la tierra es una cantidad limitada y escasa; por lo tanto, “a diferencia del pago de los salarios al trabajador y de los beneficios al capitalista, el pago de la renta no tiene naturaleza de un incentivo necesario para atraer unos servicios deseados” (Spiegel, 2001, p.385). A su vez, con la acción de otros factores (las diferencias de fertilidad de la tierra y su relación con los costos de producción, la posición de las propiedades territoriales dentro de los mercados), afirmó que el costo de producir bienes agrícolas variaría. Así, los precios de las mercancías debían ser tan elevados como para solventar los costos de producción más altos de la tierra menos fértil. Según Ricardo, el precio del trigo era

7 Ricardo no resolvió, aunque intuyó, la consideración de otro factor: el tiempo que transcurre desde que tienen lugar las primeras inversiones de capital para la producción de la mercancía hasta que está lista para el consumo. Concluía que el valor relativo de los bienes depende de dos causas: 1) la cantidad relativa de trabajo necesaria para su producción; 2) la duración relativa del tiempo necesario para llevar al mercado el resultado de ese trabajo.

8 Los elementos fundamentales de la teoría de la renta diferencial ya habían sido enunciados por un especialista en agricultura, el escocés James Anderson (1739-1808) en 1777, cuando definió a la renta como el ingreso equivalente al excedente del precio de mercado del producto sobre su precio medio. En el siglo XVIII el principio de los rendimientos decrecientes había sido enunciado por Turgot.

determinado por la cantidad de trabajo necesaria para producirlo con la parte del capital que no daba renta, es decir, en la producción de la peor tierra donde solo se cubría su costo de producción, el cual sería igual al precio del producto resultante. En definitiva, el trabajo invertido en tierras de renta cero regulaba el precio del producto de la tierra (Roll, 2000; Barber, 1985).

Para Ricardo el trigo no era caro porque se pagaba renta sino que la renta se pagaba porque el trigo estaba caro. La idea básica era que la cantidad de trabajo era igual al valor de cambio de un producto. En la medida en que la calidad y características de la tierra (las más marginales y dificultosas de poner en producción) exigieran mayor trabajo y esfuerzo para producir trigo, más grande sería el precio que éste tendría. Cuando la población era poco numerosa con relación a las tierras disponibles, solo las mejores tierras son cultivadas y la renta no existía: nadie estaría dispuesto a pagarla por el derecho a cultivar una tierra, mientras existan parcelas igualmente buenas y no ocupadas. Lo mismo sucedería si no existiera la “ley de los rendimientos decrecientes”, puesto que si al aplicar mayor cantidad de trabajo y capital a una misma tierra se obtienen de ella rendimientos proporcionales, solo se cultivarían las más fértiles y, por lo tanto, no habría renta. Como consecuencia de esta ley, con la tierra como el único factor fijo, a medida que se incrementaba el trabajo y el capital, su producto adicional era menor por unidad cosechada⁹.

En un principio puede aceptarse que la tierra de buena calidad era suficiente para la población que existía. En esa circunstancia, no se paga renta. Al poner en cultivo la tierra de segunda calidad, daba por resultado una renta en la tierra de primera calidad; dicha renta será la diferencia entre los costos de producción de los dos tipos de tierra. Cuando se empleaba la tierra de tercera calidad, la tierra de segunda calidad empieza a cobrar una renta, las rentas de las primeras tierras se elevan aún más, y así sucesivamente. En efecto, con el tiempo, al ir creciendo la población, se recurrió a tierra que no era de primera calidad puesto que las mejores ya estaban siendo cultivadas. Pero también hubo un tiempo en el que dada la escasa población solo se cultivaba la tierra fértil y no se daba el fenómeno de la renta. El esquema ricardiano responde entonces

9 Ricardo demostró que existen rendimientos decrecientes tanto en el *margen intensivo* (mayor cantidad de factores productivos aplicados a la misma cantidad de tierra genera una reducción de la producción a medida que se van agregando) como en el *margen extensivo* (la misma cantidad de factores aplicados a diferentes clases de tierra genera una disminución del producto a medida que la producción se desplaza a tierras más pobres). En consecuencia, el incremento del producto en la agricultura estaba asociado con costos crecientes. Este *principio marginal* establece que el valor de cambio de la producción está siempre regulado por el costo de producción considerado en “las circunstancias más desfavorables” ([1817] 1985, p.88).

a un contexto de creciente presión demográfica que impulsaba el empleo progresivo de tierras de menor calidad. La presión continuará hasta que el suelo quedara tan pobre que solo diera un excedente mínimo y necesario para la supervivencia de los trabajadores de esas parcelas, mínimo que, a su vez, determinaría el salario de todos los trabajadores (Galbraith, 1998). Además, estaba en discusión la protección de la agricultura nacional. En febrero de 1815, con el solo título de un folleto, Ricardo dejaba en claro su postura: *Ensayo sobre la influencia del precio bajo de los cereales sobre el beneficio del capital, en el que se demuestra la inconveniencia de las restricciones sobre la importación*¹⁰. Allí utiliza el principio de renta diferencial para dar cuenta de que el crecimiento de la población y del capital llevará a beneficios decrecientes, cuestión que solo podría evitarse mediante una importación no restringida de grano.

En la construcción de su modelo interpretativo planteaba cuatro hipótesis principales: 1) Las tierras se pueden ordenar de más a menos fértiles, de las que producen más rendimiento a las que producen menos. 2) El principio de los rendimientos decrecientes: la intensificación de un factor (trabajo o capital) produce, a partir de un cierto punto, rendimientos medios sucesivos decrecientes¹¹. 3) La tierra tiene un único uso: producción de una mercancía homogénea (trigo). Y 4) La competencia entre los capitalistas lleva a que la tasa de beneficio tienda a igualarse¹². Además, el ejemplo de Ricardo supone la existencia de tres clases sociales: propietarios de la tierra que cobran rentas, capitalistas que toman en arriendo la tierra y contratan trabajo en busca de beneficios, y trabajadores jornaleros que cobran salarios (Roncaglia y Sánchez Hormigo, 2011).

La tierra interviene en el proceso de producción como cualquier otro medio natural equiparándose a los demás recursos naturales como el agua, el aire o el viento. Pero a diferencia de estos, no se encuentra disponible en cantidades ilimitadas con relación a la necesidad social de ella. Al incrementarse la demanda de productos primarios era preciso que el cultivo avance sobre tierras de distintas fertilidades. A la diferencia de rendimientos debe su existencia la renta de la tierra. Si la producción de alimentos no necesitara del uso de más de una parte de

10 El trabajo se conoce más como *Ensayo sobre los beneficios*.

11 El rendimiento o producto neto se define como la diferencia entre el valor de la producción y los costos (salarios, rentas, reposiciones de capital). El caso de la siguiente unidad incorporada del factor se denomina *rendimiento marginal*, expresión no utilizada por Ricardo pero sí adoptada por sus discípulos que suelen aludir a la hipótesis de los rendimientos marginales decrecientes.

12 Podríamos considerar otro supuesto aunque no expresado directamente por Ricardo: los dueños de la tierra no son necesariamente buenos inversores puesto que tienden a consumir íntegramente las rentas que perciben, mientras que los arrendatarios (capitalistas) sí son “empresarios” que invierten sus beneficios aumentando la capacidad productiva de la sociedad.

los terrenos disponibles, todos ellos de la misma calidad, el arrendatario no pagaría renta alguna:

Si toda la tierra tuviera las mismas propiedades, si su cantidad fuera ilimitada y su calidad uniforme, su uso no ocasionaría ningún cargo, a menos que brindara ventajas peculiares de situación. Por tanto, únicamente porque la tierra no es ilimitada en cantidad ni uniforme en calidad, y porque con el incremento de la población, la tierra de calidad inferior o menos ventajosamente situada tiene que ponerse en cultivo, se paga renta por su uso (Ricardo, [1817] 1985, p.53).

En consecuencia, aumenta su precio (la renta) sin que se experimente un aumento de la cantidad de tierra ofertada¹³. El precio del trigo corresponde al trabajo necesario para producirlo en la tierra menos fértil que era preciso cultivar para satisfacer la demanda de la población. Como esa tierra no produce renta, no puede afirmarse que la renta sea un componente del precio. En estas condiciones, el valor del único bien producido (cereal) depende solo de los beneficios y de los salarios, y se fija de acuerdo con el costo marginal de la combinación de trabajo y capital en la tierra que no paga renta. De la propiedad de las mejores tierras saldría un excedente por encima del costo, que aumentaría cuando mejor fuera la calidad de la tierra y mayor la presión demográfica sobre la oferta total de tierras. Así, el excedente previo al margen era renta de la tierra. Por tanto, el propietario de las mejores tierras se beneficiaba no solo de su fortuna sino también de la progresiva pobreza del resto (Galbraith, 1998). Es que las tierras más fértiles producen el trigo con un costo inferior pero lo venden al mismo precio; la diferencia entre el costo y el precio era la renta de la tierra. Así, la renta era no una causa, sino una consecuencia del precio (Beltran, 1993).

La renta de la tierra no aumentaba los precios sino que era un residuo que crecía constantemente con el crecimiento poblacional, debido a que su aumento era resultado de las mayores exigencias económicas y del no poder alimentar a la población, enfatizando con ello la visión pesimista del crecimiento y el desenvolvimiento económico que tanto caracterizó a Ricardo (Galbraith, 1998). En consecuencia, la renta era puramente un excedente, a veces existiendo y a veces no, por lo que la misma no determinaba el valor de los bienes sino que lo que lo hacía era el trabajo que se utilizaba para obtenerlos (Roll, 2000).

13 En el modelo ricardiano la tierra no tiene usos alternativos (el costo de oportunidad de la tierra era igual a cero y se produce un único tipo de bien).

En el modelo la renta terminaba por constituir un ingreso “no ganado” derivado de la escasez de tierra y de sus diferencias de fertilidad y localización, y que, no formaba parte del precio, pero constituía un ingreso apropiado para ser afectado impositivamente. Esta organización de la producción agrícola era típica del sur de Inglaterra aunque una excepción en el contexto europeo. La generalización del modelo y los supuestos restrictivos del mismo (especialmente el de que la tierra no tiene usos alternativos y de que no hay progreso tecnológico) provocó una de las falacias de mayor duración en la historia del pensamiento económico: la de los rendimientos decrecientes en la agricultura.

3.3. La teoría de la distribución

La discusión fundamental en economía política para Ricardo era el problema de la distribución, a diferencia de Smith que había colocado el centro en la producción (la naturaleza y las causas de la riqueza nacional). Su foco estaba, entonces, en investigar las leyes que determinan la división del producto de la industria entre las clases que contribuyen a generarlo. Es que el marco histórico era diferente: la transición desde la agricultura a la industria como el sector más dinámico en la economía llevaba a considerar la participación relativa de terratenientes y capitalistas. Al mismo tiempo, el sistema industrial mostraba con mucha más claridad que en los tiempos de Smith cuando estaba despuntando, problemas laborales.

El estudio previo del valor de cambio era indispensable para determinar la retribución del trabajo y con ella la del capital. Sin embargo, Ricardo se encontró con que el valor de cambio no podía explicar la renta de la tierra, porque esta no incidía en la determinación del precio de los bienes, según opinaba. El caso de la tierra era muy peculiar puesto que no intervenía en la producción como los demás factores.

La distribución de los ingresos se divide en tres categorías, al igual que lo hizo Smith: la renta del terrateniente, salario del trabajador y beneficio del capitalista. La preocupación de Ricardo no estuvo tanto en cómo se fijaban las distintas participaciones en un momento dado sino en cómo este nivel evolucionaba en el tiempo, en especial, en circunstancias del progreso continuo (crecimiento de la población o aumento del consumo por la mejora en las condiciones de vida) porque ello afectaba a la acumulación de capital. Formuló entonces tres leyes: la renta tiende a subir; el salario nominal ligeramente también sube mientras que el salario real permanece estable a un nivel muy bajo determinado por el

mínimo de subsistencia; y la tasa de beneficio (renta del capital) tiende a disminuir.

El primer caso fue explicado del siguiente modo. Consideraba a la renta como aquella “porción del producto de la tierra que se paga al propietario por el uso de la potencia original e indestructible del suelo” (Ricardo, [1817] 1985, p.51). Con el aumento de la población o sus necesidades, los productos de la tierra se demandaban cada vez más. Para aumentar la producción era necesario incorporar nuevas tierras que serían, en el supuesto de Ricardo, menos fértiles, pues parece lógico que las tierras que primero se explotarían serían las mejores. Los productos tendrían costos diferentes según las tierras de donde se cosechaban, pero como son homogéneos, su precio de venta sería único y determinado por el costo de producción en la tierra de menor calidad, de lo contrario, estas no se explotarían.

Entonces, a medida que aumenta la población los precios de los productos tienden a subir. Los propietarios de las tierras reclamaban a los cultivadores la diferencia de ingresos que se traducirá en un aumento de las rentas a estos “terratenientes ociosos”, los beneficiados por el progreso económico. Así, la renta constituye un fenómeno “diferencial” originado por las diferencias de costos de producción en diversas tierras:

El aumento de la renta es siempre efecto del incremento de la riqueza del país y de la dificultad del abastecimiento de alimentos para su población creciente. Es un síntoma, pero nunca una causa de riqueza (...) La renta aumenta muy rápidamente a medida que la tierra disponible disminuye de potencia productiva. (...) Lo que eleva el valor de los productos naturales es el exceso de trabajo aplicado a los cultivos de peor calidad, no la renta que se paga al dueño (...). Si el alto precio del trigo fuera el efecto, y no la causa de la renta, el precio sería influido proporcionalmente según que las rentas fuesen elevadas o bajas, y la renta sería una parte componente del mismo. Pero el trigo producido por la mayor cantidad de trabajo es el que regula el precio de ese cereal; y la renta no puede entrar, y no entra en realidad, como parte componente de su precio (Ricardo, [1817] 1985, p.57).

El segundo caso, los salarios debían permanecer estables a un nivel muy bajo que dependía del nivel de subsistencia. Los salarios nominales podían elevarse ocasionalmente como consecuencia de la subida de precios de los bienes pero no mejoraría el nivel de vida de los trabajadores porque los salarios reales (las mercancías que compran) no subirían. En efecto, y al seguir un razonamiento deductivo, la fuerza de trabajo, como

cualquier otra mercancía, tenía un valor que dependía del costo de producción (las sumas necesarias para la conservación de la vida del obrero y del hijo que le sustituirá cuando declinen sus fuerzas). Admitió la posibilidad de un aumento transitorio en el salario corriente por encima de ese mínimo de subsistencia. Ello comportaría un mayor nivel de bienestar material en las familias, incremento de sus miembros y, por lo tanto, un crecimiento de la población. Esto derivaba en una mayor competencia laboral que conllevaba a una reducción de los salarios que tenderán al salario natural o mínimo¹⁴:

Cuando el precio de mercado de la mano de obra excede su precio natural, la condición del trabajador es floreciente y próspera, pues puede disponer en mayor proporción de los productos esenciales, y por ende mantener una familia sana y numerosa. Sin embargo, cuando, debido al estímulo que los salarios elevados proporcionan para el incremento de la población, aumenta el número de trabajadores, los salarios vuelven a su precio natural y a veces hasta bajan más, en virtud de una reacción (Ricardo, [1817] 1985, p.68).

Es decir, Ricardo considera dos clases de salarios: natural (de subsistencia) y el de mercado. El primero era el necesario para que el obrero pueda vivir y criar a sus hijos¹⁵; el segundo estaba determinado en cada momento por la oferta y la demanda de trabajo. El salario de mercado oscilaba alrededor del natural pero sin alejarse mucho de él porque si fuera superior, los obreros tenderán a casarse pronto y a tener más hijos; el resultado sería un aumento de la población obrera y la oferta de brazos haría bajar los salarios¹⁶.

En este análisis utilizaba el principio de la población de Malthus: creía que el aumento de la población se daría más rápidamente que el

14 La ley del salario al nivel mínimo de subsistencia es de Turgot; más adelante será Marx quien le dará una perspectiva que desnuda la trágica situación de los obreros del siglo XIX. Ricardo llegó a considerar que ese mínimo no es un mínimo fisiológico sino un mínimo determinado por la costumbre y el grado de desarrollo de cada país (claramente, más elevado en Inglaterra que en Europa Oriental). La denominada “ley de hierro” era inexorable.

15 La utilización de la denominación “natural” no tiene ninguna connotación ética, no quiere decir bueno o justo que los trabajadores cobren ese salario sino que en realidad lo cobran. No es absolutamente fijo sino que varía con el tiempo y el lugar y refleja los hábitos, las costumbres y las instituciones, que son cambiantes. Ricardo, con apelación histórica, considera que será ascendente debido a que “muchas de las comodidades de que se disfruta ahora en una casa de campo inglesa, hubieran sido consideradas como lujo en tiempos anteriores” (Citado por Spiegel, 2001, p.386).

16 El caso contrario funcionaría de este modo: un salario de mercado inferior al natural hará disminuir la natalidad y aumentará la mortalidad entre los obreros y la restricción de la oferta de trabajo hará subir los salarios. Pero si el crecimiento del capital genera un movimiento ascendente de la demanda de trabajo, el salario de mercado estará indefinidamente por encima del salario de subsistencia.

aumento de los bienes que pueden asegurar su subsistencia. Esta era la base conceptual por lo que no podrían mantenerse salarios por encima del que permita la subsistencia a los trabajadores (por encima del precio natural). Así, si aumentaban los salarios, aumentaba la población trabajadora (la oferta de trabajo) lo que los haría bajar de nuevo, dado el supuesto de fondo de salarios, a su precio natural, que sería el de subsistencia. Por lo tanto, cada vez que el salario supere este nivel, el mecanismo ajustaba con nuevos nacimientos y con el reparto del fondo de salarios sacado a los viejos trabajadores para los nuevos¹⁷.

Finalmente, para el tercer caso, Ricardo sostuvo que los beneficios del capitalista poseían una tendencia constante a la baja¹⁸. El razonamiento deductivo lo llevó a esta idea porque creía en el antagonismo irremediable entre salarios y beneficios; al ser el terrateniente el que se apropiaba del “beneficio” del progreso, el resto del ingreso social debía distribuirse entre capitalistas y trabajadores:

Quando se empiezan a cultivar terrenos pobres, o cuando se emplea más capital y trabajo en el cultivo de los viejos, con un menor rendimiento de producto (...) una mayor proporción de aquella parte del producto que queda para repartirlo después de pagada la renta, entre los capitalistas y los labradores, corresponderá a estos últimos. Cada uno de éstos podrá recibir una cantidad menor pero como se emplean más trabajadores en proporción a la totalidad del producto retenido por el agricultor, una mayor proporción del producto total será absorbida por los salarios, quedando una menor para los beneficios (...) En conclusión (...) en todos los países, y en todas las épocas, los beneficios dependen de la cantidad de trabajo necesaria para proveer a los trabajadores de las subsistencias en aquel terreno o con aquel capital que no produce renta (Ricardo, [1817] 1985, pp.75-76).

Como existen rendimientos decrecientes y los salarios no pueden bajar en el largo plazo, se va a reducir la retribución del capital (puede existir el caso en que la renta no sea nula e inclusive el caso en que esté

17 Ricardo no explicó el origen del beneficio, aunque el resultado era el corolario de sus teorías de los salarios y del valor. El pesimismo con respecto al aumento de la población y su consecuente reducción porque el fondo de salarios no alcanzaría para cubrir la subsistencia de todos los asalariados, se debía principalmente a que no concebía que el progreso técnico pudiera incrementar la producción total de forma constante y de esta manera asegurar que los nuevos trabajadores encuentren su fondo de salarios correspondiente, la productividad se incrementa a medida que se aporta progreso técnico y entonces no haría falta el incremento de los precios de los productos agrícolas, tampoco aumentaría el costo del trabajo y por lo tanto no deberían caer los beneficios en las dos ramas de producción.

18 Al menos el beneficio correspondiente a una determinada cantidad de capital invertido. La masa global de los beneficios aumentaba a medida que crecía la producción y se acumulaba el capital.

en aumento, pero los beneficios sean tan pequeños que no se produzca). La competencia hace que las tasas de beneficios se igualen en los sectores económicos (industrial y agrícola). En consecuencia, a Ricardo le preocupaba cómo en el sector agrícola se veía caer la tasa de beneficio (en realidad, beneficios totales) y esto se trasladaba directamente al sector dinámico, al industrial, a través del mecanismo que igualaba la tasa de beneficios, la competencia capitalista: si un sector rendía menos que otro, los capitales se trasladarían al sector que daba más beneficio, pero a medida que se encarecían los productos derivados de la tierra se incrementaba el valor del trabajo (lo que medía el salario de subsistencia); por lo tanto, los salarios aumentaban en los dos sectores –agrícola e industrial– y esto haría caer los beneficios totales de la economía¹⁹. Y como los capitalistas eran los únicos que realizaban inversiones productivas y eran el motor de la economía moderna, esta disminución derivaría necesariamente en una crisis y receso económico (Brue y Grant, 2008; James, 1974).

En esta dirección, está bien clara la diferencia con Smith, quien consideraba la convivencia de las clases sociales de forma placentera y sin intereses encontrados. Para Ricardo, el interés del terrateniente iba a contramano del obrero y del capitalista e incluso del interés general de la sociedad²⁰. Mientras los propietarios del suelo exigían que el precio de los alimentos creciera constantemente, los otros dos sectores sociales querían un bajo costo para sus subsistencias, beneficiando a ambos en oposición al primero (Roll, 2000).

Así, Ricardo expresaba a nivel analítico el conflicto de intereses entre los terratenientes, políticamente dominantes en su época, y la naciente burguesía industrial: un conflicto de intereses que encontró en las controversias sobre la conveniencia de los derechos sobre las importaciones de grano uno de sus episodios centrales. La construcción de una estructura analítica sólida para la economía política clásica constituye la principal contribución de Ricardo al progreso de la ciencia económica y a la victoria, gradual, difícil y parcial, de la posición política que apoyó (Roncaglia, 2006).

Ricardo propuso como solución, eliminar las trabas que existían a la importación de granos para que no suceda el mecanismo de incremento

19 El denominado “efecto Ricardo” sostiene que un aumento salarial eleva relativamente el valor de cambio de los bienes que incorporan proporcionalmente menos capital fijo o un capital fijo menos duradero; y a la inversa, reduce el valor relativo de los bienes producidos con más capital fijo o con un capital fijo más duradero. Es decir, los precios de los alimentos suben, también los salarios nominales de todos los sectores, mientras los precios de los bienes industriales tienden a abaratare (porque funcionan con rendimientos constantes o incluso crecientes).

20 Al final de su vida, pese a sus protestas sobre la malevolencia de los terratenientes, Ricardo colocó la mayor parte de su sustancial fortuna en tierras (Barber, 1985).

salarial y la caída de la tasa de beneficios de los dos sectores; de allí deduce su teoría sobre las ventajas comparativas, a Inglaterra “comparativamente” le convenía producir bienes del sector industrial e importar los del sector agrícola.

El análisis surgía de la situación de crisis de la industria inglesa luego de las guerras napoleónicas, cuando indudablemente, los beneficios bajaban así como el tipo de interés (para Ricardo, el interés era una forma particular del beneficio). Como sostiene Diéguez (1974):

(...) la existencia de salarios de subsistencia –en términos físicos de alimentos necesarios– de modo que el precio de dichos bienes regula los salarios monetarios, y consiguientemente, la tasa de beneficio. Las restricciones a la importación de granos actúan pues elevando rentas y contrayendo beneficios. Se subraya así el conflicto entre el tradicional sector terrateniente y el emergente sector capitalista industrial (p.721).

La limitación de la conclusión ricardiana obedece a extender la situación para convertirla en permanente. Como ha señalado James (1974) el razonamiento está mal construido y descansa en tres errores. El beneficio no es la retribución del capital; carece de lógica pensar que una elevación de los salarios nominales origine una baja en los beneficios reales. Finalmente, aunque las rentas aumenten, no significa que los terratenientes guarden para sí la totalidad del ingreso producido por el alza de la producción y de los precios.

3.4. El comercio internacional y las ventajas comparativas: *laissez faire* internacional

Los autores que precedieron a Ricardo como David Hume o Adam Smith habían destacado, entre dos países, las ventajas del comercio internacional y cual tenía mayor primacía para la producción de ciertas mercancías. El principio de la “ventaja absoluta” de Smith establecía que eran los costos absolutos los que determinaban los flujos del intercambio y las producciones en las que cada país se especializaba²¹. Esta teoría solo era útil cuando, dados dos países, había dos mercancías que diesen lugar a ventaja absoluta

21 Existe *ventaja absoluta* para producir un bien cuando el número de horas hombre empleadas resulta ser más bajo en comparación con otro país. Si producir un par de zapatos en Argentina involucra 10 horas hombre y en Brasil 25 horas hombres; o bien para producir cierta cantidad de bananas, en el primer caso, implica 20 horas hombre y en el segundo, 12 horas hombre: Argentina se especializará en la producción de zapatos (tiene ahí “ventaja absoluta”) y Brasil en la de bananas (tiene ahí “ventaja absoluta”); e intercambiarán en el comercio internacional. Recuérdese que el valor de los bienes depende de la cantidad de trabajo para producirlos (teoría del valor-trabajo).

recíproca que permitiera el intercambio. Con este esquema de Smith había ciertos países que no podían producir ningún bien con lo cual quedaban fuera de la división internacional del trabajo. Y, además, ¿qué ocurriría si un país produce todos sus bienes más caros que los demás?

Ricardo analizó la naturaleza y las condiciones de un país para hacer o no determinados bienes y planteó la teoría de los costos comparados fundada en el *laissez faire*. El comercio internacional puede ser beneficioso aún entre dos naciones, aunque una tenga ventajas sobre la otra para la producción de todas las mercancías siempre que esa ventaja no sea la misma en todas ellas. En ese caso resultará conveniente a los dos interesados en el intercambio que el mejor dotado se especialice en la producción de aquellas cosas para las cuales su ventaja relativa es mayor, y que el peor dotado se dedique a la producción de aquellas en que su desventaja relativa es menor.

La teoría de las “ventajas relativas” demuestra que puede haber ganancias en el comercio incluso cuando un país produzca más caro que los demás, como el ejemplo de Portugal e Inglaterra, cuando el primero produce tanto el vino como los tejidos más baratos que el segundo. La clave estriba en la especialización de cada país en la producción más competitiva en términos relativos, no absolutos. Como Portugal es más competitivo en vino, le conviene especializarse en su producción y comprar los tejidos en Inglaterra, aunque podría producirlos localmente a menor precio.

Tabla 1: Ventaja comparativa de David Ricardo
(Horas de trabajo necesarias para una producción hipotética)

	Vino	Telas
Inglaterra	120	100
Portugal	80	90
Total	200	190

Fuente: elaboración propia

En efecto, Ricardo basaba su explicación en el número de unidades de trabajo necesarias para producir una cantidad específica de telas y vino en dos países. En el ejemplo puede apreciarse que Portugal tiene una ventaja absoluta sobre Inglaterra en la producción tanto de vinos como de telas al poder producir ambas producciones con menores cantidades de trabajo. Inglaterra no posee ventaja absoluta en ninguna de las producciones al necesitar más de todos los factores para producir todos y cada uno de los bienes. A pesar de ello, puede suceder que la

cantidad necesaria de factores para producir una unidad de algún bien, en proporción a la necesaria para una unidad de algún otro, sea menor que la correspondiente al país que posee ventaja absoluta. En Portugal el costo comparativo del vino con relación a la tela sería 80/90 (0.89 representa el sacrificio en la producción de telas); en Inglaterra sería de 120/100 (1.20). Ahora, para el caso de las telas en Portugal con relación al vino sería 90/80 (1.13) y para Inglaterra sería de 100/120 (0.83). En consecuencia, el costo comparativo del vino en Portugal es más bajo que en Inglaterra; mientras que en el caso de la tela ocurre lo contrario²². Inglaterra exportará telas y Portugal vino (Blaug, 1985; Schumpeter, 1994).

En definitiva, con esta teoría se defiende el libre comercio internacional y responde muy bien a los requerimientos de Inglaterra a principios del siglo XIX como el primer país en proceso de industrialización. De esta manera, favorecía a una burguesía industrial en ascenso que requería de alimentos y materias primas baratas importadas del exterior, mientras que perjudicaba a los terratenientes porque limitaba el alza del precio del pan y, por ende, de sus rentas.

Algunas implicancias de esta teoría se vinculan con el funcionamiento del sector externo de la economía. Para Ricardo existe una especie de mecanismo automático de corrección que permite solucionar el problema de si un país tenía superávit por exceso de exportaciones en oposición a otro que sufría un déficit en la balanza de pagos. El aumento de exportaciones, sostenía, aumentaría demasiado la cantidad de moneda y ello haría aumentar los precios interiores, al tiempo su exportación disminuiría y su importación se incrementaría (los precios del exterior resultarían más baratos), restableciéndose así el equilibrio y repitiéndose el mecanismo nuevamente en forma directa (Perdices de Blas, 2003).

De este modo, Ricardo dejaba traslucir su teoría de los costos comparativos, conceptualización teórica que encajaba en los objetivos del capitalismo industrial y comercial cuyo desarrollo era encabezado por Inglaterra. Además, con base en estas ideas económicas internacionales, es posible ver que para él debía de haber un sistema financiero muy cuidadoso y prolijo, donde no fuera posible una desorganización en la división internacional del trabajo (Barber, 1985).

22 Ricardo estaba muy cerca del concepto de costo de oportunidad (una contribución de la escuela austríaca a finales del siglo XIX) que consiste en medir el costo de una actividad con el valor de la mejor alternativa que se deja de realizar; el costo de oportunidad de producir una unidad de tejido es la cantidad de vino que se deja de fabricar. Como las horas trabajo son limitadas, cada aplicación comporta la imposibilidad de realizar otra aplicación alternativa.

3.5. La teoría del desarrollo económico. Los límites de la acumulación capitalista

El análisis del valor proporcionó a Ricardo una base para un pronóstico a largo plazo de la expansión económica. La esencia de su razonamiento teórico queda expresada en la proposición fundamental “que en todos los países, y en todos los tiempos, los beneficios dependen de la cantidad de trabajo necesaria para obtener los bienes de subsistencia para los trabajadores, sobre esa tierra o con ese capital que no producen rentas” ([1817] 1985, p.77)²³. En efecto, para los clásicos en general y para Ricardo en particular, la tasa de beneficio era el regulador primario de la tasa de crecimiento económico y además era posible establecer conexiones entre la expansión económica y la distribución de los ingresos:

Si suponemos que tanto los cereales como los bienes manufacturados se venden siempre a un precio uniforme, las utilidades serían altas o bajas proporcionalmente a que los salarios sean altos o bajos. Pero supongamos que el precio del cereal aumenta, por necesitar mayor cantidad de mano de obra para su producción; esta causa no hará subir el precio de aquellos bienes manufacturados en cuya producción no se requiera una cantidad adicional de mano de obra. Entonces, si los salarios continuasen iguales, las utilidades de los fabricantes permanecerían iguales, pero si, como con toda seguridad acontece, los salarios aumentasen a causa del alza de precio de los cereales, en ese caso sus utilidades necesariamente tendrían que disminuir ([1817] 1985, p.64).

Los salarios y los beneficios están en razón inversa. La competencia hará que la tasa de beneficios sea uniforme y la acumulación de capital reducirá su tasa cuando los salarios tiendan al alza. Por ello resulta fundamental comprender los determinantes de aquella para saber qué empujaba la expansión económica y las fuerzas que la frenaban. Las condiciones de producción en la agricultura eran las que ejercían una influencia decisiva sobre la tasa de beneficios de toda la economía porque: 1) era el único sector en que un mismo bien (trigo) era simultáneamente insumo de producción y producto final; 2) los cereales eran el componente básico de la subsistencia, con una importancia fundamental en el factor productivo trabajo, pudiéndose reducir los salarios a adelantos de “trigo” y todos los factores podían quedar expresados en “trigo”; 3) la

23 El razonamiento es diferente al de Smith para quien la tasa de beneficios decrece conforme se va acumulando capital por efecto de la competencia que acompaña a este proceso. Ricardo, por el contrario, relaciona los beneficios con los salarios y de ahí, indirectamente, con los costos de producción de las subsistencias necesarias para el trabajador.

tasa de beneficio podía determinarse sin referencia a los precios (la renta y los beneficios podían aislarse considerando el caso de la tierra con renta cero, en la cual el rendimiento neto consistiría enteramente en los ingresos del capital: los beneficios); y 4) el producto de la agricultura era indispensable como insumo de producción de todos los demás sectores. Se requería una oferta disponible de alimentos si los empresarios no agrícolas habían de hacer adelantos de salarios a su mano de obra (Barber, 1985)²⁴.

Fijadas las condiciones de la agricultura, el modelo incluía las otras piezas del rompecabezas: los beneficios de la agricultura podían interpretarse como representativos de las tasas de beneficios prevalentes en todo el sistema económico. También los salarios tenían su uniformidad por estar fijados a partir de las necesidades de subsistencia, según las propias enseñanzas malthusianas sobre la población. Al menos en un período muy largo de tiempo, entendía que no podían modificarse los gustos de los trabajadores, con lo cual, en un futuro inmediato, podría considerarse “normal” un salario natural que gravitara en torno al nivel de subsistencia.

Al aumentar la población era probable que las tasas de beneficios se deterioraran aunque los salarios reales permanecieran inalterados. Al extenderse el cultivo a tierras más pobres, en las que sería necesario más factor trabajo por unidad de producto que en las anteriores, habría de adelantarse más trigo a la mano de obra con el fin de obtener el incremento en el producto final necesario para alimentar una población mayor. Según Ricardo, la consecuencia sería que “la cantidad de trabajo necesaria para producir bienes de subsistencia en tierras de renta cero se elevaría” ([1817] 1985, p.69); en consecuencia, las tasas de beneficios en la agricultura y en el conjunto de la economía disminuirían²⁵. La distribución de los ingresos se desplazaría a favor de los propietarios de las tierras más fértiles.

Con este modelo se visualizaban las fuerzas que regulaban la distribución del producto social y, a la vez, las que tendían a impedir su expansión continuada. Conforme disminuyera la tasa de beneficio aparecería el estado estacionario en el que ya no habría acumulación de capital neta. El día en que el crecimiento se detuviera, podría retrasarse en la medida en que pudieran reducirse los costos de trabajo involucrados en el aumento de la oferta de alimentos (con mejoras en maquinarias

24 Para Ricardo la agricultura tenía una primacía analítica aunque rechazó la visión fisiócrata que la consideraba el único sector productivo de la economía.

25 Los altos costos de producción de los alimentos provocarán salarios altos y beneficios bajos; el resultado inverso ocurrirá cuando los costos se reducen.

utilizadas en la producción, descubrimientos científicos en la agricultura que permitiera liberar trabajo antes necesario). Sin embargo, la confianza en las innovaciones tecnológicas era difícil de sostenerse; entonces, Ricardo recomendaba la importación de productos alimenticios desde el exterior, obtenidos a costos más bajos, y con ello atacaba a las leyes de granos (O'Brien, 1989; Screpanti y Zamagni, 1993).

Además de los problemas del valor, la distribución y el comercio exterior, la época de Ricardo planteó otras dos dificultades económicas: el paro tecnológico y las crisis de sobreproducción. La idea del progreso técnico como una amenaza para el empleo adquirió auge en esos años: la década de 1810 registró violentos episodios protagonizados por los destructores de máquinas (los "luditas") y una represión brutal. Ricardo cambió de opinión y, finalmente, consideró que solo son negativos los cambios tecnológicos repentinos, los financiados con el fondo de salarios; si las innovaciones son graduales pueden financiarse con beneficios anteriores, ahorrados y acumulados, de modo que no habrá efectos siniestros. La introducción de máquinas puede beneficiar a todas las clases sociales, incluso a los trabajadores. Es más, el rápido avance tecnológico asegura el crecimiento económico ininterrumpido, en consecuencia, una producción mayor.

Respecto de la otra amenaza, la de las crisis de sobreproducción, Ricardo participa de un debate con Malthus, al discutir sobre la capacidad del sistema económico para lograr estabilidad y empleo: la llamada ley de Say versus la "insuficiencia de la demanda". Más allá de la amistad entre estos dos estudiosos de la economía, sus puntos de vista eran bien diferentes. Malthus defendía la posibilidad de una sobreproducción permanente (y en consecuencia, la importancia del consumo improductivo), porque, a diferencia de Smith, no todo acto de ahorro es socialmente benéfico, pues puede provocar una saturación de mercancías sin vender. Ricardo, entendió que toda superproducción era localizada y transitoria; ninguna persona "encierra su dinero en un cajón, sino que lo gasta". Le escribe a Malthus: "Sólo se producirán las mercancías que satisfacen los deseos y gustos de la gente, porque ninguna otra será demandada"²⁶ (Citado por Rodríguez Braun, 1997, p.56). En adhesión a la ley de Say, sostiene que las mercancías una vez producidas siempre encuentran un mercado y, en consecuencia, consumidores dispuestos a destinar sus ingresos a comprarlas²⁷.

26 La teoría elude el problema esencial del dinero y el ciclo económico que deberá esperar hasta John Stuart Mill.

27 Véase Capítulo 5 para el desarrollo detallado de estas posiciones divergentes.

3.6. La visión ricardiana de la política económica: hacienda pública, tributación y dinero

La visión de la política económica de David Ricardo mantiene la típica posición de la economía clásica inglesa de la época aunque con algunos matices. Se opuso a la intervención gubernamental en las actividades económicas y respaldó un sistema de mercado autorregulado (la “mano invisible” de Smith). A su vez, reconocía algunas funciones para las instituciones y la administración pública, fundamentalmente la facultad de elegir impuestos para financiar servicios públicos. Aunque debían minimizarse para evitar que la carga recayera sobre los beneficios que amenazarán la acumulación del capital, otorgándose preferencias a aquellos que gravaran gastos improductivos y a quienes los producían (rentistas y consumo de lujo, por ejemplo).

Al constituir un asunto muy complejo (critica a Smith porque no le dio la suficiente importancia) le dedica la cuarta parte de su libro. Mencionaremos aquí algunas conclusiones del economista respecto de quiénes deben ser gravados y sus fundamentos. Analiza cada impuesto específico y el modo en que repercutirá si se trata de un impuesto directo o indirecto.

El impuesto sobre la renta recae sobre los terratenientes y no lo pueden repercutir sobre el agricultor (a quien ya se le extrae todo el excedente sobre la tasa corriente de beneficio). Este impuesto directo tampoco afecta al precio de los productos agrícolas que está regulado por la explotación marginal y es la que no paga renta. Los demás impuestos recaen sobre los consumidores o sobre los perceptores de beneficios. En el caso de un impuesto que gravara los salarios, debido al principio del salario en el mínimo de subsistencia, acabaría por ser trasladado a los beneficios. En síntesis, el pago de los impuestos se extrae “siempre, en último término, ya sea del capital o del ingreso del país” (Ricardo, [1817] 1985, pp.114-115). En efecto, su énfasis en materia impositiva radica en la distinción entre impuestos que se alimentan del capital e impuestos que se alimentan de los ingresos corrientes. La preocupación de Ricardo está en si los impuestos pueden afectar la acumulación de capital (incrementado por una producción más elevada o por un consumo improductivo más bajo). La distinción está clara:

Si un incremento del consumo del gobierno, cubierto mediante la recaudación de impuestos adicionales, ocasiona un aumento de la producción o una reducción del consumo por parte de la gente, los impuestos recaerán sobre los ingresos y el capital permanecerá

inmutable; pero si no hay aumento de la producción o reducción del consumo improductivo por parte del pueblo, los impuestos recaerán necesariamente sobre el capital, esto es, disminuirán los fondos destinados al consumo productivo.

En la medida que disminuya el capital de un país se reducirá necesariamente su producción y, por tanto, si la gente y el gobierno continúan haciendo los mismos gastos improductivos, con una reproducción anual en constante disminución, los recursos de unos y otros menguarán con rapidez creciente y vendrá la miseria y la ruina (Ricardo [1817] 1985, pp.89-90)

Los impuestos indirectos sobre los productos, ya sean agrícolas, ya sean industriales, finalmente son repercutidos a los consumidores. Los impuestos, cuya finalidad es sufragar el mantenimiento de los pobres, las guerras y los gastos corrientes del Estado, son “nocivos” (un consumo de naturaleza improductiva), puesto que merman la capacidad industrial del país. Ricardo nunca sintió aprecio por impuesto alguno, a su juicio:

No hay impuesto que no tenga tendencia a disminuir el poder de acumulación. Todos deben recaer sobre el capital o sobre los ingresos. Si recaen sobre el capital reducen proporcionalmente los fondos por los cuales se regula siempre el desarrollo de la industria productiva del país; y si recaen sobre los ingresos, o bien disminuirán el ahorro, o bien obligarán a los contribuyentes a ahorrar el importe de la tributación mediante la correspondiente disminución de su anterior consumo productivo de artículos de primera necesidad y de lujo. Algunos impuestos producirán estos efectos en mayor medida que otros, pero el gran mal de la tributación no está tanto en la selección de sus objetivos como en todos sus efectos tomados de forma colectiva ([1817] 1985, p.92).

Todo ahorro sobre esos impuestos equivale a un aumento de los ingresos del público, en general, y contribuiría al aumento de la formación de capital en particular. No debían desviarse ingresos públicos con otros destinos: para Ricardo la mejor ayuda a los pobres sería la abolición de las “leyes de pobres”, aunque de acuerdo con Malthus, recomendaba que los subsidios quedaran suprimidos gradualmente.

En los debates de política económica su contribución principal fue respecto de la vigencia de las leyes de cereales: su modelo analítico demostraba su inconveniencia no solo porque restringía la libertad de movimientos de los recursos sino porque aumentaba la presión sobre los beneficios, fuente de la expansión económica. Además, argumentó a favor del libre comercio en el ámbito internacional al demostrar las ganancias de la especialización (importaciones de productos alimenticios y

exportaciones de manufacturas). El comercio inglés debía seguir un cauce que impidiera la erosión de los beneficios: si los artículos de primera necesidad (alimentos) se importan del exterior a menores precios de los que tienen los productos obtenidos en el interior, llevan a una baja en los salarios y los beneficios pueden aumentar²⁸. Una especialización en esta dirección reduciría la presión sobre los salarios monetarios quedando los bienes de subsistencia disponibles a costos más bajos:

Por lo tanto, si, por medio del desarrollo del comercio exterior, o de mejoras introducidas en la maquinaria, los alimentos y artículos de primera necesidad del trabajador pueden traerse al mercado a precios reducidos, los beneficios subirán. Si en lugar de cultivar nosotros mismos el trigo, de manufacturar los vestidos y otros artículos de primera necesidad, descubrimos un nuevo mercado que pueda suministrarlos estas mercancías a un precio menor, los salarios bajarán y los beneficios subirán; pero si las mercancías obtenidas a un precio inferior, debido al desarrollo del comercio exterior o a mejoras introducidas en la maquinaria, son solamente consumidas por los ricos, ningún cambio tendrá lugar en el tipo de beneficios (Ricardo [1817] 1985, pp.80-81).

Los beneficios del comercio internacional requerían también un saneado sistema financiero internacional. La oferta monetaria interna debería estar ligada a la reserva de oro del país (posición conocida como “bullionista”²⁹). Para Ricardo existía un riesgo en la emisión monetaria no sujeta a este mecanismo puesto que amenazaría la competitividad del país al subir los precios y haciendo más atractivas las importaciones³⁰. Una reducción en la oferta monetaria tendería a deprimir el nivel de precios y generaba una serie de ajustes en el comercio exterior. Ricardo se aferraba a los movimientos del dinero y de los precios por el saldo de la balanza comercial: sostiene que el saldo desfavorable responde a la excesiva cantidad de dinero porque al elevarse los precios se exportaría

28 Se trata de un “efecto indirecto” del comercio exterior sobre los beneficios. Así, el enunciado principio de las ventajas comparativas tiene un impacto sobre la distribución de los ingresos.

29 En la época existía un debate entre “bullionistas” que atribuían la inflación de los tiempos de la guerra como resultado de la expansión monetaria que podría haberse evitado si el Banco de Inglaterra hubiera permanecido bajo la disciplina del patrón oro, y “antibullionistas” que la atribuían a otras causas (una mala cosecha de trigo que obligaba a importar el cereal). Ricardo se situó de parte de los primeros.

30 Los primeros trabajos de Ricardo fueron sobre asuntos monetarios, como el folleto *El alto precio del oro* (1810) en el cual sostuvo que la inflación era resultado de una emisión excesiva de billetes. A raíz de los debates monetarios, trabó amistad con James Mill, el historiador de la India, padre de John Stuart Mill, y con el influyente Thomas R. Malthus.

menos³¹. En tal situación, recomendaba saldar el déficit de la balanza comercial directamente con el pago de mercancías. Si se pagara con oro, al final se acabaría con una entrega de mercancías en un proceso más largo y sobre todo más caro. Por ejemplo, si se exportaba el oro en pago por el déficit de la balanza comercial, ese oro incrementaría los precios en el extranjero y los reduciría en el propio país. De ese modo, se invierte el saldo de la balanza comercial al importar más y exportar menos los extranjeros; el oro vuelve al país de origen a cambio de las mercancías. Por lo tanto, pagando directamente con mercancías se ahorra el gasto del transporte de ida y vuelta del oro (Spiegel, 2001). En conclusión, para Ricardo no era necesario equilibrar los movimientos de oro, y el pago en metal solo debía emplearse como último recurso.

4. Recapitulación

Una de las principales figuras de la economía clásica, sucesor de Adam Smith, David Ricardo, se adelantó a su tiempo al emplear la forma de razonar de los economistas del siglo XX, como el recurso de modelos, representaciones simplificadas de la realidad; sin dudas, ese análisis abstracto y generalizador, constituye su principal contribución. Este pensador clásico fue primero un exitoso corredor de Bolsa que luego se convirtió en economista. Su obra principal pronto sustituyó a *La Riqueza de las Naciones* de Smith como texto fundamental de los temas económicos.

El postulado nodal de Ricardo fue la defensa de la libertad, lo que lo llevó a un sistema económico capitalista, caracterizado por la no intervención del Estado en la economía, el comercio internacional libre de aduanas y la determinación de precios por relación entre oferta y demanda.

Ricardo siempre estuvo interesado por la distribución del excedente más que por su crecimiento, siendo los beneficiarios los terratenientes; básicamente, le preocupaba la imposibilidad de la acumulación de capital y la tendencia a la caída de los beneficios, las que podrían contrarrestarse con la apertura del comercio exterior. La especialización productiva favorecía el intercambio internacional entre los países para lo cual debería funcionar libre de aduanas. El monopolio de la tierra por parte

31 Ricardo acordaba con una estricta teoría cuantitativa y apoyó la propuesta del “plan del lingote” (similar al *gold bullion standard* del siglo XX). Discrepa con el banquero y parlamentario Henry Thornton (1760-1815) para quien el exceso de dinero era el efecto de la balanza comercial desfavorable, mientras que para Ricardo “no importaríamos más mercancías de las que exportamos, si no tuviéramos un exceso de dinero que puede también formar parte de nuestras exportaciones” (Citado por Rodríguez Braun, 1997, p.57).

de los terratenientes, su escasez, la demanda de alimentos, permitió que lograran en el Parlamento cierta protección y evitaran así la importación de granos que se insinuaba ocurriría luego de concluidas las guerras napoleónicas.

Fue un fuerte opositor a las leyes de granos que prohibía las importaciones de granos por debajo de cierto precio. Entendía que el proteccionismo era perjudicial para la economía en general aunque conveniente para algunos sectores como el agrícola pero daría por resultado cereales más caros, un beneficio a la baja, adelantando la llegada al estado estacionario.

La renta de la tierra se originaba en el momento en que la demanda social de productos agrarios hacía necesaria la producción en tierras de segunda calidad. A partir de allí, la diferencia entre el producto que se obtenía en estas tierras y el que se obtenía en las mejores, sería abonado en concepto de renta a los dueños de las últimas. La agricultura regida por la ley de rendimientos decrecientes obligaba a explotar las tierras de baja calidad ante un incremento en la demanda de subsistencias que exigía aumentar la producción agrícola. Esta teoría significó un duro golpe a la relevancia que la Fisiocracia había otorgado a la agricultura.

En el análisis del salario, manteniéndolos en el mínimo de subsistencia, Ricardo entendía que una ley económica hacía inevitable la pobreza, legitimando así el sistema capitalista. Los salarios debían estar definidos por la libre competencia en el mercado sin interferencia ni posibilidad correctiva por parte del Estado.

El principal logro de David Ricardo, entendemos, fue haber esbozado un modelo teórico que contempló la posibilidad de que el efecto del progreso fuera un mundo atravesado por la lucha entre sectores sociales, con intereses económicos antagónicos. Los resultados de su teoría de la distribución reflejaban una sociedad en pugna; por un lado, entre terratenientes y los nuevos industriales, en la que estos, motor del progreso, estaban destinados a perder; por otro lado, los trabajadores estaban condenados a la miseria absoluta.

El pensamiento ricardiano es referencia ineludible en la historia de la economía. Sus ideas influyeron de manera decisiva en la forma de hacer y pensar la disciplina, sirviendo de marcos interpretativos, tanto a los defensores del libre cambio con su teoría de las ventajas comparativas, como al propio Marx que retomó su teoría del valor-trabajo e incluso a los defensores de las reformas agrarias con sus posturas respecto a la renta de la tierra y la ambición de los terratenientes.

5. Bibliografía y Fuentes

5.1. Bibliografía citada

- Barber, W. (1985). *Historia del pensamiento económico*. Madrid: Alianza.
- Beltrán, L. (1993) *Historia de las doctrinas económicas*. Barcelona: Teide
- Blaug, M. (1985). *Teoría económica en retrospectión*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Brue, S.L. y Grant, R.R. (2008). *Historia del pensamiento económico*. México: Cengage Learning.
- Diéguez, H.L. (1974). Las leyes inglesas de granos. *Desarrollo Económico* 13 (52), 709-740.
- Ekelund, R. y Hébert, R. (1999). *Historia de la teoría económica y de su método*. Madrid: McGraw Hill.
- Galbraith, J.K. (1998). *Historia de la economía*. Barcelona: Ariel.
- Heilbroner, R.L. (1982). *Vida y doctrina de los grandes economistas*. Barcelona: Orbis.
- Hobsbawm, E. (1989). *Industria e Imperio. Una historia económica de Gran Bretaña desde 1750*. Barcelona: Ariel.
- Hobsbawm, E. (2009). *La Era de la Revolución: 1789-1848*. Buenos Aires: Crítica.
- James, E. (1974). *Historia del pensamiento económico*. Madrid: Aguilar.
- Letizia, F. (1989). *Fundamentación filosófica de las doctrinas económicas*. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo.
- O'Brien, D. P. (1989). *Los economistas clásicos*. Madrid: Alianza.
- Perdices de Blas, L. (2003). *Historia del pensamiento económico*. Madrid: Síntesis.
- Rodríguez Braun, C. (1997). *Grandes economistas*. Madrid: Pirámide.
- Roll, E. (2000). *Historia de las doctrinas económicas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Roncaglia, A. (2006). *La riqueza de las ideas. Una historia del pensamiento económico*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Roncaglia, A. y Sánchez Hormigo, A. (2011). *Economistas clásicos*. Madrid: Síntesis.
- Schumpeter, J.A. (1994). *Historia del análisis económico*. Barcelona: Ariel.
- Screpanti, E. y Zamagni, S. (1993). *Panorama de Historia del Pensamiento Económico*. Barcelona: Ariel.
- Spiegel, H.W. (2001). *El desarrollo del pensamiento económico. Historia del pensamiento económico desde los tiempos bíblicos hasta nuestros días*. Barcelona: Omega.

5.2. Fuentes sugeridas

- Ricardo, David ([1817, 1821] 1985). *Principios de economía política y tributación*. Barcelona: Ediciones Orbis.

CAPÍTULO 

La crítica a la economía política y la teoría marxista

Juan Cruz López Rasch

Introducción

En este capítulo abordamos el pensamiento de Karl Marx. No solo nos detenemos en él por las críticas que realiza al paradigma clásico, sino también por la riqueza de su obra. La vastedad de la misma nos obliga a tomar un eje en particular y desarrollarlo¹. En nuestro caso, procuramos otorgarle mayor atención a los conceptos que consideramos más relevantes para dilucidar el funcionamiento económico del sistema capitalista. Obviamente, para dar cuenta de esos planteos necesitamos conocer los fundamentos filosóficos que están detrás de ellos. Resulta absolutamente difícil, y perjudicial, escindir a los pensadores en esferas autónomas, como si el Marx interesado por el arte, la literatura o la política no fuera la misma persona que también indagara en su momento sobre la actividad mercantil e industrial.

1. El contexto histórico: la expansión de la industrialización

A comienzos del siglo XIX, lo que hoy en día conocemos como Alemania constituye un territorio disgregado y fragmentado en diferentes Estados que mantienen relaciones políticas entre sí y cuentan con pautas culturales en común. Karl Marx nace en ese contexto, en 1818, en la ciudad de Tréveris. En un primer momento estudia derecho, pero luego opta por la filosofía. Dentro de esa disciplina, se encuentra particularmente interesado por uno de los más importantes intelectuales de todos los tiempos, Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770-1831), de quien efectúa un análisis crítico y gesta un modo de abordar la realidad,

1 Explicitamos a continuación algunas pautas de citados. Solo en los casos en los cuales se hace referencia a una obra en particular del autor se indica el año de la edición que empleamos. Todos estos criterios también los utilizamos para los escritos de Georg Wilhelm Friedrich Hegel, Adam Smith, Jean Baptiste Say, David Ricardo y John Maynard Keynes. En este sentido, es importante señalar que recurrimos a las que nosotros consideramos como las mejores traducciones al español de Marx, buena parte de las cuales están editadas por Siglo XXI.

el materialismo histórico y dialéctico, que contrasta con el idealismo alemán². Con ese andamiaje intelectual, se convierte en un lúcido intérprete de los cambios históricos que, ya desde comienzos de la decimonovena centuria, se llevan adelante en las regiones germanas, especialmente aquellos encabezados por Prusia. Es precisamente el Estado prusiano el que lidera la formación de una unión aduanera (*Zollverein*, 1833) que, acompañada por el tendido de vías ferroviarias, estimula diferentes ramas de la economía, como la siderurgia y la minería. A largo plazo, el modelo de desarrollo queda sostenido sobre industrias pesadas, apuntaladas por un sistema bancario poderoso y un importante nivel de concentración empresarial. Las consecuencias sociales del cambio se hacen sentir con fuerza, tanto en el ámbito urbano como en el rural. El joven Marx toma nota de esas transformaciones y expresa su punto de vista en la *Gaceta Renana*³; de hecho, a raíz de sus opiniones, debe exiliarse. En París, Marx conoce a su principal colaborador, y también mecenas, Friedrich Engels⁴. Juntos escriben el *Manifiesto Comunista* (1848), en el que declaran sus principales ideas. Desde 1849, hasta el día de su muerte, Marx vive en Londres. Allí confecciona su *magnum opus*, *El Capital. Crítica de la economía política*, cuyo primer tomo es publicado en 1867, mientras que los otros dos volúmenes restantes aparecen en 1885 y 1894, respectivamente. Ambos constituyen ediciones póstumas, puesto que Marx fallece en 1883, a la edad de 65 años⁵.

El principal interés de Marx es la situación de la clase obrera y las formas de trabajo que caracterizan a una sociedad que, en ese momento, atraviesa las últimas etapas de la primera Revolución Industrial. La situación de la época, sin duda, llama mucho la atención de los

2 Algo de esto ya puede percibirse en su tesis doctoral, presentada en 1841 y titulada *Diferencia entre la filosofía de la naturaleza de Demócrito y la de Epicuro*. En ese texto, compara los abordajes epistemológicos de dos pensadores de la antigüedad, uno de los cuales prioriza el respaldo empírico, mientras que el otro le confiere mayor relevancia a la contemplación filosófica.

3 Su actividad en ese medio de comunicación es bastante interesante. En esos años quedan de manifiesto algunas de las preocupaciones que persisten durante el resto de su vida. Vilar (1980, p.215-216) recupera uno de los artículos de divulgación de Marx, en el que estudia una legislación para impedir que los campesinos recojan ramas secas que se caen de los árboles dentro de las propiedades privadas.

4 Si consideramos lo indicado en la nota al pie número 2, una de las primeras obras de Marx y Engels ([1845-1846] 1974), *La ideología alemana*, expone con mayor claridad las críticas al hegelianismo y el esbozo de la interpretación materialista de la historia.

5 Su legado permanece en innumerables intelectuales y activistas. Así lo expresa Hobsbawm (2012) cuando afirma que “Al cabo de veinticinco años de su muerte [la de Marx] los partidos políticos de la clase obrera europea fundados en su nombre, o que reconocían estar inspirados en él, tenían entre el 15 y el 47% del voto en los países con elecciones democráticas; Gran Bretaña era la única excepción. Después de 1918, muchos de ellos fueron partidos de gobierno, no sólo de la oposición,...” (...) “Setenta años después de la muerte de Marx, una tercera parte de la raza humana vivía bajo regímenes gobernados por partidos comunistas que presumían de representar sus ideas y de hacer realidad sus aspiraciones” (p.14).

contemporáneos. Aunque existen diferentes ritmos de desarrollo en cada una de las regiones del viejo continente, las transformaciones más sustanciales ocurren en suelo británico. Consideremos que entre comienzos y mediados del siglo XIX la población en Inglaterra se duplica, pasando de ocho a dieciséis millones aproximadamente. Las ciudades, abarrotadas, ya no pueden satisfacer las demandas de las personas, ni garantizar la salubridad e higiene pública (Chávez Palacios, 2004). Durante el siglo XX, los historiadores debaten arduamente si los trabajadores mejoran o empeoran su situación económica con la industrialización. Probablemente, la respuesta más adecuada sea la de Thompson (1989). Para él, aunque el acceso de los obreros a determinadas mercancías, o la evolución de los salarios reales, sean variables relevantes, lo que deberíamos tener en claro es que el principal cambio ocurre en las formas de explotación. Con el sistema capitalista, se inaugura una era caracterizada por la dominación impersonal, la extracción económica del excedente y la alienación, cuestiones que Marx analiza profundamente. Tampoco cabe duda que durante el período decimonónico la burguesía logra consolidarse en todos los ámbitos, incluso en el político y cultural⁶.

Para Marx, como para muchos otros pensadores, la sociedad inglesa de esa época da cuenta de las principales contradicciones del capitalismo. Gran Bretaña es, además, el lugar de origen de los más importantes representantes de la escuela económica clásica, a los cuales Marx interpela. En este sentido, es prudente hacer una aclaración, para nada menor. Marx no es el primer ni el único autor que desarrolla fuertes críticas hacia el capitalismo. Entre fines del siglo XVIII y la primera mitad del XIX los socialistas utópicos alcanzan un importante reconocimiento. Los conservadores, partidarios del Antiguo Régimen que pretenden regresar el tiempo hasta el período anterior a las revoluciones burguesas, coinciden en algunos puntos con ellos. Unos y otros ven en el proceso de industrialización una degradación de la condición humana. Sus opiniones y reclamos son, especialmente, de tinte moral. Los socialistas utópicos, además, pregonan por la formación de comunidades igualitarias y pacíficas, proyectos que en algunos casos parecen vehiculizarse gracias al carácter filantrópico de determinados activistas. Las denuncias que lanzan contra el orden establecido son expresadas de forma anárquica, con una base argumentativa bastante endeble. Marx se diferencia de todos ellos inaugurando el socialismo científico, proyectando tendencias históricas que, en la medida de lo posible, buscan su soporte en evidencias empíricas.

⁶ Para mayor detalle, consúltense los artículos que componen el libro editado por Fradera y Millán (2000).

2. Los fundamentos filosóficos

Como ya lo comentamos, Marx es un atento lector de Hegel. El razonamiento hegeliano puede sintetizarse, de manera algo burda, del siguiente modo: las ideas son las que determinan el curso de la realidad. Ahora bien, Hegel ([1807] 1973) también pone en juego un método analítico, la dialéctica. Aplica ese procedimiento interpretativo por medio de una metáfora. Explica que, en un determinado momento, existen dos autoconciencias primitivas, la del amo y la del esclavo. La lucha entre los dos concluye con la dominación de uno sobre el otro. Este último, queda reducido a un objeto, un instrumento en manos de quien impone su voluntad. Sin embargo, el amo, que se sirve del esclavo, pasa a depender totalmente de las actividades que concreta su sirviente. El amo se transforma entonces en un parásito, vive de su esclavo y, en última instancia, requiere continuamente de él. El dominado, que en un primer momento abandona sus deseos y se le imponen los del amo, ahora anhela su libertad. El dominador, como cuenta con todo lo que necesita, ya no tiene la capacidad de desear, perdiendo un rasgo distintivo que lo define como humano. Su dominado es quien realiza acciones, trabaja, y tiene una meta fijada. A partir de ese ejemplo, Hegel considera que a lo largo de la historia dos opuestos chocan entre sí, una afirmación y una negación, y llegan a una síntesis. La dialéctica, precisamente, nos permite captar ese movimiento, dilucidando cómo se resuelven las contradicciones en el plano de la totalidad.

Marx y Engels ([1845-1846] 1974) analizan la alegoría hegeliana, pero la interpretan de otra manera. Mientras Hegel está preocupado por la formación de una conciencia, de una idea, que motiva la acción, Marx y Engels ven en el trabajo y la práctica el elemento primordial y fundante. Destacan un aspecto en particular en la dialéctica del amo y el esclavo: el sirviente es quien hace posible su supervivencia y la de su dominador; es el único que verdaderamente se encarga del proceso productivo y, por lo tanto, es el responsable de la existencia de la sociedad. Amos y esclavos dan cuenta entonces de relaciones sociales de producción, es decir, de un vínculo antagónico que, generado por motivaciones económicas, depara un enfrentamiento entre las clases sociales.

Así, confrontando intelectualmente con Hegel, Marx y Engels proponen un nuevo paradigma, el materialismo histórico y dialéctico. Para ellos, las ideas y la conciencia son un resultado de la relación directa establecida entre el sujeto y lo real. Desde su punto de vista, los seres humanos, en un primer momento, están bajo las condiciones que impone la naturaleza pero, con el paso del tiempo, el ambiente que los rodea queda

bajo su poder (Dobb, 1973)⁷. Las personas, además, generan alimentos, materias primas y bienes manufacturados aplicando su esfuerzo sobre los medios de producción. En el período antiguo y medieval, la tierra es uno de los principales; después de la Revolución Industrial, ese lugar protagónico lo ocupan las fábricas.

En el Prólogo de la *Contribución a la crítica de la economía política*, Marx expone, de forma sintética y condensada, las principales categorías del socialismo científico que permiten dar cuenta de lo antedicho. Debemos aclarar que la interpretación del pasaje que se reproduce a continuación no es aceptada por todos. Entre los innumerables abordajes de estas y otras citas muy representativas de la obra de Marx, siempre es destacable el de Althusser y Balibar (1969). Sus expresiones despiertan un acalorado debate por dentro y por fuera del marxismo. Sin desconocer esto, a lo largo de este capítulo, recuperaremos los términos más emblemáticos y procuraremos explicarlos de la forma más sencilla posible:

En la producción social de su existencia, los hombres establecen determinadas relaciones, necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a un determinado estadio evolutivo de las fuerzas productivas materiales. La totalidad de esas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base sobre la cual se alza un edificio jurídico y político, y a la cual corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material determina el proceso social, político e intelectual de la vida en general. No es la conciencia de los hombres lo que determina su ser, sino, por el contrario, es su existencia social lo que determina su conciencia. En un estadio determinado de su desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes o –lo cual sólo constituye una expresión jurídica de lo mismo– con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se habían estado moviendo hasta ese momento. Esas relaciones se transforman de formas de desarrollo de las fuerzas productivas en ataduras de las mismas. Se inicia entonces una época de revolución social. Con la modificación del fundamento económico, todo este edificio descomunal se trastoca con mayor o menor rapidez (Marx, [1859] 2008, pp.4-5).

Marx introduce el concepto de modo de producción, es decir, una forma de apropiarse de los recursos de la naturaleza para garantizar la supervivencia de la especie que, a su vez, implica una extracción desigual

⁷ Por eso, no resulta extraño que el pensador húngaro Lukács (1967) describa al marxismo como una ontología del trabajo social.

del producto de ese trabajo por una clase social en particular⁸. De esta manera, considera que, en un determinado momento, surgen desigualdades sociales y aparece un fenómeno que, durante buena parte de la historia, no tuvo lugar, la explotación entre los hombres. El modo de producción figura entonces como una articulación definida entre las relaciones de producción y las fuerzas productivas⁹. Las primeras refieren a la organización y distribución, generalmente inequitativa, de tareas para llevar adelante el proceso de trabajo. Con las segundas se procura dar cuenta de los recursos, en tanto y en cuanto sean aprovechados, los equipos e instrumentos técnicos, los avances científicos, quienes efectivamente ponen en uso esas habilidades y herramientas, y la división de labores que opera en la creación de bienes (Wright Mills, 1964).

Ahora bien, relaciones de producción y fuerzas productivas componen la estructura, es decir, la base económica de la sociedad. Sobre ella se alza un edificio jurídico, político, cultural e ideológico que Marx denomina superestructura. Aunque las dos instancias constituyen una totalidad dialéctica, la primera de ellas, en última instancia, tiende a determinar a la segunda. Expresado en otros términos, el Estado, las leyes que este promulga, y la mayor parte de las producciones artísticas e intelectuales responden, en buena medida, a los intereses de la clase que controla y ejerce el poder económico en una etapa histórica en particular¹⁰.

En la sociedad antigua, las relaciones de producción están dadas por el vínculo entre el amo y el esclavo; en el feudalismo, entre el señor y el campesino; y en el capitalismo, entre la burguesía y el proletariado¹¹. En cada uno de estos modos de producción, si las fuerzas productivas y las

8 Como veremos con mayor grado de detalle, este término implica explotación, dominación y desigualdad. No obstante, también es utilizado, tanto por Marx como por sus principales intérpretes, para caracterizar fases tempranas de la humanidad, por ejemplo, la época primitiva, o posteriores, como la eventual sociedad comunista, en las cuales no existirían las clases sociales.

9 El término modo de producción sería más general, mientras que el de formación económica social serviría para interpretar casos particulares, delimitados histórica y espacialmente, permitiéndonos hacer referencia a la conjunción de distintos modos de producción en un momento y lugar en particular, en el cual impera uno de los sistemas productivos por encima del resto (Dhoquois, 1973, pp.185-194).

10 “El gobierno del Estado moderno no es más que una junta que administra los negocios comunes de toda la burguesía” (Marx y Engels, [1851-1852] 2015c, p.119). Nótese que con esa frase los autores procuran expresar la relación entre la base económica y el sistema político de dominación, al mismo tiempo que dan cuenta de los intereses contrapuestos entre los diferentes sectores que controlan el Estado y componen la clase explotadora.

11 Marx utiliza la palabra burguesía para referirse a la clase dominante de la sociedad capitalista. Originalmente, el burgués es un habitante de los burgos europeos, es decir de las ciudades. El concepto proviene de la Edad Media. Aunque el término, en un primer momento, da cuenta de cualquier vecino, con el paso del tiempo, designa al estrato superior de las urbes, formado especialmente por comerciantes y dueños de talleres artesanales. Para el siglo XIX, sería complicado establecer una relación directa entre esos incipientes burgueses del siglo XI o XII y los del período decimonónico. Consideremos que, en la época que escribe Marx, el burgués es el propietario de los principales medios de producción.

relaciones de producción mantienen cierta correspondencia, o existe un vínculo armonioso entre ellas, se da lugar a un círculo virtuoso que favorece el desarrollo del sistema. En el capitalismo, por ejemplo, las fuerzas productivas avanzan continuamente, permitiendo la elaboración masiva de mercancías y el progresivo incremento de la productividad, todo lo cual beneficia a la clase dominante. Ahora bien, esto puede entrar en contradicción con las relaciones sociales de producción existentes. De hecho, Marx y Engels ([1848] 2015b) explican de esa forma la instalación del capitalismo. Argumentan que, entre los siglos XV y XVIII podemos observar cambios de distinto tipo en Europa occidental como la extensión de los mercados, el crecimiento del trabajo asalariado, los adelantos tecnológicos, el cercamiento de tierras, y la diferenciación social entre los aldeanos, por citar algunos casos. Todas esas transformaciones, que contradicen la naturaleza de la explotación feudal, dominante por aquel entonces¹², brindan la posibilidad para el cambio social. Hay un fragmento de Marx que le vale el rótulo de determinista, además que sirve para que muchos intérpretes consideren que, según el fundador del socialismo científico, los adelantos tecnológicos imponen el rumbo de la humanidad:

Las relaciones sociales están íntimamente vinculadas a las fuerzas productivas. Al adquirir nuevas fuerzas productivas, los hombres cambian de modo de producción, y al cambiar el modo de producción, la manera de ganarse la vida, cambian todas sus relaciones sociales. El molino movido a brazo nos da la sociedad del señor feudal; el molino de vapor, la sociedad del capitalista industrial ([1847] 1987, p.68).

A raíz de esto, podría pensarse que Marx considera al desarrollo económico como el auténtico motor de la historia. No obstante, él mismo establece afirmaciones que ponen en duda esa lectura simplista de sus planteos. En el *Manifiesto Comunista*, Marx y Engels colocan el acento, primordialmente, en la lucha de clases. Afirman que el conflicto entre grupos antagónicos, con intereses contrapuestos, es lo que promueve la mutación a través del tiempo. Por eso, es que proclaman que el proletariado deberá alzarse contra la burguesía y dar paso a una sociedad más

12 “El descubrimiento de América y la circunnavegación de África ofrecieron a la burguesía en ascenso un nuevo campo de actividad. Los mercados de la India y de China, la colonización de América, el intercambio de las colonias, la multiplicación de los medios de cambio y de las mercancías en general imprimieron al comercio, a la navegación y a la industria un impulso hasta entonces desconocido y aceleraron, con ello, el desarrollo del elemento revolucionario de la sociedad feudal en descomposición. La antigua organización feudal o gremial de la industria ya no podía satisfacer la demanda, que crecía con la apertura de nuevos mercados” (Marx y Engels, [1848] 2015b, p.85).

justa. Es más, Marx y Engels ([1848] 2015b) explican que la Revolución Francesa supuso el afianzamiento en el poder político de la burguesía, derrocando a la nobleza y cerrando, en el plano superestructural, los cambios que se estaban gestando desde mucho tiempo atrás en la esfera de las fuerzas productivas¹³.

De lo que no quedan dudas es que, en el pensamiento marxista, las formas de producción, mediadas por relaciones de explotación, implican la existencia de intereses contrapuestos. De hecho, una de las más flagrantes contradicciones de las sociedades de clase es que quienes efectivamente trabajan, generando la riqueza y garantizando la subsistencia de todos, son los que en peor situación se encuentran. La oposición se resuelve por medio del enfrentamiento político o, incluso, por pujas en el plano económico-productivo¹⁴.

3. Marx y el sistema económico

3.1. Marx y el origen del modo de producción capitalista

Marx formula una serie de leyes históricas que explican el pasado y presente de la humanidad, pero también se aventura a hipotetizar sobre su futuro. Para los historiadores, uno de los legados más importantes de Marx es su interpretación sobre la génesis del capitalismo. Para él, este sistema social comienza a vislumbrarse desde el siglo XV o XVI, y se afianza a lo largo de los siglos XVIII y XIX. En un conocido capítulo que forma parte del Tomo I de *El Capital*, el número XXIV, Marx interpela a los economistas clásicos, particularmente a Smith. Refiere irónicamente al secreto de la acumulación originaria, burlándose de quienes ven en el surgimiento de ese sistema social el espíritu frugal y laborioso de los capitalistas, cualidades que contrastarían con la gran masa de ociosos y perezosos que terminarían destinados a convertirse en simples obreros ([1867] 1975).

Marx aclara que, en verdad, la abstinencia de los burgueses solo puede conducir a la formación del capitalismo si las relaciones sociales de producción características de este sistema productivo ya están formadas. Desde su punto de vista, el capitalismo se gesta a partir del momento en

13 En otro de sus ensayos, Marx ([1851-1852] 2015c, p.114) aplica la dialéctica entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción para comprender la historia decimonónica de Francia. Lo más coherente parecería ser entender estas aparentes discrepancias entre los manuscritos a partir del contexto de elaboración intelectual de cada obra, como así también por los objetivos que se perseguían con cada una de ellas

14 Analiza los dos planos de esta lucha de clases, y procura identificarlos en las sociedades antiguas, el historiador británico de Ste. Croix (1988).

el cual los campesinos ingleses, los productores agrarios que están bajo el poder feudal, son despojados de sus tierras. Hasta ese entonces, aunque no son los propietarios de sus parcelas, en el sentido que nosotros lo interpretamos, disponen de ellas y las utilizan, además que también pueden recurrir a espacios comunales para recolectar madera, hacer pastar a sus animales, etcétera. Una vez que son privados de sus tenencias, y de los espacios de aprovechamiento colectivo, muchos no encuentran otra salida más que trabajar al servicio de los burgueses a cambio de un salario. En cuanto pierden el acceso a los medios de producción se transforman en portadores de una sola mercancía, su fuerza de trabajo, su capacidad para producir¹⁵. Así, los trabajadores se convierten en proletarios, porque lo único que tienen es su prole, sus hijos, y su capacidad para ejecutar algún tipo de actividad laboral. Paradójicamente, dice Marx, la fuerza de trabajo es la única mercancía que puede crear otras mercancías.

Marx esboza una interpretación que, en términos generales, es reproducida por historiadores que procuran explicar el desarrollo industrial y el alumbramiento capitalista. Plantea que los *enclosures* y las acciones de vallado dan lugar al agrupamiento y la concentración de tierras. Esa privatización del espacio agrario permite la aplicación de novedosas técnicas productivas y modelos de gestión. Las explotaciones en el campo adquieren a partir de ese momento una nueva lógica empresarial-capitalista¹⁶. El proletariado, desposeído, migra a las ciudades en busca de trabajo, constituyendo en el futuro inmediato la masa laboral fabril. Las mejoras en la productividad agrícola, además, permiten un aumento de los excedentes y un crecimiento en el volumen de alimentos disponibles, sentando las bases para una considerable expansión demográfica¹⁷. También los beneficios económicos de los terratenientes colaboran en el financiamiento de las nacientes industrias.

A partir de lo expuesto, la particularidad de la clase dominante, la burguesía, sería que, a diferencia de los proletarios, dispone de los medios de producción, particularmente, las fábricas. Allí, se producen las mercancías para ser vendidas. Ahora bien, solo logran confeccionarlas gracias al trabajo de los obreros quienes, como ya indicamos, no ocupan

15 Desde el punto de vista teórico, podemos encontrarnos con interpretaciones en las que se asegura que Marx, cuando escribe el Capítulo XXIV, está abstrayéndose de fenómenos y procesos netamente económicos, entre otras cosas, para clarificar el origen del sistema de producción. Sobre esto véase Perelman (2011). Complejizando aún más este punto de vista, un economista italiano, de Angelis (2011), considera que el proceso de acumulación originaria no ocurre, exclusivamente, en un momento determinado, sino que posee un carácter continuo y permanente.

16 El historiador Allen (2004) discute esta visión, considerada esquemática.

17 Brenner (1985) recurre a este tipo de argumentos para dar cuenta del camino singular de Inglaterra.

ese rol porque lo quieran, o porque sean menos capaces que los dueños de las industrias, sino porque no les queda otra alternativa. En este punto es necesario hacer una aclaración. Cuando uno lee la palabra “capital” en el diccionario o en algún manual de teoría económica, se encuentra con un significado diferente al pensado por Marx¹⁸. Para él, la palabra designa, en realidad, una relación social, un vínculo de explotación:

Como es sabido, los medios de producción y de subsistencia, en cuanto propiedad del productor directo, no son capital. Sólo se convierten en capital cuando están sometidos a condiciones bajo las cuales sirven, a la vez, como medios de explotación y sojuzgamiento del obrero (Marx, [1867] 1975, pp.956-957).

Más allá de sus diferencias, el propio Smith también reconoce las especificidades de cada época. Señala que, en contraste con las comunidades primitivas, las organizaciones sociales modernas se caracterizan por la propiedad privada de la tierra y del capital. A raíz de esa situación, las personas se ven obligadas a contratarse y trabajar al servicio de otros a cambio de un salario para costearse su subsistencia ([1776] 1958). Desde el punto de vista marxista, el amo esclavista y el señor feudal extraen el excedente a través de la coacción y/o mediante el convencimiento ideológico (el “encantamiento” de las relaciones de producción). En el capitalismo, por el contrario, no existe una compulsión de este tipo, sino una presión económica. El proletario, si así lo desea, puede renunciar a su empleo y dedicarse al ocio, quedar fuera de las relaciones de explotación y no satisfacer al propietario de las empresas; el problema, es que si no recibe un ingreso, puede verse impedido de adquirir la gran mayoría de los bienes y servicios que son imprescindibles para su subsistencia.

3.2. La herencia ricardiana y la teoría del valor

Marx es un atento lector de la economía política clásica, particularmente, de Smith y, especialmente, de Ricardo¹⁹. Recupera de ellos la teoría del valor, aunque también le introduce modificaciones sustanciales. No es un detalle que entre los tres autores exista una coincidencia. Todos

18 Nordhaus y Samuelson (2005), en un libro de amplia incidencia en la formación de economistas (*Economía*), por ejemplo, lo definen como “uno de los tres insumos productivos”, como “bienes duraderos producidos que a su vez se utilizan como insumos para la producción”, o, desde el punto de vista financiero, como “la cantidad total de dinero que invierten los accionistas-propietarios de una corporación a cambio del cual reciben acciones de la compañía.” (p.704)

19 Dobb (1973) retoma la interpretación de Joseph Schumpeter (1971) y establece que Marx reutiliza, de forma crítica, el aparato analítico y los conceptos ricardianos.

comparten la tesis que el origen del valor de cambio de las mercancías está en el trabajo socialmente necesario para producirlas, y que este no constituye una apreciación subjetiva de los consumidores²⁰. Ahora bien, si el trabajo es la fuente del valor, el obrero es el creador de la riqueza²¹. Si esto es efectivamente así, ¿por qué el burgués se queda con la mayor parte de los frutos del esfuerzo laboral? Marx responde que esto obedece a la naturaleza desigual de una actividad que, en términos reales, está intrínsecamente vinculada a la explotación y la sustracción del excedente.

El proletario trabaja, genera valor, pero produce un volumen de riqueza superior al que necesita para cubrir su costo como mano de obra empleada por el capitalista. Marx indica que el valor de la fuerza de trabajo, como el de cualquier otra mercancía, está determinado por los gastos que implican su producción y reproducción. En el caso de los obreros, esto significa pagar un salario mínimo que les permita subsistir, satisfaciendo las necesidades básicas (alimentación y vestimenta)²², para que continúen en actividad y, eventualmente, tengan hijos que efectúen, con posterioridad, labores similares a los de sus progenitores.

El trabajo no pago, ese valor excedentario que no es reconocido por el burgués, es el plusvalor, es decir, la forma que adquiere el excedente absorbido por la clase dominante en el sistema capitalista. Aquí opera la silenciosa compulsión del mercado. Como ya lo indicamos, el obrero tiene completa libertad jurídica para no ser explotado, puede renunciar o no buscar empleo, pero también corre el riesgo de morir de hambre. El capitalista, por su parte, cuenta con la posibilidad de prescindir fácilmente de los trabajadores que tiene bajo su servicio, porque un ejército industrial de reserva lo está esperando. En este sentido, la pauperización general de los proletarios contribuye al desarrollo y la existencia del sistema capitalista de producción. Además, un importante número de personas necesitadas de salario, empujan las remuneraciones a la baja. Dicho de otro modo, una considerable oferta de mano de obra reduce o mantiene en un nivel inferior el precio de la misma, colocando al propietario de las fábricas en una posición por demás ventajosa.

20 Los neoclásicos se opondrían tajantemente a estos postulados afirmando que el valor está dado por las necesidades y la satisfacción que éstas otorgan. Véase Capítulo 9.

21 Un razonamiento similar es esgrimido, aunque con diferencias, por parte de la Fisiocracia. Para la escuela francesa, los campesinos son los únicos creadores del producto neto (Galbraith, 1998). Véase Capítulo 2.

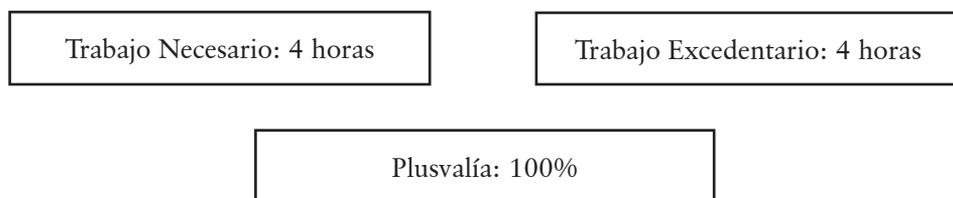
22 En el siglo XIX, época en la que escribe Marx, la penosa situación de buena parte de la clase obrera parece dar cuenta que el valor de esa fuerza de trabajo es bastante bajo: comidas frugales, viviendas en condiciones deplorables, hacinamiento, incapacidad de acceder a servicios básicos, etcétera. Véase al respecto Engels ([1845] 1946). Aunque su análisis es objeto de críticas y debates, es central para la formulación del razonamiento marxista.

3.3. Teoría de la plusvalía y de la explotación

Veamos las características de la explotación capitalista. Marx comienza *El Capital* refiriéndose a la producción simple de mercancías. El esquema que lo representa es Mercancía-Dinero-Mercancía (M-D-M). Esto significa que quien dispone de una mercancía, puede venderla y comprar otra que le permita satisfacer una necesidad determinada. Aquí podemos notar que no existe un afán por reinvertir lo ganado, puesto que el objetivo no es incrementar la producción, o la productividad, para vender más, sino simplemente alcanzar un consumo, a través de la más sencilla forma que toma la circulación de bienes²³.

La fórmula que sintetiza el otro proceso es Dinero-Mercancía-Dinero Prima (D-M-D'). En este caso, el capitalista se dirige al mercado con dinero, allí adquiere los medios de producción (las fábricas, los instrumentos técnicos, las materias primas, etcétera) pero también la fuerza de trabajo. El burgués emplea al obrero, quien genera mercancías. Marx supone que el capitalista compra y vende a precios de equilibrio. Si esto es efectivamente así, entonces, ¿de dónde proviene la riqueza que posee? Marx argumenta que el obrero produce un valor mayor al que le es remunerado. El capitalista, como ya lo dijimos, se queda entonces con un excedente. Sus nuevos ingresos monetarios (el dinero prima), en realidad, son cuantitativamente distintos a los iniciales, puesto que son resultado del proceso de explotación.

Consideremos el siguiente ejemplo. Una persona trabaja en una fábrica textil alrededor de ocho horas por día. El valor que el obrero genera en la mitad de ese tiempo equivale a lo que él necesita para reproducir su fuerza de trabajo. Durante el resto de la jornada laboral, ese proletario está generando un valor excedentario, un plusvalor o plusstrabajo, que es apropiado por la clase dominante del sistema capitalista.



23 Algunos autores consideran que cuando Marx describe la lógica mercantil simple se está refiriendo a un período histórico precapitalista. Arthur (2004, 2005) propone un abordaje de la obra de Marx a partir del método filosófico y dialéctico heredado de Hegel. Llega a la conclusión de que Marx, cuando habla de la producción mercantil simple, no está refiriéndose a una instancia histórica anterior, sino a una categoría analítica más sencilla (la mercancía). Por ese y otros motivos, afirma que el concepto solo es aplicable al sistema capitalista de producción.

A partir de estas ideas, Marx establece cómo puede calcularse el valor de las mercancías, determinado por la suma del capital constante, el capital variable y la plusvalía. Observemos detenidamente cada uno de estos componentes:

- a) El capital constante está formado por los materiales, las maquinarias e incluso la infraestructura empleada en la producción. Durante el proceso de trabajo, no sufre alteraciones cuantitativas, es decir, no cambia o no se modifica su valor. El burgués que alquila un taller, o construye uno, hace las instalaciones y coloca en su interior herramientas, tornillos y clavos. Cuando comienza la elaboración de mercancías, el obrero es quien imprime o genera valor con ellos. El capital constante es representado como “CC”.
- b) El capital variable, restituye el valor de la fuerza de trabajo. Es variable porque el obrero realiza el trabajo necesario para cubrir su costo, pero también efectúa un trabajo excedentario cuyo valor se modifica de acuerdo a la capacidad productiva. Sintetizamos esto con la expresión “CV” en la fórmula.
- c) La plusvalía, es decir, el trabajo o valor no pagado por el capitalista, la cual simbolizamos con una “P”.

$$\text{Valor total de las mercancías} = \text{CC} + \text{CV} + \text{P}$$

3.4. Explotación y plusvalía

A partir de la fórmula que permite calcular el valor de las mercancías, podemos dar cuenta de otras cuestiones que son imprescindibles para comprender la teoría marxista. En primer lugar, la tasa de plusvalía, es decir, la magnitud que surge de la relación entre trabajo excedentario y necesario que se genera durante el proceso de explotación. En términos numéricos y cuantitativos, Sweezy (2007) lo explica considerando la cantidad de horas que el proletario está en actividad. Desde su punto de vista, si un obrero trabaja seis horas, y en ese tiempo produce únicamente lo necesario para reproducir su fuerza de trabajo, la magnitud de la tasa de plusvalía es nula o inexistente. Obviamente, ningún burgués, en su sano juicio, hace esto. Retomando el caso anterior, si el obrero trabaja doce horas, está generando el doble del valor que equivale a su fuerza de trabajo. En este caso, la tasa de explotación es del 100%. Si efectúa tareas durante quince horas, la proporción se elevaría al 150%, y así sucesivamente. Veamos la representación de este fenómeno, partiendo de la idea que la explotación o tasa de plusvalía es P', el capital variable

(o el salario para recomponer la fuerza de trabajo) es CV, y el trabajo excedentario es P (plusvalía):

$$P' = \frac{P}{CV}$$

A partir de lo expuesto, podríamos decir que la tasa de explotación está directamente vinculada, entre otras cosas, a la duración de la jornada laboral, suponiendo que en todo ese período se mantiene un nivel de productividad relativamente similar. Aquí toma importancia lo que Marx denomina como plusvalía absoluta. El autor postula que una de las maneras más sencillas de incrementar el volumen de plusvalía es aumentando la cantidad de tiempo que los obreros están en la fábrica elaborando mercancías. En las primeras fases de la Revolución Industrial, o incluso con anterioridad, en la etapa protoindustrial, el nivel de desarrollo tecnológico no es muy considerable ([c. 1863-1866] 2000). En ese contexto, los dueños de las industrias no tienen otra alternativa más que extender el número de horas que sus obreros están en las fábricas. Probablemente, es por eso que en el siglo XVIII, y durante una parte del XIX, hallamos testimonios de obreros que cumplen diez o doce horas diarias de servicio. La necesidad de brazos para multiplicar el número de bienes elaborados, y el deseo por disminuir los costos laborales, también explican por qué, en esas fases iniciales, la clase dominante capitalista no duda en recurrir a niños y ancianos. No obstante, la burguesía se encuentra con un límite objetivo. Por más que lo desee, no puede disponer de sus trabajadores durante todo el día. En algún momento, estos necesitan dormir y alimentarse. El propietario de los medios de producción, claro está, no se encuentra guiado por un espíritu de bondad, sino por un interés material: el proletario que no descansa y no come, no puede cumplir con las exigencias indicadas.

Existe otra variable para determinar la tasa de explotación, la productividad del trabajo, es decir, la cantidad de mercancías que se pueden confeccionar en un determinado momento. Para alcanzar ese objetivo es necesario propiciar el desarrollo tecnológico, acompañado por una eficiente organización y gestión empresarial. Esos cambios y adelantos permiten que el obrero genere un mayor valor excedentario, sin aumentar su jornada laboral y, por lo tanto, sin recibir un incremento de salarios

por cumplir más horas de trabajo²⁴. Así, Marx ([c. 1863-1866] 2000) hace mención a la plusvalía relativa, otorgándole un rol determinante a la capacidad que tienen los burgueses de emplear parte de las ganancias en capital fijo y reinvertirlas en grandes dimensiones. En su afán por producir y vender mayor cantidad, más rápido y barato que el resto, los capitalistas participan entonces de una competencia salvaje, anárquica, que los empuja hacia una lógica de reproducción ampliada²⁵.

Procuraremos explicar esto a partir de un ejemplo, expresado en términos monetarios ingleses. Partamos de la idea que, en un primer momento, un burgués maneja un emprendimiento textil con un bajo nivel tecnológico. Cuenta allí con 20 obreros, los cuales, con esos instrumentos técnicos, elaboran una determinada cantidad de ropa por día. Pensemos que el proletario en cuestión gana un sueldo de unas £1.000 mensuales, y que el total de la producción diaria de la fábrica equivale a £20.000. El conjunto de los trabajadores, en un día, generan el valor equivalente a su costo como fuerza de trabajo (si multiplicamos su sueldo de £1.000 por el número de obreros (20), nos da precisamente el valor de la producción total de una jornada, £20.000). Si consideramos que los trabajadores cumplen veinticinco días laborales por mes, lo generado asciende a £500.000 (cálculo que resulta de multiplicar los 25 días por el valor de las prendas confeccionadas durante cada jornada). Con £20.000 ya está cubierto el valor de la fuerza de trabajo y, por lo tanto, el capitalista se queda con unas £480.000 por mes.

Ahora bien, si este mismo burgués reinvierte buena parte de sus ganancias con la intención de aumentar exponencialmente la productividad, el resultado es distinto. Adquiere nuevas maquinarias que son puestas en uso por la misma cantidad de trabajadores, permitiéndole fabricar diez veces el volumen original de mercancías por día. El valor de la fuerza de trabajo se mantiene estable, pero el valor generado por esta, gracias a las incorporaciones del capital constante, pasa de £20.000 a £200.000 diarias. Si hacemos el cálculo mensual, se generan unas £5.000.000, de las cuales solo £20.000 son para retribuir la mano de obra. En total, el burgués toma ahora un plusvalor de £4.980.000. No obstante, el cálculo no es tan sencillo, por cuanto implica una modificación sustancial en las erogaciones del capitalista, cuestión que observaremos a continuación.

24 Cuando Marx ([c. 1863-1866] 2000) escribe esto parece dar cuenta de un fenómeno que los historiadores contemporáneos documentan. O'Brien (1978) demuestran que, entre 1820 y la década de 1860, hay un incremento de la productividad considerable, aún más si tenemos en cuenta las cifras relativas a las postrimerías del siglo XIX.

25 De allí se desprende que “el modo de producción capitalista no es solo productor de mercancías sino fundamentalmente productor de *plusvalía*, y por tanto de capital” (Aricó, 2000, p.XI).

3.5. La composición orgánica del capital y la caída de la tasa de ganancia

A partir de las premisas anteriores podemos desarrollar otro concepto fundamental dentro del pensamiento económico marxista, la composición orgánica del capital. Esta constituye una medida de magnitud que da cuenta de la proporción de capital constante y variable. Establecida la relación existente entre el capital invertido en los medios de producción y la fuerza de trabajo, las alteraciones de los componentes repercuten en la explotación y en los resultados que obtiene el burgués. En términos matemáticos, la fórmula se expresa del siguiente modo:

$$\text{COC} = \frac{\text{CC}}{\text{CC} + \text{CV}}$$

La composición orgánica del capital va directamente entrelazada a la tasa de ganancia. A medida que aquella crece, el capitalista espera que se incremente en la misma proporción, o incluso mayor, el excedente que se apropia. Recordemos que esos cambios en las magnitudes de los capitales empleados solo son comprensibles a partir de la dinámica competitiva del sistema. La ecuación que da cuenta de esto puede desagregarse de este modo: la tasa de ganancia (G), es igual a la plusvalía (P) sobre la suma del capital constante (CC) más el capital variable (CV).

$$G = \frac{P}{\text{CC} + \text{CV}}$$

El propietario de la fábrica podría, por ejemplo, disminuir los salarios, es decir, reducir el volumen de capital variable. Si optara por este camino, contaría con más recursos para invertir en el capital constante o, también, incrementaría el trabajo excedentario. Los 20 obreros del ejemplo desarrollado en el acápite anterior, originalmente, reciben £1.000 mensuales cada uno. Supongamos que luego ven reducida su retribución a £500 por persona, pero la cantidad de plusvalor se mantiene estable. En este caso, al bajar los sueldos, en términos reales, es mayor la cantidad de excedente apropiado por el capitalista. Lo mismo podría suceder si esos obreros cuentan con el mismo salario nominal pero experimentan, a través de la inflación, una caída de sus ingresos reales, y los patrones no aplican los aumentos correspondientes. No obstante, estos hipotéticos escenarios tienen un límite. El proletario que no llega a cubrir, aunque sea mínimamente, sus necesidades fisiológicas, no puede desempeñarse correctamente en las tareas fabriles. Además, el burgués

puede exigir que menos personas cumplan las exigencias que demanda una determinada actividad, pero también debe tener cuidado de no perjudicar los tiempos de producción o reducir la cantidad de mercancías elaboradas.

Ahora bien, si esos 20 obreros reciben £1.000 mensuales y trabajan en una empresa que ha invertido £70.000 en maquinarias, y el capitalista obtiene £4.980.000 de plusvalía, la fórmula queda expresada de esta manera:

$$55,33 = \frac{£4.980.000}{£70.000 + £20.000}$$

El burgués puede revolucionar las fuerzas productivas, con el objetivo de aumentar la tasa de ganancia. Con la misma cantidad de obreros, recibiendo el salario original, pero contando con adelantos tecnológicos, se logra generar un volumen mayor de trabajo excedentario no pagado. Veamos cómo calcularíamos esto, teniendo en cuenta el incremento en el capital constante, que pasa de £70.000 a £700.000:

$$69,16 = \frac{£49.800.000}{£700.000 + £20.000}$$

Nótese que el incremento del capital constante repercute positivamente en la generación de plusvalía. Si observamos detenidamente la fórmula, cuando sube 10 veces la inversión de capital constante la plusvalía crece en la misma medida. Ahora bien, los planes de la burguesía no siempre salen de acuerdo a lo previsto. En algunos casos, el crecimiento del capital constante no necesariamente depara una suba de la productividad y de la cantidad de plusvalor en proporciones iguales. Marx plantea que, a largo plazo, hay un crecimiento desmedido del capital constante y una disminución del capital variable porque, entre otras cosas, una capacidad tecnológica cada vez mayor otorga la posibilidad de prescindir del número de obreros. No obstante, si la tasa de explotación permanece invariable, o relativamente constante, se genera, tarde o temprano, una caída de la ganancia. El autor expresa esta idea argumentando que es la propia competencia entre los capitalistas la que los arrastra hacia un aumento en nueva tecnología que no necesariamente les brinda los dividendos esperados:

Con la progresiva disminución relativa del capital variable con respecto al capital constante, la producción capitalista genera una composición

orgánica crecientemente más alta del capital global, cuya consecuencia directa es que la tasa del plusvalor, manteniéndose constante el grado de explotación del trabajo e inclusive si éste aumenta, se expresa en una tasa general de ganancia constantemente decreciente (Marx, [1894] 1976, p.271).

Ahora, supongamos que disminuimos el capital desembolsado para retribuir la fuerza de trabajo. Esto puede ocurrir porque la colocación de maquinarias permite prescindir de la labor humana. Por ese mismo motivo, por el uso de tecnología, se incrementa el capital constante. La plusvalía, por otra parte, pensemos que se mantiene estable:

$$49,30 = \frac{£49.800.000}{£1.000.000 + £10.000}$$

Observemos que, del ejemplo anterior a este, la ganancia cae de 69,16 a 49,30, aunque la composición orgánica del capital se incrementa. La generación de plusvalor parece encontrarse, a corto o largo plazo, con un límite, pero no así la inversión en medios de producción. Dicho de otro modo, la competencia genera un deterioro paulatino en los rendimientos de la empresa. Marx es consciente que el crecimiento económico no es eterno, como también lo son los autores que componen la escuela clásica. En algún momento, los ingresos del capitalista se retrotraen, produciéndose la quiebra de las fábricas y el aumento del desempleo. La fórmula inicial que planteamos para dar cuenta de la composición orgánica del capital nos permite calcular la magnitud de la inversión destinada a salarios y maquinarias, es decir, la relación entre el capital constante y el capital total empleado (recordemos, $COC = CC/CC + CV$)²⁶. El dueño de la fábrica cada vez invierte más ¿Por qué ocurre esto? Por las propias condiciones que imperan en el sistema capitalista. El burgués, quien lidera un proceso de renovación tecnológica que le permitiría posicionarse mejor dentro del mercado, genera esta situación, motivo por el cual, Sweezy (2007) interpreta que los factores que determinan la tasa de ganancia

26 Si realizamos el cálculo, considerando que en un primer momento la fábrica textil utiliza un total de £720.000, de las cuales solo £20.000 son destinadas al capital variable y £700.000 al constante, veremos que la composición orgánica del capital es de 0,97 (número que resulta de dividir £700.000, es decir el capital constante, sobre £720.000, la suma de este más el capital variable). Ahora bien, cuando observamos la evolución a través del tiempo, notamos una alteración. En el otro ejemplo, cuando nos referimos a la inversión en tecnología, maquinaria y demás, observamos que hay £1.000.000 invertidas en capital constante, y £10.000 en el variable. De la división (£1.000.000 sobre £1.010.000) resulta que ahora nos encontramos con un número mayor, 0,99.

son los mismos que establecen la tasa de plusvalía y la composición orgánica del capital.

El progresivo uso de la tecnología, además, hace cada vez más innecesario el empleo de los proletarios. Aunque nunca se llega a una robotización total de la industria, puesto que por lo menos un empleado debe manejar ese sistema automatizado, el ejército industrial de reserva es cada vez más numeroso. En este sentido, podríamos pensar que la pauperización generalizada de la clase obrera erosiona la capacidad de consumo de la sociedad, o por lo menos de una parte de ella. Precisamente, otro de los aspectos económicos del modo de producción capitalista que contrasta con las sociedades anteriores es que las crisis no se originan por la escasez o falta de bienes, sino por un exceso en su oferta. En el mundo actual, el problema no es tanto la falta de comida u otros elementos imprescindibles, sino la imposibilidad de las personas de poseer los suficientes ingresos como para adquirirla²⁷. No obstante, Marx ([1894] 1976) también sabe que la clase dominante recurre a distintas estrategias para mantener sus ingresos. Con anterioridad, nos hemos referido someramente a algunos de esos aspectos, pero es importante que los detallemos y expresemos ordenadamente:

- a) El abaratamiento de los elementos del capital constante: aunque la maquinaria tenga un costo creciente, con ella se puede elaborar una cantidad de valor tan importante que amortigua el desembolso o la inversión inicial.
- b) Aumento de la intensidad de la explotación: se trata, especialmente, de alargar y/o acelerar la jornada laboral. Como ya lo indicamos, la variable no está directamente vinculada con la composición orgánica del capital y posee, por otra parte, un límite objetivo.
- c) Disminución de los salarios por debajo de su valor: aunque es posible, presenta los condicionantes que ya indicamos previamente.
- d) Sobreproducción relativa: está vinculada a la existencia del ejército industrial de reserva y la reducción, o estancamiento, de los sueldos, especialmente por un exceso en la oferta de trabajo.
- e) Comercio exterior: permite obtener materias primas y otros insumos a un precio menor, así como también bajar los salarios

27 En la economía política clásica, las explicaciones de J.B. Say ([1803] 2001) constituyen algunos de los argumentos más sólidos para rechazar la intervención en el campo económico y justificar la presencia de un libre mercado. Para él, toda renta es gastada o, lo que es lo mismo, la oferta crea su propia demanda. Esto lleva a pensar que son imposibles las crisis de sobreproducción. Marx critica ese postulado, adelantándose, de algún modo, pero con claras diferencias, a lo que posteriormente argumentaría John M. Keynes ([1936] 2009).

reales permitiendo la adquisición de alimentos más baratos y reduciendo el costo del capital variable.

- f) Aumento del capital accionario: a medida que se desarrolla el sistema económico, una parte del capital es utilizada de manera distinta. Esto es lo que hoy en día denominaríamos capital financiero.

3.6. La alienación y el fetichismo de la mercancía

Marx considera fundamental para el sistema económico industrial una mejora permanente de la productividad. No solo le otorga relevancia a este aspecto porque cree que le permita al capitalista incrementar su tasa de ganancia, sino también porque asegura que, en una eventual sociedad postcapitalista, la única alternativa para garantizar el bienestar al conjunto de las personas es disponer de los adelantos técnicos que solo el capitalismo, y su permanente revolución de las fuerzas productivas, puede proveer. Por eso es que Marx no es un conservador ni un romántico del pasado. No se muestra complaciente con las formaciones sociales anteriores, solo las considera distintas. Ahora bien, para Marx ([1867] 1975, [1894] 1976), el obrero no solo padece el capitalismo porque el burgués se apropie de su trabajo excedentario. En este modo de producción, el proletario desarrolla la actividad en un complejo sistema de cooperación, dentro de una división del trabajo que, con el objetivo de aumentar la productividad, obliga a cada uno de los operarios a cumplir una determinada y repetitiva tarea. Smith considera que esos fenómenos son los que permiten desarrollar la riqueza de una nación. No obstante, él también argumenta que esa forma de organizar las labores tiene una consecuencia negativa, porque promueve el embrutecimiento y la ignorancia de las masas.

El campesino feudal, aunque debe entregar una renta al señor, maneja y decide cómo llevar adelante su actividad dentro de las parcelas. Quienes disponen del derecho de *ban* no se muestran interesados, o capacitados, para guiar las tareas agrarias. El productor cuenta con una importante autonomía, siempre y cuando otorgue el excedente que le exigen. El artesano medieval también establece sus propias pautas y tiempos de labor, quedándose con una buena parte de la ganancia de las mercancías que pone a la venta y, quizás lo más importante, reconoce el fruto de su esfuerzo como una materialización de su propia subjetividad (no por casualidad, hay similitudes entre las palabras artista y artesano). En el capitalismo, por el contrario, el obrero fabril no toma ningún tipo de decisión. De hecho, la destrucción de maquinarias en las primeras

etapas de la industrialización constituye una señal de protesta contra los instrumentos tecnológicos que imponen los ritmos y estilos de trabajo (Hobsbawm, 1979).

Imposibilitado de controlar o incidir en el proceso de elaboración de las mercancías que dirige el burgués, el proletario se siente objetivado, disociado de su propia práctica. Experimenta en su conciencia un fenómeno adverso que, además, está vinculado a la producción masiva de bienes. El obrero, cuando participa en la economía como consumidor, no reconoce en los productos que compra una expresión de su esfuerzo personal. Padece lo que Marx denomina como alienación, y que se vincula con otro fenómeno del modo de producción capitalista, el fetichismo de la mercancía. Los seres humanos terminan subordinándose a sus propias creaciones. Así como en el plano imaginario lo hacen con su reverencia ante una entidad sobrenatural, en el terreno económico ese papel protagónico se lo confieren a los bienes intercambiables, viviendo por, para y a partir de las exigencias económicas que un sistema atestado de objetos vendibles le impone (Marx, [c. 1863-1866] 2000).

La única manera de resolver esto es que el proletario adquiera conciencia de clase, la cual presenta dos niveles: la conciencia en sí, que da cuenta del lugar objetivo que ocupa en las relaciones de producción; y la conciencia para sí, que implica el reconocimiento pleno de su situación social y cómo puede resolverla. Lo interesante es que las propias características del sistema capitalista preparan el terreno que hace posible esto. En las sociedades principalmente rurales, los campesinos se encuentran alejados y distanciados entre sí, ocupándose cada unidad familiar de sus propios problemas; el mundo industrial, por el contrario, está caracterizado por la concentración de trabajadores en un mismo recinto, dentro del cual los obreros dialogan, establecen vínculos, toman noción de su situación colectiva y promueven acuerdos políticos.

4. Recapitulación

Hemos considerado en este capítulo aspectos relativos al pensamiento económico marxista. Procuramos dar cuenta de sus principales ideas de la forma más adecuada posible. Entre otras cosas, indicamos las nociones conceptuales más relevantes. Podemos coincidir o no con Marx, pero de lo que no cabe ninguna duda es de su trascendencia en el campo intelectual y político. Tanto él como Smith representan puntos de quiebre en la historia del pensamiento económico. El filósofo escocés es considerado el fundador de la economía política clásica, mientras que el pensador de origen alemán figura en prácticamente todos los manuales

como el principal crítico de esa propuesta interpretativa. Uno y otro ocupan un lugar preponderante en los textos académicos de múltiples disciplinas.

Por cuestiones de espacio, no hemos profundizado en la visión política de Marx, especialmente la que expone, junto con Engels, en el *Manifiesto Comunista*. Allí, ya quedan expresadas algunas de las ideas que luego configuran su teoría del valor-trabajo, de acuerdo a la cual la riqueza es producto del trabajo del obrero. La paradoja más execrable del modo de producción capitalista es, precisamente, que los proletarios son los auténticos creadores de la producción, pero también son quienes menos beneficios reciben por ello. Por eso, cuando Marx indica que la clase dominada debe alzarse y constituir una dictadura que responda a sus intereses, en realidad, está dando cuenta también de su forma de comprender la realidad material. Una base económica controlada por los burgueses, solo puede modificarse a través de medios extraeconómicos. Si tenemos presente esto, logramos entender por qué los principales regímenes políticos inspirados en el socialismo científico, al menos desde el punto de vista discursivo, confieren un protagonismo inicial tan importante al Estado para vehiculizar sus programas de cambio.

Finalmente, el análisis de Marx de la dinámica de crecimiento del sistema capitalista pone al descubierto las contradicciones inherentes del mismo. El desmedido incremento de la composición orgánica del capital, especialmente por un desembolso mayor en tecnología, obedece a la salvaje competencia del mercado. Inmiscuidos en esa puja por incrementar sus tasas de ganancia, los capitalistas, sin ser plenamente conscientes de ello, participan de un modo de producción que, tarde o temprano, colapsará, ya sea por la insostenible situación de explotación, o porque la competencia erosionará los beneficios.

5. Bibliografía y Fuentes

5.1. Bibliografía citada

- Allen, R.C. (2004). *Revolución en los campos. La reinterpretación de la revolución agrícola inglesa*. Zaragoza: Ediciones Universidad de Salamanca-Prentas Universitarias de Zaragoza.
- Althusser, L. y Balibar, É. (1969). *Para leer El Capital*. México: Siglo XXI.
- Aricó, J. (2000). "Presentación", en Marx, K., Libro I. Capítulo VI Inédito. *Resultados del proceso inmediato de producción (IX-XII)*. México: Siglo XXI.
- Arthur, Ch.J. (2004). *The New dialectic and Marx's Capital*. Leiden-Boston: Brill.

- Arthur, Ch.J. (2005). The myth of simple commodity production. En *Marx: Myths & Legends*, disponible en marxmyths.org/chris-arthur/article2.htm.
- Brenner, R. (1985). The agrarian roots of european capitalism. En Aston, T. y Philpin, Ch. (ed.), *The Brenner Debate. Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-Industrial Europe* (213-327). Cambridge: Past & Present Publications-Press Syndicate of the University of Cambridge.
- Chávez Palacios, J. (2004). Desarrollo tecnológico en la primera Revolución Industrial. *Norba, Revista de Historia* 17, 93-109.
- de Angelis, Massimo (2011). Marx and primitive accumulation: The continuous character of capital's "enclosures". *The Commoner* (2), 1-22. Recuperado <http://www.thecommoner.org>.
- de Ste. Croix, G.E.M. (1988). *La lucha de clases en el mundo griego*. Barcelona: Crítica.
- Dhoquois, G. (1973). La formación económica social como combinación de modos de producción. En Luporini, C. y Sereni, E. (Ed.). *El concepto de formación económico-social*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Dobb, M. (1973). *Teorías del valor y de la distribución desde Adam Smith. Ideología y teoría económica*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Fradera, J. y Millán, J. (Eds.) (2000). *Las burguesías europeas en el siglo XIX. Sociedad civil, política y cultura*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Galbraith, J. K. (1998). *Historia de la Economía*. Barcelona: Ariel.
- Hobsbawm, E. (1979). Los destructores de máquinas. *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera* (pp.16-35). Barcelona: Crítica.
- Hobsbawm, E. (2012). Marx hoy. *Cómo cambiar el mundo: Marx y el marxismo, 1840-2011* (pp.13-25). Barcelona: Crítica.
- Lukács, G. (1967). *Historia y conciencia de clase*. Buenos Aires: Hyspamérica.
- Nordhaus, W. y Samuelson, P. (2005). *Economía*. Buenos Aires: McGraw Hill.
- O'Brien, P. (1978). *Economic Growth in Britain and France, 1780-1914: Two Paths to the Twentieth Century*. Londres: Allen & Unwin.
- Perelman, M. (2011). The Secret History of Primitive Accumulation and Classical Political Economy. *The Commoner* (2), 1-21. Recuperado de <http://www.thecommoner.org>.
- Schumpeter, J.A. (1971). *Historia del análisis económico*. Barcelona: Ariel.
- Sweezy, P. (2007). *Teoría del desarrollo capitalista*. Barcelona: Hacer.
- Tarcus, Horacio (2015). *Antología. Karl Marx*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Thompson, E.P. (1989). Tiempo, disciplina de trabajo y capitalismo industrial. En Thompson, E.P. (Ed.), *Tradición, revuelta y conciencia de clase* (239-293). Barcelona: Crítica.
- Vilar, P. (1980). *Iniciación al análisis del vocabulario histórico*. Barcelona: Crítica.
- Wright Mills, Ch. (1964). *Los marxistas*. México: Era.

5.2. Fuentes sugeridas

- Engels, Friedrich ([1845] 1946). *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. Buenos Aires: Futuro.

- Hegel, Georg Wilhelm Friedrich ([1807] 1973). *Fenomenología del espíritu*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Keynes, John M. ([1936] 2009). *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Marx, Karl ([1839-1841] 1988). *Escritos sobre Epicuro*. Barcelona: Crítica. 1988.
- Marx, Karl ([1845] 2015a). “Tesis sobre Feuerbach”, en Tarcus, H. (2015: p.78-79).
- Marx, Karl y Engels, Friedrich [1845-1846] (1974). *La ideología alemana. Crítica de la novísima filosofía alemana en las personas de sus representantes Feuerbach, B. Bauer y Stirner y del socialismo alemán en las de sus diferentes profetas*. Barcelona: Grijalbo.
- Marx, Karl ([1847] 1987). *Miseria de la filosofía. Respuesta a la Filosofía de la Miseria de P.-J. Proudhon*. México: Siglo XXI.
- Marx, Karl y Engels, Friedrich ([1848] 2015b). “Manifiesto Comunista”, en Tarcus (2015, p.80-111).
- Marx, Karl ([1851-1852] 2015c). “El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte”, en Tarcus (2015, p.112-186).
- Marx, Karl ([1859] 2008). *Contribución a la crítica de la economía política*. México: Siglo XXI.
- Marx, Karl ([c. 1863-1866] 2000). *Resultados del proceso inmediato de producción* (El capital, Libro I. Capítulo VI Inédito). México: Siglo XXI.
- Marx, Karl ([1867] 1975). *El Capital. Crítica de la economía política*. México: Siglo XXI. Tomo I, Vol. 3.
- Marx, Karl ([1875] 2015d). “Glosas marginales al programa del Partido Obrero Alemán”, en Tarcus (2015, pp.315-330). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Marx, Karl ([1894] 1976). *El Capital. Crítica de la economía política*. México: Siglo XXI. Tomo III, Vol. 6.
- Ricardo, David ([1817] 1959). *Principios de economía política y tributación*. En Obras y correspondencia, Volumen 1. México: Fondo de Cultura Económica.
- Smith, Adam ([1776] 1958). *Investigación sobre la naturaleza y causas de la Riqueza de las Naciones*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Say, Jean Baptiste ([1803] 2001). *Tratado de economía política*. México: Fondo de Cultura Económica.

CAPÍTULO 

Las reacciones anticlásicas en el siglo XIX: la escuela histórica alemana y el institucionalismo norteamericano

Nelson M. Acet Rodríguez

Introducción

En el presente capítulo se expondrán las principales ideas de dos tendencias económicas que se constituyeron en contextos específicos y que se presentaron como una postura crítica a la teoría económica clásica y al marginalismo: la escuela histórica alemana y el institucionalismo norteamericano. La primera está representada por sus pensadores más relevantes, Wilhelm Georg Roscher y Gustav von Schmoller, con el trabajo precursor de Friedrich List. Es importante retomar sus aportes porque esta perspectiva económica está vinculada directamente con la historia y, de esta forma, le presta atención a los cambios históricos que conducen a comprender a la sociedad. Así, los economistas pueden observar cómo la economía responde a distintos contextos históricos; en el caso de Alemania, para lograr su unificación se necesitaba no tanto de las ideas liberales de Adam Smith sino del proteccionismo estatal.

La segunda corresponde a una peculiar corriente de pensamiento socioeconómico surgida a fines del siglo XIX y principios del XX. Es necesario analizar el contexto histórico en el cual aparece la escuela institucionalista, hacer mención a los principales aportes y sus fundamentos más notables. El fundador y representante más importante fue Thorstein Veblen, quien realizó un análisis crítico al pensamiento ortodoxo y aportó la perspectiva teórica de la economía institucional.

1. La escuela histórica alemana

1.1. Contexto histórico: unificación económica antes que conformación estatal

La escuela histórica se desarrolló en un momento repleto de profundos cambios políticos y económicos en la Europa del siglo XIX, cambios que en el caso de Alemania, le dieron ciertas particularidades, tanto por factores internos como externos.

Con anterioridad a la caída del imperio napoleónico (1815), en el área que comprendía Alemania, se había producido el desmoronamiento y desaparición del Sacro Imperio Romano Germánico. El tratado de paz que puso fin a la participación de Alemania en las guerras napoleónicas dejó el territorio dividido en treinta y nueve pequeños estados: en su gran mayoría, monárquicos, política y económicamente aislados entre sí. El canciller austríaco Klemens von Metternich consideraba que la creación de una “gran Alemania”, que incluyera los territorios germano-austríacos, sería la forma ideal de unión entre estados, pero el grupo aristocrático creía en la conformación de una “pequeña Alemania” formada por otros estados; también se discutió si el poder debía ser otorgado al pueblo o si debía seguir perteneciendo a la Corona. Asimismo, los victoriosos países de Europa manipularon a los pequeños Estados para promover sus propios beneficios. Por un lado, Austria quería mantener a Alemania débil y dividida; por el otro, Gran Bretaña deseaba ver que una Prusia poderosa impidiera el futuro renaciente de Francia, mientras que Rusia ambicionaba para ella las partes de Polonia de las que todavía no se habían apoderado ningún otro país (Brue y Grant, 2008). En el mismo contexto, las divisiones religiosas eran muy profundas y no permitían la formación de un frente común que englobase a católicos y protestantes. “De hecho, la existencia de diversas confesiones en el mismo Estado, muy frecuente a partir de las secularizaciones y mediatizaciones, provocó un resurgimiento de las luchas religiosas” (Droz, 1973, p.106), sobre todo entre los protestantes, quienes se sentían amenazados. A su vez, el territorio no había sido afectado por la Revolución Industrial, todavía prevalecían las estructuras agrarias (el enorme poder de los terratenientes, los *junkers*, obstaculizaba el desarrollo industrial) y la burocracia se encontraba ligada a las dinastías reinantes que se dejaba llevar por sentimientos particularistas, mientras que la burguesía permaneció indiferente a las ideas liberales y nacionalistas.

Debido a que este contexto histórico de Alemania era tan diferente al de Inglaterra, no es sorprendente que surgiera una corriente de pensamiento económico distinta e incluso opuesta en algunas propuestas de política económica. La Alemania que le dio vida a la escuela histórica estaba dividida, era débil y agrícola; a mediados del siglo XIX estaba muy atrás de Inglaterra en el desarrollo de la industria; por ello,

(...) era necesaria una política comercial aduanera que permitiera la formación de una industria competitiva, el estímulo al consumo y la producción internos y al incremento de la población, el desarrollo de un sistema de transporte interno (ferroviario) y externo con una

poderosa flota naval, la posesión de colonias y una adecuada política crediticia (...) era necesario lograr la integración de la nación alemana, en la cual se agruparan en una unión aduanera no sólo las naciones alemanas, las ciudades libres y las Hanseáticas sino también Holanda por sus puertos y sus colonias (Piqué, 1982, p.24-25).

En un primer momento los intentos de constituir una confederación aduanera no se llevaron a cabo, sino que se limitaron a unificar los aranceles de las aduanas fronterizas del Estado prusiano basadas en un proteccionismo moderado que no eliminase la competencia externa. Posteriormente, se realizó un tratado de unión arancelaria, conocido como el *Zollverein* entre algunos Estados independientes, el cual abrió, desde su entrada en vigencia en 1834, un inmenso campo al desarrollo de la industria y el comercio; aunque no eliminaba el particularismo alemán, confirió a Prusia un enorme prestigio dentro de la región alemana¹. Asimismo, se dieron profundas transformaciones en relación con los transportes, especialmente en el sistema ferroviario, cuyo desarrollo contribuyó a la integración territorial y al progreso de la industria. Conjuntamente, la sociedad alemana sufrió modificaciones en las estructuras agrarias tradicionales: surgió el empresario como nuevo tipo social, la clase media se dislocó y nació el proletariado en las grandes ciudades (Droz, 1973). La revolución que estalló en marzo de 1848 tuvo como propósito finalizar con el régimen nobiliario, instaurar un Parlamento y promover la libertad de prensa. A pesar de que Federico Guillermo IV de Prusia hubo de aceptar una constitución de base censitaria, la búsqueda deseada de una unidad nacional y las aspiraciones democráticas por parte de la burguesía se vieron frustradas, y fueron las fuerzas del Antiguo Régimen las que se encargaron de tomar las riendas del Estado.

Luego de la revolución de 1848 se produjo un antagonismo entre Austria y Prusia, avivado por la intención del gobierno austríaco de adquirir una influencia decisiva sobre los Estados alemanes pequeños y por el anhelo hegemónico prusiano en Alemania dada la superioridad de sus instituciones, su sistema educativo, el auge de su industria y la religión protestante (Droz, 1973). La Guerra de Crimea (1853-1856) le permitió al Estado prusiano conseguir la libertad de acción respecto de Austria y reforzó todavía más el nacionalismo bajo su hegemonía: una legislación social avanzada, promulgada por Bismarck, expresaba el patriotismo de

1 El *Zollverein* fue un arreglo entre Estados que se encontraban libremente asociados a través de la Confederación Germánica de 1815 pero, en realidad, fue también una creación de Prusia que permitiría que los productos circularan libremente por el interior de Alemania y que reservaba la imposición de aranceles para aquellos provenientes del extranjero. Esta unión aduanera fue un factor capital en la promoción del desarrollo económico.

la monarquía y promovía la lealtad de los ciudadanos hacia el Estado recién unificado². En un primer momento, la idea de nación alemana había representado un medio para asegurar la preeminencia de Prusia, pero la guerra de 1866³,

(...) justificada con el ansia de poder del Estado prusiano, significó un corte profundo en la historia alemana: representaba la exclusión definitiva de Austria del cuerpo germánico y la obligación para ésta de trasladar su centro de gravedad a los países danubianos (...). Al antiguo Reich germánico de carácter supranacional le sucedió un Estado nacional bajo la dirección de Prusia (Droz, 1973, p.231).

Con la anexión de veintiún Estados alemanes, se dio el nacimiento de la Confederación de Alemania del Norte (1867-1871), basada en la negación del Antiguo Régimen y con una legislatura bicameral, el control de la vida económica por la burguesía, el uso del Ejército como instrumento básico de control, y el sufragio universal masculino que permitió la libertad de expresión y la inclusión de las capas descontentas de la nación. Tras la victoria alemana sobre Francia en 1870, que dio como resultado la anexión de las provincias de Alsacia y Lorena a la Confederación, se emprendieron negociaciones con los Estados de Alemania del Sur (Baviera, Wurtemberg, Baden) para su integración, dando origen al imperio alemán.

A principios del siglo XIX, la industria se basaba principalmente en carbón, hierro y algodón; aunque abundaba en los dos primeros minerales, sus reservas se encontraban en unas pocas zonas periféricas. Además, todavía predominaba en la época la industria artesanal dominada por los gremios. Sin embargo, la influencia de la Revolución Francesa produjo el aceleramiento necesario para el cambio, especialmente en la región del río Rin y en el ámbito comercial. Asimismo, el desarrollo del ferrocarril tuvo una importancia decisiva como medio de transporte que permitía tanto la comunicación como el traslado de productos entre Estados. Este estímulo alentó la inversión en las minas de carbón y en las industrias metalúrgicas, las cuales constituyeron la base de la industrialización alemana. Gracias a ello, surgió “un nuevo monstruo industrial, capaz de tomar las riendas del continente y desafiar la posición alcanzada por

2 Otto von Bismarck (1815-1898) fue un estadista y político alemán, artífice de la unificación alemana y una de las figuras claves de las relaciones internacionales durante la segunda mitad del siglo XIX.

3 La guerra austro-prusiana o guerra de las “Siete Semanas” fue un conflicto militar en el seno de la Confederación Germánica ocurrido entre el 14 de junio y el 23 de agosto de 1866 entre el imperio austríaco y Prusia por el que esta última, que resultó vencedora, se convirtió en el Estado hegemónico de Alemania.

Inglaterra en los mercados mundiales” (Kemp, 1974, p.117). Frente a ese crecimiento también aumentaron las disparidades existentes entre el oeste y el resto de Alemania. Aún así, las instituciones estatales ejercieron una influencia importante:

La intervención directa consistió básicamente en prestar ayuda a la industria en sus primeras etapas, en el apoyo a la información y preparación técnica y en la participación en la construcción y, sobre todo, en la organización de los ferrocarriles. Una intervención menos directa, pero en último término más significativa, consistió en que el Estado se hizo responsable de la creación de la nación, en cuyo ámbito las fuerzas de mercado podían actuar libremente y acelerar el proceso de industrialización. Incluso podría afirmarse que la creación de la nación, a pesar de estar asociada a la idea de la guerra, fue también consecuencia de la política económica (Supple, 1979, p.347).

Para finales de siglo, Alemania se había transformado en la nación industrial más importante de Europa aunque su riqueza global y su producto nacional no alcanzaban al del primer país industrial (Geary, 1992). Con la industrialización se dio, a su vez, una transición rápida desde la sociedad rural hacia la urbana; la gran mayoría de esta nueva masa de ciudadanos que conformarían la masa de obreros trabajadores en las fábricas procedían de múltiples ambientes sociales en cuanto a raza, religión, y ocupación, y muchos de ellos no entendían el idioma alemán, como polacos y masurianos (Prusia Oriental). Este desarrollo trajo consigo graves consecuencias con relación a las condiciones de trabajo, como los accidentes laborales y las enfermedades. Para poder modificar estos males sociales surgieron los sindicatos, los cuales “se convirtieron en organizaciones de un movimiento de fábrica más moderno” (Geary, 1992, p.159) puesto que cada uno de ellos buscaba reclutar trabajadores de cada industria en concreto y de acuerdo a su especificidad laboral. Solo a partir de 1880, frente a las políticas liberales de represión aplicadas hasta entonces, el gobierno imperial optó por las políticas de reformas sociales basadas en la previsión social.

1.2. El historicismo alemán y sus principales características

El historicismo económico (combinación del interés por temas económicos con la investigación histórica) agrupó intelectualmente a un grupo de autores desde principios de la cuarta década del siglo XIX. Dos razones principales dan cuenta de la supremacía del movimiento alemán. En primer lugar, la economía teórica no había arraigado en este ámbito,

con lo cual, el entorno fue más favorable para la inserción académica y práctica. En segundo lugar, la filosofía continental, y en particular alemana, había propuesto siempre una aproximación “orgánica”, en contraste con una aproximación individualista, a los problemas filosóficos y sociales⁴ (Ekelund y Hébert, 2006).

En este sentido, a pesar de que varios autores pueden ser considerados integrantes de la escuela histórica, cada uno con diferentes propuestas, es posible distinguir una serie de características compartidas, según han destacado Brue y Grant (2008):

- a) *Enfoque evolucionista de la economía*: en sus estudios, la escuela se concentraba en el desarrollo y el crecimiento acumulativos. La sociedad se encontraba en cambio constante, por lo que una doctrina económica pertinente para un país en una época particular puede no serlo para otro país u otra época. Constituye entonces un enfoque relativista apropiado para atacar a la economía clásica.
- b) *Énfasis en el papel positivo del gobierno*: para la escuela histórica, la sociedad y el Estado, más que el individuo, ocupaban el centro del escenario de su interés. En Alemania era el Estado el que fomentaba la industria, los medios de comunicación y el crecimiento económico. En el proceso de defender a una economía unificada, era fácil desarrollar una glorificación nacionalista del Estado; por ello, la escuela histórica le concedía preeminencia a la necesidad de la intervención del Estado en los asuntos económicos y hacía hincapié en que la comunidad tenía intereses propios diferentes a los del individuo.
- c) *Enfoque histórico/inductivo*: se ponía de relieve la importancia de analizar el desarrollo histórico de la economía como parte de un todo integrado. No es posible un estudio adecuado de la economía política si no es en combinación con otras ramas de las ciencias sociales. La escuela histórica criticaba las cualidades abstractas, deductivas, estáticas, irreales y no históricas de la metodología clásica y marginalista; y afirmaba que su método histórico le permitía estudiar todas las fuerzas de un fenómeno económico y todas las facetas de la conducta económica.
- d) *Defensa de la reforma conservadora*: la economía política no debía limitarse a analizar los motivos que impulsaban a la actividad económica, sino a sopesar y comparar el mérito moral de esas

4 La filosofía hegeliana está presente en estos autores. La historia para Hegel era un despliegamiento continuo del espíritu que se revela a sí mismo, en los fenómenos externos, a los individuos. También entendía que las ideas van evolucionando como fuerza motivadora de los cambios en la organización social.

acciones y sus resultados. Correspondía establecer un estándar de la producción y distribución apropiados de la riqueza, y se debería confiar al Estado alemán el mejoramiento de las condiciones para “el hombre común”, lo que reforzaría la lealtad hacia el Estado, al mismo tiempo que protegía la salud, el bienestar y la eficiencia de los trabajadores de las fábricas.

1.3. Los principales representantes del historicismo económico

Antes de desarrollar acerca de los autores más relevantes de la escuela, se debe hacer mención a la distinción entre la *antigua* y la *nueva* escuela histórica alemana. Si bien no hay grandes diferencias entre ambas, la antigua o “vieja” escuela fue fundada por Wilhelm Roscher, es menos radical y cuenta con dos miembros destacados, Bruno Hildebrand y Karl Knies. Los tres apenas se distanciaban de los clásicos: en sus escritos razonaban deductivamente acerca de los problemas económicos de la sociedad y hasta sus propias conclusiones se asemejaban a las de aquellos aunque apreciaban la significación de la investigación histórica. Roscher, el más representativo del historicismo alemán, también puede ser considerado liberal aunque planteaba la importancia de considerar la historia en el plano económico, principalmente en los estudios de las instituciones económicas: en cada país, habría que tener en cuenta su desarrollo histórico, social y económico para entender su funcionamiento (Beltrán, 1993).

Aproximadamente en 1870 tuvo lugar el renacer del historicismo de la “nueva” escuela histórica, con opiniones sobre el método más radicales e intransigentes. Con la referencia importante de Gustav von Schmoller, defiende a la historia como la ciencia primordial para comprender las decisiones de las personas en el plano económico. En efecto, la economía, para el historicismo, ayudada por la historia, era útil para realizar un análisis riguroso de la realidad para lo cual se necesitaba de trabajos empíricos e históricos. Aquí si se pueden notar las primeras diferencias con la antigua perspectiva en el sentido de las críticas más resonantes a las interpretaciones de los clásicos y en cuanto a su método deductivo para exponer la teoría económica⁵. Estas diferencias y críticas se pueden advertir en algunas tesis planteadas por James (1974) y Beltrán (1993)

5 Autores como Schumpeter (1971) plantearon la existencia de una escuela histórica “novísima”, a la que pertenecieron Arthur Spiethoff, Werner Sombart y Max Weber. Todos ellos tuvieron la misma pasión por la monografía histórica y la importancia que brindaban los datos históricos y estadísticos para estudiar la realidad. Corresponden a un grupo de autores que se formaron o bien siguieron a Schmoller.

que expresan la posición de la nueva escuela. Son cuatro las diferencias con los clásicos a las que, a pesar de las distintas opiniones, algunos miembros de la “vieja” escuela coincidirían con estas ideas:

1. La importancia del método inductivo que propuso la nueva escuela para estudiar la economía: se realizaba desde una perspectiva histórica y así se podía observar la realidad económica de las sociedades y atender a sus cambios para dar una mejor explicación de la misma. Por el contrario, los clásicos, para construir la ciencia económica, lo hacían por deducción: partían de supuestos y leyes económicas que simplificaba la realidad y que obstaculizaba el conocimiento del mundo real, según los historicistas.
2. Los clásicos tuvieron como objetivo descubrir y formular leyes económicas de validez análoga a la de las leyes físicas o químicas, pero esta idea es infundada puesto que la libertad de las personas y de la sociedad era incompatible con tales leyes.
3. La economía planteada por los miembros de la escuela clásica era una ciencia que se basaba en el egoísmo. En este sentido, los hombres estaban movilizados por el interés personal para lograr sus metas. Por el contrario, la escuela histórica sostenía que las personas para satisfacerse estaban motivadas por múltiples impulsos y que la economía brindaba las herramientas necesarias para resolver distintas necesidades.
4. Vinculada con el punto anterior, los economistas clásicos pregonaban el individualismo, se preocupan por el bienestar de los individuos aislados y, a veces, pero en un grado menor, del bienestar de la humanidad. Según la escuela histórica, los clásicos se olvidaban de una institución intermedia más amplia que el individuo: la nación y el Estado. Ambas debían ocupar un lugar primordial en el plano económico y su constante intervención era esencial para la reactivación material.

A pesar de estas diferencias, los historicistas nunca brindaron una explicación sólida de cómo construir inductivamente la teoría económica. Si la historia y la observación de la realidad económica no estaban acompañadas por la deducción no se lograría comprender los procesos económicos.

1.3.1. Friedrich List

List (1789-1846) nació en la ciudad alemana de Reutlingen, fue el renovador de la doctrina proteccionista en favor del *Zollverein*⁶, y por

6 Friedrich List ejerció como abogado en esta unión aduanera. Se lo considera como un teórico original de la actual Unión Europea.

ello puede ser considerado un precursor de la escuela histórica alemana, aunque sus instrumentos de análisis fueron tomados de los clásicos. Se desempeñó como profesor de Administración y Política en la Universidad de Tübingen y actuó como diputado en la Cámara de Württemberg. En 1822 fue sentenciado a ir a prisión durante diez meses por ser dirigente de un movimiento que propiciaba derribar las aduanas interiores en Alemania y fue duramente criticado por algunas decisiones por su actuación como diputado (denuncias contra los vicios del Estado, solicitud de mayor autonomía administrativa, reducción de la burocracia y de los excesivos trámites). Sin embargo, logró escapar a Alsacia y luego de permanecer en Francia e Inglaterra, regresó en 1824 a terminar de cumplir su sentencia, con la intención de emigrar a Estados Unidos. En ese país logró la inspiración suficiente para acercarse a la economía y a formar su propio sistema de análisis, plasmado en su principal obra *Sistema nacional de economía política*, publicada en 1841.

Una de las ideas nodales del autor radica en considerar a la nación (una categoría olvidada por los clásicos) como un intermediario entre las personas y el Estado. Pensaba que, solo y separado de sus compatriotas, el hombre era débil y desamparado. Mientras mayor era el número de quienes estaban unidos, mayor y más perfecto sería el resultado del bienestar moral y material de los individuos. La asociación de mayor jerarquía hasta ahora realizada era la del Estado, de la nación, y la más alta imaginable sería la de toda la raza humana:

Entre el individuo y la humanidad se halla, sin embargo, la nación con su idioma y su literatura peculiares, con su linaje e historia característica. Con sus especiales hábitos y costumbres, las leyes e instituciones, con su derecho a la existencia, a la independencia, a la perfección de la vida perdurable y con un territorio delimitado (...)

Del mismo modo que el individuo sólo por la nación y en la nación puede adquirir cultura espiritual, energía productiva, seguridad y bienestar, así la civilización del género humano sólo puede imaginarse y es posible en el seno de la civilización y del desarrollo de las naciones (List, [1841] 1955, p.189).

En esta dirección intentó crear una economía burguesa alemana como contrapeso a la economía francesa e inglesa. Encontramos en List, entonces, uno de los tantos nombres vinculados con la larga y dolorosa lucha alemana por conseguir la unidad nacional. También superó a los clásicos porque su economía política estuvo basada principalmente sobre la doctrina de las fuerzas productivas del país y no al bienestar inmediato. En consideración con la idea del progreso alemán, luchó por la

unificación territorial, por la unión aduanera y fue partidario del desarrollo independiente del sistema capitalista germano. Por ello, creía que se debían eliminar las supervivencias feudales y, así, conformar nuevas formas y relaciones sociales.

En efecto, List reconoce la importancia de la obra de Smith por su carácter de pionera en la integración de la economía política, pero critica tres cuestiones principales: su cosmopolitismo, que no tiene en cuenta los intereses particulares de las naciones; su materialismo, que no considera las fuerzas productivas de la nación; y su individualismo que ignora la eficacia de la “agrupación de energías”. La nación es el sujeto económico conformado por los individuos que tienen sus propios intereses y que debe estar organizada de tal forma que permita los objetivos fundamentales en el plano internacional.

En consecuencia, List afirma: “La unificación de las energías individuales con ánimo de perseguir un fin común es el medio más vigoroso para realizar la felicidad de los individuos” ([1841] 1955, p.38). El concepto de división del trabajo utilizado por Smith, en el sentido de diversas operaciones económicas entre individuos, debe corregirse para ser considerado como una confederación o agrupación de diversas actividades, ideas y energías para realizar una producción común. “El fundamento de la productividad de estas operaciones no radica en el hecho de la división, sino sustancialmente en el hecho de la agrupación” ([1841] 1955, p.163). En otros términos, la reunión de las fuerzas productivas individuales no equivale a las fuerzas productivas de la nación; la división del trabajo dentro de las fronteras es fundamental (como sostiene Smith) pero también la asociación es relevante, sostenida por una conciencia nacional que las nuclea e impulsada por una fuerte unidad espiritual que asegurara la continuidad generacional.

Siguiendo estos lineamientos, List fue precedente de la escuela histórica por sus maneras de defender el proteccionismo y su énfasis por la nación. Si bien estaba de acuerdo que el librecambio presentaba mayores facilidades para la vida de los países, esta idea teóricamente estaba incompleta, porque se correspondería con ciertos estadios de desarrollo económico. El proteccionismo era necesario para conseguir el progreso nacional, principalmente con respecto a las industrias propias, y que los países con salarios elevados también pudieran sostener el nivel de los mismos contra la competencia extranjera. De esta manera, le dio una cierta identidad a la escuela por medio de su planteo sobre la existencia de “cuatro estadios en la historia de toda nación: la fase pastoril, la fase agrícola, la fase agrícola y manufacturera y, por último la fase agrícola, manufacturera y comercial” (James, 1974, p.148). El autor entendía que

para pasar de la tercera a la cuarta fase se necesitaba recurrir al proteccionismo. Con el desarrollo de estas fases y el mayor desarrollo de la última, se lograría una nación normal con un progreso estable.

La doctrina de Adam Smith en lo que concierne al comercio internacional es una continuación de la de los fisiócratas. Lo mismo que los últimos, no considera a la política nacional, excluye casi totalmente a la política y el gobierno, supone la existencia de una paz perpetua y de una asociación universal y desprecia las ventajas de la industria de fabricación nacional. En definitiva, exige la libertad universal del comercio. La postura es bien diferente en el caso analizado:

List apoyaba el libre comercio dentro de Alemania, al mismo tiempo que defendía una tarifa más alta para las importaciones de bienes fabricados con el fin de proteger a las industrias domésticas recién aparecidas. En la actualidad, esta posición se conoce como *defensa de tarifas de la industria incipiente*. Se oponía a la protección a la agricultura, debido a que era una industria antigua. List condenaba a Adam Smith y a la economía clásica por reclamar la universalidad para doctrinas que eran apropiadas para Inglaterra, pero inapropiadas para los países subdesarrollados (Brue y Grant, 2008, p.200).

Este es un tema económico con discrepancias. Smith y Ricardo insistían en que la especialización y el intercambio permiten que un país reduzca su costo de oportunidad de obtener bienes deseables. Según estos autores, con el paso del tiempo, la nación se capacita para crear sus propias manufacturas totalmente desarrolladas, y produce esos bienes en forma más económica que el precio al que los importa de otros países. List coincide con estos argumentos que promueven una división internacional del trabajo pero no para el caso de un país con un proyecto de industrialización en desarrollo: si las tarifas de protección causan un “sacrificio del valor”, se convierten en algo bueno por la ganancia de un “poder de producción” que asegura a la nación una cantidad mayor de bienes materiales y de independencia industrial en caso de una guerra. List considera que Alemania tenía los elementos económicos y sociales necesarios para llevar a cabo el proceso de industrialización:

Los pueblos que poseen en la zona templada un territorio vasto y provisto de variados recursos renunciarían a una de las fuentes más abundantes de prosperidad, civilización y poderío si no se esforzasen en realizar la división nacional del trabajo y la cooperación nacional de las fuerzas productivas tan pronto como adquieran condiciones económicas, morales y sociales para ello ([1841] 1955, p.14).

Por lo tanto, para lograr lo anteriormente planteado habría que poner énfasis en educar a la sociedad y principalmente a la clase dirigente, para llevar adelante el cambio hacia una sociedad industrial. El propio List consideraba la importancia de que la clase obrera cumpliera funciones no solamente como mano de obra, sino como consumidora y a su vez, asumiera su rol ciudadano:

(...) si se mide el trabajo del obrero en las comarcas en que se alimenta y viste como el rico y en aquellas otras donde se contenta con alimentos y vestidos groseros, se encuentra que, en las primeras, el aumento de los goces del obrero, lejos de perjudicar a la prosperidad general, ha aumentado las fuerzas productivas de la sociedad ([1841] 1955, p.249).

List argumentó contra la aplicación del libre comercio en las naciones menos desarrolladas (como la Alemania de la década de 1840) porque de lo contrario no sería posible sostener a la “industria naciente”. El libre comercio solo es posible cuando las naciones poseen un poderío y un nivel de industrialización equivalente o semejante. De lo contrario, la relación comercial libre se vuelve asimétrica y, por lo tanto, perjudicial para la nación más débil. Esta última se convierte en dependiente de las manufacturas de la industrializada, pierde poder de negociación para valorizar sus materias primas, las que, a su vez, compiten con las de la propia compradora y las de otros países agricultores. Los preparativos militares, las guerras y las deudas de guerra pueden incrementar inmensamente los poderes productivos de un país. Además, el rápido crecimiento de las ventas en el propio país y de las exportaciones a mercados extranjeros no protegidos permitirá que esas empresas domésticas obtengan economías de escala. Es por ello que el dominio de los mercados mundiales ayudará a que las empresas nacionales protegidas obtengan utilidades más altas en el extranjero y, además, fuera posible que la especialización en las industrias de alta tecnología se extendiera hacia otras industrias propias, lo que mejoraría los poderes de producción en otras áreas de la economía del país. Pero, advierte,

(...) es probable que las *políticas comerciales estratégicas* sean contra-productivas a la larga, debido a que sacrifican la producción mundial que se habría podido lograr mediante la especialización y el comercio. El resultado final de esas políticas puede ser tarifas más altas en todo el mundo, reducciones del comercio mundial y disminuciones en la producción mundial (Citado por Brue y Grant, 2008, p.201).

List negaba la existencia de la armonía de los intereses entre el individuo y la sociedad según planteaba Smith y argumentaba que los intereses privados inmediatos de ciertos miembros de la comunidad no siempre conducían al bien más alto del conjunto social. La unidad nacional, resultado del desarrollo pasado, era necesaria para el individuo pero sus intereses deben estar subordinados a la preservación de esa unidad (Brue y Grant, 2008).

1.3.2. *Wilhelm Roscher*

El fundador del historicismo más antiguo fue Wilhelm G.F. Roscher (1817-1894), cuya obra más conocida, *Sistema de economía política* (1854-1894), está dividida en cinco tomos. Este autor afirmaba que los estudios económicos debían tener en cuenta las circunstancias particulares de cada pueblo/región y sus cambiantes costumbres económicas, las instituciones económicas de un país solo se podían criticar si se consideraba su historia y su grado de desarrollo social y económico. En relación con sus ideas acerca del papel del Estado y sobre el método histórico, entendía a la “ciencia de lo nacional” como la ciencia que se dedicaba a las leyes del desarrollo económico de una nación o de su vida económica. La vida nacional era un todo con varios fenómenos conectados uno con el otro por lo que, para comprender científicamente uno de sus lados, era necesario comprender todos, en especial el idioma, la religión, el arte, la ciencia, la ley, el Estado y la economía. Según sus palabras, rescatadas por Brue y Grant (2008):

Si por economía pública de una nación entendemos la legislación económica y la guía o dirección gubernamental de la economía de las personas privadas, la ciencia de la economía pública se convierte, en lo que concierne a su forma, en una rama de la ciencia política (...) Una vez que las leyes naturales de la economía política se conocen y reconocen lo suficiente, todo lo que se necesita, en cualquier caso determinado, son estadísticas más exactas y confiables del hecho involucrado, para reconciliar las controversias de todas las partes sobre aspectos de la política de la economía pública, por lo menos hasta donde esas controversias se originan por una diferencia de opiniones (p.202)⁷.

Asimismo, para Roscher, el conocimiento adquirido mediante la utilización del método histórico eliminaba los sentimientos de

⁷ Los autores aclaran que utilizan la traducción al inglés de 1878 del Tomo I, con el título *Principles of Political Economy*.

autosuficiencia y entonces las civilizaciones superiores no mirarían con desprecio a las inferiores. Las sociedades evolucionan continuamente de formas inmaduras a maduras, consideradas como las más perfectas. Sin embargo, con el tiempo, las sociedades maduras se deterioran y se destruyen (Brue y Grant, 2008)⁸.

1.3.3. *Gustav von Schmoller*

La principal figura de la escuela histórica más joven fue Gustav von Schmoller (1838-1917), profesor de Ciencia Política en Halle, Estrasburgo y Berlín. Escribió un *Esbozo de teoría económica general* (obra en dos tomos, 1900-1904), el cual fue, por largo tiempo, el texto universal en Alemania. Este economista proponía estudiar la economía sobre la base de monografías históricas.

El autor sostuvo una controversia con Carl Menger⁹ conocida como “la batalla de los métodos” en referencia a qué perspectiva era más apropiada para el estudio económico, si la inductiva o deductiva. Schmoller rechazó el enfoque abstracto y la metodología deductiva e individualista del marginalismo. Su propuesta fue reconstruir la ciencia económica a partir de leyes históricas del desarrollo que un vasto programa de investigación empírica interdisciplinaria tendría que ir descubriendo por medio de la inducción en el futuro. Igual que sus predecesores, Schmoller y sus discípulos eran relativistas, holistas metodológicos y partidarios del intervencionismo estatal, frente al absolutismo, el individualismo metodológico y al liberalismo doctrinario de Menger y la escuela austríaca.

8 Respecto de los otros autores del triunvirato, breves consideraciones sobre sus ideas esenciales. Bruno Hildebrand (1812-1878) fue un activo liberal, por lo que sufrió persecución política y perdió su puesto académico. En su principal obra *Economía nacional del presente y del futuro* (1848) critica el pensamiento económico tanto de los clásicos como de los socialistas. Su intención fue enunciar las leyes del desarrollo económico (distinta a la ley natural, análoga a las físicas); propone una teoría por etapas en las que influyen la moral, la religión, las costumbres y el tipo de propiedad: (1) economía natural, (2) economía monetaria y (3) economía de crédito; un método apoyado en datos estadísticos y no en abstracciones como David Ricardo; e interpreta el *alma popular* como encarnada en el leguaje y el idioma. Karl Knies (1821-1898) rechaza la idea de afinidad entre leyes de ciencias sociales y ciencias naturales, entiende que el desarrollo del progreso moral da a cada secuencia histórica características propias, que pueden ser análogas a otras secuencias, pero nunca idénticas. También, de que cada uno busque su propio bienestar, puesto que lo acertado es buscar el bien del Estado (el interés privado elevado a la categoría de fuerza de la naturaleza irá en contra de la unidad alemana). Afirma que el utilitarismo de los clásicos y el énfasis en considerar al trabajo como fuente de valor, son los caminos que han abierto al socialismo. En este sentido, la economía nunca será una ciencia absoluta, sino que debe de considerar siempre las circunstancias históricas (los acontecimientos concretos son explicables con base en la historia, esencia de las leyes sociales, nunca abstracciones y simples modelizaciones). En conclusión, la teoría económica es un fenómeno relativo a un tiempo y un lugar.

9 Carl Menger (1840-1921), doctor en derecho, fue más conocido como economista y uno de los fundadores de la escuela austríaca de economía. Publicó en 1871 su libro más conocido, *Principios de economía política*.

A pesar de que el debate fue riguroso y resultó en publicaciones desfavorables hacia el otro por parte de ambos autores, la conclusión resultante consideró que ambos métodos eran importantes y, por tanto, complementarios. En uno de esos escritos sobre la investigación histórica, Schmoller (1894) creía que,

Las ciencias históricas proporcionan un material empírico y datos que transforman al erudito de un simple mendigo en un hombre rico en lo que concierne al conocimiento o la realidad. Y es ese material histórico-empírico el que, lo mismo que todas las buenas observaciones y descripciones, sirve para ilustrar y verificar las conclusiones teóricas para demostrar las limitaciones de la validez de ciertas verdades y, más que cualquier otra cosa, para obtener en forma inductiva nuevas verdades. Esto es de particular aplicación a los terrenos más complicados de la economía política, en donde sólo es posible avanzar sobre la base de investigaciones históricas (Citado por Brue y Grant, 2008, p.204).

Por ello, la consulta de la historia correspondía a los métodos más apropiados de la economía política. En oposición, Menger reconocía que las instituciones económicas más importantes (la propiedad, el dinero y el crédito) tienen tanto una naturaleza individual como un lado histórico en su existencia. Para Schmoller era relevante fomentar los juicios de valor ético; la justicia debía impartirse mediante una política paternalista de reforma social de distribución equitativa del ingreso, promovida por el Estado y para todos los grupos sociales. Con relación al proteccionismo, si bien con anterioridad no había estado a favor, a finales de su vida cambió radicalmente sus ideas y aclamó a Alexander Hamilton¹⁰ y Friedrich List como sus maestros. Justificaba las tarifas con base en el argumento de List de la “industria incipiente” pero, además, creía que las tarifas eran armas internacionales que podrían beneficiar a un país si las utilizaba con habilidad (Brue y Grant, 2008). Sin embargo, a pesar de los innumerables estudios históricos que publicaron él y sus discípulos, no logró generar una teoría económica y su principal contribución fue en el ámbito de la historia económica.

Los particulares efectos de la inmediata posguerra en Alemania (con el proceso hiperinflacionario de 1923 como máxima expresión por su carácter inédito) harán reducir la importancia de la escuela que no logró generar una teoría explicativa para estos especiales cimbronazos económicos.

10 Alexander Hamilton (1755 ó 1757-1804) fue un economista, estadista, político, escritor, abogado, y el primer secretario del Tesoro de los Estados Unidos.

2. El institucionalismo norteamericano

La escuela institucionalista es un aporte estadounidense al pensamiento económico, surgida a fines del siglo XIX y que continúa con sus estudios hasta la actualidad. Las posturas se orientaron a criticar fuertemente a los neoclásicos con relación a sus análisis sobre los mecanismos de los precios y de la distribución. Para los institucionalistas, las propuestas neoclásicas empezaron a quedar incompletas y, como plantea críticamente James (1974), “los hombres de nuestra generación han conocido transiciones rápidas de la abundancia a la escasez y tienen la impresión de no haber presenciado nunca el espectáculo de una economía duraderamente equilibrada.” (p.259). La economía planteada por los neoclásicos comenzó a tener dificultades producto de la Gran Guerra (1914-1918) y la crisis más importante del sistema capitalista, iniciada en Estados Unidos a partir de la caída de la Bolsa de Valores de Wall Street en octubre de 1929. Los institucionalistas avanzaron en dar explicaciones y/o propuestas ante el advenimiento de la crisis, principalmente apelando a la importancia que obtuvieron las instituciones para atender a los problemas que presentaba el capitalismo y la mala distribución de los ingresos. De esta manera, para entender la importancia que tuvo el institucionalismo es necesario desarrollar el contexto histórico en el cual surgió.

2.1. Contexto histórico: las particularidades del caso norteamericano

Antes de explicar la situación en la que surgió esta escuela, se debe recordar que Estados Unidos se conformó de manera diferente a los países europeos: de una etapa de colonización y dominación británica se pasó a un periodo de gobierno propio y republicano con la sanción de la constitución que luego sería el modelo de los próximos países del continente americano y del europeo. Además, la identidad norteamericana se basaba en la tendencia a definir el país “como una forma distinta e incluso separada de todo lo extranjero, tanto de Europa como de aquellas partes del mundo que (...) [llamaban] “salvajes” (Bender, 2011, p.195). Por ello, el republicanismo, el cristianismo protestante y su repudio hacia las ambiciones imperiales eran los aspectos centrales de su carácter distintivo.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, Estados Unidos se constituyó como el país capitalista más grande y poderoso del mundo. En palabras de Bender (2011), “la notable expansión de la frontera agrícola,

de sus ciudades y mercados se basó siempre en la premisa de que las personas podían y debían explotar al máximo la riqueza de la naturaleza.” (p.200). Esta expansión fue apoyada por una decisión política nacional y por medios militares cuando fue necesario, como ocurrió con el desalojo de la tribu nativa *cherokee* del sur de Georgia o la guerra contra México (1846-1848) para conseguir los territorios ubicados al oeste de Texas. Para asegurar y proteger el ingreso de los norteamericanos a los mercados globales se utilizó tanto la diplomacia como la fuerza.

Las ideas que imperaban en los ámbitos públicos eran predominantemente conservadoras: el Estado proclamaba la aplicación del *laissez faire* en los asuntos de los trabajadores y estableció la protección de aranceles a los negocios (Brue y Grant, 2008). En materia de política exterior, la acción directa e indirecta del país, tanto en el propio continente como fuera del mismo, estuvo justificada por una misión religiosa e ideas de jerarquía y capacidad raciales. Para el siglo XX, las relaciones exteriores se caracterizaron por la búsqueda global de mercados para los productos agrícolas y mercancías industrializadas, el comercio marítimo ilimitado, el apoyo a los empresarios privados en el mercado global y el rápido despliegue de fuerzas cuando fuese necesario para el respaldo de los negocios (Bender, 2011).

2.2. Principales características. La obra de Veblen

Los institucionalistas analizaron a la economía como parte de un proceso que evoluciona constantemente y que le da importancia a la realidad cotidiana de la sociedad. En efecto, se preocuparon por las necesidades de la clase media (grupos agrícolas, trabajadores del gobierno, entre otros) mediante la propuesta de distintas reformas con el objetivo de ponerle límites al capitalismo. Sus miembros más importantes, al igual que la escuela histórica alemana, apelaron al método inductivo para el estudio económico con la utilización de estadísticas y datos que acortaban las distancias entre la teoría y la práctica en el plano de la economía¹¹.

Los autores Brue y Grant (2008) nos presentan los caracteres más relevantes de la escuela:

11 En este capítulo nos ocuparemos solamente de Veblen. Otros autores de esta escuela fueron: Wesley Clair Mitchell (1874-1948), economista que destacó en el estudio de los ciclos de los negocios; John R. Commons (1862-1945), economista que se distinguió en el campo de la economía aplicada por su contribución a la creación de la legislación del “Estado de bienestar”; y John Maurice Clark (1884-1963) profesor de Economía en la Universidad de Columbia y en la de Chicago que, influenciado por la corriente de pensamiento institucionalista, intentó introducir el realismo en la teoría económica y hacerla socialmente útil.

- a) *Enfoque en todas las instituciones*: el papel de las instituciones era fundamental en la vida económica. La institución era entendida no solo como una organización o un establecimiento en pos de un objetivo sino un patrón organizado de la conducta de grupo bien establecido y aceptado como una parte fundamental de la cultura (costumbres, hábitos sociales, leyes, maneras de pensar y formas de vida). La esclavitud y la creencia en ella eran instituciones y otros ejemplos podrían ser las creencias en el *laissez faire*, un sistema de seguridad del gobierno y el sindicalismo. En definitiva, la vida económica de toda sociedad estaba regulada por las instituciones económicas y no las leyes económicas, como planteaban los pensadores clásicos.
- b) *Enfoque evolucionista darwiniano*: esta perspectiva de análisis se debe utilizar en las sociedades y en sus instituciones porque ambas están en cambios permanentes. Por consiguiente, su evolución y funcionamiento deben ser el tema principal en el plano económico. Para comprender los cambios antes mencionados, este enfoque necesita no solo de la economía, sino que requiere conocimientos de historia, ciencias políticas, antropología cultural, sociología, psicología y filosofía.
- c) *Rechazo a la idea del equilibrio normal*: los institucionalistas planteaban que los desajustes en la vida económica no eran desvíos del equilibrio, sino que dichos desarreglos eran normales en el plano de la economía. En efecto, los problemas del desarrollo económico que presentaba el capitalismo fueron de suma importancia para los institucionalistas. La escuela estaba convencida de que era necesario que los controles colectivos fueran realizados por el gobierno para corregir las deficiencias generadas en la vida económica.
- d) *Choques de intereses*: la escuela institucionalista iba en contra de sus contemporáneos que sostenían que había una armonía de intereses en sus propias teorías. Ellos mismos plantean que hay ciertos choques y diferencias entre los grupos de negocios; por ejemplo, hay agricultores que están en contra de algunos moradores urbanos, empleadores contra trabajadores. Debido a ello, se necesitaba de un Estado imparcial que lograra conciliar los intereses en conflicto con el objetivo de alcanzar el bienestar social y no dañar el sistema económico.
- e) *Reforma democrática liberal*: apoyaban las reformas con el fin de que la distribución de la riqueza y del ingreso fuera lo más

equitativa posible. Estaban en contra de que los precios del mercado sean los índices adecuados del bienestar individual y que aquellos que no estuvieran regulados llevaran adelante una distribución eficiente de los recursos. Por ello, el papel del gobierno debía ser más participativo en la economía para lograr la equidad social.

Como puede apreciarse, el institucionalismo es ante todo una corriente de pensamiento no convencional. Se concentra en el problema básico de organización de la economía como un sistema, incluyendo al mercado. Mientras que la economía ortodoxa se centraba en los problemas de asignación de recursos, determinación de los niveles de renta y su distribución, empleo, precios y crecimiento, el institucionalismo estudia el recíproco impacto de la organización económica en los problemas de asignación de recursos y de crecimiento. Unánimemente rechazaron el utilitarismo hedonista así como del método abstracto-deductivo de los neoclásicos. En vez de buscar leyes generales de la economía introduciendo en el razonamiento hipótesis irreales, tienden a intensificar los estudios empíricos en especial la investigación acerca de las instituciones de cada sistema económico.

Uno de los pensadores más relevantes del institucionalismo es Thorstein Bunde Veblen (1857-1929). Nació en una granja ubicada en la frontera de Wisconsin; hijo de inmigrantes noruegos, se crió en la región rural de Minnesota. Finalizó su educación en la Universidad de *Carlton College* en la cual se recibió de sociólogo, filósofo y economista. Sin embargo, a pesar de sus importantes estudios y conseguir becas en *Cornell* y en la Universidad de Chicago, por sus problemas personales y diferencias con sus propios estudiantes, estuvo obligado a cambiar continuamente de universidades (Brue y Grant, 2008).

En su libro más relevante, *Teoría de la clase ociosa*, publicado en 1899, encontramos los puntos de vista más destacables en materia económica. Allí se exponen las críticas a otras corrientes de pensamiento económico como a los clásicos e inclusive a la propia escuela histórica alemana. Por ejemplo, a los historicistas les criticó el hecho de no creer en la existencia de las leyes del desarrollo histórico y, para él, tales leyes son útiles para comprender la evolución humana. Además, reprochó a los clásicos la idea de que el único móvil que impulsaba al hombre para realizar algunas tareas era su interés personal y que todo trabajo era dificultoso. Veblen plantea que la ciencia económica se tenía que reformar por lo menos en los tres temas siguientes: 1) Los auténticos móviles que impulsan la actividad humana deben estar apoyados en una psicología que muestre la realidad

de las situaciones fijadas en la observación. 2) Las costumbres y el juego de los intereses son las principales características que conducen a la creación de las instituciones. El objetivo primordial de la ciencia económica es estudiar estas instituciones, con el propósito de mostrar su nacimiento, sus modalidades económicas, cómo realizan la distribución de los ingresos y la evolución de los móviles. 3) Por último, analizar paulatinamente la evolución de las instituciones en el tiempo, por medio de la ciencia que puede registrar una secuencia coherente de dichas instituciones (James, 1974).

De esta manera, los trabajos realizados por Veblen interesaron más a la sociología que a la economía. Sus análisis se destinaron más a criticar fuertemente a los neoclásicos que a dar explicaciones económicas propias. Sin embargo, tuvo una influencia notable en los Estados Unidos a partir de las consecuencias de la Primera Guerra Mundial. Los desarrollos de Veblen resultan importantes debido a los nuevos problemas que se plantean, porque propone nuevos métodos de análisis y, a su vez, muestra las características de la sociedad estadounidense. En la obra analiza el consumo desmedido que desarrolla la clase acomodada, una incorporación de bienes sin querer trabajar para poder obtenerlos. En palabras del autor:

Los datos que nos ofrecen los usos y los rasgos culturales de las comunidades que se hallan en un estadio bajo de desarrollo indican que la institución de una clase ociosa ha surgido gradualmente durante la transición del salvajismo primitivo a la barbarie; o dicho con más precisión, durante la transición de unos hábitos de vida pacíficos a unas costumbres belicosas. Las condiciones necesarias al parecer para que surja una clase ociosa bien desarrollada son: 1) la comunidad debe tener hábitos de vida depredadores (guerra, caza mayor, o ambas a la vez); es decir, los hombres, que constituyen en estos casos la clase ociosa en proceso de incoación tienen que estar habituados a infligir daños por la fuerza y mediante estratagemas; 2) tiene que haber posibilidades de conseguir medios de subsistencia suficientemente grandes para permitir que una parte considerable de la comunidad pueda estar exenta de dedicarse, de modo habitual, al trabajo rutinario ([1899], 2014, p.10).

La *clase ociosa* se caracteriza por el afán de acumular riqueza, no para hacerse cargo de sus necesidades físicas, espirituales, estéticas e intelectuales sino principalmente para mostrar su poderío económico y afianzarse cada vez más como clase dominante. Puesto que, demostrar su capital económico indica poder, honor, y prestigio y, a su vez, para lograr ser respetable ese “consumo conspicuo” debe ser desmedido y un exagerado derroche. Por el contrario, las clases subalternas deben trabajar con el objetivo de poder subsistir, pero incluso su patrón de gastos

también contiene elementos del consumo derrochador. Es decir, su perspectiva de vida está determinada por la clase dominante¹².

Las mujeres tienen un rol importante para ostentar la riqueza al usar ropa muy costosa y zapatos de precios caros, lo cual permite considerar cómo los hombres ricos mantienen a sus esposas con objetos de lujos. Por consiguiente, un bien para Veblen solo aumenta el “beneficio del consumo conspicuo”, y si el precio es elevado, ayuda a que la clase dominante se mantenga como tal. En el caso contrario, si el precio disminuye, la demanda también decaerá.

3. Recapitulación

Los trabajos tanto de la escuela histórica como del institucionalismo permiten la posibilidad de conocer el funcionamiento del capitalismo. La escuela histórica estaba en lo cierto acerca de que los economistas necesitaban familiarizarse con la historia, los entornos cambiantes y con la evolución económica y social, con el fin de comprender cada sociedad. Para lograr esta tarea se requerían estudios inductivos; era necesario crear teorías para entender las nuevas situaciones, las cuales requerían una cuidadosa comprobación mediante la utilización de datos empíricos apoyados por la estadística. A su vez, corresponde observar los distintos movimientos de las instituciones relacionadas con el dinero, el crédito y el cambio, propias del sistema económico. List es sindicado como uno de los iniciadores de la escuela histórica alemana, por oponer su método particularista histórico a la abstracción de los clásicos. La metodología de la escuela historicista rechazó la abstracción deductiva y formalista de la escuela económica liberal inglesa y también de la austríaca. El libre comercio solo es posible cuando las naciones partes poseen un poderío y un nivel de industrialización equivalente o semejante.

A las universidades alemanas se dirigieron un gran número de estudiantes norteamericanos interesados en las ciencias sociales en la séptima y octava década del siglo XIX y allí el institucionalismo encontró herramientas que le permitirán constituirse como corriente de pensamiento. Hubo circulación académica, con lo cual, si bien sus aportes se realizaron en contextos totalmente distintos, tanto la escuela histórica alemana y el institucionalismo norteamericano tuvieron sus puntos de contactos, como así también sus diferencias. El denominador común son las críticas realizadas a la escuela clásica y neoclásica para las cuales el interés personal

12 Un ejemplo de ello sería si la clase trabajadora lograra poder adquirir un auto que posee la clase ociosa, esta última prefiere inclinarse por un auto de mayor calidad (*Rolls Royce*), al cual no puede acceder la clase subalterna, para seguir manteniendo su estatus dominante dentro de la sociedad.

era el único móvil económico y el accionar era de manera racional, por el cual, determinaban el equilibrio social y político. El historicismo y el institucionalismo niegan estas ideas. El objetivo de la economía debía ser la conducta de los grupos humanos motivada por sus instintos, costumbres y prejuicios, no la de preocuparse por el equilibrio determinado por el libre juego de la oferta y la demanda en un mercado. A su vez, los factores que movilizaban a los grupos se modificaban a través de la historia, con lo cual, la conducta humana también cambiaba. Es por ello que ambos aportes están vinculados con el objetivo de crear una ciencia económica relacionada con la historia, para comprender esos cambios que afectaban a la sociedad.

4. Bibliografía y Fuentes

4.1. Bibliografía citada

- Beltrán, L. (1993). *Historia de las doctrinas económicas*. Barcelona: Teide.
- Bender, T. (2011). *Historia de los Estados Unidos. Una nación entre naciones*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Brue, S. y Grant, R. (2008). *Historia del Pensamiento Económico*. México: Cengage Learning.
- Droz, J. (Dir.). (1973). *Historia de Alemania. La formación de la unificación alemana 1789/1871*. Barcelona: Vicens-Vives.
- Ekelund, J. R. R. y Hébert, R. (2006). *Historia de la Teoría Económica y de su Método*. México: Mc. Graw Hill.
- Geary, D. (1992). "El socialismo y el movimiento obrero alemán antes de 1914". En Geary, D. (Comp.). *Movimientos obreros y socialistas en Europa antes de 1914* (pp.149-198). Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- González Nieves, I. y González Nieves, M. (2015). *Historia del pensamiento económico*. Buenos Aires: Heliasta.
- James, E. (1974). *Historia del pensamiento económico*. Madrid: Aguilar.
- Kemp, T. (1974). *La Revolución Industrial en la Europa del siglo XIX*. Barcelona: Fontanella.
- Piqué, A. (1982). Las ideas económicas de Federico List (1789-1846). Trabajo de Seminario de Capacitación Docente de la Cátedra de Historia del Pensamiento Económico de la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas. Buenos Aires: Universidad Católica Argentina.
- Schumpeter, J.A. (1971). *Historia del análisis económico*. Barcelona: Ariel.
- Supple, B. (1979). El Estado y la Revolución Industrial. En Cipolla, C. (Ed.). *Historia económica de Europa* (vol. 3, pp.312-370). Barcelona: Ariel.

4.2. Fuentes sugeridas

List, Friedrich ([1841] 1955). *Sistema nacional de economía política*. Madrid: Aguilar.

Veblen, Thorstein ([1899] 2014). *La teoría de la clase ociosa*. Madrid: Alianza.

CAPÍTULO 

La reestructuración de la economía política: la escuela neoclásica y la versión marshalliana

Aldo Fabio Alonso, Nicolás Delsol Bocasso y Simón G. Massa Silva

Introducción

La escuela económica neoclásica o economía neoclásica refiere a aquel enfoque económico que procura integrar al “análisis marginalista” algunas de las cuestiones ya consideradas por la escuela clásica. El nombre proviene por ser heredera de los clásicos al apoyarse en los mismos fundamentos que sus predecesores aunque los ordenaron y presentaron con una metodología diferente. Si bien en lo que se va a constituir en la corriente principal de la economía se incluyen un conjunto de autores, todos ellos ocupantes de las más importantes cátedras de Economía de las Universidades de Gran Bretaña, Francia, Austria e incluso Estados Unidos, en este capítulo, luego de presentar el respectivo contexto histórico y de exponer algunos elementos básicos que son comunes a todos ellos (y que se convertirán en aportes para la disciplina económica), nos focalizaremos solamente en el economista neoclásico por excelencia, el inglés Alfred Marshall, fundador de una de las aproximaciones de la escuela (equilibrio parcial) que a pesar de sus rasgos distintivos, nos permitirá presentar las características esenciales del neoclasicismo. Su obra principal, *Principios de economía* publicada en 1890, se constituye en el canon de la economía neoclásica. El economista recoge la teoría de los clásicos y las aportaciones marginalistas de sus contemporáneos y con ellas realiza una “síntesis” en la que busca y destaca las razones y los requisitos del equilibrio parcial¹.

1 Más allá de que los marginalistas desde la primera hora se enfrentaron a los clásicos, solo mediante la versión de Marshall lograron imponer sus ideas que auspicia la integración entre ambos sistemas. Con Keynes, el enfoque marshalliano será objeto de demoledoras críticas, no así las formulaciones de los primeros marginalistas. Estas son las razones que nos permiten ocuparnos, preferentemente, de Marshall, coincidiendo con los argumentos de Kiciloff (2010).

1. El contexto histórico: la internacionalización capitalista, clima intelectual y científico

La economía neoclásica coincide prácticamente con el período de fuerte expansión mundial del capitalismo (1860-1930), con importantes cambios en la tecnología y en la organización productiva que llevó a que algunos autores lo designaran como el de la “segunda revolución industrial”. Solo la Primera Guerra Mundial interrumpirá esta etapa, aunque el sistema capitalista no volverá a ser el mismo al tener que atravesar los problemas de posguerra. Cuando estaba en perspectivas de recuperación, ocurrirá la caída de la Bolsa de Valores de Nueva York (a partir del 24 de octubre de 1929, el denominado “jueves negro”), que iniciará la profunda depresión de los años treinta.

El período comprende, en términos económicos, dos etapas: la gran depresión (1873-1895) y la *belle époque* (hasta la Primera Guerra Mundial). En la primera etapa se produjeron una serie de cambios económicos y sociales, acompañados de una reducción de la expansión económica. El ciclo comercial, que marca el ritmo de una economía capitalista, experimentó depresiones entre los años mencionados, pero la producción, por el contrario, se mantuvo en ascenso con lo cual es discutible la denominación de crisis económica para esos años (Mommsen, 1985). Algunos indicadores no parecen reflejar su existencia: la producción de acero se multiplicó por veinte veces en ese lapso; el comercio internacional, a pesar de alguna depresión, tuvo una tendencia creciente, si bien no con el ritmo anterior a 1873. Las economías industriales de Estados Unidos y Alemania crecieron y se expandieron extraordinariamente, el proceso de industrialización se difundió a nuevos países, los países de ultramar se incorporaron a la economía mundial como exportadores de materias primas y alimentos con índices de desarrollo importantes y las inversiones extranjeras en América Latina alcanzaron valores históricos. Sin embargo, los contemporáneos no tenían dudas de que estaban en medio de una crisis económica duradera y de la que no percibían con claridad una salida. La realidad indicaba que desde 1873 la economía mundial experimentaba una depresión de los precios, de los beneficios y del interés, por ello Hobsbawm (2004) señala que no era la producción el problema, sino su rentabilidad². Distintas medidas permitieron superar el complicado momento: algunas de política económica, como el bimetalismo (sumar al oro la plata en el sistema monetario para generar subida

2 La crisis se inicia con los pánicos financieros en Viena y en Nueva York, rápidamente extendidos por la mayoría de las naciones industriales. Véase Marichal (2009).

de precios) y el proteccionismo (un conjunto de barreras arancelarias que Alemania, Francia, Estados Unidos, entre otros países, establecieron para impedir la entrada de productos desde el mercado mundial al mercado interno); otras con transformaciones en el mundo empresarial, como la gestión científica (una racionalización de la administración y de la producción para mejorar el rendimiento de los trabajadores)³ y la concentración empresarial de la producción y el capital (la conformación de grandes empresas para obtener una posición ventajosa en el mercado, dando origen a monopolios y oligopolios que pasaron a controlar la mayor parte de la oferta de bienes y servicios). En este contexto de crisis y la depresión que le siguió, también el imperialismo, entendido como el proceso de conquista, anexión y administración de una gran porción del mundo extraeuropeo por un grupo de potencias (Gran Bretaña, Francia, Alemania, Holanda, Bélgica, Estados Unidos, Italia, más los antiguos imperios español y portugués)⁴ permitió que el capital encuentre nuevas fuentes de inversión y colocar los productos hasta ese entonces sin posibilidades de venderse. El proceso se llevó a cabo especialmente entre 1880 y 1914 a partir de la abrumadora superioridad militar y económica que existía entre esas economías industrializadas y el resto del mundo. América Latina se mantuvo fuera del reparto colonial pero, si bien no hubo una conquista formal, no pudo resistir la dominación económica impuesta por el esquema de división internacional del trabajo y quedó bajo la órbita de los Estados Unidos. Ante la presión empresarial, el Estado contribuyó a dar impulso a esta política expansiva a nivel global.

A partir de 1895 y hasta la Primera Guerra Mundial, se desarrolló la segunda etapa. La crisis quedó atrás y se inició un nuevo ciclo de crecimiento económico, pero esta vez los líderes fueron Estados Unidos y Alemania, que terminaron por desalojar a Gran Bretaña del lugar de privilegio que había ostentado desde fines del siglo XVIII como la principal, y durante muchos años, la única economía industrial.

Esta fase ascendente del nuevo ciclo económico se caracterizó por una revolución permanente de la producción industrial (con una nueva ola de innovación tecnológica)⁵ y agrícola (incorporación de zonas geográficas extraeuropeas al mercado mundial como exportadoras de

3 Las ideas de Taylor aplicadas implicaron tres métodos: 1) separar al trabajador del resto del grupo con transferencia del control del proceso productivo a los representantes de la dirección; 2) profundizar la división del trabajo y control cronometrado de las tareas; y 3) sistema de pago de salarios que impulsaran al trabajador a producir más.

4 África y el Pacífico (excepto Japón) fueron las dos zonas totalmente repartidas entre las potencias imperialistas; Gran Bretaña y Francia fueron las más beneficiadas.

5 Los cambios tecnológicos se vincularon con el reemplazo del hierro por el acero y, en el campo energético, el uso de la electricidad y del petróleo que desplazaron al carbón. También fueron significativos los cambios en la organización y automatización de los procesos productivos.

materias primas y alimentos). Las nuevas industrias (petrolera, eléctrica, metalúrgica, química, alimentaria y automovilística) encontrarán en las sociedades anónimas la fórmula asociativa por excelencia organizándose mediante cártel, holding o trust. Continuó la división internacional del trabajo y los términos del intercambio favorecieron a los productos agrícolas (como los que se exportaban de Argentina)⁶. El comercio mundial creció exponencialmente al amparo del sistema de cambios fijos del patrón oro (referente monetario seguro y estable que facilitó los intercambios comerciales y los movimientos de capital), por una red de transporte cada vez más densa (trenes y barcos permitieron ampliar el volumen transportado, reducir los tiempos y los costos) y la facilidad de las comunicaciones (telegrafía, teléfono). La integración se concretó a través de la especialización. Cada región se dedicó a producir aquello para lo cual estaba mejor dotada: los países desarrollados, bienes industriales; los que contaban con recursos naturales, alimentos y materias primas (Frieden, 2007).

Los empresarios, para disminuir los costos de producción, trasladaron el problema a los trabajadores mediante la baja de salarios, lo cual dio origen y potenció la denominada cuestión social, con protestas por condiciones laborales y de vida: el surgimiento de los primeros sindicatos modernos y las primeras protestas organizadas son de estos años. Los pensadores socialistas en sus distintas ramas cuestionaron las ideas económicas del momento: las defendidas por los neoclásicos. El crecimiento demográfico fue importante, con un predominio de la burguesía y con un aumento de las clases medias. La característica política es una creciente democratización a partir de los principios liberales, en un proceso controlado por los sectores dirigentes, para procurar compatibilizar al sistema económico con el régimen político en expansión.

La economía mundial en su conjunto creció en este período; la locomotora la conformaba un grupo más amplio de países industriales interdependientes, productores y consumidores de bienes y servicios (Estados Unidos, los países desarrollados de Europa occidental y Japón)⁷. El nacionalismo se convertirá rápidamente en la ideología dominante a partir de 1870, con importantes modificaciones respecto al período anterior;

6 El crecimiento de la población fue importante, con un acelerado proceso de urbanización. En cambio, el crecimiento económico fue insuficiente para absorber la explosión demográfica: la mejora de los transportes y el crecimiento de algunos países de clima templado y poco poblados, permitió movimientos migratorios masivos, descomprimió la tensión social y redujo la presión sobre el mercado laboral en los países del capitalismo central.

7 En especial hay que destacar el impresionante crecimiento industrial de Alemania, en particular a partir de 1870 cuando tras la guerra con Francia incorporó territorios ricos en hierro y carbón conformándose como el principal rival para Gran Bretaña.

a partir de ahora será defendido por grupos de la derecha política que destacaban los rasgos culturales y lingüísticos de cada pueblo, requisito válido para reclamar por su autodeterminación.

El clima intelectual va a estar dominado por el pensamiento positivista que alcanza su auge en este período, consistente en una confianza generalizada en que la ciencia sería capaz de resolver los problemas políticos y sociales⁸. Distintas esferas del mundo cultural (la filosofía, la religión y el arte) atraviesan una profunda crisis que intentará resolverse mediante un viraje desde los aspectos sociales y realistas hacia el idealismo y el individualismo (Fernández López, 1998). La conducta del individuo debe situarse en el primer lugar, tal como plantea la filosofía política liberal; en la explicación del mundo social desaparecen las relaciones, interacciones e influencias (culturales, económicas y políticas) entre las personas. En ese marco, se afianza el utilitarismo como corriente filosófica que se basaba en la idea de que lo bueno para las personas era aquello que les proporcionaba placer o felicidad, y lo malo, aquello que generaba dolor o infelicidad. Según el positivismo, una ciencia que se precie de tal debía validarse empíricamente, para lo cual era necesario definir las variables cuantificables. En economía, los marginalistas buscaron aquellas variables económicas relevantes a medir. La medición de cantidades se tornó entonces en el objeto de análisis de la economía; y para investigar cantidades, la herramienta y lenguaje por excelencia de la ciencia económica debía ser la matemática.

En este contexto socioeconómico de estabilidad y crecimiento para los centros mundiales, surgieron los neoclásicos; mientras perdía influencia teórica la escuela clásica, en especial, en la vertiente ricardiana. La nueva escuela va a estar fundada en lo que algunos han denominado “revolución marginalista” que se desarrolló en el campo de las ideas del pensamiento económico y acompañó y justificó una parte importante de los hechos sociales y políticos. A la vez, la denominación de sistema teórico neoclásico comenzará a utilizarse para hacer referencia a la obra de Marshall, a partir de la cual se extendió hasta abarcar toda la ortodoxia moderna⁹ (Screpanti y Zamagni, 1993).

8 La vida intelectual estuvo especialmente influida por la teoría evolucionista de Charles Darwin, y en filosofía, por el positivismo originado en Auguste Comte, fundador de la sociología. Las ciencias naturales y exactas se desarrollaron en estos años.

9 El término “neoclásico” o “economía neoclásica” fue acuñado por Thorstein Veblen para enfatizar la continuidad en el método, los principios y el análisis económico de este enfoque, que era nuevo, pero que fue asimilando y siendo asimilado por la corriente principal de pensamiento (Méndez Ibasate, 2004).

2. El giro marginalista en la teoría económica. Características generales del neoclasicismo

En las últimas tres décadas del siglo XIX nació de la mano de lo que algunos han denominado “revolución neoclásica” la teoría micro-económica moderna. La realidad histórica era bien diferente a la de los padres fundadores de la economía; al mismo tiempo, los integrantes de esta nueva manera de considerar a la economía tuvieron que enfrentar escuelas que refutaron a la clásica: el socialismo científico marxista, el historicismo alemán y el institucionalismo norteamericano.

En efecto, la década de 1870 supuso una ruptura radical con la economía política clásica anterior, pues la denominada “revolución marginalista” fue promulgada por economistas de distintos países que publicaron sus trabajos entre 1880 y 1890¹⁰: el inglés William Stanley Jevons (1835-1882), el austriaco Carl Menger (1840-1921), el francés Léon Walras (1834-1910), y los estadounidenses John B. Clark (1847-1938) e Irving Fisher (1867-1947), entre otros, con lo que el movimiento trascendió al plano internacional. Sus postulados e ideas constituyen los fundamentos del “marginalismo” y dan inicio a lo que se denominará “escuela neoclásica”, cuyos economistas continuaron con la teoría marginalista en procura de demostrar su validez científica. Alfred Marshall también tenía madura la idea de la “utilidad marginal decreciente” hacia 1870, pero su obra clave, los *Principios de economía* no apareció hasta 1890¹¹. No es nuestra intención abarcar la totalidad de los elementos relevantes de esta nueva perspectiva (lo cual implicaría un esfuerzo desproporcionado que escapa además de nuestros propósitos) ni a cada uno de sus referentes según los distintos centros académicos donde desarrollaron su actividad profesional. Solo cabe destacar que más allá de los puntos en común entre diferentes autores, la escuela no fue monolítica, al menos en sus orígenes. A una etapa fundacional (representada por la publicación, en los cuatro primeros años de la década de 1870, de los trabajos

10 “El término *revolución marginalista* se utiliza comúnmente para indicar un cambio repentino de dirección en la ciencia económica, con el abandono del enfoque clásico –y, dicho con mayor precisión, ricardiano– y el desplazamiento a un nuevo enfoque basado en una teoría subjetiva del valor y la noción analítica de la *utilidad marginal*.” (Roncaglia, 2006, p.371). Blaug (1985) ha demostrado que dicha “revolución” no fue tal; se trató más un proceso que de un acontecimiento, y no hubo un descubrimiento múltiple sino la coincidencia en el tiempo (aunque no por ello una coincidencia insignificante) de varios descubrimientos independientes. Sus principales aportes están en el terreno de la sistematización y formalización económica.

11 Tres orientaciones principales involucran al período neoclásico: el grupo walrasiano de Lausanne que destacan el tema del equilibrio general apoyado en instrumental matemático intenso y descuidando la explicación económica; el grupo marshalliano de Cambridge que combina el marginalismo especulativo con el uso de pruebas empíricas; y el grupo austriaco (o de la escuela de Viena) más puramente marginalista (Zalduendo, 1994).

de Jevons, Menger y Walras)¹² siguió la representada por una segunda generación de marginalistas, en la que se destaca Marshall (creador del concepto “economía” a secas, la figura de mayor autoridad entre los economistas de su tiempo)¹³, quien expone una expresión más madura y acabada a los aportes del “marginalismo” (Kicillof, 2010).

Entre Jevons, Menger y Walras existen múltiples diferencias en cuanto a metodologías, lenguajes y en general contribuciones a la teoría económica, lo cual no impide resaltar el hecho de que, de manera independiente, los tres emprendieran un camino en la misma dirección teórica. Expondremos entonces un cuadro sintético de la teoría neoclásica, un conjunto de rasgos compartidos que la diferencia de la teoría clásica a partir de la incorporación del “marginalismo” (Screpanti y Zamagni, 1993; Roncaglia, 2006).

En primer lugar, el nuevo sistema teórico dejó de lado la preocupación clásica por el fenómeno del crecimiento económico y los fundadores del neoclasicismo no indagaron en las fuerzas que explican la evolución en el tiempo de las economías industriales con las distintas fases (producción, distribución, acumulación y circulación del producto). A partir de ahora, el planteamiento marginalista (con un sistema de equilibrio estático) se centra en conocer las condiciones que determinan la asignación de recursos escasos (capital y trabajo) entre distintas actividades, con el fin de lograr resultados óptimos, es decir, maximizar la “utilidad” o satisfacción de los consumidores y de los beneficios empresariales. Todo lo contrario sucedía con los economistas políticos clásicos, que consideraban que el problema económico principal consistía en predecir los efectos que los cambios en la cantidad de capital y trabajo tendrían sobre la tasa de crecimiento de la producción nacional.

En segundo lugar, otro de los pilares del sistema teórico neoclásico será la adhesión al planteamiento utilitarista¹⁴. Los tres autores principales (Jevons, Menger y Walras) van a reformular la teoría del valor-utilidad con la hipótesis de la “utilidad marginal decreciente”, aunque el carácter “revolucionario” consistió en considerar que el comportamiento humano resultaba exclusivamente reducible al cálculo racional orientado

12 *Teoría de la economía política* (1871), *Principios de economía política* (1871) y *Elementos de economía política pura* (o *Teoría de la riqueza social*) (1874).

13 Formaron parte de esta generación de marginalistas también Francis Ysidro Edgeworth (1845-1926), Philip Henry Wicksteed (1844-1927) y Arthur Cecil Pigou (1877-1959) en Gran Bretaña; Eugen von Böhm-Bawerk (1851-1914) y Friedrich von Wieser (1851-1926) en Austria; Maffeo Pantaleón (1857-1924), Enrico Barone (1859-1924) y Vilfredo Pareto (1848-1923) en Italia; Knut Wicksell (1851-1926) y Gustav Cassel (1866-1945) en Suecia; e Irving Fisher (1867-1947) y John Bates Clark (1847-1938) en Estados Unidos.

14 Hay varios precursores (algunos mencionados en capítulos anteriores) como Galiani, Beccaria, Bentham, Say, Senior, Bastiat, Cournot y Gossen.

a la maximización de la “utilidad”, un principio de validez universal que permitiría comprender la vida económica.

En tercer lugar, el “método” se basa en el “principio de sustitución”; o sea, el principio de las variaciones de las proporciones. Los neoclásicos sostienen que siempre que un bien pueda ser reemplazado por otro, a efectos de satisfacer una necesidad, el reemplazado no puede valer más de lo que vale el reemplazante. En la teoría del consumo, un conjunto de bienes es sustituible por otro; y en la teoría de la producción, una combinación de factores productivos es sustituible por otra. Los satisfactores pueden reemplazarse, para cubrir una necesidad, independientemente de sus cualidades inherentes o de su calidad, ya que pueden tener diferencias de precio o condiciones de adquisición que a veces son muy ostensibles. Si se piensa en un artículo para vestir o en un automóvil, se pueden encontrar de diferentes costos y para diferentes gustos. Así, cualquiera que acostumbre usar alguno, cuyo precio sea alto y su tipo exclusivo, puede en un momento dado utilizar uno de menor precio y, por la “utilidad”, sus valores son tan altos en el momento en que se utiliza como el del otro que usó anteriormente de mayor costo. El objetivo consiste en escoger, con toda la información disponible, la alternativa óptima.

En cuarto lugar, los sujetos económicos serán individuos, pues deben ser capaces de tomar decisiones racionales con el propósito de maximizar la “utilidad” o el beneficio. Desaparecen, entonces, los sujetos colectivos, las clases sociales y los “cuerpos políticos”, categorías utilizadas desde los mercantilistas. A lo sumo, pueden considerarse grupos sociales mínimos: las empresas (unidades de producción) y las familias (unidades de consumo). Su perspectiva es microeconómica, enfocada en los procesos económicos singulares y menores de los individuos, las familias y las empresas.

En quinto lugar, los neoclásicos defendieron la ahistoricidad de las leyes económicas (leyes de carácter absoluto y objetivo), fundamentada en la propia eternidad del problema económico que plantearon: la escasez. Mientras los clásicos, e incluso Marx, construyeron su aparato analítico en referencia al sistema capitalista, cuyas leyes de movimiento era necesario investigar, desde ahora, las relaciones que merecen ser estudiadas son las relaciones técnicas (entre el hombre y la naturaleza) y no ya las relaciones sociales.

En sexto lugar, la teoría neoclásica sustituyó la teoría objetiva del valor (con foco en los costos de producción) por una subjetivista. Los bienes tienen valor porque surgen de un proceso de elección (el deseo del sujeto o consumidor). Participan, entonces, dos elementos en el valor de los bienes: el elemento de la subjetividad que indica que un valor es

tal porque alguien lo elige en cuanto fin; y el elemento de individualidad que postula que debe existir un determinado sujeto al que imputar aquel fin. La distribución de los ingresos se constituirá en un caso particular de esta teoría del valor, un problema de determinación de los precios de los servicios de los factores productivos¹⁵.

En la siguiente Tabla pueden advertirse las diferencias entre los dos grandes enfoques:

Tabla 1: Los enfoques clásico y neoclásico

ENFOQUE CLÁSICO	ENFOQUE NEOCLÁSICO
Economía política	Economía
Sistema económico	Individuo (familia y empresa)
Teoría objetiva del valor: Énfasis en la producción El trabajo como fuente de valor	Teoría subjetiva del valor: Énfasis en el intercambio Escasez / Necesidades
Costo	Utilidad
Perspectiva histórica	Leyes ahistóricas
Análisis macro: Agregados o clases	Análisis micro: Unidades económicas
Crecimiento en el largo plazo	Equilibrio en el corto plazo
Lenguaje teórico	Lenguaje gráfico-matemático

Fuente: elaboración propia

3. La ortodoxia neoclásica. La perspectiva marshalliana

Alfred Marshall nació en Londres, Inglaterra, en el seno de una familia burguesa. Hijo de William Marshall, un cajero de banco inglés quien fue bastante severo en la educación de su hijo, a tal punto de buscar todas las formas para alejar las matemáticas de su vida y elegirle una carrera como clérigo británico. Gracias a su distinción en el estudio consiguió una beca para estudiar la carrera que su padre deseaba. No obstante, la rechazó y estudió lo que realmente le gustaba, las matemáticas en Cambridge. Esto fue posible debido a la ayuda de un tío que se encontraba en una prospera posición económica. Así, con el correr del tiempo los intereses de Marshall se terminan de decantar por ciencias morales

¹⁵ En el enfoque clásico constituía un problema con características autónomas, que se refería al papel de las diferentes clases sociales y sus relaciones de poder.

y, por último, la economía política. Para fines de la década de 1860, se dedicó al dictado de la cátedra Economía en Cambridge, influido por los escritos de Cournot y von Thünen y traduciendo al lenguaje matemático las obras de Ricardo y Smith (Landreth y Colander, 2006)¹⁶. Durante la primera mitad de la década de 1870 se encarga de la enseñanza de economía política para estudiantes femeninas del *Saint John's Cambridge*, ámbito donde conoce a quien luego sería su esposa, Mary Paley, quien lo ayudaría en la disciplina y en la redacción de su primer libro, *Economía industrial* (1879). Su principal obra, *Principios de economía*, comenzó a escribirla a comienzos de la década de 1880 y fue un trabajo que le llevó toda su vida puesto que, si bien se publicó en 1890, decidió realizar modificaciones y mejoras a lo largo de sus reediciones. Este libro marcó un hecho fundamental debido a que sustituyó como texto de economía a los *Principios de economía política* de John Stuart Mill y por ser el primero en el que desaparece el término “política” de su título, queriendo con ello subrayar Marshall la consolidación de una nueva ciencia y la importancia de los conocimientos teóricos de economía dentro de la explicación de la organización social y del comportamiento individual (Perdices de Blas, 2004).

En 1908 se jubila de la cátedra de la Universidad de Cambridge, en la cual estuvo desde 1885. Marshall fue el maestro de importantes economistas del siglo XX, entre ellos el propio John Maynard Keynes.

3.1. Marshall y el desarrollo del análisis del equilibrio parcial

En 1890 se publica por primera vez su principal obra, considerada la más importante y completa de la escuela neoclásica y una de las tres más destacadas en la historia del pensamiento económico. Marshall, exponente número uno del neoclasicismo, retoma la herramienta básica del análisis marginal pero la incorpora en un método más amplio que reconoce la complejidad de la realidad a estudiar (interdependencia de variables), enfatiza la necesidad de abordar el estudio de esta realidad “paso a paso” mediante supuestos de variables que permanecen constantes (*ceteris paribus*), e inserta también en la formulación teórica, por vez primera y de manera por demás fructífera, la dimensión temporal. La complejidad de la naturaleza y las limitaciones de la mente humana le llevaron a plantearse cómo analizar los precios y los beneficios cuando variables como gustos, renta, tecnología y costos cambiaban constantemente a

16 Es de destacar que los escritos de John Stuart Mill han influido mucho en las obras de Marshall, véase Perdices de Blas (2004).

lo largo del tiempo. La cláusula de que algunas variables permanezcan igual le permitirá analizar la producción y la teoría del valor.

Los autores de la escuela marginalista, entre ellos Marshall, entendían a los individuos como seres económicamente racionales (*homo economicus*) que tendían a buscar la mayor satisfacción, una característica que contribuía a explicar el comportamiento humano puesto que siempre realizaban una acción con el fin de obtener una satisfacción a cambio.

Los neoclásicos aceptaron la ley de Say. Esta adhesión les llevó a plantear que los mercados (bienes y servicios, empleo y capital) siempre se encuentran en equilibrio, salvo por la interferencia de otros factores (como los sindicatos, el Estado). A partir del equilibrio en cada uno de los mercados, terminaron planteando la existencia de un equilibrio general. El mecanismo de ajuste para alcanzar esta posición parte del supuesto referido a que los mercados son de libre competencia o competencia perfecta¹⁷. El centro de interés estará en el análisis microeconómico, esto es, en el estudio de los comportamientos individuales, tanto de consumidores como de las empresas. A partir de allí, los neoclásicos analizaron cómo se determinaban los precios relativos, tanto en los mercados de bienes como en los factores productivos. Las familias se relacionan con las empresas de dos maneras distintas: por un lado, demandan bienes y servicios entregando a cambio dinero; por el otro, les ofrecen los servicios de los factores productivos a cambio de un ingreso. Recíprocamente, las empresas ofrecerán bienes y servicios a las familias y demandarán de ellas el uso de los servicios productivos, indispensables para la producción de bienes o la prestación de servicios.

3.2. La teoría de los precios y el valor de los bienes

A diferencia de los clásicos, quienes situaban la mirada en los costos de producción para determinar el precio de los productos, los autores de la escuela marginalista sostenían que la demanda era la que determinaba los precios del mercado. Marshall adoptó tanto una como la otra mirada y terminó argumentando que tanto la demanda como la oferta eran factores importantes que determinaban el precio de los bienes y servicios. La

17 Las características son: 1) homogeneidad del producto (todos los productos vendidos por los diferentes oferentes en un mercado son idénticos entre sí para los consumidores); 2) atomización (cada comprador o vendedor es tan pequeño en el mercado que individualmente no tiene fuerza suficiente para influir o modificar su funcionamiento); 3) libre entrada y salida del mercado (como no existen trabas, compradores y vendedores tienen libre movilidad en el mercado, igual que los factores productivos); 4) transparencia en el mercado (cada comprador o vendedor conoce el mercado). No existen impedimentos para obtener la información necesaria en cuanto a precios o cantidades a partir de la cual se tomaban las decisiones económicas.

demanda se deducía de la “utilidad marginal” del consumidor y la oferta de los costos de producción de la empresa. En palabras de Marshall:

Discutir acerca de si el valor está determinado por la utilidad o el coste de producción sería lo mismo que discutir acerca de si es la lámina superior de un par de tijeras o la inferior la que corta un trozo de papel. Es cierto que, cuando se mantiene una lámina fija y se corta moviendo la otra, puede decirse al pronto que es la segunda la que lo corta, pero la afirmación no es estrictamente exacta, y sólo puede disculparse si pretende ser meramente una explicación popular de lo que ocurre y no una afirmación estrictamente científica ([1890] 1957, p.289).

El foco de la teoría marshalliana del valor considera que toda cantidad de una cierta mercancía tiene un precio de demanda y un precio de oferta: el primero es aquel precio que el mercado está dispuesto a absorber; mientras que en el segundo los productores ponen a disposición del mercado esa cantidad. De aquí se obtienen las curvas de demanda y oferta, siendo la cantidad efectivamente cambiada aquella que iguala ambos precios. Pero lo que determina la demanda es la “utilidad” y lo que fija la oferta es el costo.

El costo representa para Marshall la suma de todos aquellos sacrificios que toda producción comporta: el implícito en el trabajo y el que lleva consigo el aplazamiento del consumo necesario para la formación de capital (la “abstinencia” de Nassau Senior, en Marshall es “la espera”)¹⁸. El precio de oferta de una determinada cantidad de bienes es exactamente la remuneración conjunta que es preciso ofrecer para que se efectúe aquella suma de sacrificios necesaria para la producción de dicha cantidad. Por lo tanto, las causas últimas del valor son la “utilidad” que tienen todos los bienes para satisfacer las necesidades y los sacrificios que es preciso aceptar para tener la disponibilidad de estos. La teoría del valor de Marshall puede así considerarse como la expresión más rigurosa y completa de la línea teórica de John Stuart Mill¹⁹.

18 La expresión refiere a la eliminación de consumos presentes con el objetivo de posibilitar la acumulación de capital. La “abstinencia” es la actitud que conduce al ahorro, una disminución del consumo en lo inmediato pero que posibilita, por medio de la acumulación y ampliación de los bienes de capital, la producción futura de bienes y servicios.

19 Mill sistematiza gran parte de las ideas posteriores a Ricardo tanto en Inglaterra como en Francia. Distingue, como los clásicos, entre un valor temporal y un valor permanente o natural. El primero depende de la demanda y de la oferta, y el segundo del costo. En este último caso realiza una distinción: la oferta de algunos bienes puede ser ampliada indefinidamente sin que ello comporte un aumento del costo. Para estas mercancías la demanda no tendría ninguna influencia cuantitativa sobre el valor. Pero también habría mercancías cuya oferta podría ampliarse indefinidamente con sucesivos aumentos de costos.

Los costos de producción son importantes. Aunque, matizó esta idea argumentando que se debía tener en cuenta el tiempo de mercado analizado. Así:

Podemos, pues, concluir que, *por regla general*, cuanto más corto sea el periodo que consideremos, mayor deberá ser la atención que dediquemos a la influencia de la demanda sobre el valor; y cuanto más largo sea el periodo, tanto más importante será la influencia del coste de producción sobre el valor, ya que los cambios de esta última tardan más tiempo en producir sus efectos que los que tienen lugar en la primera (Marshall, [1890] 1957, p.290).

En consecuencia, para Marshall existen dos momentos analíticos: uno, el corto plazo, cuando las cantidades están dadas y donde claramente priman los gustos, esto es, la demanda en la definición del precio de mercado; otro, cuanto más largo sea el período considerado, la incidencia mayor corresponde a los costos de producción.

La teoría de los costos de producción considera en especial dos tipos que constituyen fuentes originales del valor: a) el trabajo, entendido como esfuerzo que hace el hombre para producir, un punto de vista subjetivo que se retribuye con el salario; b) la espera, esto es, el sacrificio del capitalista o su abstinencia de consumo que, también desde el punto de vista subjetivo, implicaría una retribución que es el interés.

3.3. La importancia del mercado: la determinación de los precios

En los neoclásicos se retoma la idea de la “mano invisible” de Adam Smith. El mercado, sin interferencias, logra naturalmente llegar a una situación de equilibrio manifestándose así como defensores a ultranza del *laissez faire*. El precio de mercado estaba determinado por el punto de equilibrio en el que se cruzaban demanda y oferta (representadas gráficamente por curvas en un par de ejes cartesianos). La primera estaba atada a lo que Marshall llamó “utilidad marginal decreciente”, es decir que a medida que se incorpore más unidades de un bien en particular, estas tendrán a disminuir en el placer generado y, por lo tanto, el consumidor no estará predispuesto a seguir adquiriendo más unidades, a menos que

el precio de dicho bien baje²⁰. Ejemplo: una persona que se encuentra en un recital y que tiene sed, estará predispuesta a comprar una primera botella de agua a un precio que supera al que está acostumbrado a pagar en su vida diaria. Sin embargo, una vez satisfecha su necesidad no aceptará comprar la segunda botella de agua al precio de la primera puesto que no le generará el mismo placer. Por lo tanto, la curva de demanda, en su expresión gráfica, tiene forma descendente en donde el consumidor está predispuesto a comprar más a medida que baja el precio. En palabras de Marshall,

Existe, pues, una *ley general de la demanda*, que puede expresarse así: cuanto mayor es la cantidad que ha de venderse, tanto menor debe ser el precio a que se ofrecerá para que pueda encontrar compradores; o, en otros términos, la demanda aumenta cuando el precio baja y disminuye cuando el precio sube ([1890] 1957, p.87).

La segunda, así como los consumidores obtenían una "utilidad" (aunque marginalmente decreciente) a través del mercado, en el caso de los productores, al ofrecer sus servicios, sufrían una "desutilidad" (creciente marginalmente). Es decir, si se pretendía aumentar la producción, en general, ello acarrearía costos y sacrificios cada vez mayores. De esto se deriva que la curva de oferta, en su expresión gráfica, se representa de forma ascendente debido a que, siempre que aumenten los precios, los productores, actuando racionalmente, van a estar predispuestos a vender más cantidad de bienes porque cubren los costos (pago a los factores) que implica su elaboración. La empresa aumentará sus beneficios, en la medida en que el ingreso adicional que se obtiene por fabricar y vender una unidad más sea mayor al costo adicional que se genera por fabricar esa unidad.

Del cruce de la curva de oferta y de demanda surge el precio de equilibrio en torno al cual oscilaría el mercado. Ahora bien, si por algún motivo hubiese un aumento de los precios, generaría que los productores produzcan más de lo que los demandantes estén dispuestos a consumir, y viceversa sucedería si los precios de un producto bajan²¹. Sin embargo, el mercado tendría a corregirse hasta volver al precio de equilibrio. A

20 Marshall aceptó las dos leyes de Gossen (economista alemán, 1810-1858): 1) al adquirir unidades adicionales de un mismo tipo de bien, cada individuo obtiene un placer cada vez menor hasta llegar al punto de saciedad; 2) la condición de equilibrio que otorga la máxima utilidad se logra cuando el gasto que realiza el individuo de la última unidad monetaria en cualquiera de los bienes le reporta la misma utilidad marginal.

21 Marshall formuló el concepto de elasticidad-precio de la demanda (en forma similar lo hizo con la oferta): variación porcentual de la cantidad demandada ante una variación porcentual del precio, mide la sensibilidad de respuesta que presenta la demanda ante variaciones en el precio.

partir de este mecanismo, una consecuencia analítica del procedimiento marshalliano implica que,

Desde la perspectiva del mismo, desaparecía la vieja distinción entre valor (precio natural) y precio de mercado, sobre la que había habido tanta polémica entre los clásicos. Quedaba abandonada la búsqueda de una medida invariable del valor para periodos prolongados de tiempo. Lo que importaba era como se determinaban los precios en el proceso competitivo del mercado (Barber, 1980, p.168).

De cualquier manera, Marshall no consideró que la teoría de la demanda y la oferta fueran la base científica de la economía. El problema central no era la asignación de una serie de recursos dados, sino más bien el de cómo dichos recursos llegan a ser lo que son. “No sólo la ciencia de las actividades” –como él la llamaba– debía ser un suplemento necesario a la “ciencia de las necesidades”, sino que si una de las dos “puede pretender ser intérprete de la historia de la humanidad (...) es la ciencia de las actividades y no la de las necesidades” (Screpanti y Zamagni, 1997, p.191).

El mercado es para los neoclásicos el mecanismo que logra la óptima asignación de los recursos escasos. La mejor forma, la única racional, de organizar los procesos de producción, distribución y consumo. Constituye el mecanismo más adecuado para alcanzar la mayor “utilidad” de los consumidores y el mayor beneficio para las empresas. La intervención del Estado no debía ni siquiera pensarse.

¿Cómo funciona el mercado desde la mirada de Marshall? Los oferentes de bienes y servicios, y los consumidores o demandantes de los mismos confluyen en el mercado. De esta interacción de oferentes y demandantes de los diferentes mercados se determinan los precios y las cantidades de equilibrio de cada uno de los bienes y servicios. Y cuando todos los mercados se encuentran en equilibrio, se alcanza el equilibrio general en la economía.

3.4. La teoría de la distribución

Al analizar la distribución, Marshall se enfocó en el problema del establecimiento de precios de los distintos factores productivos, por lo tanto, avanzó sobre una propuesta similar a la teoría de conformación de los precios del mercado de bienes con énfasis en la interacción de oferta y demanda. Según Barber (1980) “la teoría de la distribución fue ante todo un caso especial de la formación de los precios de los servicios productivos en el mercado” (p.171).

Marshall retomaba la división tripartita de los factores productivos (tierra, capital y trabajo), aunque hay quienes sostienen que, dentro de su teoría, puede tomarse en cuenta a un cuarto factor, la actividad empresarial a la que el autor presta una particular atención²². En la introducción del Libro IV titulado *Los agentes de la producción: tierra, capital, trabajo y organización*, el autor define cada uno de estos elementos:

Los agentes de la producción se clasifican, generalmente en tierra, trabajo y capital. Por tierra se entienden el material y las fuerzas que la naturaleza proporciona libremente para ayudar al hombre (...). Por trabajo se entiende el esfuerzo económico del hombre, ya sea manual o intelectual. Por capital se quiere significar toda provisión almacenada para la producción de bienes materiales y para la consecución de los beneficios que se cuentan, generalmente como parte de la renta (...). El capital consta, en gran parte de conocimiento y organización (Marshall, [1890] 1957, p.119).

Cada uno de los factores productivos tomaba parte en la repartición de los ingresos totales. El pensamiento neoclásico consideraba que, si se dejaba operar al mercado libremente, cada quien recibiría una retribución equivalente a su contribución al valor de la producción, es decir, lo que le corresponde. A diferencia del planteo de Marx, no existe explotación en el proceso de producción. Al factor trabajo correspondía una remuneración denominada salario, el capital recibía un monto conocido como interés (una novedad de Marshall), el uso de la tierra percibía una renta y el beneficio correspondía a ese cuarto factor (la organización empresarial). Veamos cada caso en particular.

Dentro de la postura neoclásica, el salario era entendido como el pago al esfuerzo humano, una retribución que comprendía no solo a los ejecutores de la actividad laboral (las clases trabajadoras en la perspectiva clásica) sino también a los encargados de la gestión, el empresariado y los propietarios, quienes también recibían un “sueldo”. El funcionamiento del mercado de trabajo que permitirá determinar el salario real y el nivel de empleo de la economía, dependerá del funcionamiento de la demanda y la oferta. Por un lado, las empresas demandarán trabajo teniendo en cuenta cuánto les aportará cada nuevo trabajador en la producción (la “productividad marginal”) en relación con el costo adicional de esa contratación (el “costo marginal” o salario). Por otro lado, los

22 El estudio del rol del empresariado en la actividad productiva estuvo en la agenda de otros referentes del pensamiento económico como Cantillon y Say. Sin embargo, existe algo innovador en los planteos de Marshall y es en el papel que da a los gestores de la producción dentro de la distribución.

trabajadores ofrecerán su trabajo evaluando la “utilidad marginal” que les reporta el ingreso adicional que obtienen (por los nuevos bienes que podrán adquirir con el nuevo ingreso), en relación con la “desutilidad marginal” que representa ese esfuerzo de trabajar más tiempo.

En conjunto, tendremos las curvas de demanda y oferta de trabajo. Según los neoclásicos, para el salario de equilibrio no existe desempleo involuntario (personas que quieran trabajar por ese precio pero que no existan empresas dispuestas a contratarlas). La acción de los sindicatos o un Estado que establezca un salario mínimo al impedir que el mercado funcione con plena libertad y sin trabas regulatorias, ocasionará un desajuste entre la oferta y la demanda que generará desempleo. Solo la libre competencia garantiza el pleno empleo.

El concepto de renta también es resignificado, puesto que bajo la mirada clásica estaba vinculada al uso de la tierra para la producción agrícola, mientras que para los neoclásicos el término renta pasó a considerar en mayor medida a la propiedad urbana, la cual había ganado gran importancia hacia fines del siglo XIX. De la relación entre oferta y demanda en el mercado de tierras, surgirá la renta de equilibrio.

Los propietarios de capital, por su parte recibían un interés, entendido como la recompensa por evitar el consumo presente y esperar posibles ganancias a futuro. De la interacción de la oferta de fondos prestables por parte de las familias (alimentada por el ahorro) y de su demanda por las empresas (con destino a la inversión), surgirá el interés. Los individuos racionales compararán los ingresos adicionales que percibirán por ahorrar (representado por los intereses) y la “desutilidad” por posponer el consumo en el tiempo. Las empresas demandarán capital teniendo en cuenta cuánto aporta la unidad adicional al proceso de producción (la “productividad marginal”), en relación con el costo adicional (el interés que deben pagar)²³.

Hay que señalar que, dentro del esquema de Marshall, a diferencia de los clásicos y el marxismo, no se considera al beneficio como parte de la distribución. En realidad el monto que representaba “quedaba ahora absorbido como sueldo a la dirección de la empresa y como intereses sobre el capital invertido” (Barber, 1980, p.169). Sin embargo, el término beneficios no fue expulsado del léxico neoclásico, sino que se lo utilizó con la expresión “beneficios puros”²⁴ para referirse a situaciones anormales dentro del funcionamiento del mercado y la existencia de monopolios.

23 Para los neoclásicos el dinero era interesante ante todo por su relación con el gasto y el nivel general de precios (Barber, 1980).

24 Por “beneficios puros” se hacía referencia a situaciones en las que el volumen de las ganancias superaba ampliamente a la remuneración de los factores productivos.

A diferencia del modelo de distribución de los clásicos, en donde la remuneración de los factores productivos correspondía a cada uno de los distintos grupos que participaban del proceso productivo (la clase trabajadora recibiría un salario, los capitalistas beneficios y los terratenientes percibirían renta por el uso de la tierra), la propuesta de Marshall se centró en los criterios que vinculaban a la distribución de los ingresos con el aporte de los factores. Una vez definidas las distintas categorías de distribución, se atribuía al juego de las fuerzas de oferta y demanda para establecer el pago a cada uno de los que proporcionaban los servicios productivos. Es necesario destacar además que cada uno de los mercados de factores poseía diferenciaciones en su interior que influían a la hora de la distribución, por ejemplo, el mercado de trabajo distinguía entre la mano de obra cualificada y la que no lo era, distinción que era reflejada en la diferencia de salarios de uno y otro tipo de trabajadores; características especiales de este alcance también estaban presentes en los mercados de tierra y capital.

3.5. La teoría de la producción

En lo referido a la producción, Marshall comienza su análisis planteando su adscripción a la teoría del valor-utilidad señalando: “El hombre no puede crear cosas materiales. (...) Todo lo que puede hacer en el mundo es reajustar la materia para hacerla más útil, como cuando convierte un trozo de madera en una mesa (...)” ([1890] 1957, p.55). Hecha esta aclaración se centró en dos aspectos. El primero de ellos era la forma en la que cada agente individual se encargaba de combinar los factores productivos, asunto que no implicaba grandes problemas de resolución puesto que, en la concepción neoclásica, los empresarios eran seres motivados por la racionalidad económica y su fin último consistía en la obtención de las mayores ganancias posibles. En un contexto donde se mantengan las condiciones competitivas, la obtención de beneficios dependería de la libre combinación de los factores productivos de manera tal que se redujeran los costos por unidad productiva y era el empresario el encargado de seleccionar la disposición correcta de estos según el volumen de producción esperada.

El segundo de los aspectos abordados por Marshall al referirse a la producción se centra en las posibles adaptaciones que los gestores de la actividad productiva podían impulsar en caso de los cambios en el mercado (la dimensión temporal), una cuestión un tanto nebulosa de responder. El autor indicaba que el tiempo era el factor de mayor complejidad en dicha problemática, en tanto que los cambios en factores que

intervenían en el funcionamiento del mercado se producían de manera constante y, para desentrañarla, era preciso realizar un análisis minucioso para percibir las fluctuaciones y compilar las conclusiones, a fin de elaborar una respuesta práctica en cuanto a los ajustes de la producción.

El análisis marshalliano de la cuestión temporal hacía referencia a la existencia de tres tipos de lapsos. El primero era denominado como “día de mercado” y correspondía a un periodo de tiempo demasiado corto, en el cual el productor tenía pocas o nulas posibilidades de efectuar respuestas significativas ante los desajustes de la demanda; por consiguiente, como las cantidades ofrecidas estaban perfectamente determinadas, cualquier perturbación súbita y rápida producirá fluctuaciones en el precio de los bienes. El segundo periodo es el llamado “corto plazo” entendido como el tiempo suficiente para realizar algunas modificaciones dentro de la actividad productiva, como ampliar la jornada laboral o aumentar el número de empleados, adquirir más cantidad de materias primas e introducir mejoras técnicas que contribuyan al funcionamiento más eficaz de la planta (con modificación de los costos variables) y así aumentar la producción para ajustarla a un aumento en la demanda. Sin embargo, estas medidas contribuirían a elevar los costos marginales.

En caso de que se sostenga la demanda, el empresario debe considerar beneficioso expandir la capacidad productiva reduciendo los costos de producción (todos los costos se vuelven variables). El tiempo necesario para realizar los reajustes suficientes ante los cambios en el mercado y así alcanzar un nuevo equilibrio es conocido como “largo plazo” (Barber, 1980)²⁵.

En el esquema interpretativo de Marshall los distintos lapsos no referían a la temporalidad medible con el calendario, sino que su definición hacía referencia justamente al tiempo en el cual podían operarse transformaciones en la producción de distinto rango y profundidad. Hay que señalar que la duración de estos cambios variaba respondiendo a los casos particulares de cada industria, es decir que las nociones de “día de mercado”, “corto y largo plazo” variaban de una a otra. Siguiendo a Roll (2000) la dirección que Marshall dio a sus análisis fundamentados en un criterio tiempo-espacial “se basó en tres finalidades estrechamente relacionadas: comprensividad, realismo e importancia para la política económica.” (p.590).

Las aproximaciones teóricas en torno a los tiempos de mercado, sirvieron como fundamento de otras propuestas que veían en el “largo plazo” la posibilidad de que, ante los cambios de escala de las empresas,

25 También consideró un “muy largo plazo” o “período secular”, tiempo que permite variar, o considerar cambios en la tecnología y la población (por ejemplo, rentas y gustos de los consumidores), y estudiar las reacciones de precios de una generación a otra.

disminuyan los costos de producción incrementando así las ganancias. Desde esta perspectiva, los cambios podrían generar tres situaciones (costos medios crecientes, decrecientes o constantes). El caso más interesante estaba vinculado a la existencia de “costos medios decrecientes”, es decir, la situación en que al aumentar la escala los rendimientos también se incrementarían (rendimientos crecientes de escala)²⁶. Los clásicos pensaban muy diferente, pues si bien entendían que el crecimiento económico y la división del trabajo incrementaban los beneficios, no concebían un efecto directo sobre los costos medios de producción, de modo que la situación normal sería la de “rendimientos constantes de escala”. En este análisis, Marshall encontró una situación embarazosa: las economías de escala implicaban que un reducido número de grandes empresas podrían funcionar a costos medios más bajos y producir la misma cantidad que un gran número de pequeñas empresas; en consecuencia, el orden competitivo estaba amenazado.

3.6. Las garantías para el orden competitivo

La preocupación de Marshall no eran los agregados económicos, al contrario, su propuesta apuntaba a las empresas individuales (una perspectiva microeconómica). De hecho, en el estudio de las economías de escala subyacía uno de los preceptos del orden competitivo. El autor sostenía que un grupo de grandes productores podría producir a costos medios más bajos y elaborar el mismo volumen que un grupo de pequeñas empresas; sin embargo, recomendaba la existencia de un gran número de oferentes en el mercado de manera tal que ninguno de ellos pudiese acapararlo. La preocupación del pensamiento neoclásico era que si las empresas adquieren un gran tamaño pondrían en peligro la pervivencia de la libre competencia. No obstante reconocer la tendencia a la concentración económica, Marshall avanzó sobre un modelo basado en la preservación del equilibrio competitivo, pese a su falta de correspondencia con la realidad (Barber, 1980).

El economista prestó especial atención al peligro potencial que implicaban los rendimientos crecientes de escala y el desarrollo de grandes unidades productivas, con un considerable poder de mercado, para la existencia de un orden de competencia perfecta. Su análisis pretendió conciliar ambos elementos. Para ello comienza por distinguir dos tipos de estructuras de mercado: por un lado, un mercado “especial” en el

26 Se entiende por economía de escala a los cambios vinculados con el crecimiento de la planta, solo concebibles en el largo plazo, los cuales están directamente asociados con costos medios de producción más bajos.

cual podían actuar las empresas individuales protegidas de sus competidores inmediatos. Por otro lado, el mercado “especial” estaba rodeado por un mercado “general”, mucho más amplio. Como señala Barber (1980) “Marshall recurrió a esta distinción con el fin de compatibilizar el comportamiento del mundo de los negocios con un modelo en el que la competencia efectiva era una necesidad analítica” (p.175).

Las suposiciones de Marshall en torno a la naturaleza empresarial servían de fundamento para su aguerrida defensa a la viabilidad del orden competitivo; con el uso de metáforas biológicas como recurso explicativo, trata a las empresas como organismos vivos que poseían un ciclo de existencia (expansión e incluso supremacía, seguido de declive y finalmente, la muerte):

(...) los economistas deben mucho, por su parte, a las numerosas y profundas analogías que han sido descubiertas entre la organización social e industrial, por un lado, y la organización física de los animales superiores, por otro ([1890] 1957 p.202).

En este sentido, plantea que una determinada industria está compuesta por numerosas empresas individuales, todas ellas en distintas etapas de su “vida”; así, las que se encuentran en expansión pueden experimentar un crecimiento significativo, aunque se desarrollen en medio de un clima competitivo; las empresas más consolidadas o que logran ejercer supremacía dentro del mercado, gozan de rendimientos crecientes, pese a que sea de manera temporal; y finalmente otras se encuentran en declive. La noción de un “ciclo vital” argumenta que una empresa puede sobrevivir durante años cambiando de directores pero los herederos perderán paulatinamente la capacidad gestora e innovadora que poseían los fundadores.

Entre los elementos que limitan el ciclo de expansión de las empresas pueden señalarse, por un lado, el desfase entre los niveles de producción y de ventas, pues si bien el primero puede aumentar de manera veloz y rentable, el crecimiento del segundo es lento y limitado por diversos factores, como las variaciones en las necesidades y los gustos (Barber, 1980). Marshall señala que de la misma forma que el ambiente no siempre resultará suficiente para la supervivencia de un organismo:

(...) en el mundo económico la demanda de cualquier organización industrial no siempre hace surgir la oferta, a no ser que constituya algo más que un mero deseo de organización, o sea una necesidad. Debe ser una demanda eficiente, es decir, que ofrezca una remuneración

adecuada o cualquier otro beneficio a los que la ofrecen ([1890] 1957, p.203).

Por otro lado, se encuentran los límites naturales de la expansión empresarial, es decir cuando la influencia de una empresa sobrepasa los límites de su mercado “especial”, en el cual posee privilegios, y se abre a la competencia contra otros rivales en el mercado “general”, la consecuencia última de esta situación es la restricción del poder económico de una empresa en favor de aquellas que se encuentran en mejores condiciones competitivas. Esto inclina al autor en favor de las economías de escala, cuyo crecimiento económico se encontraba limitado por los factores mencionados, considerados como necesarios para el funcionamiento del mercado competitivo.

Pese a estas aproximaciones teóricas, todas fundamentadas en un contexto de pequeñas y medianas empresas, no lograban responder del todo a la realidad. Por ejemplo, las grandes concentraciones económicas impersonales, como las sociedades anónimas, cuya estructura amortiguaba los efectos adversos del mercado y les permitía gozar de una estabilidad mayor, socavaban los argumentos que sustentaban la existencia de “ciclos de vida” empresarial.

3.7. La dinámica económica en el largo plazo, precios y dinero

La preocupación dominante en Marshall era la teoría microeconómica con lo cual estudió menos los aspectos vinculados con los cambios económicos en el largo plazo. Con respecto al futuro de la economía, compartió y disintió con distintos postulados de los economistas clásicos. No estaba de acuerdo con los pensamientos pesimistas, como los de Malthus, debido a que pudo observar que no se había llegado al estado estacionario y que, por más que aumentó la población, los salarios habían mejorado. Solo cuando se confiara en exceso en la naturaleza los rendimientos podrían ser decrecientes. A su vez, “la acumulación de capital había proseguido, sin dar lugar a importantes desplazamientos de la mano de obra por la maquinaria” (Barber, 1980, p.181). Por lo tanto, no compartía la adhesión de otros economistas a la “ley de hierro de los salarios”. Sin embargo, si lo hizo con el postulado de que las rentas de la tierra tenderían a subir, pero relacionado con el aumento de la demanda de suelo con fines industriales y residenciales, y no por los límites naturales de la fertilidad del mismo. Marshall era un optimista de su modelo, como destacan Brue y Grant (2009):

Cuando las acciones de las leyes de los rendimientos a escalas crecientes y decrecientes están equilibrados, funciona la ley de los rendimientos constantes: la expansión de la producción se obtiene mediante una expansión proporcional tanto del trabajo como del sacrificio de esperar. (...) Aún cuando tal vez haya desventajas resultantes de un rápido crecimiento de la población, es probable que el resultado final sea favorable. Es de esperar que el incremento en la eficiencia colectiva de las personas sea proporcional a su número creciente (p.296).

En esta dirección, en aquella industria que esté gobernada por la ley de los rendimientos constantes, un aumento en la demanda de su producto a la larga no afectará el precio. Si se trata de una industria con rendimientos decrecientes, un aumento de la demanda aumentará el precio; producirá más aunque no tanto si los rendimientos fueran del tipo anterior. Finalmente, en el caso de que una industria tuviera rendimientos crecientes, la demanda en aumento al final hará que el precio disminuya y se producirá más que si se tratara de una industria de rendimientos constantes (Brue y Grant, 2009; Méndez Ibisate, 2004).

Marshall realizó algunas contribuciones en materia macroeconómica al referirse a la estabilidad e inestabilidad de la economía así como las fuerzas que determinan el nivel general de precios. En coincidencia con otro economista clásico (John S. Mill) considera que no puede haber insuficiencia de demanda agregada, porque una decisión de ahorrar implica una decisión de invertir. La sobreproducción (en línea con lo sostenido por Smith, Ricardo y Say) no era posible, según afirmaba la ley de Say. La realidad mostraba que había fluctuaciones económicas en sus tiempos que el autor atribuyó a los cambios en la confianza empresarial. Durante el alza, la confianza empresarial es alta y el crédito se expande rápidamente; durante una baja, el pesimismo invade los negocios y el crédito se contrae. Las depresiones económicas no responden a problemas dentro del funcionamiento del sistema.

Según Marshall, dos políticas públicas podrían afrontar la depresión y el desempleo, una tendiente a controlar los mercados para que el crédito no se expanda excesivamente en períodos en que crece la confianza empresarial, porque la expansión puede conducir a la recesión; otra, si ocurre la depresión, los gobiernos podrán ayudar a restaurar la confianza empresarial al garantizar a las empresas contra los riesgos²⁷ (Landreth y Colander, 2006).

27 Marshall advertía algunos riesgos porque estas garantías sobre las empresas podían involucrar también a los empresarios incompetentes, interfiriendo así el Estado con los procesos de mercado que compensan a los capaces y castigan a los faltos de capacidad.

El principal aporte que realiza a los aspectos macroeconómicos es en la cuestión de la fijación de los precios²⁸, mientras que otros tópicos, como el empleo y los niveles de producción, son considerados periféricos y en última instancia, sus desajustes solo eran pasajeros.

Marshall inicia sus estudios en torno a la forma en la que se fijan los precios a partir de la teoría cuantitativa del dinero: la cantidad de dinero multiplicada por el número de veces en que se gastaba en un período de tiempo (velocidad en la que el dinero circulaba, o la cantidad de veces que se gastaba) sería necesariamente igual al nivel medio de los precios por la cantidad de transacciones. Sin embargo, cambió este enfoque general, en lugar de considerar la oferta monetaria y su ritmo de circulación, consideró los saldos monetarios de la comunidad (liquidez monetaria que es preservada por la sociedad), expresión que comenzará a denominarse ecuación de Cambridge (o ecuación de saldo de efectivo)²⁹.

El énfasis estará en la demanda de dinero (el peso de la oferta se mantiene desde la primera formulación de la teoría cuantitativa), la gran contribución al desarrollo de la teoría monetaria. Partiendo de que los individuos son agentes racionales, Marshall se preguntaba con qué fin demandan o necesitan dinero y señala que se debe a la cantidad de transacciones que debían realizar (dependiendo del nivel de ingreso). Como el dinero no tiene ningún rendimiento financiero, cuantas más transacciones tenga que efectuar un individuo, tanto más dinero deseará mantener (léase demandar). El nivel de transacciones que puede realizar un individuo está, a su vez, vinculado con el monto de su ingreso, por lo cual los requerimientos (demanda) de dinero de las personas son en última instancia una proporción (k) de su nivel de ingreso nominal. Adicionalmente, como lo que interesa a las personas es su poder adquisitivo, esa demanda es una proporción constante en términos reales del nivel de ingreso. Es decir, si aumentan los precios, la demanda de dinero aumentará en forma proporcional³⁰.

La cantidad de dinero que los individuos conservaban era regulada en el plano institucional y bajo el supuesto *ceteris paribus* podía considerarse constante, es decir, existía una relación directa entre el volumen

28 La participación de Marshall en los estudios sobre el dinero y conformación de precios es indirecta, como colaborador en comisiones de investigación o realizando aportes en sus clases.

29 El nombre surgió debido a que el postulado está vinculado a economistas asociados a la Universidad de Cambridge, como Marshall, Pigou y Keynes.

30 La expresión matemática de la ecuación es: $M=kY$, donde M representa a la cantidad de dinero (oferta), mientras que Y la renta nacional en términos nominales [(igual a P (precio) \times Y (transacciones)], k , introducida por los economistas de Cambridge, representa la proporción de ingreso que se demanda como dinero, una variable estable en el corto plazo, dado que depende de factores igualmente estables como la tecnología bancaria que afecta el desarrollo de los sistemas de pago de la economía y la periodicidad de los mismos. Por ello, será considerada como constante.

de dinero y el nivel de precios. Por lo tanto, las conclusiones sobre el impacto de los cambios en la oferta de dinero sobre los precios y el mecanismo de transmisión de dichos efectos no son en nada diferentes a las anteriores. Este precepto se encuentra en línea directa con uno de los postulados de la ley de Say, “toda la renta se gasta”. El hecho de que parte de esa renta se destine a saldos estériles puede ser ignorado desde el punto de vista práctico (Barber, 1980).

La aceptación de la mencionada ley de Say en el pensamiento marshalliano no llevó a desatender lo referido a la inestabilidad económica, si bien el autor no vivió una depresión de la magnitud de los años treinta, fue testigo de ciclos de crisis y prosperidad del capitalismo. Marshall explicaba estas fluctuaciones cíclicas como elementos propios del funcionamiento del sistema, donde los factores psicológicos (optimismo y pesimismo) jugaban un factor fundamental, es decir, al aumentar el optimismo lo hacía la demanda, mientras que al suspenderse las inversiones y “pincharse” la burbuja especulativa, se entraba en una etapa pesimista poco favorable para las inversiones. Pese a estas salvedades, era inconcebible en el esquema interpretativo del autor la existencia de una crisis general de sobreproducción, pues el tiempo se encargaría de resolver los desajustes, en especial los referidos al empleo, y el Estado no debía intervenir debido a que podría empeorar la situación. El mencionado enfoque privilegiaba al libre funcionamiento del sistema, que solo resolvería los problemas cíclicos.

3.8. El rol del Estado en la teoría marshalliana

Los pensadores clásicos sostenían que era innecesaria cualquier intervención en la economía porque actuaría la “mano invisible del mercado”³¹. Marshall no se desvió demasiado de este postulado, aunque lo matizó en algunos puntos que eran propios de su contexto. Argumentaba que “cualesquiera que fueran los defectos de los libres mercados eran preferibles a la intervención del Estado en la economía” (Landreth y Colander, 2006, p.301). El mercado garantizaría una distribución adecuada de los recursos, y el libre mercado mantendría una plena utilización de los mismos. A su vez, esta distribución eficiente podía perfeccionarse gracias al mejoramiento de la educación pública, puesto que tanto consumidores como productores mejorarían la racionalidad de sus decisiones. El autor se oponía a la formación de los monopolios, aunque admitió que en algunos casos, como los denominados “monopolios naturales”, es decir

31 Véase Capítulo 3.

aquellos que estaban asociados a los servicios públicos (agua, energía, etc.), al no haber una base competitiva posible, era necesaria la intervención gubernamental. Además, así como la educación podía mejorar las decisiones, el gobierno podía mejorar la eficacia del mercado en cuanto a la asignación de recursos:

¿No se aumentaría la suma de las satisfacciones sociales –se preguntaba– si los recursos productivos de la sociedad se dirigieran hacia actividades productivas de rendimientos crecientes desde aquellas otras de rendimientos decrecientes? En estas condiciones podría obtenerse una producción con los mismos recursos. El gobierno podría alentar esta redistribución con impuestos y subsidios apropiados. Sin embargo, hizo esta sugerencia con muchas precauciones, señalando que tal política solo estaría justificada cuando pudiera demostrarse que las ganancias en el bienestar provenientes del aumento del producto en los sectores subsidiarios eran superiores a las pérdidas provocadas por los mayores impuestos en los otros sectores. Reconoció que tal criterio sería de difícil aplicación en la práctica (Barber, 1980, pp.184-185).

El pensamiento de Marshall compartía ciertos postulados que habían realizado los clásicos, como la intervención del Estado en la educación de los ciudadanos, y, además, se vislumbraba una perspectiva que después será el gran aporte de John M. Keynes (alumno de Marshall)³². En consecuencia, la existencia de “fallas de mercado” solamente justificaría la acción estatal para los neoclásicos. Una de ellas, los “bienes públicos”, es decir aquellos trabajos públicos que beneficiarían a la comunidad pero que ninguna persona o empresa privada puede verse inducida a emprender (una ruta, las calles de la ciudad, la defensa nacional). La otra, los “efectos externos”, acciones de un individuo u empresa que afectan a otros agentes o personas (una empresa que contamina) al margen del sistema de precios pero que quienes las provocan (sean efectos positivos o negativos) no reciben un pago o soportan el costo. El control y/o persuasión gubernamental resultaba entonces conveniente.

4. Recapitulación

Para los neoclásicos y para Marshall, el problema central de la economía pasa a ser el de satisfacer las necesidades humanas en la mayor medida posible con el mínimo de esfuerzo, procurarse el máximo de lo deseable con el mínimo de lo indeseable. En línea de continuidad con

32 Marshall deseaba buscar los medios para aliviar la pobreza, aunque no era partidario de las ideas radicales ni del sistema socialista.

el liberalismo económico, la escuela posee una visión positiva sobre las ventajas de las economías de mercado, la propiedad privada y la vigencia de la igualdad oferta-demanda postulada por la ley de Say. De manera similar, enfatiza la necesidad de un “estado mínimo” que no altere el funcionamiento de los mercados. En su visión del *homo economicus* comparte también la idea de individuos egoístas y que actúan interesados en su beneficio personal, pero considera además que, en los agentes económicos, existe un comportamiento basado en la toma de decisiones racionales y motivadas siempre por un comportamiento hedonista (que busca el placer y la felicidad y evita el dolor o sufrimiento).

Los economistas neoclásicos sostienen la convicción de que el sistema de mercado, en competencia perfecta, es la garantía de la obtención del óptimo social. Tanto en el caso de los bienes y servicios, como en los factores productivos, el equilibrio entre la oferta y la demanda garantizan la estabilidad económica.

En clara ruptura con la tradición de la economía política (clásica y marxista), esta visión mantendrá perspectivas radicalmente alternativas en lo que se refiere al valor (teoría subjetiva) y los precios (resultado del mercado, con una demanda dependiente de la “utilidad marginal” y una oferta dependiente de la “desutilidad marginal”), así como a la distribución (un caso especial de determinación de precios en los mercados de los factores productivos) y la producción (con la importancia de los costos y la dimensión temporal en cuanto a las posibilidades de ajustes productivos ante cambios en la demanda).

El marginalismo tuvo como principal consecuencia a nivel teórico el cambio tanto del objeto como de los contenidos de la economía política, transformada en lo que hoy llamamos economía. La desaparición del adjetivo “política”, si bien fue gradual, refleja la eliminación del contexto de análisis. El estudio de los fenómenos económicos dentro de un marco histórico y las relaciones particulares que se dan entre las personas en cada tipo de sociedad fueron perdiendo relevancia en los planes de investigación. El resultado de este proceso es la construcción de una ciencia cada vez más parecida a una ciencia exacta y natural; más alejada del estudio de las relaciones sociales.

5. Bibliografía y Fuentes

5.1. Bibliografía citada

- Barber, W. (1980). *Historia del pensamiento económico*. Madrid: Alianza.
Blaug, M. (1985). *Teoría económica en retrospectión*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Brue, S. L. y Grant, R. R. (2008). *Historia del pensamiento económico*. México: Cengage Learning.
- Ekelund, R. y Hébert, R. (1999). *Historia de la teoría económica y de su método*. Madrid: McGraw Hill.
- Fernández López, M. (1998). *Historia del pensamiento económico*. Buenos Aires: A-Z Editores.
- Frieden, J. A. (2007). *Capitalismo global. El trasfondo económico de la historia del siglo XX*. Barcelona: Crítica.
- Galbraith, J. K. (1998). *Historia de la economía*. Barcelona: Ariel.
- Hobsbawm, E. (2004). *La era del imperio (1875-1914)*. Buenos Aires: Crítica.
- James, E. (1974). *Historia del pensamiento económico*. Madrid: Aguilar.
- Kicillof, A. (2010). *Siete lecciones de historia del pensamiento económico. Un análisis de los textos originales*. Buenos Aires: Eudeba.
- Landreth, H. y Colander, D. C. (2006). *Historia del pensamiento económico*. Madrid: McGraw Hill.
- Marichal, C. (2009). *Nueva historia de las grandes crisis financieras. Una perspectiva global, 1873-2008*. Barcelona: Debate.
- Méndez Ibisate, F. (2004). *Marginalistas y neoclásicos*. Madrid: Síntesis.
- Mommsen, W. J. (1985). *La época del imperialismo*. México: Siglo XXI.
- Perdices de Blas, L. (2004). *Historia del pensamiento económico*. Madrid: Síntesis.
- Rodríguez Braun, C. (1997). *Grandes economistas*. Madrid: Pirámide.
- Roll, E. (2000). *Historia de las doctrinas económicas*. México: FCE.
- Roncaglia, A. (2006). *La riqueza de las ideas. Una historia del pensamiento económico*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Schumpeter, J. A. (1994). *Historia del análisis económico*. Barcelona: Ariel.
- Screpanti, E. y Zamagni, S. (1993). *Panorama de Historia del Pensamiento Económico*. Barcelona: Ariel.
- Spiegel, H. W. (2001). *El desarrollo del pensamiento económico. Historia del pensamiento económico desde los tiempos bíblicos hasta nuestros días*. Barcelona: Omega.
- Zalduendo, E. A. (1994). *Breve historia del pensamiento económico*. Buenos Aires: Macchi.

5.2. Fuentes sugeridas

- Marshall, A. ([1890] 1957). *Principios de economía*. Madrid: Aguilar.



Propuestas de actividades

A. Actividades de autoevaluación por capítulo

Capítulo 1

1. Explicar las principales formulaciones del pensamiento mercantilista. Considerar especialmente el sector social representativo e impulsor de las medidas económicas, la concepción sobre la riqueza nacional, el papel del Estado, las recomendaciones respecto al comercio interior y exterior, y la postura sobre la población y los salarios.
2. Responder: ¿En qué temáticas se evidencia una transición del mercantilismo a la escuela clásica? Considerar el planteo de “los precursores”.

Capítulo 2

1. Justificar la denominación de “Fisiocracia” en el escenario socioeconómico de la Francia prerevolucionaria.
2. ¿Qué es el *laissez faire* y qué significado tuvo entre los fisiócratas? Detallar la propuesta de política económica de los fisiócratas.

Elaborar un cuadro comparativo entre el mercantilismo y la Fisiocracia, a partir de los siguientes tópicos: concepción de la riqueza nacional, papel del Estado, recomendaciones respecto al comercio interior y exterior, papel de la agricultura y de las manufacturas.

Capítulo 3

1. Reseñar la importancia de la perspectiva de Smith en su obra *Teoría de los sentimientos morales*.

2. Explicar qué intentaba significar Adam Smith al plantear la intervención de una “mano invisible” en el funcionamiento del mercado.
3. Desarrollar la teoría del valor-trabajo y la teoría del valor-costo de producción.
4. ¿Cómo se comportan las distintas participaciones de los ingresos en el largo plazo?
5. Explicar el modelo de Smith (para ello considerar: el tratamiento respecto al trabajo, al mercado y rol del Estado) ¿Está asegurada la acumulación?

Capítulo 4

1. Explicar en qué consiste la ley de los mercados o ley de Say. Para responder tenga en cuenta los siguientes elementos: a) Los enunciados que la sostienen; b) La función del dinero; c) La imposibilidad de una crisis de sobreproducción y; d) El equilibrio de mercado.
2. ¿Qué autores criticaron a la ley de Say? ¿Cuáles son los fundamentos de sus críticas?

Capítulo 5

1. ¿Cuál fue el análisis realizado por Malthus que le llevó a adoptar una mirada pesimista sobre el futuro? (Desarrollar)
2. Enunciar las causas que, según Malthus, llevarían a una crisis económica.
3. ¿Cuáles son los paliativos que propuso el autor ante el incumplimiento de la ley de Say?

Capítulo 6

1. Desarrollar la teoría del valor de David Ricardo y comparar con la propuesta por Adam Smith.
2. Explicar la dinámica económica a largo plazo (considerar especialmente, el comportamiento de las rentas, los salarios y los beneficios).
3. Explicar la teoría del comercio exterior según David Ricardo.

Capítulo 7

1. ¿Por qué Marx observa relaciones de explotación entre el capitalista y el proletariado? Considerar las características del sistema económico y el papel de la fuerza de trabajo.
2. Desarrollar la teoría del valor de Marx.
3. ¿Qué es la plusvalía? Explicar su origen a partir de la jornada de trabajo.
4. Explicar la teoría del ciclo económico en Marx.

Capítulo 8

1. ¿Por qué la historia es importante para el historicismo alemán?
2. ¿Cuáles son las diferencias entre la escuela clásica y la escuela histórica? Fundamentar.
3. Según el institucionalismo ¿Por qué para Veblen debía reformularse la ciencia económica? ¿A quiénes estaban dirigidas las críticas?
4. ¿En qué se diferencian y asemejan el historicismo alemán y el institucionalismo?

Capítulo 9

1. ¿Quiénes son los fundadores del marginalismo?
2. ¿Qué es la utilidad marginal? Ejemplificar la ley de utilidad marginal decreciente.
3. ¿Por qué dicen los marginalistas que la teoría del valor-trabajo no puede determinar los precios?
4. Desarrollar el mecanismo de equilibrio en el mercado de bienes.
5. A partir del caso del factor productivo trabajo, explicar la determinación del nivel de empleo y del salario real. ¿Cómo consideran los neoclásicos la situación de desempleo? ¿Qué implicancia tendría la imposición de un salario mínimo por parte del Estado?

B. Actividad de síntesis final

1. Comparar el pensamiento económico de Adam Smith, David Ricardo, Thomas R. Malthus, Jean B. Say, Karl Marx y Alfred Marshall, respecto de los siguientes tópicos: 1) Contexto histórico, rasgos centrales; 2) Aspectos metodológicos; 3) Determinación del valor de las mercancías; 4) Estructura del orden social y

distribución del ingreso; 5) Papel del mercado y rol del Estado; y 6) Crecimiento económico y posibilidad de crisis inherentes al sistema capitalista.

EPÍLOGO

La serie de estudios que integran este libro tienen como objetivo brindar los fundamentos del pensamiento económico, una aproximación a las principales líneas temáticas desde el “mercantilismo” (con sus esbozos en el siglo XV por los bullionistas) hasta los neoclásicos del siglo XIX y principios del siglo XX, que descansan sobre un largo proceso histórico de surgimiento, desarrollo y consolidación del sistema económico capitalista.

El enfoque considera las distintas dimensiones de la economía: social, política y espacial; esto es, los hechos y procesos económicos no pueden explicarse en una esfera autónoma y aislada. Las relaciones son complejas, pero resulta necesario encarar el desafío de enfrentar una fuerte tradición que separa a las ciencias sociales mediante una operación artificial que no ocurre en la realidad: la consolidación de ciertos sistemas económicos no fue posible sin determinados órdenes políticos y condiciones sociales. Y también, sin un conjunto de postulados, ideas, teorías, que los justificaran. A la vez, estas han contribuido a definir políticas económicas y han debatido un asunto que sigue generando polémicas, las concepciones de libre mercado versus las recomendaciones de intervencionismo estatal.

Las distintas teorías económicas deben contextualizarse con respecto al funcionamiento de los sistemas económicos e incluyen: las alternativas de asignación de recursos, la acumulación de riqueza y la distribución de los ingresos, tanto en términos agregados como a los distintos colectivos que participan en el proceso productivo y en aquellos otros que, sin participar directamente de él, forman parte del conjunto social.

Desde el siglo XV se desarrolla uno de los períodos de mayores cambios en la Europa moderna. Hasta el siglo XVIII la política económica de las potencias europeas estuvo dominada por el “mercantilismo”, que no constituía una teoría sistematizada sino una corriente de pensamiento práctico que entendía que la riqueza de las naciones

surgía del comercio. El propósito de los Estados nacionales en formación era acumular reservas de metales preciosos para garantizar el poder económico y militar. Y el poder militar era necesario para garantizar la seguridad de las rutas marítimas. Para lograr estos objetivos debía de mantenerse el superávit comercial mediante el proteccionismo y la promoción de las exportaciones.

Ahora bien, en el caso inglés, los gobernantes también se preocuparon por el desarrollo de manufacturas y evitar que potenciales competidores hicieran lo mismo. No solo era relevante el comercio. Más aún, en pleno auge del “mercantilismo”, surgió en Francia una escuela liberal, la “Fisiocracia”, cuya traducción como “gobierno o poder de la naturaleza”, da cuenta del núcleo principal de su argumentación. En un contexto de crisis económica y agrícola, los fisiócratas defendían los intereses de los terratenientes y sostenían que la riqueza provenía de la producción y particularmente de la tierra, la única que generaba un excedente o producto neto. Los artesanos y comerciantes no producían más de lo que consumían, por lo cual eran considerados “clase estéril” o gastadora. Como creadores del liberalismo económico en Europa, rechazaban los controles al comercio exterior del “mercantilismo” y proponían un gobierno “natural”, resumiendo su programa en la famosa frase *“laissez faire, laissez passer”*.

Adam Smith, considerado el padre del liberalismo económico, se mostró a favor del sistema fisiocrático por su propuesta de reducir aranceles. En momentos en que se desarrollaba la Revolución Industrial en Inglaterra, todavía poco visible para el autor de *La Riqueza de las Naciones*, la “división del trabajo” en el sistema fabril permitiría el crecimiento económico (por la especialización, el ahorro de tiempo, el empleo de máquinas). Al igual que otro gran economista clásico, David Ricardo, ese crecimiento (“riqueza”) de los países dependía de la acumulación de capital y de la productividad que generaba. La acumulación, a la vez, dependía del alcance de la propia “división del trabajo” según la extensión de los mercados (internos y externos).

En el caso del comercio exterior, el “pensamiento clásico” consideraba que, si las naciones se especializan en la producción de los bienes que producen con menor costo y compran el resto en otros mercados, obtienen un beneficio mayor que protegiendo sus industrias (como recomendaban los mercantilistas), salvo honrosas excepciones, como cuando un ramo de la industria es necesario proteger para la defensa nacional. Por ello, el Estado debía hacerse cargo además de la defensa,

la justicia y la educación de los pobres. Con estos elementos teóricos, estaba configurado el orden industrial.

El liberalismo económico y la teoría de la “mano invisible” que había configurado Smith fueron parcialmente difundidos a través de los escritos de Jean B. Say, a quien corresponde la formulación de la “ley” que lleva su nombre, según la cual, la producción de bienes genera una demanda agregada efectiva suficiente para comprar todos los bienes ofrecidos, un canon que se mantendrá sin discusión hasta la crisis del treinta del siglo siguiente. Si bien el autor francés mantiene la doctrina de Smith, introduce novedades intelectuales, como el estudio de la utilidad del consumo, punta de lanza para los economistas marginalistas; considera la figura del empresario, con influencias de Richard Cantillon y, en el límite de la reformulación de la teoría del valor, argumenta con mayor coherencia las teorías de la distribución y del comercio internacional.

En el campo de la demografía económica, la obra de Thomas R. Malthus es imprescindible, con una propuesta para “frenar” el crecimiento poblacional ante una tasa de variación menor de las posibilidades alimenticias del sistema económico. Su postura conservadora también se refleja en su análisis económico; ante la nostalgia de ese Antiguo Régimen en retirada, con una estructura esencialmente agraria, sostiene la importancia de un consumo “improductivo” por parte de los terratenientes, ante la crisis que produce el capitalismo (con una perspectiva muy opuesta a Say), para así amortiguarla. Estará profundamente enfrentado también a David Ricardo, defensor de los intereses industriales.

Karl Marx efectuará una crítica demoledora contra la “escuela clásica”, considerada la perspectiva burguesa del capitalismo. Enuncia las leyes del desarrollo de la sociedad capitalista y aporta un nuevo método de análisis (dialéctica materialista) para el estudio de los fenómenos sociales y económicos, una nueva interpretación de la historia que va a tener importantes repercusiones. Formula una teoría del valor-trabajo que le permite introducir los conceptos centrales de “plusvalía” y “explotación”. El capitalista intercambia dinero por recursos productivos y mercancías (incluyendo la fuerza de trabajo) y, luego de un proceso productivo, las nuevas mercancías son llevadas al mercado y entregadas a cambio de dinero, obteniendo al fin del ciclo productivo una diferencia positiva o plusvalía que permitirá la acumulación.

Muy distante de los clásicos estaba la postura de Friedrich List, peñodista y político alemán que batalló por el desarrollo industrial de un

país en formación y contra el liberalismo; también se constituirá en un antecesor de la “escuela histórica”. La idea central del autor era que un país necesitaba industrializarse para crecer y acumular poder, y que la política de liberalismo comercial en boga en la época solo beneficiaba al país que ya contaba con una industria competitiva, esto es a Gran Bretaña. Otras diferencias con la “escuela clásica” inglesa estaban en que el punto de partida del análisis económico no debía ser el de los intereses individuales, sino el de la nación. La unificación de la nación alemana sería fundamental, y List luchó promoviendo la eliminación de aranceles entre los pequeños estados para fomentar un mercado único y crear una zona de libre comercio. También los historicistas pondrán un método particularista que considera las trayectorias de las economías para explicar un determinado estado del sistema con atención a los cambios históricos que conducen a comprender a la sociedad.

Desde finales del siglo XIX se establecerá fuertemente un paradigma que será dominante durante varias décadas (hasta las formulaciones keynesianas) y que, con ciertas adaptaciones, aún continúa como perspectiva formativa de los economistas. El contexto económico era bien diferente, con una importante etapa de crecimiento económico que permitirá el estudio de una dimensión microeconómica. Y si bien pueden reconocerse varios centros nacionales de estudio y despliegue de lo que se conocerá como “escuela neoclásica”, la figura de Alfred Marshall se destaca al lograr una “síntesis” de una determinada forma de análisis económico. La precisión matemática, la teoría del valor-subjetiva, la importancia de los mercados en la determinación de los precios tanto en los bienes como en los factores productivos, permitirá maximizar las preferencias de los agentes individuales teniendo en cuenta la limitación de los factores productivos disponibles.

Entre las perspectivas críticas también debe mencionarse al “institucionalismo americano”, surgido a finales del siglo XIX en los Estados Unidos. Contraponiéndose a la “escuela neoclásica”, entendía que la economía no podía ser separada de lo social; además, en el estudio de la economía no solamente deben considerarse los mecanismos del mercado sino también las instituciones creadas por decisiones de los agentes sociales.

Finalmente, en este recorrido por las principales líneas del pensamiento económico, adherimos a la postura de Schumpeter al entender que nuestra propuesta apunta también a contribuir al múltiple propósito pedagógico destacado por el gran economista austríaco del siglo XX: primero, poner en evidencia las raíces históricas de la economía

actual; en segundo lugar, ser fuente de inspiración para nuevas ideas y, por último, como gran parte de las ciencias sociales, alentar el afán por comprender el espíritu humano. Pero, además, desde nuestra perspectiva, procuramos en cada capítulo considerar a la economía en un sentido muy diferente al que marca la ortodoxia, una ciencia social, y por ello, concluimos con la necesidad de volver a incorporar la historia para conectar a la disciplina con la realidad pasada o actual.

Aldo Fabio Alonso



Imprimen 1000 ejemplares en la Imprenta de la Universidad Nacional de La Pampa, dependiente de la Secretaría de Cultura y Extensión Universitaria: Danilo Hernández y Diego Mospruker.

Santa Rosa, La Pampa, diciembre de 2018

Este libro desarrolla la evolución del pensamiento económico desde el siglo XV hasta el siglo XIX. El punto de partida del recorrido es el mercantilismo y continúa por la Fisiocracia, dos corrientes que constituyen antecedentes por la formulación de ciertas ideas que contribuyeron en la conformación de la economía como disciplina científica, trayectoria que comprenderá al pensamiento clásico (inglés y francés), marxista, historicista, institucionalista y neoclásico.

La economía como ciencia social estudia las relaciones históricamente diferentes entre las personas, puntualmente, aquellas vinculadas con la producción, la distribución y el consumo de bienes y servicios. A semejanza de otras disciplinas, tuvo su origen en investigaciones específicas de fenómenos considerados dignos de atención que plantearon problemas de diversa índole. El conocimiento de estos, así como las teorías y concepciones que se formularon para comprenderlos, respondían al contexto, a los sectores sociales involucrados y a los intereses particulares de los autores.